Valeria Naya

NORTE

Prólogo de
Florencia Bonelli

1ER PREMIO
CERTAMEN
LIDIA MARÍA RIBA
2022

VeRa

El amor puede esperarnos en cualquier punto cardinal.

Emma y David viven, respiran, celebran la amistad y el amor de los hijos, cada uno en un punto diferente del planeta, pero el destino les tiene preparado un encuentro y ningún sentimiento volverá a ser el mismo. Cuando un beso apaga el mundo y el universo entero cobra sentido, hay que atreverse a dar el paso.

Dijeron los jurados:

"Aquí encontré literatura. Cuando leímos *Norte*, las tres sentimos lo mismo: era la ganadora". **Cristina Bajo**

"Una historia atrapante y esperanzadora sobre segundas oportunidades". **Viviana Rivero**

"Emma podría ser cualquiera de nosotras y David Soto recuerda a los *duros* de Pérez Reverte o Vázquez Montalbán". **Patricia Suárez**

vera,romantica

VeRa

Ser la luz que ilumina
nuestra oscuridad.

Comprender nuestras sombras
y convertirse en el puente
para sanar.

Conocerse, entenderse, perdonarse,
para luego entregarse al otro.

Colmar el silencio con
las palabras justas.

Identificar nuestro Norte, y
luchar día a día por alcanzarlo,
sin perdernos en el camino.

Soy VeRa

Valeria Naya es profesora en Letras de la UNLP. Nació en La Plata, ciudad que la vio crecer, enamorarse y cumplir sueños.

En 2019 publicó sus primeras novelas, *Alma, ciudad de tempestades* y *Paulo, laberinto de pasiones*. Participó de las antologías *14 corazones a través del tiempo* (2019), *Viajeras* (2020), *Divina mujer. Antología solidaria multiautor*, de Divinas Lectoras (2022), 13 relatos de amor y desamor (2022).

Es administradora, junto a dos amigas, del grupo de lectoras Bonellistas Unidas y Selectas (BUS), donde se leen y debaten libros de Florencia Bonelli y de escritoras del género romántico. Llega a VeRa con *Norte*, novela que ganó el Certamen Lidia María Riba (2022).

La autora
te cuenta
sobre el libro

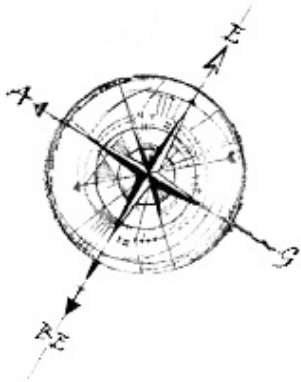
NORTE

Valeria Naya

NORTE

Tu mirada se aclarará solo cuando puedas ver dentro de tu corazón. Aquel que mira hacia afuera sueña, aquel que mira hacia adentro despierta.

Carl Jung


E
A
S
RE

Todas las personas felices se parecen, pero el camino en cómo llegan a serlo a veces es sinuoso, movedizo, incierto… y en ocasiones, doloroso. Sabemos, quienes hemos vivido unos años, que aquello que el dolor nos enseñó se presenta como un andamio que nos permite escalar y mirar desde diferentes perspectivas.

Sobre contar esas historias se tejió VeRa; sobre compartir libros que hacen bien, VR. Enhebrando los sentimientos puestos en palabras, tomamos el legado de Lidia María Riba para transformarlo en Premio y elegir nuevas voces, nuevas historias, nuevos autores.

Amores rotos y reconstruidos, amores diversos –no solo adversos–. Segundas y terceras oportunidades, descubrimientos de hombres y mujeres que crecen, evolucionan.

Historias que sirven para encontrar un lugar en el mundo, para contarnos un lugar en el mundo… que tal vez nunca fue el punto de partida, pero se va a ir pareciendo al punto de llegada.

Un año atrás, la posibilidad de este Certamen también era un signo de pregunta, pero empezamos a contarnos la historia, a creer en ella, a vivirla, a trabajarla, a construirla, y hoy presentamos al libro ganador del primer premio del Certamen VeRa: la novela *Norte*, de Valeria Naya.

Este libro hoy es una celebración de la palabra, del sentimiento y de la literatura. Poder contar una historia. Una historia de amor.

Marcela Aguilar
Directora editorial de VR

Prólogo

Tengo una confesión que hacer: soy de las que saltan los prólogos, en especial si preceden a una obra de ficción. Por lo tanto, prometo ser breve y no revelar cuestiones clave de la trama de Norte, el segundo libro de mi querida amiga y colega Valeria Naya, que tengo el honor de "amadrinar" con estas palabras que le dedicaré.

Mi primer contacto con Vale fue a través de un correo electrónico que me envió el domingo 5 de enero de 2014, y que todavía conservo. Allí me contaba que, después de años, no solo había vuelto a leer por placer –resultaba evidente lo feliz que esto la hacía–, sino que había recuperado el deseo de escribir perdido en el camino de la vida. De hecho, ya había comenzado a concretar el deseo, y tenía escritos los primeros capítulos de la que después sería su primera novela, *Alma. Amor en la tormenta*, que publicó en 2017.

La historia era decididamente original, ambientada en la inundación ocurrida en su ciudad natal de La Plata el 2 de abril de 2013, un desastre sin precedentes, en el que perdieron la vida centenares de personas. Valeria había elegido ese cruel escenario para crear una inolvidable historia de amor. Todavía recuerdo cómo me impresionó su capacidad descriptiva, que se verificaba desde los primeros párrafos, mientras nos relataba la tormenta acabada en tragedia. Era como estar ahí, viéndolo todo.

Valeria cuenta con la capacidad imprescindible en un escritor para decodificar con notable claridad las imágenes, los diálogos y, sobre

todo, las emociones que habitan su mente empleando el lenguaje escrito, talento que volvió a manifestar en su nueva novela *Norte*, ganadora de la primera edición del Certamen Literario de Novela Romántica Lidia María Riba.

En *Norte*, Vale de nuevo nos ofrece una trama original, con dos protagonistas como Emma Graviotti y David Soto, que ya han dejado atrás "la flor de la edad" y que arrastran pasados dolorosos. El encuentro de estas dos almas desencantadas y heridas será inevitable. Lo que cabe preguntar es: ¿los conducirá por una senda de sanación y de recuperación de sus propias esencias? ¿O volverán a repetir los viejos esquemas de dolor?

Me atrevo a pronosticar que Emma se convertirá en una favorita de las amantes del género de la novela romántica. Es una mujer ordinaria, como podría serlo cualquiera de nosotras, que vive una experiencia extraordinaria, de esas que nadie rehusaría, solo que para acceder a una vivencia de ese tipo existe un secreto, una clave, una llave: se llama coraje. Cuando Emma toma una decisión que a muchas asustaría, la de cortar con el pasado doloroso y desmotivador, pero conocido, para lanzarse a la conquista de un presente que la haga sentir viva, es suficiente para transformarse en la heroína que buscamos cuando nos sumergimos en las páginas de un libro.

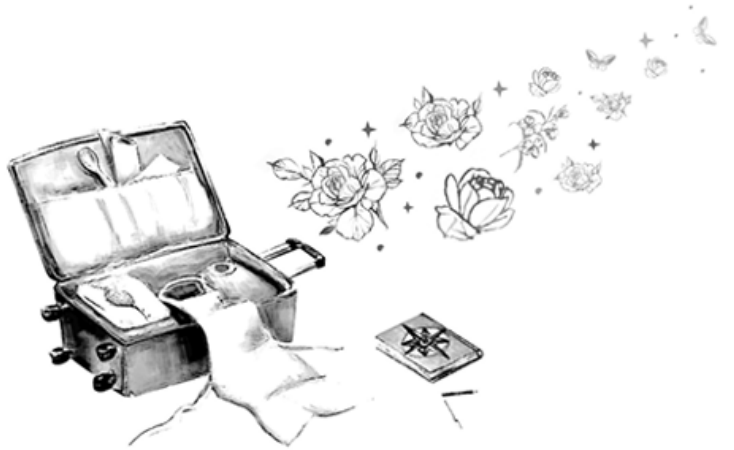
Otro pronóstico que me atrevo a realizar, más banal, pero divertido, es que *Norte* inspirará el turismo literario en la bella ciudad de Madrid, escenario de esta historia. Más de una lectora recorrerá sus calles buscando a los protagonistas entre los transeúntes, y no verán la fuente de Cibeles sin imaginar a Emma tomándose una *selfie*.

Por último, expresaré un deseo: que esta entrañable historia se convierta en un puente que sirva a quienes la lean para reencontrarse con su verdadera esencia, valiente y decidida, como la de Emma. Doy por descontado que la disfrutarán hasta la última página.

Y quién te dice, querida Vale, y tengas la suerte que tuve yo de que, gracias a tus libros, conozcas a un ser tan magnífico como vos, a quien me enorgullezco de llamar colega y amiga.

Florencia Bonelli

Junio 2022



Capítulo 1

Mientras esperaba en la sala VIP el llamado por altavoces para embarcar en el vuelo que la llevaba a Madrid, Emma abrió el cuaderno de viaje que le había regalado Abril, su hija, unos minutos antes, al despedirse en el hall de Ezeiza. Sentada en esos sillones cómodos, con su café en mano, se dispuso a admirar el trabajo de su hija.

Abril era muy creativa. Estudiaba arquitectura y concretaba todo lo que imaginaba en proyectos que asombraban por lo originales y prácticos. Funcionalidad y estética eran sus valores.

–Te hice un regalo, mami. En realidad, pensaba dártelo en tu cumpleaños, pero me faltó tiempo. No es algo muy costoso ni de marca. Me gusta regalar cosas personalizadas. Y como eres tan Virgo que duele, no puedes hacer nada sin planificar y controlar todas las variables.

–¿Qué hiciste? Pero si en mi cumple, hace unos días, me diste la valija que estoy llevando.

–Porque sabía que la necesitabas, pero ese regalo iba acompañado de este otro, que no llegué a terminar. Se me ocurrió hacerte un cuaderno de bitácora muy especial. Elegí cada hoja, textura, color e imagen especialmente para ti. Espero que lo llenes de aventuras –dijo, la abrazó emocionada y, casi en un susurro, agregó–: A lo mejor, también con un nuevo amor.

–Abril Ferrero, no digas estupideces. Me conformo con hacer buenos amigos, viajar mucho y encontrarme conmigo misma –agregó Emma, aún conmovida, secándose las lágrimas.

–Bueno, ya verás que en la sección "Viajes" tienes para preparar listados de ropa, otra página para las cuentas de gastos, una más para anotar las posibles excursiones o puntos de interés, un bolsillo para poner pasajes y documentos.

–Gracias, hija de mi corazón. Te amo más que a nada, igual que a Gero. Son mis dos motores en la vida.

–Te amo, mamá. Y dale un abrazo a mi hermano por mí. Dile que lo extraño. Voy a ver cuándo puedo viajar a verlos. En cuanto tenga un respiro en la facultad, aparezco en Madrid.

–Te tomo la palabra. Y anótate en el plan de puntos de vuelo, porque vas a viajar seguido.

–Dale, ahora ve a la fila, a ver si llegas tarde. –Se abrazaron; antes de soltarse, Abril agregó–: El amor te puede encontrar donde menos lo esperes.

Una vez entregadas las maletas, solo con su bolso y el *carry on* a mano, se había trasladado a la sala VIP de Iberia, cerca de la puerta 8, para esperar el llamado.

Miró el cuaderno. Era hermoso, con su espiralado en metal y papel reciclado. Observó con detenimiento la portada y contraportada. El motivo estampado era un mapa antiguo. Abrió la primera página y se encontró con la primera sección: "Datos personales". Allí, y en varias páginas más, había un recorrido en imágenes y frases de la vida de Emma. Abril había seleccionado fotos de su niñez, adolescencia, juventud, matrimonio, los nacimientos de sus hijos, las situaciones importantes en la vida de los niños y la última foto que habían tomado de ellas dos con Gerónimo, antes de que él partiera a Madrid

un año antes. Cada foto se acompañaba de un epígrafe, en algunos casos solo era la fecha y el lugar, pero en otros además se incluía una narración.

Los ojos de Emma, repletos de lágrimas, atestiguaban el camino en su propia vida. Había logrado mucho y había perdido también.

Se detuvo en la foto de sus padres: Elena y Benito. Los dos habían fallecido; su madre, cuando ella estaba embarazada de Gerónimo, y su padre, unos meses atrás, en el choque donde él manejaba y del que ella estuvo recuperándose durante un tiempo por las heridas sufridas. Los extrañaba mucho.

Necesitaba tomar distancia de todo y de todos. Hacía mucho que no sentía que vivía, sino que existía. Vivir y existir no eran lo mismo. Existía porque respiraba y porque comía de modo mecánico (de hecho, cada vez comía menos y su cuerpo mostraba una baja de peso que en otros tiempos hubiera celebrado). Ella, que era la reina de las pastelerías, había abandonado las confituras que elaboraba en el Hotel GV Internacional, donde trabajaba desde hacía diez años. Ya no sentía alegría cuando las preparaba. La mano izquierda, fracturada en el accidente, aún le dolía cuando usaba la manga de decoración.

Dio vuelta la página y se encontró con una foto de su casamiento. Qué hermoso vestido se había comprado para ese día especial, lástima que lo había quemado la noche en que le salió el divorcio. Tal vez, si lo hubiera publicado en las páginas de ventas online, hubiera recuperado algo de dinero y hubiera hecho feliz a alguna mujer. Tan feliz como ella no pudo serlo.

Marcos era un hombre atractivo, divertido y cariñoso. Eran muy jóvenes cuando se conocieron y se habían enamorado casi al instante; y ya maduros, cuando Emma descubrió que él le era infiel con una jovencita quince años menor. Dolida, lo enfrentó con rostro serio y le pidió la verdad. Marcos no le mintió:

–Sí, te pido perdón. Sé que te voy a lastimar mucho, pero necesito decirte que creo que la amo –lo dijo y se puso a llorar. La valentía le había alcanzado para confesar.

Tardó en recuperarse de semejante traición. Frente a sus hijos no hubo discusiones ni gritos. De manera civilizada, tramitaron un

divorcio que terminó bastante rápido. Las noches de llanto y dolor solo las atestiguaban las paredes de ese dormitorio que los había cobijado en tiempos felices. La casa familiar quedó para Emma de común acuerdo. Y la había vendido apenas un mes atrás. Esa era la base que le permitiría iniciar una nueva vida en Madrid.

La página siguiente mostraba diferentes fotos y aventuras de Gerónimo. Qué bello bebé había sido. Y a sus veinticuatro era todo un hombre responsable. La informática siempre fue su punto fuerte; desde adolescente vivía conectado a la máquina, tratando de crear sistemas, de inventar algo que lo hiciera multimillonario. Estudió ingeniería en sistemas en la Universidad Tecnológica de La Plata, se recibió con un promedio altísimo y una empresa española le ofreció una pasantía. A los seis meses lo contrataron. Emma recordaba eso y se hinchaba de orgullo. Gerónimo había sido el de la idea del cambio de país. Incluso le consiguió un buen departamento en una zona hermosa de Madrid.

Volteó la carilla y se encontró con su princesa de Oriente: Abril. Desde muy pequeña era fanática de la única princesa de Disney que no usaba los tradicionales vestidos voluminosos, sino babuchas: Jasmine. Había visto *Aladdín* millones de veces, sabía los diálogos y las canciones de memoria. Abril era una luchadora, como la primogénita del sultán, por su derecho a elegir su propia vida. Y así lo había dejado en claro unos meses atrás, cuando Gerónimo y ella la convencieron de tomar la decisión.

A veces, el universo conspira a favor de quien lo necesita y no queda otra opción que abrazar la incertidumbre. Dar el primer paso no había sido fácil, para nada, pero cuando su mente estructurada aceptó el cambio de rumbo, se puso a organizar su nueva vida.

El GV Internacional pertenecía a una cadena hotelera española. Fundaron el primer hotel en Madrid y luego se habían extendido a varias de las ciudades más importantes del mundo. Los hoteles tenían un servicio de lujo en cuanto a comodidades. Emma era repostera y pastelera principal en el hotel de Buenos Aires, ubicado en la zona del Obelisco, monumento icónico de la ciudad. Cuando decidió cambiar de escenario, solo tuvo que tramitar un pase al hotel de Madrid y

esperar a que hubiera una vacante. Seis meses después de haber presentado el pedido de traslado, le respondieron de modo afirmativo.

Miró su reloj. Se acercaba la hora, su vuelo estaba en horario y de un momento a otro comenzaría el embarque. Se había permitido un pequeño derroche: un pasaje en clase ejecutiva. Era la primera vez que lo hacía, siempre abarataban costos para viajar con sus hijos y su esposo. No protestaba: conoció muchísimos lugares gracias al ahorro. Pero comenzaba una nueva vida y quería mimarse. De eso se trataba todo el cambio, de cuidarse, de volver a disfrutar los pequeños placeres, de sentirse viva…

Buscó su pase de embarque en la cartera. Recordó a Sandra, la amiga que había sido su paño de lágrimas y le había dado refugio en los peores momentos. Ella la había llevado al psiquiatra y a terapia luego del divorcio. Tomó el celular y marcó su número mientras caminaba a la puerta de embarque:

–Sandrita ¿cómo estás?

–Hola, amigueta. ¿Ya estás por subir al avión?

–Sí, estoy con un pie arriba. Quería decirte que te quiero infinitamente, y que en todo este tiempo fuiste y eres una gran amiga. Sé que esta palabra es muy pequeña, pero significa mucho: gracias –la voz de Emma se notó emocionada.

–Ay. Me haces llorar. Te dije que no iba a despedirte a Ezeiza para no llorar y me haces esto. Te quiero tanto, amiga. Espero que seas muy feliz en España, te lo mereces. ¿Y sabes qué más te mereces?

–No, pero sospecho que me lo vas a decir.

–Que encuentres un gran amor, un español que te dé vuelta como una media, que te deje boqueando aire en la cama después de una noche de sexo salvaje.

–Eres tremenda, Sandrita –rio Emma–. Sabes que ya no me importan esas cosas.

–¿Estás loca, amiga? Estás viva. ¿Mira si te pasa como al personaje de la novela que leímos hace poco, *Caballo de Fuego*? Matilde conoce al amor de su vida en un vuelo a París. Estate atenta a quién se sienta a tu lado.

–Olvídate, Sandrita. Si sube un hombre como Al Saud, a mí me toca

al lado su mayordomo o el chofer, que además es un señor mayor, panzón y pelado, casado y con nietos.

–No hables así, que el universo te escucha y te da eso. Pensemos en positivo. Decretemos para el universo: "Emma conoce al amor de su vida en España", dale, repite conmigo.

–Amiga, tengo que cortar, te prometo que intenciono no bien llegue a mi asiento. Estoy por entrar a la manga. Te adoro.

–Bueno, te tomo la palabra. Este viaje va a cambiar tu vida.

–Antes de irme quiero que sepas algo que decidí.

–¿Qué decidiste? No me asustes

–No es para asustarse. Acabo de abandonar mis antidepresivos y los tiré al cesto de la basura. No quiero seguir tomándolos. Quiero una nueva vida libre de químicos que me alteren los estados –dijo mientras tiraba las pastillas en un cesto.

–¿Te parece prudente, amiga? ¿Lo hablaste con el psiquiatra?

–Lo hablamos en la última consulta. Me dijo que quedaba en mí tomar la decisión. Él me había bajado la dosis al mínimo. Decidió que siguiera un tiempo más por el tema del viaje, pero me advirtió que cuando me sintiera segura podía dejarlo. Y en este instante me siento preparada.

–Me parece una excelente decisión entonces. La aplaudo. Este viaje ya está cambiando tu vida.

–Sí, siento una energía distinta dentro de mí; por primera vez en mis cuarenta y cinco años me siento así. De todos modos, me llevo el teléfono de una psiquiatra española a la que mi médico me derivó por si necesito ayuda. Así que estoy segura.

–Excelente. Llámame en cuanto llegues a Madrid y estés en tu departamento.

–Gracias, amiga, así lo haré.

Se despidieron. Emma guardó el teléfono, miró por última vez el blíster abandonado en el cesto de basura y dio un paso hasta la mujer de la aerolínea que esperaba su pase de embarque.

El espacio asignado en clase ejecutiva era realmente inmenso. Emma

se sentó en su lugar y empezó a revisar cada recoveco.

Cada asiento contaba con su pantalla. Junto al suyo, encontró una consola con el control de entretenimiento y los del asiento, que lo convertían en una cama. Ahí mismo descubrió los auriculares y el *amenity kit*. Parecía una niña en una juguetería, cada cosa que descubría la sorprendía y la ponía feliz.

Casi a su lado, pero del otro lado del pasillo, vio a un hombre bastante guapo. De unos cuarenta años, tal vez. Él no parecía sorprendido por todo lo que lo rodeaba. Acomodaba sus pertenencias sin prestar demasiada atención. Se sentó, se estiró. Luego debió captar el gesto de Emma y la miró. Ella se puso nerviosa, cerró los ojos y repitió el mantra que había acordado con Sandra: "Conoceré al amor de mi vida en España". El hombre la miraba divertido:

–¿Temor a volar? –dijo.

–No. Mi miedo no es a volar. Es que empiezo una nueva vida –respondió.

–Pues, enhorabuena. Mi nombre es Álvaro Carreras. ¿Te mudas a España? –acercó la mano para saludarla. Era español. De pronto recordó la novela que había mencionado Sandra.

–Emma Graviotti, encantada –estrechó su mano–. A Madrid, sí. Tengo un hijo que está viviendo allí desde hace tiempo y he decidido mudarme, aunque no con él. No suele ser buena idea mudarse con hijos adultos.

–Es muy cierto –ambos rieron.

En ese instante, una mujer muy atractiva se ubicó en el asiento junto al de Álvaro. Acomodó sus cosas y se sentó.

–Corazón –llamó él a la mujer–, te presento a Emma. Se está mudando a Madrid, a por la aventura.

La desilusión de Emma casi no se le notó en rostro.

–Hola, Emma. Soy Merche. Qué valiente de tu parte la travesía que estás iniciando –saludó con una sonrisa–. Pues ya tienes dos vecinos a quienes consultar si estás en algún apuro. Nosotros vivimos en las afueras de Madrid.

–Encantada, Merche. Estoy emocionada. Y el universo me dice que voy por buen camino, fíjate que todavía no despegamos de mi país y

ya tengo buenos vecinos –aflojó y se resignó a que el mantra no hubiera sido eficaz.

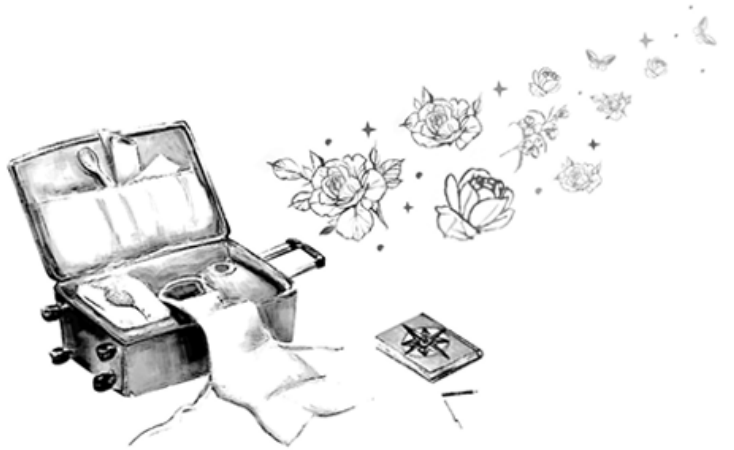
Despegaron a horario, y muy pronto les tomaron la orden de comida, que se detallaba en los menús que habían repartido luego del embarque. Comenzó el servicio con una copa de vino tempranillo de la zona de Rioja. Emma degustó el tinto.

–Anda, maja, brindemos por una nueva vida en Madrid –propuso Merche.

Los tres hicieron chocar sus copas. Unos minutos más tarde llegó la comida. Luego de comer, Emma se acomodó y bajó el respaldo hasta encontrar una posición cómoda que le permitiera conciliar el sueño.

Con algunos minutos de anticipación a la hora pactada, aterrizaron en el Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Los trasladaron en bus hasta la Terminal 4 Satélite, donde arribaban los vuelos intercontinentales. Allí realizó los trámites de migraciones y recogió su equipaje. Se despidió de Álvaro y Merche, e intercambiaron sus números telefónicos.

Emma fue a la puerta de salida donde ya alguien la estaba esperando.



Capítulo 2

Gerónimo la esperaba con un gesto de felicidad. Emma salió empujando el carro con todo el equipaje y al descubrirlo se emocionó. Corrió hacia su hijo y se abrazaron muy fuerte.

–Hola, mamá, qué bueno es verte. Te he extrañado tanto.

–Hola, hijo de mi corazón. Igual yo, con tu hermana te extrañamos muchísimo.

Ambos hablaban sin soltar el abrazo. De a poquito, fueron aflojando el nudo humano y se miraron emocionados. Ella lo vio más adulto; algo en su semblante le daba la sensación de estar ante un hombre y no ante el hijo pequeño que había despedido en Ezeiza un año y meses antes.

Gerónimo la miraba con una sonrisa dibujada en el rostro. Su madre se veía más delgada, pero su mirada y su sonrisa transmitían felicidad, buena energía. Estaba preocupado por los mensajes de su hermana que lo alertaban sobre la profunda depresión de Emma. Había empezado con el divorcio. Ella jamás había hablado mal de su

padre, pero Abril y él comprendían lo que había sucedido y con la muerte del abuelo la tristeza se había profundizado. Gerónimo veía algunos vestigios en su cuerpo y en la tonalidad nostálgica en sus ojos, pero en ese momento la percibía entera, decidida, saludable. Sintió alivio. Vivir del otro lado del mundo y recibir los mensajes de su hermana sobre la salud de su madre lo tenía muy preocupado; además sabía que Emma jamás lo preocuparía diciéndole que no estaba bien. Verla le daba tranquilidad.

–Mamá, estás hermosa. ¿Qué pasó en este tiempo? ¿Te pusiste de novia? –el joven hablaba mientras empezaban a caminar hacia el estacionamiento.

–Pero, mira que eres loco. ¿De novia? ¿Qué les pasa a todos con ese tema? –dijo, y lo abrazó.

–No tendría nada de malo, mamá. Eres una mujer joven, atractiva, y estás radiante. Ah, y por si fuera poco, estás libre.

–Sí, todos esos calificativos no sé si me caen a mí, pero el último seguro –bromeó ella.

Llegaron al auto, cargaron las maletas y salieron del aeropuerto. Era muy temprano, pero Madrid iba tomando vida lentamente, como si se desperezara en su cama y fuera despertando los sentidos.

Se dirigieron al apartamento que Gerónimo había señado. Solo faltaba que Emma firmara una serie de papeles legales y transfiriera el resto del dinero al dueño anterior, que se encontraba en el barrio Retiro, cerca de uno de los mayores pulmones de la ciudad.

El piso, como lo había llamado Gerónimo, era bastante grande y cómodo. Emma solo había pedido que tuviera dos habitaciones para cuando fuera Abril, así tenía un espacio privado. Se ingresaba a un pasillo, luego a una sala de estar con sillones y muy luminosa. Ese espacio era realmente armonioso, blanco, con sillones color gris oscuro y una mesita de café. También había varios muebles bajos en forma de cubos. Todo se veía muy cómodo y práctico. Ella observaba todo sorprendida; si bien Gerónimo había enviado fotos y había realizado una videollamada para mostrárselo, nunca había podido ver en realidad las dimensiones. Dejaron las maletas. Ella se sentó en el sofá de dos cuerpos y comprobó que era muy cómodo.

–Mamá, la cocina y la habitación te esperan. ¿No tienes intriga?

–Sí, hijo, claro que sí. Es que es tan espectacular este primer ambiente que no quiero irme –su sonrisa dejaba claro que le gustaba todo lo que veía.

–Vale. Disfruta –él también se sentó.

–Es una belleza, hijo. Vamos, sigamos.

Pasaron a la cocina. Los muebles de laqueado blanco, los electrodomésticos en plata. Todo estaba impecable y le daba un aire profesional. Una pequeña mesa en madera de haya. Sillas del mismo material.

–Me encanta. Todo el departamento es muy luminoso, pero la cocina, con esos ventanales altos, me parece increíble. Hijo, has hecho una excelente compra.

–"Hemos", mamá. Yo lo vine a ver, pero tú me diste el okey. Equipazo. ¿Podríamos armar un emprendimiento inmobiliario para argentinos que se vienen a España? ¿A que sí? Vamos a ver tu cuarto.

La habitación principal tenía una cama *king size*, con sábanas y acolchado y algunos almohadones, todo en tonos beige.

–Hijo, qué buen gusto. ¿Elegiste todo tú?

–Me ayudó Milena, una compañera de trabajo y gran amiga. Sabíamos que vendrías y este primer día no ibas a poder ir a comprarte lo básico, así que fuimos a IKEA y lo hicimos nosotros. Esta noche nos espera Mile a cenar. Te va a preparar una paella.

–Bueno, me encanta que sean tan previsores. La verdad, así da gusto migrar –expresó–. Y esa chica Milena ya me cae bien. ¿Seguro que es solo una amiga?

–Era raro si no me lo preguntabas, mamá. Cómo te conozco –Gerónimo se tomó la cabeza exagerando la sorpresa–. Eres una celestina de pura cepa, como tú dices. Somos a-mi-gos –remarcó cada sílaba.

–Tu mirada me dice otra cosa, hijo. Pero está bien, si todavía no quieres contarme, te respeto –Emma caminó alrededor de la cama, acomodando algo del acolchado que no era necesario arreglar.

–Esas cuestiones son propias de ti. No sé a qué te refieres cuando me dices "tu mirada dice otra cosa", los ojos no hablan.

–Pues ahí te equivocas; los ojos dicen mucho más que la boca. Hay sentimientos que se transparentan en la mirada y eso tiene conexión directa con el corazón. Cuando nombraste a Milena, te iluminaste, pero ya verás qué te pasa con ella… o no –agregó haciéndose la misteriosa. Los dos se echaron a reír.

–Eres tremenda, te extrañé mucho –la abrazó con fuerza.

Recorrieron la segunda habitación, que tenía un escritorio pequeño y una cama de una plaza y media.

Lo que la dejó más enamorada fue la terraza, donde había sillas y una mesa pequeña. Ya se imaginaba desayunando allí, viendo a la ciudad despertar o dormirse.

–Hijo, estoy feliz. Venirme a Madrid es como un renacimiento. Sé que es muy pronto, pero siento una recarga de energía increíble.

–Migrar es difícil, mamá. Hay que empezar de cero en todo. No hay amigos que te esperen para darte una mano de manera inmediata, no conoces los lugares, los medios de transporte, los tiempos, las costumbres. El proceso no es nada fácil.

–Pues yo ya tengo algo muy importante de mi lado –dijo sonriendo y abrazándolo–: a ti. Aunque la ley de la vida indica que yo debería hacerte la vida más fácil, allanarte los caminos, lo que sucedió acá fue exactamente al revés. Hiciste todo eso por mí, Pochoclo.

–Uh, hacía años que no me llamabas así.

–Siempre fuiste "mi Pochoclo", porque eras un niño repleto de rollitos que daban ganas de mordisquear, y además siempre fuiste un dulce.

–Gracias por recordarme mi sobrepeso infantil –bromeó él.

–Exagerado. Nunca tuviste sobrepeso. Eran rollitos normales en un bebé. Y yo disfrutaba de mordisquearte cada vez que te bañaba, y tú lo disfrutabas porque no parabas de reírte.

–Me gustaría aclarar que sí me allanaste los caminos. Que hoy estemos los dos aquí es tu responsabilidad, mamá. Si papá y tú no hubieran pagado mis estudios, y si tú no hubieras tramitado el reconocimiento de la ciudadanía italiana, no se hubieran abierto las puertas de Madrid. Así que la ley de la vida no se ha equivocado. Tú abriste el camino, yo solo ayudé con algunas cosas.

–Te adoro, hijo. Mil gracias por tu ayuda.

–Pues, esta mujer nueva tiene algunos trámites ineludibles por delante y seguro querrás acostarte a descansar un poco.

–Es cierto, volvamos a la cocina, preparo un café y me cuentas de esos trámites.

Caminaron abrazados hacia la cocina. Emma preparó dos tazas de café estrenando la hermosa cafetera de su nuevo paraíso culinario. Su hijo sacó de un cajón unos panes *brioche* con chispas de chocolate para acompañar la infusión.

Se sentaron en la terraza. Gerónimo llevó una carpeta que había preparado con el recorrido de los trámites de los días siguientes. Le explicó a su madre que lo primero que debían hacer era el NIE, Número de Identificación del Extranjero, que se tramitaba en las oficinas de extranjería. Él había resuelto algunas cuestiones, pero debía presentar la documentación pertinente: su pasaporte italiano, una copia de su contrato de trabajo con la empresa hotelera, completar e imprimir un formulario y pagar un impuesto.

Disfrutaron el sabor de ese café mientras trabajaban en la computadora portátil de Emma y realizaban la primera parte de lo necesario para registrarse. Debía presentarse en el hotel en una semana, así que aprovecharían a dejar todo listo antes.

Luego fueron a hacer unas compras al supermercado y a una casa de celulares. Emma necesitaba un chip español. Compraron uno.

El joven la dejó en su apartamento y enseguida le envió un breve mensaje a Abril y a sus amigas, donde les contaba que había llegado bien a Madrid, ese era su nuevo número y pronto les escribiría con más noticias. A Abril y a Sandra les envió, además, fotos del apartamento y de ella con Gerónimo en la terracita.

Su amiga Sandra la llamó enseguida. Emma tomó el celular y se acomodó en la terraza. La ciudad estaba en plena acción, el sol bañaba la azotea, los sonidos propios de Madrid la rodeaban. Se sentó y atendió.

–¡Amigueta! –gritó Sandra. Emma alejó el celular de su oído y luego lo volvió a acercar–. Estaba muy preocupada. ¿Cómo fue el vuelo?

–Hola, amiga. Perdón que no me comuniqué antes. Hace un rato que fuimos con Gero a comprar el nuevo chip y por eso tardé. Por suerte el vuelo fue espectacular. Viajar en ejecutiva es lo máximo. Como dicen mis hijos, "es todo lo que está bien" –ambas rieron–. Todo increíble.

–Ay, Emmita, qué alegría me das. Cuéntame, ¿encontraste un "papurri"?

–¿Sabes que sí? Pero, como te lo había anticipado, a mí esas cosas no me pasan. Un muchacho bastante guapo, comprometido con una chica también hermosa. Charlé con ellos todo el viaje.

–Bueno, amiga, no desesperemos. Ya llegará. En algún lado debe haber un hombre increíble que te está buscando. Ya lo vamos a encontrar.

–Sandrita, no me desespero.

–Lo sé, lo sé. No quise decir que necesites un hombre para ser feliz. Pero sí está bueno tener un compañero de vida, alguien con quien festejar lo bueno y que nos ayude a soportar lo malo.

–Sandrita, he vivido acompañada. Mientras estuve casada con Marcos, viví lo que describes y luego lo perdí todo. Esa sensación de haber perdido por completo la vida no se la deseo a nadie. Todo lo que componía mi futuro, mi porvenir, se derrumbó. ¿Cómo hace un ser humano para sentirse vivo cuando no existen más que incertidumbre, inseguridad, soledad?

–Se rearma, encuentra nuevos proyectos y vuelve a caminar apoyándose en los afectos.

–Así es, amiga. Para seguir viva, primero hay que dejar de sentirse víctima del destino cruel. Lo importante no es lo que hayamos padecido, sino lo que hacemos luego con ello, lo que aprendemos. Lo que hemos vivido le ha pasado también a otra gente; el destino nos enfrenta a situaciones de las que debemos aprender.

–Y esas situaciones siempre ayudan a hacer limpieza, porque es ahí cuando una se da cuenta de quiénes son amigos de verdad. Cuando me separé, hace años, lo comprobé.

–Exactamente, fue todo un proceso para mí también, Sandrita. No soy la única que lo ha vivido. Pero gracias a eso pude aprender. Mi

destino está en mis manos. Mi futuro, mi vida son el resultado de las decisiones que he tomado y que seguiré tomando. Y por ahora un hombre no está en mis planes; si aparece, estaré feliz de aceptarlo, pero no lo necesito para ser feliz. No sé si soy clara.

–Lo sé, la cultura nos ha acostumbrado a pensarnos en par para sentirnos plenos.

–Claro. Creo en el amor, pero también creo que el camino es el inverso. Yo debo sentirme plena, feliz conmigo misma, y luego, recién ahí, podré encontrar a ese otro ser que también se sienta pleno antes de conocerme.

–Me gusta escucharte, amiga.

–Pero es que es verdad. La cultura nos ha puesto el chip de que somos mitades y debemos encontrar la otra que nos haga sentir "completos". Y yo, la verdad, me siento bastante completa sin estar con nadie. Cada una es una totalidad, un todo. Y la idea de estar en pareja debería ser complementarse, es decir, encontrar otra totalidad que junto a mí potencie su plenitud y la mía.

–Es difícil escapar de los mandatos. Me cuesta aún. La terapia ayuda tanto.

–Eso, y los millones de mujeres que trabajan en el mundo para cambiar estas visiones.

–Amiga, estoy tan feliz por esta decisión. Sé que me va a costar muchísimo no tenerte cerca, pero es lo mejor para ti.

–Bueno, espero que compres un paquete de llamadas ilimitadas, porque nos la vamos a pasar hablando por teléfono –bromeó Emma.

Unos minutos después hizo una videollamada con su hija, a quien le mostró cada recoveco de su nuevo hogar. Le comentó sobre su conversación con Sandra.

–El tema con Sandrita es que tuvo muchísimas parejas que no le aportaron nada a su vida, ni siquiera amor –aclaró Abril–. Si ella buscara relaciones sin futuro, y se planteara pasarla bien por un rato, lo que hace está perfecto. El problema es que piensa en encontrar al hombre de su vida de este modo y se encuentra con tipos que están en plan de divertirse. Y luego sufre.

–Lo sé. Me ha tocado levantar sus pedazos cada vez que la

destrozan. Hoy la escuché más reflexiva sobre el tema.

–Estaba pensando que podría invitar a la tía Sandrita al próximo taller de constelación familiar que organice mi terapeuta Silvia. Estoy segura de que debe haber algún karma que la retiene en ese lugar del que no puede salir. ¿Qué te parece?

–Me parece una excelente idea, hija. No sé si aceptará. A mí me costó muchísimo decidirme, pero cuando me llevaste el año pasado me hizo tanto bien…

–¿Recuerdas tu resistencia al principio?

–Es que cuando no se conoce y te dicen de ir a una constelación familiar, lo primero que piensas es que se trata de estafadores.

–Y nada que ver. Nadie te preguntó ni un solo dato. Solo formulaste tu consulta al universo y la constelación familiar respondió.

–Y vaya que dio respuesta. Lo pienso y todavía se me eriza la piel –dijo, a la vez que se frotaba el brazo con piel de gallina.

–Es muy fuerte, sí.

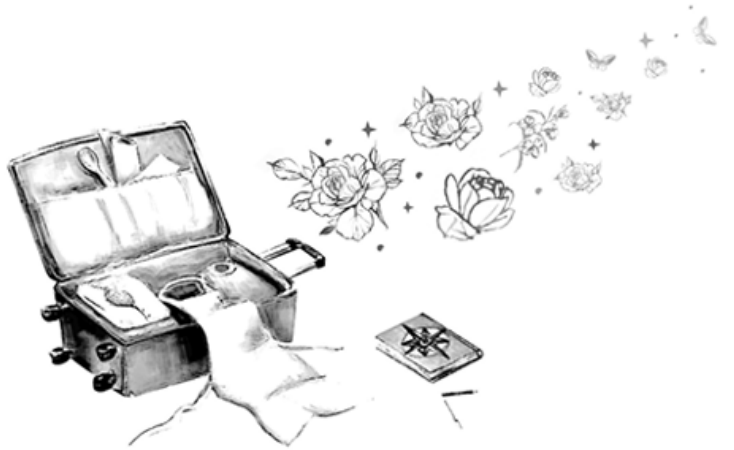
–Fuerte y liberador. Porque la realidad es que la energía empezó a fluir y las cosas se me fueron dando casi de una manera natural. El trabajo, Madrid, lo de la casa, todo. Es como si el destino me diera lo que necesito.

–Así es. Entrégate al universo. Lo que deba ser será. Abraza la incertidumbre y trabaja muy fuerte para cumplir tus metas; el universo estará contigo.

–No lo dudo ni un segundo, hija.

Se despidieron y Emma se fue a bañar. Media hora después tocaba el timbre Gerónimo, que le indicaba que la esperaba con el auto en marcha. Compraron algunos pasteles para el postre, además de la botella de vino que llevaba Gerónimo.

El apartamento de Milena se encontraba en el barrio La Latina y hacia allí se dirigieron. Gerónimo realizó una recorrida para que su madre conociera el emblemático lugar. Emma observaba todo con ojos adánicos, sorprendida del ambiente bohemio, sus calles retorcidas y estrechas, las plazas anchas, los bares y los edificios antiguos. Esas calles guardaban la historia más antigua de la ciudad y se la susurraron a Emma en esa primera noche en Madrid.



Capítulo 3

Era una noche bastante calurosa todavía; el verano seguía estirando sus placeres. David Soto terminó su turno, se puso su borsalino negro, que había incorporado hacía años a su vestimenta, y salió. Trabajaba en la Guardia Civil, en la Policía Judicial específicamente.

Tenía 49 años y llevaba once divorciado. Volvía cada noche a su piso en Puerta del Ángel a cenar y dormir. Desde el divorcio, no había vuelto a enamorarse y establecía relaciones informales. No estaba dispuesto a poner el corazón de nuevo y sentir dolor cuando la relación fracasara. Su vida se repartía entre el trabajo, su hijo Francisco, de 26 años, con quien compartía además el ámbito profesional, y sus amigos. Las mujeres entraban de noche y salían por la mañana.

Ese día había sido una jornada laboral compleja. Habían comenzado a investigar un secuestro, así que cruzó tareas con su hijo. Francisco prestaba servicio en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos del Cuerpo Nacional de la Policía, en Madrid, que se

encargaba de los homicidios y las desapariciones que otras fuerzas policiales no habían podido resolver. Según el caso, se les pedía colaboración para acortar plazos de resolución. Esa había sido la situación de ese día: un joven empresario desaparecido. Encontraron su auto y dentro había rastros de sangre.

Decidió que comería algo en su restaurante favorito de La Latina. En la heladera había dos cervezas y algunos vegetales a punto de morir. Debía realizar algunas compras y cocinar, pero no tenía ganas de hacerlo. Al día siguiente, si tenía suerte, saldría del trabajo antes para ir al mercado.

Antes de subir al auto, mandó un mensaje al grupo de amigos de WhatsApp "Barones de la Cerveza".

> En camino a La Latina. Una caña bien helada junto a unas exquisitas tapas. ¿Alguien que se sume? No hay mejor plan que amigos y cañas.

Siguió caminando hacia su Seat León mientras escuchaba la entrada de respuestas. Conocía bien a su grupo: bastaba que uno diera el puntapié inicial para que el resto se uniera.

Antes de dar marcha al motor, revisó el teléfono. Antonio tenía cena familiar; César, una cita con una morocha ineludible; José Manuel no había visto el mensaje. El único disponible era Alfonso, que enseguida puso "Yendo".

Era día de semana. Se alegró de que Alfonso fuese a compartir la cena; tenía ganas de charlar con alguien de cualquier cosa para olvidarse del trabajo. Ser investigador traía consigo una labor intensa de meditación sobre cada caso, había que revisar una y otra vez cada detalle y cada punta que se había encontrado para desarmar el ovillo. Necesitaba distenderse; dejar de pensar un rato en el hombre desaparecido, alejarse un tiempo de lo que investigaba y luego regresar le ayudaba a ver otras perspectivas. Alfonso era un gran amigo, además de tener una vida bastante divertida, así que estaba seguro de que iba a desconectarse de la investigación. Esas noches en que quería alejarse de su trabajo era cuando más extrañaba su vida familiar.

Hacía cinco años que Marina, su ex, se había vuelto a casar. Era

feliz al lado de Goyo, un joyero que era un buen esposo para ella y siempre había tratado bien a Francisco.

David recordaba las cenas de cuando eran una familia. Escuchar las andanzas de Marina y su hijo se convertía en su escape de la oscuridad en la que vivía. Los hechos a los que se enfrentaba mostraban la mezquindad del mundo, los egoísmos, la falta de códigos. Si su vida laboral era la penumbra, la vida familiar era su luz, y hacía tiempo que la había perdido. Por eso necesitaba encontrarse seguido con sus amigos y con Francisco, con quien cenaba una o dos veces por semana. Esas reuniones eran una inyección de energía.

Se dirigió hacia el barrio La Latina, aparcó y decidió caminar. La noche estaba fresca y maravillosa. El cielo, completamente estrellado. Percibió que el celular vibraba por un mensaje. Era un texto de Alfonso donde le preguntaba en qué restaurante se encontrarían. David respondió con el eslogan del restaurante, uno que todos conocían "Que la inspiración nos pille comiendo". El restaurante elegido era La Musa Latina. Alfonso comprendió el dato y respondió con un emoji con un guiño.

David llegó a la puerta de La Musa Latina y esperó a Alfonso. Cuando se encontraron, se dieron un abrazo y entraron. La barra informal que se ubicaba dentro del local estaba completa, así que decidieron ocupar una mesa en la terraza. Las vistas de la Plaza de la Paja eran increíbles esa noche. David se sacó el sombrero y lo puso sobre la silla a su lado.

–Todavía usas ese gorro de viejos. Ya te hemos dicho que te hace ver mayor, colega –insistió Alfonso.

–Amigo, amo estos sombreros. Son elegantes, me sientan de maravilla y me hacen lucir misterioso. Muchas mujeres me han pedido que lo usara cuando estábamos en la cama. Y, tú sabes, si ellas lo piden, debo dárselos –respondió bromeando David.

–Vale, vale. Entonces nos iremos a comprar esos panamás en equipo, a ver si todos las enamoramos como tú.

–Esta preciosura –dijo, mientras levantaba el sombrero– no es un panamá, sino un borsalino. Son de fieltro. Los panamás son de paja.

–Te has puesto purista de esos cascos… Me da igual el que sea, si

cumple con el efecto.

Ambos rieron y terminaron de acomodarse. Enseguida se acercó el camarero para tomar la orden. No necesitaron ver la carta, tenían decididos los platos antes de entrar: una porción de bomba de patatas rellena de carne, tempura de langostinos, tortilla española. Beberían cervezas artesanales: David había elegido una Bastarda Ipa y Alfonso una Bastarda Lager. El camarero se retiró para preparar la comanda. Unos minutos después, regresó con las cervezas.

–Brindo porque ha sido un día demasiado intenso y está terminando –propuso David.

–Pues, vale, amigo. Bebamos porque lo hace de la mejor manera: con tapas, cañas y amigos. ¿A que sí?

–Así es; agradecido de que hayas podido venir, Alfonso. Necesitaba despejar mi mente.

–¿Qué caso de mierda te ha tocado investigar?

–Preferiría no hablar de eso. Ya te enterarás por la mañana en las noticias.

–¿Te ha tocado el caso de la desaparición del empresario? No lo puedo creer.

–¿No te digo? Ya salió, es claro. Sí, ese es el caso. Y hay muchas presiones. El tipo es influyente y desde arriba nos han pedido celeridad.

–¿Y tienen algunas pistas firmes?

–Amigo, no te ofendas, pero preferiría hablar de otros temas, quiero descansar mi mente de todo este embrollo. Hay pocas pistas. Necesito tomar distancia para aclarar mi enfoque.

–Pues, mira que eres raro. Para aclarar el enfoque en fotografía, suelen decir que hay que acercar, abrir más la lente. Y tú necesitas alejarte.

–Ya ves, cada uno tiene sus técnicas. Mis mejores fotos son las que he sacado a distancia, con calma, esperando el instante justo –mientras hablaba, David ubicaba los dedos índice y pulgar de cada mano formando un cuadro, intentando hacer foco para sacar una fotografía imaginaria.

De pronto, entró en el cuadro una mujer que lo deslumbró. La

acompañaba un hombre más joven. Caminaba con gracia, moviendo sus curvas, pero se la notaba ajena al efecto que producían sus caderas al bambolearse por el paso. La cabellera castaña caía desordenada en ondas sobre los hombros. Ella hablaba y reía. David se quedó en silencio, con el gesto sorprendido, como si la pantalla que era su mente se hubiera apagado de pronto en medio de la frase.

Alfonso, que lo escuchaba atento, lo observó con curiosidad y siguió la trayectoria de los ojos que habían congelado su movimiento. Descubrió a la caminante que pasó sin notarlos.

–David, ¿me escuchas? ¿Qué pasó?

La voz de Alfonso pareció sacarlo de un trance. Las manos seguían formando el cuadrado de enfoque.

–¿Qué? ¿Qué dices?

–Tú qué dices. Me estabas contando lo de tu método para hacer enfoque y de pronto te quedaste helado. ¿Has visto un fantasma?

–Nada ha pasado, solo que me pareció ver a alguien conocido.

–Pues si ese alguien es conocido te voy a solicitar, colega, que me la presentes. Una mujer bastante seductora y tiene un andar muy sensual.

–Pero mira que eres loco, Alfonso. Me pareció alguien conocido, pero no lo era. Y si realmente lo fuera, no te la presentaría. Me guardaría el secreto de su identidad y del conjuro de su andar –bromeó David. A pesar de intentar distraer a su amigo, la buscó rápidamente para ver dónde se encontraba, si se había sentado en alguna de las mesas. Pero no la volvió a ver. La misteriosa mujer había desaparecido.

–David Soto se ha vuelto a enamorar.

–No seas pesado, ¿quieres?

–Pues que te he pillado mirando a esa mujer y he visto algo que nunca antes.

–Pues te equivocas.

–Puede ser, pero si fuera de ese modo te haría ver más humano.

–¿Cómo más humano? Explícame, que no comprendo. Si soy humano como tú y como todos, que debajo de la piel tengo sangre, venas, carne y músculos, como todos.

–Es que tu vida es tan solitaria, sin ninguna mujer que te acompañe… Pareces un tipo duro, casi un robot.

–Pues, venga, que no deseo que otra vez me destrocen el alma. Así que, cuando tengo ganas de compañía, llamo a alguna de las amigas que me ha dejado su número de teléfono. No voy por las calles de Madrid rompiendo corazones, prometiendo relaciones con las que sé que no cumpliré. Soy honesto. Quiero lo que quiero y punto.

–¿Y qué es eso que quieres?

–Una noche de pasión, placer, pero luego nos despedimos y cada uno a su vida.

–Puede ser que tú seas más honesto que nosotros. Pero yo puedo asegurarte que la he pasado de maravillas también… Y cuando creen que me están enamorando, se esmeran tanto por seducirme, por ser las únicas en mi vida, que no puedo lastimarlas y decirles que no lo lograrán, que este corazón no se enamora.

–¿Y tú eres el que dice haber reconocido la llama del amor en mi mirada? Déjame decirte, colega, que no eres una voz autorizada. No reconocerías el verdadero amor aunque lo tuvieras delante de tus narices –David le dio un gran sorbo a la cerveza, necesitaba sentir ese sabor intenso y amargo.

–Puede que sea así. En realidad, no lo busco, pero si me atropella una como esa fémina que pasó hace unos minutos, puedes quedarte tranquilo que no la perdería de vista hasta conseguir su número. Luego disfrutaría de ese cuerpo y la haría gozar del mío. Si el amor llega, pues nadie lo sabrá. El viaje seguro será divertido.

–Sabemos que amor y sexo pueden ir por separado. Uno puede tener buen sexo sin amar. La diferencia entre tú y yo es que yo establezco mis relaciones con claridad. Busco buen sexo, pasarla bien con alguien; no busco amor, reclamos, ni mentiras. Honestidad, sí. En cambio, tú les muestras una película, les das la idea de que habrá amor y solo quieres la parte del sexo de la ecuación. Por eso luego recibes reproches, enojos, y vives en mentiras.

–Sí, es cierto. Me encantan las mujeres enamoradas de mí, pero no logro enamorarme de ninguna.

–El amor, mi amigo, es un sentimiento muy complejo y simple a la

vez. El amor del bueno es aquel que escucha en los silencios, que da apoyo, que pone el hombro para luchar juntos a la par, que ayuda, aunque no se lo pidan y que pide ayuda cuando lo necesita, que confía y que comparte. Eso es amor, así de complejo, y es simple a la vez: se siente o no. Yo ya lo viví, lo perdí, paso. Prefiero no arriesgarme.

–El que no arriesga no gana, dice mi amigo el argentino.

La frase de Alfonso le quedó resonando en los oídos. David quería volver a sentir, pero el miedo era más fuerte.

Y sí, la frase le enfocó el futuro: sin amor no había victoria.

Gerónimo quiso pasear por La Latina. Aparcaron el auto y rodearon un sector de restaurantes por la Plaza de la Paja.

–Dios mío, hijo, qué belleza de lugar.

–Se llama Plaza de la Paja, mamá.

–Pero qué lugar místico.

–Cuando vine por primera vez hice un *free tour*, y la chica que nos dio el paseo nos contó que esto era la antigua morería, era un arrabal situado fuera de la antigua muralla de Madrid. Las callejuelas adyacentes mantienen su antigua fisonomía. La inclinación de esta plaza se debe al barranco del antiguo arroyo de San Pedro.

–Me sorprendes, hijo. Recuerdas todos los datos.

–Es que estoy enamorado de esta ciudad. Además, en este tiempo, aprovechando mis días libres, he conocido muchas ciudades pequeñas y pueblos cercanos. Te encuentras con cada tesoro que te deja sorprendido.

–Me encanta. Ya conoceré yo también. ¿Has viajado con tu auto?

–Al principio me movía en tren y bus. Ahora que he comprado el auto, seguiré recorriendo motorizado. Aunque viajar en tren es cómodo.

–Es cierto, además, así se disfruta de cada detalle que se perdería al conducir. Y ya que sabes tanto de este lugar, cuéntame la razón del nombre tan curioso.

–Pues, verás, originariamente era el gran mercado de Madrid, pero esto fue en el siglo XIII, creo. El nombre se debe a la paja que se

vendía en este lugar, entregada como diezmo al cabildo de la Capilla del Obispo.

–Hijo, amo que seas tan memorioso.

Caminaban a la par, recorriendo el lugar, observando cada detalle, el cielo oscuro como una cúpula pintada y decorada de estrellas luminosas. Todo tenía a Emma obnubilada. Gerónimo estaba feliz de haberla llevado a pie por esa zona.

Al llegar a la parte donde las terrazas gastronómicas invadían el espacio, debieron ponerse uno delante del otro por la estrechez del camino. Él se ubicó a la cabeza para guiar el recorrido.

Caminaron unos ciento cincuenta metros y llegaron al edificio de Milena. Gerónimo tocó el portero eléctrico y ella les abrió. Los esperaba con la puerta de su piso abierta y ella en el umbral.

–Hola, Mile, te presento a mi mamá, Emma –Gerónimo se acercó a su amiga y le dio dos besos en ambas mejillas, a la usanza española. Cuando él se separó, la joven sonrió a Emma.

–Hola, Emma, encantada de conocerla. He escuchado tanto de usted que es como si la conociera –dijo, a la vez que se acercaba para saludarla.

–Hola, Milena. Es un placer conocerte. Por favor háblame de “tú”, que me haces sentir muy vieja –respondió, mientras recibía sendos besos.

–Vale. Encantada de conocerte, Emma –corrigió Milena.

–Yo también –Emma continuó–. Muchísimas gracias por invitarme a conocer tu casa y cocinar para mí. Realmente significa mucho que me abras las puertas de tu hogar.

–El placer es todo mío. Me encanta cocinar para la gente que quiero y Gero es un gran amigo, así que la mujer que lo trajo al mundo, por propiedad transitiva, es mi amiga también.

–Me encantan las analogías que hacen los informáticos, todo relacionado con las matemáticas –bromeó Emma mientras entraban.

–Debo decir en mi defensa –empezó Gerónimo– que las matemáticas están en todas partes. El tema es que solo los que las amamos podemos identificarlas.

–Bueno, soy más de la poesía, de las novelas. O sea, no gastes

tiempo en explicarle a una neófita en las matemáticas cotidianas. Entiendo su utilidad, pero de ahí a verlas en todos lados, hijo, ya me duele la cabeza.

Los tres rieron. Emma se quedó maravillada del pequeño apartamento decorado de modo minimalista. Gerónimo descorchó el vino que habían llevado, mientras Emma entregaba el paquete con confituras a Milena.

Sirvieron el tinto. Brindaron por un nuevo comienzo y luego Milena sirvió la paella, que estaba a punto. Los aromas de los mariscos, el pollo, el arroz especiado inundaban el lugar.

–Eso tiene un perfume, Mile, que invita a comerlo ya mismo –expresó Emma con expectación.

–Espero que les guste. Gerónimo ha comido otros platos tradicionales que he elaborado, pero no la paella.

–¿Y cómo aprendiste, Mile? Es raro que alguien tan joven y que no se dedica a la gastronomía haga comidas tan elaboradas –consultó Emma.

–Mi abuela. Ella amaba cocinar, era su forma de darnos amor. Era una valenciana bastante dura para expresar sus sentimientos. Tal vez no te diera un beso, pero apenas te veía entrar por la puerta, te ofrecía algo rico.

–Qué lindo suena eso, Mile. La gente mayor fue criada con estándares distintos, es cierto. Eran menos expresivos. Un buen plato de comida es una gran demostración de amor.

–Ella era gran cocinera. Tengo un cuadernito con sus recetas, aunque era muy celosa de ellas y me temo que ha escondido algún ingrediente, puesto que no logro que tengan el mismo sabor.

–Yo sospecho que te dio todos los ingredientes, pero la mano de la cocinera también le suma sabor. Mi mamá solía pasarme sus recetas; yo las seguía al pie de la letra, pero nunca logré que las cosas me quedaran igual –Emma recordó con nostalgia.

–Puede ser. Ahora ustedes dirán qué tal me ha salido esta paella.

Los tres dieron el primer bocado y, de manera automática, cerraron los ojos al sentir que sus bocas se inundaban de sabores y texturas. El arroz cremoso, a punto, con el sabor del azafrán, los mejillones, las

almejas, los camarones, los langostinos y el toque de pollo eran una explosión para el paladar y las papilas gustativas. Era como estar a orillas del océano, pero seguir pegado a la tierra; una mezcla muy interesante.

–¡Niña! –expresó Emma–. Esto es un manjar.

–Está muy sabroso, Mile –confirmó Gerónimo.

–Gracias, me alegro mucho de que les guste. Estaba algo nerviosa, ahora podré relajarme – respondió la joven sonrojada.

La cena continuó entre charlas y consejos a Emma sobre qué lugares conocer en Madrid. Armaron un listado de los sitios que debía visitar antes de empezar a trabajar. Emma llevaba en su cartera el cuaderno de bitácora que le había regalado Abril y allí fue anotando los nombres, los medios de transporte que podía usar y los horarios más convenientes.

–Emma, pero qué belleza de agenda. Es muy original, ¿me permites verla de cerca? –preguntó sorprendida Milena.

–Por supuesto –dijo Emma, y le entregó el cuaderno para que lo observara–. Es una creación de mi hija Abril. Ella es muy artística.

–Está muy bien diseñada y tiene texturas, fotos. Muy linda. Si se pusiera una tienda virtual para comercializarlas, estoy segura de que vendería muchísimas.

–Le voy a transmitir tu mensaje, muy buen dato.

Milena ofreció tomar el café en el balcón, donde tenía dos sillones de exterior, y acercó un puf redondo. Sirvieron las tazas y llevaron las confituras al pequeño palco que les dejaba espiar La Latina en una hermosa noche de estrellas.

Emma disfrutaba el amargor de la infusión y la dulzura de los pequeños postres que habían comprado. Milena y Gerónimo se habían puesto a charlar sobre el trabajo, y Emma se asomó a la baranda. Apoyó las manos y, sobre ellas, el rostro. Su mirada recorrió el cielo y luego bajó hacia la gran cantidad de gente que se movía entre mesas de restaurantes. Ese barrio tenía una vida nocturna increíble, a pesar de tratarse de un día laboral.

Le llamó la atención un hombre que caminaba solo; lo vio moverse con lentitud. Un caballero muy elegante. Llevaba un sombrero al estilo

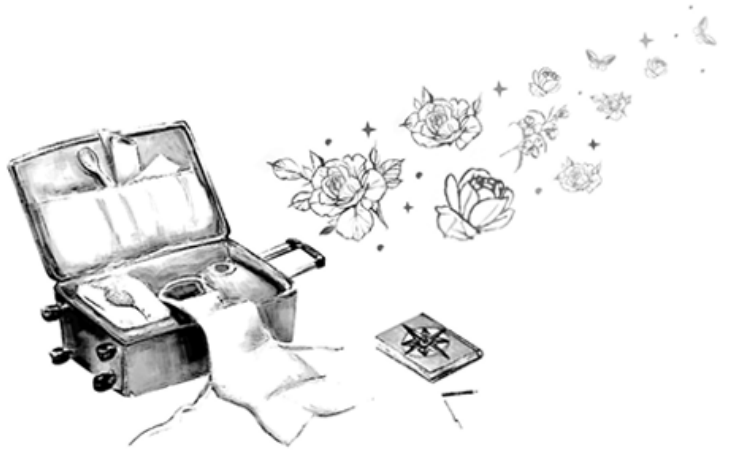
que usaba Raymond “Red” Reddington, en la serie The Blacklist. Muy distinguido y con personalidad. No llevaba un teléfono en la mano; se movía con parsimonia, disfrutando cada paso. Llevaba las manos en los bolsillos del saco. No alcanzó a ver su rostro; la altura del balcón y el ala del gorro se lo vedaron, pero podía jurar que respiraba paz. De pronto hizo un paso de baile, un salto, como si bailara en pareja un vals, sin sacar las manos de su abrigo liviano, solo con las piernas, y siguió su camino.

Emma rio y sintió que algo de la paz de ese hombre entraba en ella. Inmigrar, cambiar de tierra en busca de otra clase de vida, había sido su intención. Pero, en realidad, encerraba un proceso mucho más profundo que solo subir a un avión e instalarse en otro lugar. Migrar había sido para ella su forma de explorar el afuera para encontrarse ella en su interior. Inmigrar, en definitiva, era la transformación que buscaba para ella y su vida.

Había hecho una apuesta fuerte, había vendido todo lo que tenía. Lo había entregado todo al universo y en ese minuto le estaba dando una respuesta.

Tenía un trabajo estable y un nuevo hogar…

Ya se encontraba en su destino.



Capítulo 4

El trabajo era bastante monótono para él. Variaban los casos a resolver, pero los caminos de la investigación siempre se parecían. La brújula interna lo llevaba a repetir senderos, que se mostraban en cada delito que le tocaba investigar, pero todos partían de los mismos orígenes: infidelidades, venganzas, deudas, herencias, peleas. Algunos eran crímenes más elaborados, más pensados, con malicia y detenimiento, y otros surgían en el fragor de una discusión, sin premeditar, sin medir consecuencias.

Se sentó en su oficina con la taza de café humeante. A pesar del calor, tomar una taza de café siempre era una buena idea para David. Sentir el sabor amargo bajando por la garganta era reconfortante. Le gustaba negro, sin crema ni azúcar.

Se puso a reflexionar. Qué terrible era el rencor, un sentimiento oscuro, denso, alquitranado, que manchaba todo a su paso. Era como una manta líquida que iba cubriendo cada recuerdo, cada acción, enturbiando la percepción que se tenía de ellos. Cuando alguien

cometía un crimen, el rencor aparecía en la escena. Se veía en la brutalidad de las heridas del cuerpo o en los desmanes generados en el espacio donde ocurrieron los hechos. Un engaño, un robo, una estafa generaban rencor en los que lo habían padecido, y ese humor destilaba veneno en sus mentes, hasta que el plan comenzaba a abrirse camino y luego se materializaba. Esos escenarios se planteaban como un juego de ajedrez: cada pista era un movimiento del delincuente y la policía replicaba respuestas con la investigación. En los casos en que no había habido plan, sino que habían ocurrido en la inmediatez de la furia del victimario, la violencia se descargaba con vehemencia en el cuerpo de la víctima. Esas escenas solían ser impresionantes.

Se quedó mirando la pared donde había anotado pistas y los datos comprobados hasta ese momento de la desaparición de Miguel Ángel Tiscornia.

Había armado un mapa conceptual en la pared con fotos y líneas rojas. Miguel Ángel tenía una familia: esposa, dos hijos pequeños, padres, un hermano. Los niños estaban en etapa escolar. La esposa era diseñadora de modas. Los padres eran gente humilde, jubilados ambos, sin problemas ni enemigos aparentes. El hermano trabajaba con Miguel Ángel en la empresa que ambos habían creado de la nada. Había fotos de cada uno. Además, pegó las fotos de la Land Rover 2018 que conducía, del interior de la todoterreno, de las manchas de sangre, de las partículas en el piso del vehículo.

La pared lucía también los informes de balística y de la policía científica. El casquillo, que había quedado en el parante del lado del acompañante, indicaba que provenía de un revólver treinta y ocho corto. Se había encontrado un goteo de sangre entre las butacas delanteras, sobre un panel de madera que contenía la palanca, y el cuero color beige claro de los asientos también presentaba rastros. El casquillo tenía fibras y algo de tejido. Todavía esperaba los resultados de Científica, pero ya anticipaba que la bala había atravesado el brazo de Miguel Ángel.

Si alguien estaba sentado atrás, podía ser por dos razones. Una, que el asiento del acompañante estuviera ocupado con una tercera persona; dos, que el atacante se hubiera escondido en el auto y

hubiera revelado su presencia cuando disparó.

La zona donde se había encontrado el auto era bastante movida. Se trataba de las Cuatro Torres Business Area, un parque empresarial junto al Paseo de la Castellana, en el barrio de La Paz. En ese complejo se encontraba el edificio de más altura en toda España, la Torre de Cristal. En cada uno de esos rascacielos tenían su sede diferentes empresas multinacionales. Cada torre tenía varios pisos subterráneos destinados a estacionamiento y se habían construido, también bajo tierra, accesos por carretera al parque empresarial. El auto de Tiscornia había aparecido en uno de los seis pisos de aparcamiento subterráneo de la Torre de Cristal. Ese lugar podía albergar 1250 vehículos y uno era el del empresario desaparecido, así que pidieron una orden para ver los videos de seguridad del piso.

Había habido una llamada horas después de la desaparición. Una voz distorsionada indicó que lo tenían en su poder y que pensaban intercambiarlo por dinero. También dijo que volverían a llamar en unas horas y que no se comunicaran con la policía.

Javier Tiscornia, el hermano, no solo llamó a la policía, sino que además salió a hablar con los medios de comunicación. Según su propio testimonio, no estaba dispuesto a ceder ante delincuentes. Quería a toda España buscando a su hermano y pagaría a la gente que pudiera dar datos.

Eso complicó de manera notable el trabajo de David. Había dos números telefónicos asignados para atender las llamadas de la gente y la mayoría eran datos inservibles. En su cabeza se iban encendiendo diferentes preguntas, como si se tratase de las pantallas del tráiler de un film:

¿Qué hacía el empresario en ese lugar? ¿Por qué no le había indicado a su secretaria qué reunión tenía esa mañana? ¿Por qué la rapidez de Javier en dar la noticia a los medios de comunicación? ¿Se llevaba bien con su esposa? ¿Había amantes? ¿Era feliz? ¿Cómo era la relación con su hermano? ¿La empresa tenía deudas? ¿Había enemigos comerciales, competencia, que pudieran querer vengarse por algún motivo?

Las preguntas atormentaban a David. Siempre le ocurría eso cuando empezaba una investigación. A medida que comenzaban a

explorar cada uno de los interrogantes, encontraría respuestas. Había citado a su equipo a las ocho de la mañana y en unos minutos comenzarían a llegar para aportar los datos que habían investigado cada uno.

Terminó su primer café. Abrió la puerta de su despacho. Fueron entrando cada uno de los que conformaban su equipo, junto con Francisco y su grupo de investigadores. Eran diez en total. Se presentaron y tomaron asiento.

–Agentes, debemos trabajar juntos. En este espacio todas las teorías serán escuchadas y trataremos de atar los cabos sueltos. ¿Están de acuerdo?

–Creo que hablo por todos al decir que sí. Nos parece de mucha ayuda trabajar de este modo y, si les parece, vamos directamente al caso y a sus pistas –respondió de manera profesional Francisco.

–Bien. Me parece perfecto. Los escucho. –David se sentó y les cedió la palabra.

–Virginia, presenta, por favor, los datos de balística y de la científica –solicitó Francisco.

–Buenos días –saludó la mujer que se puso de pie y entregó varias carpetas con los datos–. Como sospechábamos, la sangre es del desaparecido. La trayectoria de la bala muestra que quien disparó se encontraba detrás de él y posiblemente su estatura fuera menor, o al menos su mano estaba por debajo del hombro de Tiscornia. El ángulo del disparo muestra una orientación hacia arriba. El casquillo tenía tejido, sangre y fibras de tela. Todo coincide con el empresario. Según la esposa, salió de su casa vestido con un traje color gris acero y camisa blanca. Nos entregó una camisa de la misma marca y color que él llevaba puesta. Las fibras coinciden. Esto nos hace preguntarnos para qué realizar un disparo en un brazo si la idea es secuestrarlo y devolverlo sano y salvo luego de cobrar un rescate.

–Y aquí nos detenemos en ese punto. Nunca realizaron el llamado para pedir el famoso rescate –interrumpió Alberto, un agente del equipo de David.

–Ese era mi siguiente punto –coincidió Virginia.

–Bien. Hagamos una línea de tiempo –propuso David–. Alberto,

toma el bolígrafo. Iremos armando los puntos cronológicos. Sabemos que se lo llevaron a las 10 a. m. Desayunó a las 7 con su esposa. Tiscornia salió a las 7.30 y se despidió de ella en el comedor. La mujer salió en su auto a llevar a sus hijos a la escuela a las 8.30 y los dejó a las 9. Tiscornia entró en su oficina a las 7.49, según los registros del edificio. Estuvo allí unos minutos y salió de nuevo a las 8.20. Entre esa hora y la desaparición en la Torre de Cristal, no tenemos registros.

–Hemos pedido informes de las cámaras de las calles y de los edificios que hay en el barrio. En unas horas tendremos acceso a ellos –aclaró Francisco.

–Perfecto. Propongo repartir los temas. Estamos contra reloj. Me temo que si no hay una llamada de los secuestradores pronto, podemos empezar a sospechar que el señor Tiscornia está muerto. Las primeras 24 horas son cruciales en estos casos. El hecho de que haya tomado estado público acortó los tiempos y no en su favor. –David se quedó pensativo. En menos de dos horas el plazo se cumpliría.

–Bien, ¿cómo prefiere dividir a los sospechosos? –consultó María Ester, otra agente.

–Nosotros trabajaremos con el entorno familiar y ustedes pueden encargarse del ámbito laboral, si les parece bien –respondió David. Francisco hizo gesto afirmativo con la cabeza–. Alberto, tú te ocuparás de la esposa. Quiero toda la información sobre ella: sus costumbres, ocupaciones, rutinas, si tiene amigos, amantes, incluso el número que calza y el talle de su ropa. Todo. Pides el permiso para revisar su teléfono, mails.

–Entendido –Alberto anotó en su libreta.

–María Ester, tú seguirás a los padres de Tiscornia. Tienen una vida social bastante activa.

–Bien, me pondré a trabajar en ello.

–León, quiero los nombres de sus amigos. Si hay amigas, también quiero que las investigues.

–Hecho, jefe.

–Yo me encargaré de Javier Tiscornia y el hermano.

–Perfecto. Entonces nosotros nos encargamos de Transportes Tiscornia –agregó Francisco–. Virginia, quiero que trabajes con la

secretaria. Debemos conocer su agenda completa y descubrir quiénes lo visitaron en las últimas semanas. Ya tenemos permiso para acceder a las llamadas y mensajes telefónicos del secuestrado; quiero que los analices.

–Enseguida, señor.

–Lorenzo, a ti te tocará la parte económica de la empresa. Trabaja con los contadores. Quiero que revises los libros, las transferencias, las operaciones. Te ayudarán Beltrán y Ciro. Saben que cuentan con toda el área de informática a su favor y están habilitados a solicitar cualquier pericia que crean necesaria.

–Bien –respondieron casi al unísono los tres agentes.

–Aitana, trabajarás conmigo. Vamos a investigar a los competidores de Transporte Tiscornia. –La mujer hizo gesto con la cabeza aceptando la tarea.

–Entonces, ya nos ponemos a trabajar. A las cinco de la tarde nos encontramos en este mismo lugar para hacer una puesta. –David daba por terminada la reunión–. Les pido a todos que estén pendientes del teléfono. No bien tengamos las cintas del aparcamiento, vamos a contar con información crucial.

–Si le parece, señor, puedo comunicarme para acelerar esos permisos. Intentaré obtenerlos antes del mediodía e iré yo misma, con otro agente, a revisar las cámaras. Los padres de Tiscornia viven cerca del cuartel y puedo verlos ahora mismo –ofreció María Ester.

–Excelente, María Ester.

Todos se levantaron y se despidieron. Salieron de la oficina. Francisco quedó último.

–Esto me huele raro, papá. No me gusta nada que los tipos no hayan vuelto a llamar.

–Pues sí, me ha parecido lo mismo. O la familia ya pagó y no nos lo dijeron, o nunca llegaron pedir el dinero para el rescate.

–Pero que lo hayan pagado y no nos hayan avisado no tendría sentido. Y la otra opción es poco entendible. De todos modos, las dos posibilidades apuntan a lo mismo. Si pagaron y no entregaron a Tiscornia, está muerto. Si no llamaron por la movida mediática, entonces otra vez llegamos al mismo punto. Muerto.

–Coincido, hijo. Algo no termina de cerrarme. Espero que estemos equivocados.

–Ojalá así sea, papá. Me voy. Aitana me espera para empezar las pesquisas.

–Aitana es muy bonita.

–Papá, no empieces. Somos compañeros de trabajo, nada más. –Francisco puso los ojos en blanco.

–Me pareció ver mucha confianza entre ustedes, ella te miró y te respondió sin hablar.

–Sí, porque hemos trabajado juntos desde la academia. Fuimos compañeros. Nos conocemos bien y trabajamos en muchos casos antes. Tenemos confianza. Punto final. No hay nada más.

–Está bien, hijo –David levantó los brazos, como dándose por vencido–, está bien. Prometo no volver a molestarte con este tema. Solo preguntaba. No es que te vea casado con ella. Tal vez un revolcón y nada más.

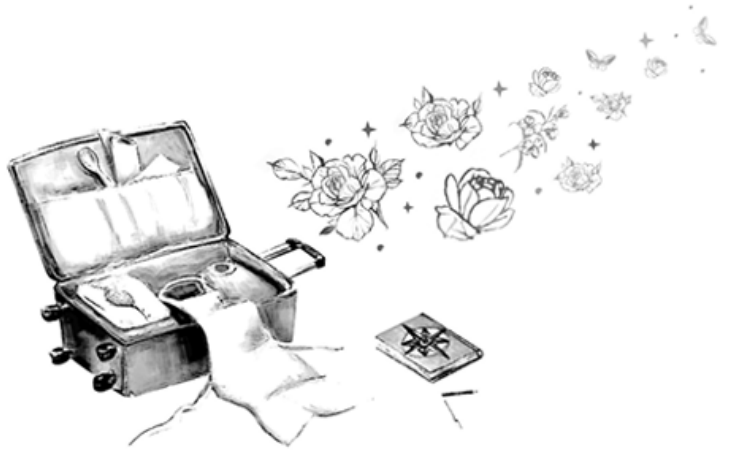
–No somos más que compañeros. Te lo repito. No hay otro tipo de relación entre nosotros más que la camaradería.

–No te enojes, Fran. Te pido disculpas si toqué un tema inconveniente. Creo en lo que me dices. Ya que me lo has aclarado, estamos bien.

–Descuida, no estoy enojado.

Ambos se abrazaron fuerte y se despidieron. Los esperaba una investigación plagada de incógnitas por descubrir.

Unos minutos después de salir de la Guardia Civil, tendrían que desatar el primer nudo.



Capítulo 5

Emma y Gerónimo tenían turno por la mañana para el empadronamiento, un registro administrativo usado por los ayuntamientos para mantener una base de datos actualizada sobre quién reside en los municipios. Luego debían realizar otro trámite para obtener un documento de identidad europeo. Su hijo, para ganar tiempo, ya había hecho varios trámites online.

Cuando terminaron de presentar todo lo requerido, les indicaron que podrían retirar la tarjeta en unos días, que ellos iban a comunicarse. Gerónimo se ofreció a acompañarla a almorzar, porque ambos estaban famélicos, y luego debía irse a su trabajo.

Fueron a la Plaza Mayor y la recorrieron absortos ante su inmensidad. Una plaza porticada que era el corazón del casco viejo de la ciudad y el punto de partida ideal para visitar uno de los barrios con más encanto. Un espacio rectangular completamente cerrado por edificios de tres plantas, con balcones que daban a la plaza. Emma se paró en el medio y fue girando con lentitud para captar cada cuadro

que iba identificando al moverse.

–Juro que cada vez que piso la Plaza Mayor me vuelvo a sentir un recién llegado a Madrid, mamá. Es imponente, ¿no crees?

–Es increíble, hijo. Sácame fotos, así le muestro a tu hermana –propuso y le entregó su teléfono.

Gerónimo tomó las fotos. Luego de recorrer todo el perímetro a paso lento, la invitó a comer bocata de calamares, un manjar madrileño que debía probar.

Caminaron hasta el bar La Campana, famoso por sus mariscos. Tardaron apenas dos o tres minutos en llegar y debieron esperar en la calle a que se hiciera lugar dentro para sentarse a una mesa y degustar la popular comida.

Los bocatas resultaron unos panes enormes, abiertos al medio y repletos de calamares empanados y fritos, pero de un tamaño asombroso, acompañados de una salsa alioli y una "brava", es decir, picante.

–España me ha recibido con los brazos abiertos, entre la paella de ayer y las rabas de hoy...

–Este lugar no es muy caro, y como verás, es visitado por muchísimos locales y por turistas. Su comida es riquísima.

–La verdad es que estoy sorprendida. Además, es un bar que tiene mucho tiempo de inaugurado, ¿no es así?

–Así es. No sé con exactitud la cantidad de años, pero hace mucho. Espera que consulto con alguien de aquí. –Gerónimo se levantó y se acercó al mostrador. Uno de los hombres que allí se encontraba se puso a charlar de buena gana. Minutos después, regresó–: Casi un siglo, mamá, que el local está abierto, y casi setenta años que se dedican a hacer los bocatas.

–Sí, se nota que hay tradición. Gracias, hijo. ¿Y ahora adónde vamos?

–Pues yo a trabajar. Mi jefe me dio permiso hasta el mediodía. Caminemos juntos unas cuadras, luego vas a la Puerta del Sol y te puedes sacar todas las fotos que quieras. Para regresar a tu casa, puedes tomar el metro o un taxi. ¿Te animas?

–Por supuesto, hijo. Crucé un océano. No me voy a perder en

Madrid. Si me veo complicada, abro la aplicación que me enseñó a usar Abril, esa que se llama Maps.

–Bien, me gusta esa actitud. Vamos a la Puerta del Sol, entonces.

Salieron del bar caminando a paso lento. Apenas en seis o siete minutos llegaron al lugar. Gerónimo se despidió y se fue a tomar el metro para ir a su trabajo.

Emma comenzó a recorrer la Puerta del Sol con la mirada. Recordó que había leído, en algunos sitios de turismo, que recibió ese nombre debido a que era en una de las puertas de la muralla que rodeaba Madrid en pleno siglo XV y estaba orientada hacia el nacimiento del sol. La emoción la inundó. Vio primero la estatua del Oso y el Madroño, un símbolo madrileño; luego las fuentes, una zona ajardinada en el centro de la plaza y después la famosa Casa de Correos.

Dio algunos pasos para adentrarse en ella, y recorrer cada sector con detenimiento. Se detuvo junto a la Casa de Correos, donde había gente que miraba el piso, y se acercó para espiar. Se trataba de la placa que indicaba que ese punto era el kilómetro cero de las rutas de España. Una laja, no muy grande, de granito y latón. Leyó las letras doradas: “Origen de las carreteras radiales”, y vio el mapa de España en granito, atravesado por líneas en latón áureo que representaban las carreteras y las agujas de una brújula.

Le pareció algo muy simbólico encontrar esa baldosa justamente en su primer día de visita en la nueva ciudad. Pisar el kilómetro cero implicaba estar en la línea de partida, preparada para disfrutar el camino que eligiera. Ese punto simbolizaba un inicio, un origen, una partida, un antes y un después, un mojón en su vida. Era una señal del universo. Acomodó los pies para estar casi por completo parada en el espacio indicado. Levantó el celular por encima de su cabeza y apuntó la cámara hacia abajo. La imagen la mostraba de cuerpo entero. Sacó la selfie. Antes de salir, tomó una foto más de cerca, agachándose y mostrando las puntas de sus zapatos sobre el lado recto del mosaico; la frase se leía a la perfección. Luego se hizo a un lado, porque había gente que esperaba que ella saliera de allí para realizar la misma acción.

Les envió las fotografías por WhatsApp a su amiga Sandra y a Abril, con un texto, a manera de epígrafe:

> El universo me da un nuevo comienzo, Madrid es el punto de partida… ¿Cuál será el punto de llegada? No lo sé, la banderita a cuadros no se ve en el horizonte. Disfrutaré el camino que empieza con este primer paso.

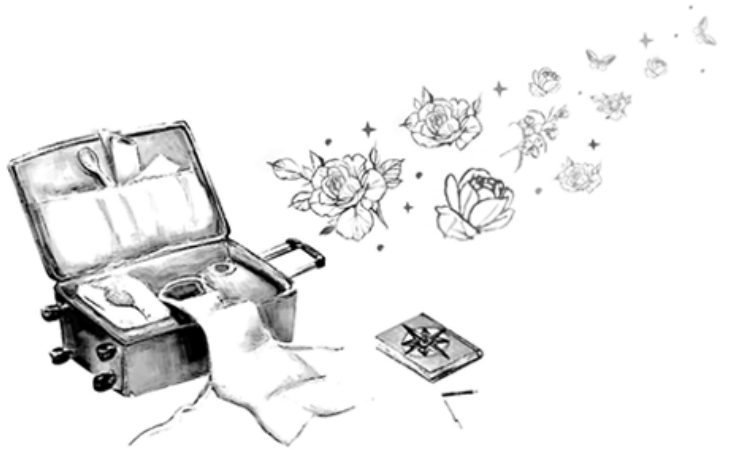
Esa foto iba directo a su cuaderno de bitácora, junto con la frase. Se quedó tomando fotografías al reloj de la Casa de Correos, que es el que canta las doce campanadas para marcar el cambio de año, mientras los españoles comen las doce uvas. Ya había decidido que en Nochevieja iría a ese lugar. Año nuevo, vida nueva, lugar nuevo, costumbres nuevas.

Luego decidió caminar hasta encontrar la Gran Vía. Según la aplicación, estaba a unos diez minutos caminando.

Cuando llegó, se sorprendió porque las fotos que había visto mostraban una calle distinta. Se acercó a un policía y consultó si estaba en el lugar correcto. El hombre, con mucha amabilidad, le explicó que desde abril habían realizado una gran remodelación. En ese mes, septiembre, estaban entrando en la etapa final. Se suponía que en noviembre se iba a realizar la gran inauguración. Ya se podía adivinar lo bellísima que iba a quedar, mucho más ecológica. Empezó el paseo observando los detalles que le había marcado el agente: nuevos semáforos, bancos de piedra y de madera, gran cantidad de árboles. Se redujeron dos carriles de autos y se sumó espacio a las aceras, para aumentar el tránsito peatonal y vías para bicicletas. Era un nuevo comienzo para la ciudad, mucho más sano y pensando en el planeta.

¿Otra señal del universo? Tal vez…

Buscó un taxi, la sonrisa que llevaba tatuada en el rostro no se perdería por algún tiempo. La vida le dejaba pistas y ella esperaba interpretar de modo correcto cada una. Había sorpresas por descubrir.



Capítulo 6

Las pesquisas iban bastante adelantadas. Habían pasado cuatro días desde el secuestro, sin llamadas por rescates. No había tiempo que perder, por eso David reunió a toda su gente. El trabajo en equipo era primordial para él. La reunión comenzó cuando entró Alberto, que traía el informe sobre la esposa.

–Bajen las luces y vamos viendo las imágenes que acompañan a cada carpeta –indicó organizativo Francisco.

–Si me permiten doy comienzo con la esposa –tomó la voz Alberto. En ese momento apareció en la pantalla la imagen de la mujer–. Sabrina Olivos, 38 años. Dos hijos: Martín y Faustino Tiscornia, de 8 y 10 años respectivamente. La mujer es diseñadora de modas de alta costura, tiene un local en la Gran Vía y es famosa entre las mujeres de la alta sociedad madrileña. Deja a sus hijos en la escuela cada mañana y los retira la abuela materna. En la casa familiar queda personal de servicio que se encarga de los quehaceres: Carola es la cocinera, Yolanda es la que se encarga de la limpieza y las compras y Joaquín es

el jardinero, un hombre de unos sesenta años.

–¿Cómo se lleva el matrimonio? –Francisco iba directo al punto.

–A simple vista, parecería que bien. El personal solo refiere discusiones normales y no muy frecuentes. Los dos se van temprano y no regresan casi hasta el anochecer. La mañana del secuestro, Sabrina dejó a los niños, pero no entró en la tienda hasta casi el mediodía. Su socia mintió, dijo que había llegado a las diez, pero las cámaras externas del negocio de al lado la muestran entrando a las 11.55. Hay un espacio de tiempo entre las 10 y esa hora en que no sabemos aún dónde estuvo. Sospecho que con algún amante, y su socia la cubre.

–Supimos –continuó Beltrán, tomando la palabra–, por la contabilidad de la empresa, que se pagó la suma de quinientos mil euros el día del secuestro. ¿Ella estaba al tanto del pago?

–Afirma que los secuestradores llamaron a la empresa, no a su celular, aunque encontró una llamada perdida de un número desconocido, un celular descartable. Tal vez intentaron hablar con ella primero, pero la señora no atendió o no tenía recepción en el lugar donde se encontraba. Dice además que no pidieron rescate, que quedaron en volver a llamar, pero no lo hicieron. Pedí a la gente de informática que triangulen la ubicación de Sabrina esa mañana. De acuerdo con las antenas con las que se conectó su celular, estuvo en esta zona –prosiguió Alberto, mostrando el mapa de la ciudad y la zona específica–: el Retiro.

–¿Tenemos algún amigo, amiga o familiar que viva allí? –consultó María Ester.

–El hermano de Tiscornia. Él vive en un piso en esa zona –David fue terminante.

–No sería la primera ni la última esposa en acostarse con su cuñado –opinó Beltrán.

–Es cierto. ¿Cuál es la coartada de Javier Tiscornia? –Francisco hablaba y anotaba a la vez.

–Javier Tiscornia salió de su casa a las 7.30, llegó a la empresa a las 8 –David leía sus anotaciones–. Según la secretaria, se reunieron con su hermano unos minutos antes de que Miguel Ángel saliera enojado y no volviera más. La discusión, según Ana Clara, la secretaria, era sobre

unas operaciones desde Portugal. No llegaron a un acuerdo y Miguel Ángel salió de la oficina ofuscado, a las 8.20. Según declaró el mismo Javier, se fue a andar en su auto para calmarse. Regresó a la empresa a las 12.

–Tenemos tres blancos en las coartadas. Debemos rellenar con datos. ¿Dónde estuvo Sabrina entre las 9.30 y las 11.50? ¿Por qué no atendió el llamado? ¿Dónde se encontraba Javier entre las 8.20 y las 12, cuando volvió a la empresa? ¿Adónde se fue Miguel Ángel entre las 8.20 y las 10, hora en que fue secuestrado? –dijo Francisco.

–Tiscornia Transportes tiene varios contratos con empresas alimenticias, algunos con el gobierno –tomó la palabra Aitana–. Se encargan de transportar, entre otras cosas, papel y cartón sin estucar, de los tipos utilizados para escribir, imprimir u otros fines gráficos. Ya que menciona Portugal, es uno de los países que más exporta ese material y lo vende a España. Esta empresa tiene contrato con varias papeleras portuguesas. Si la discusión entre los hermanos fue por ese tema, podríamos revisar más en profundidad los contratos y las entradas de camiones con ese material.

–Es buena idea, Aitana –aseguró David–. Puede que entre el papel traigan otra cosa, deberíamos comunicarnos y trabajar con la gente de la Comisaría General de Policía Judicial y con los de Aduana. Debemos relacionar las entradas de los camiones al país y si hubo algún tipo de investigación sobre entrada de estupefacientes con ese origen. ¿Ustedes podrán hacer el contacto y la triangulación de la información, Francisco?

–Dalo por hecho. Enseguida nos comunicamos.

–Necesitamos saber lo antes posible dónde estaban Sabrina y Javier al momento del secuestro. Presionen todo lo necesario. Yo me encargo de Javier –propuso David.

–Bien, volveré a hablar con la socia de Sabrina –agregó Alberto.

–Como saben, logramos dar con las grabaciones del piso subterráneo donde se encontró la camioneta de Tiscornia –siguió Francisco, apretó el control remoto y las pantallas comenzaron a reproducir el video–. Lo estuvimos estudiando. Observen que Tiscornia llega manejando su vehículo y ya está acompañado. En el

apoyacabezas del acompañante se puede divisar una cabeza, a pesar de la tonalidad oscura de los cristales. Se quedan dentro discutiendo. Ahora pondré cuadro a cuadro para ir viendo lo que sucede.

Un rodado negro, pequeño, se estacionaba a su lado. Del sitio del acompañante, bajó alguien con un abrigo bastante grande, con capucha. No se lograba ver el rostro, o identificar si era hombre o mujer. Por el tamaño, podía suponerse que era un hombre. Subió al auto de Tiscornia, al asiento trasero. Unos minutos después, se vio el fogonazo del disparo. El intruso de capucha bajó y abrió la puerta de Tiscornia, quien se encontraba sin sentido. En el vehículo estacionado, cuyo conductor nunca había bajado, se abrió la cajuela de manera automática y, en un movimiento muy rápido, la víctima fue trasladada allí. El acompañante de Tiscornia salió del auto, se paró justo detrás de una columna, por lo cual su rostro quedaba oculto. Vestía un saco negro largo y, en uno de sus movimientos (se podía adivinar que gritaba, discutía con el que había disparado), podía verse el cabello oscuro y largo. Nada definitivo: podía ser un hombre delgado y de cabello largo, o una mujer corpulenta con cabello largo. El sospechoso le entregaba una caja, o algo similar. El auto que trasladaba al cuerpo de Tiscornia salía raudamente del estacionamiento después. La persona que había llegado con Tiscornia subió a uno de los elevadores.

–¿Tenemos alguna imagen de esa persona dentro del elevador? –preguntó María Ester.

–Seguimos su salida con todas las cámaras posibles. En todos los ángulos ocultó el rostro –respondió enseguida Francisco–. De todos modos, tenemos gente de informática tratando de detectar cualquier pequeño detalle que nos ayude a identificar al entregador o entregadora.

–Por lo pronto, descartamos a la esposa como entregadora. No llevaba esa ropa el día en cuestión y es bastante menuda –agregó Alberto.

–Es cierto –David continuó–. Los tipos fueron muy rápidos. El pequeño auto estaba preparado para pasar inadvertido. Lo inmovilizaron con el disparo.

–Lo cual no tiene sentido si pensamos que la idea original era pedir

un rescate –reflexionó Aitana–. Digo, lo óptimo hubiera sido, si prepararon con tanto tiempo un secuestro, inmovilizarlo sin lastimarlo. Además, los rostros de quienes participaron quedaron al descubierto para Tiscornia. Esto me huele a un ajuste de cuentas o una deuda.

–Tal vez quisieron disfrazar el hecho como un secuestro, pero el final era el asesinato –sumó María Ester.

–Me temo que tienen razón ambas –acordó David–. Estoy a la espera de los mensajes y llamadas de la línea del hermano de Tiscornia. Ahí podremos sacar alguna información, estoy seguro.

–Los padres de los Tiscornia no tienen enemigos, ni actitudes sospechosas –continuó María Ester–. Se llaman Manucho Tiscornia y Carmen Segovia. Casados hace más de cuarenta años, ella fue siempre ama de casa, se encargó de la crianza de sus hijos. Don Manucho empezó con un solo camión, él lo manejaba. Pasaba largas temporadas en la carretera. Cuando sus hijos fueron mayores, logró comprar dos camiones más. Su idea era que sus hijos los condujeran. Pero la idea de ellos era otra. Miguel Ángel hizo una carrera de grado en administración y dirección de empresas, en la Universidad Carlos III, de Madrid. Javier quiso estudiar lo mismo, pero abandonó al segundo año. Crearon Tiscornia Transportes, ambos armaron la logística, contrataron choferes y consiguieron los primeros contratos locales. Luego llegaron más camiones, más choferes y los contratos internacionales.

–¿Cómo lograron tener la primera flota? –consultó Francisco.

–Según sus archivos, la compra de los dos primeros camiones la hizo el padre con ahorros. Los siguientes fueron inversión. Por lo que muestran los registros históricos de los libros de contaduría, los tres primeros años tuvieron muchas ganancias, pero se utilizaron en la compra de vehículos nuevos; ninguno de los dueños sacó un duro para sus arcas personales, solo lo necesario para subsistir. A partir del armado de la flota, las ganancias se triplicaron y ellos empezaron a gozar de una vida de lujos que nunca habían tenido –expresó Lorenzo.

–Don Manucho se jubiló, pero siguió conduciendo su camión hasta ese día. Nunca se sintió cómodo con ser dueño de la empresa. Sus

hijos le otorgaron una cantidad de dinero, con intereses, en compensación por esos primeros vehículos que había comprado para ellos. Actualmente ambos ancianos viven en una casa que les compraron sus hijos y se mantienen con la pensión de Manucho y lo que reciben por mes de intereses de aquel dinero que sus hijos le devolvieron. No se dan grandes lujos, viven como lo hicieron siempre. Asisten a las fiestas anuales de la empresa de sus hijos, participan activamente en el club social de la zona. En el momento del secuestro estaban realizando la compra del supermercado, la hacen una vez por semana ellos mismos. No tienen servicio doméstico, solo una mujer que va a la casa dos veces por semana para hacer la limpieza. Ellos mismos hacen sus compras y cocinan –terminó María Ester.

–Hemos trabajado con la gente de contaduría de la empresa –habló Beltrán–. Nos han facilitado los balances de cada año y copia de los contratos.

–Es un océano de datos. Nos va a llevar más tiempo encontrar alguna información que nos sirva –aclaró Ciro.

–Entiendo. Trabajen lo que sea necesario; si necesitan sumar gente, nos lo hacen saber –respondió David–. ¿De los amigos de Tiscornia sabemos algo?

–Sí. Según la esposa, la secretaria y sus redes sociales, pude determinar tres amigos más cercanos –comenzó León–: Juan José Zaldívar, dueño de dos de los restaurantes más caros de Madrid; Vicente Castillo Centurión, el presidente de una SAAS, que se llama "Centauro".

–¿Una SAAS? ¿Qué es? –consultó Alberto extrañado.

–Es un acrónimo de *software as a service* –explicó León–. Se trata de una empresa que presta servicios de software a través de internet. Es decir, ofrece a los usuarios la posibilidad de conectarse a aplicaciones alojadas en la nube. Al optar por este modelo, los empleados de una organización pueden acceder de manera remota a toda la infraestructura de la organización simplemente a través de la web. Para ello es necesario confiar en un proveedor de servicios en la nube que proporcione una solución de software integral al que se otorga el control para alojar toda la infraestructura de la compañía en su centro

de datos. El señor Castillo Centurión es presidente de una de las primeras que se fundaron en España. El tipo es millonario.

–¿Y el último de los amigos? –preguntó Aitana.

–Agustín Salamanca, es diseñador gráfico y tiene una empresa de producciones audiovisuales. Se llama Sky Design.

–Ah, la conozco. Son los encargados de muchísimas campañas publicitarias –recordó Aitana.

–Exactamente –confirmó León–. Trabajan en publicidad.

–Además de la amistad que los une, que supongo ya nos contarás cómo surgió, ¿existe algún punto de contacto entre estos hombres y el secuestrado? Quiero decir –aclaró David–, ¿tienen algún trabajo en común, sus empresas trabajan juntas en algo?

–Pues, Tiscornia conoció a Zaldívar en la universidad. Hicieron la carrera de grado en administración juntos. Zaldívar y Centurión se conocían desde niños, las familias de ambos son del mismo círculo social alto. Zaldívar presentó a Centurión con Tiscornia y Centauro presta servicio en la empresa de transporte. El último en sumarse al equipo fue Salamanca. Él es quien realiza las campañas publicitarias de las tres empresas de sus amigos. Lo conocieron a través de Zaldívar; él lo contrató primero. De a poco fueron haciéndose amigos y lo sumaron a sus reuniones. Se juntan cada jueves en uno de los restaurantes de Zaldívar, a cenar y beber unos tragos. Es un encuentro fijo semanal.

–Bien. ¿Alguno de ellos refiere si Tiscornia tenía amantes, enemigos, problemas de apuestas, algo que nos oriente hacia algún sospechoso? –consultó Francisco.

–Ya hablé con Zaldívar. Mañana he sacado reuniones con los otros dos en sus empresas, para ver si coinciden en los dichos. Fue bastante difícil sacarle información, pero cuando le expliqué que no se trataba de un secuestro por rescate, sino que tenía vistas de ser algo más personal, lo vi titubear. Zaldívar dice que no había enemigos, que la competencia en realidad no les llega a los talones. Tema amantes: no sabe. Dice que Tiscornia siempre fue muy reservado sobre ese tema.

–Virginia, ¿tienes la agenda semanal de Tiscornia? Si es reservado, es que hay una o varias amantes –Francisco la miró con apuro.

–Tengo la agenda del último año completa. La analizamos, pero no encontré nada que llamara mi atención. Volveré a revisar. Debería aparecer una "actividad inocente" que se repita una o dos veces por semana. Me pongo a trabajar en ello, señor.

–Bien. Mañana a la misma hora volvemos a hacer puesta en común –propuso Francisco–. ¿Les parece bien?

–Perfecto –acordaron varios.

Fueron saliendo de la oficina. David seguía de pie frente a la pared que de a poco se iba llenando de información.

–Estoy seguro de que esto es más complicado que un simple secuestro extorsivo –aseguró David.

–Tengo la misma sensación, papá.

–Iré al edificio donde tiene su piso Javier Tiscornia. Hablaré con sus vecinos primero, luego lo esperaré a él. Quiero saber si alguien ha visto a la señora Tiscornia entrar o salir de ese lugar.

–Me parece bien. Con Aitana hemos investigado a la competencia y casi no existen empresas de transportes que trasladen papel por carretera. Las demás se encargan de otros rubros. Papel solo son dos empresas: Tiscornia y Aguilar. Pero esta última mueve menos toneladas y no proceden de Portugal. De todos modos, hoy luego del mediodía tengo una cita con su presidente.

–Perfecto, hijo. Me pones al tanto de lo que vayas sabiendo.

–Vale. Mamá te envía saludos y dice que te espera el sábado a cenar si estás libre.

–¿El sábado? ¿Qué día es?

–15 de septiembre, su cumpleaños. Sigues olvidando las fechas importantes –Francisco reía.

–Es que no sé ni en qué día vivo, hijo. Dile que sí, estaré el sábado en su cumpleaños. ¿Invitó a mucha gente este año? –consultó David.

–Creo que esta vez será algo más íntimo, o al menos es lo que me dijo. Esperemos que cumpla, ya la conoces. –Padre e hijo rieron–. Me aseguró que puedes ir acompañado, si lo deseas.

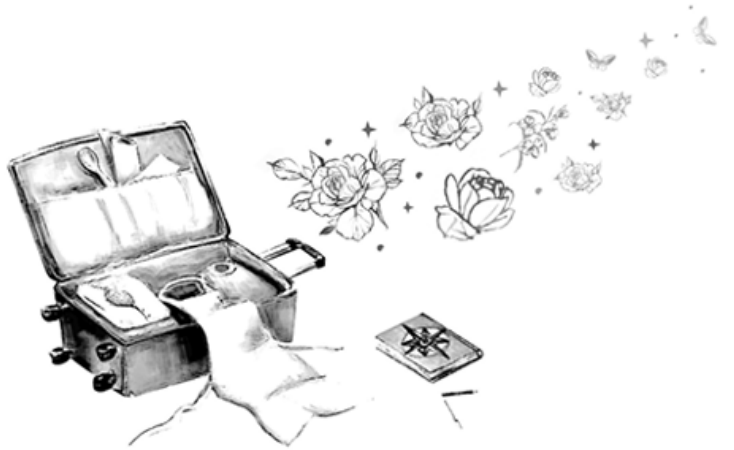
–Mira qué forma más diplomática tiene tu madre de averiguar si estoy saliendo con alguien. Pues dile que iré solo.

–¿No estás saliendo con nadie?

–Estoy saliendo con varias cada vez que tengo ganas de verlas y ellas hacen lo mismo. Cuando esté con alguien en una relación seria, si es que alguna vez vuelvo a hacerlo, serás el primero en saberlo, y ella, la segunda, descuida.

–Mejor me marcho, no quiero que luego comiences a hacerme esas mismas preguntas a mí. Ya bastante trabajo tengo con responder a mi madre. –Francisco abrazó a su padre y encaró hacia la puerta de la oficina.

David salió, abrigo y sombrero en mano, a buscar su auto. Debía investigar a Javier Tiscornia. El destino tenía preparada una sorpresa para él.



Capítulo 7

Desde que se había instalado en su nuevo hogar, hacía cinco días ya, Emma había cruzado a pocos vecinos. Conocía al encargado del edificio, Miguel, un hombre de unos setenta años, muy ameno.

Después de caminar todo el día y conocer tantos lugares hermosos, nada podría ponerla de mal humor, ni siquiera una mujer enorme con unos tacones bastante altos que casi la atropelló al salir del elevador. Vestía ropa elegante, era muy alta y llevaba su cabellera negra impecable.

–Perdón, me asusté –dijo Emma, con una sonrisa.

–Sal de mi camino –ladró la extraña.

–Epa, me parece que yo no le he faltado al respeto para que usted me hable de ese modo, señora –Emma habló enojada.

–Estoy harta de recibir *sudacas* en este país. Vienen a quitarnos trabajo y hombres. Mejor se hubieran quedado en su país de mierda –respondió con mal tono la desconocida.

–No le permito que me hable de ese modo. No seré española, pero

no he venido a robar nada a nadie. Trabajo, pago impuestos, estoy aquí legalmente y no voy a consentir sus insultos. ¿Cuál es su piso? Voy a presentar una queja al encargado para que la haga llegar a la administración.

–Pues me importa una mierda lo que tú y cualquier otro *sudaca* me permitan. Además, ni siquiera vivo en este edificio. –La señora estaba a punto de cruzar el portal de entrada.

–Bien dice el dicho: "Aunque a la mona la vistan de seda, mona queda". Qué se puede esperar de alguien repleto de rencor que insulte y trate mal a los demás. Que tengas buena vida –Emma se dio vuelta y volvió sobre sus pasos para subir al elevador.

La violenta se le fue encima. Emma tuvo la certeza de que iba a golpearla. La miró y le hizo frente:

–Maldita *sudaca*, voy a denunciarte por discriminación. –La desconocida levantó la mano como si fuera a pegarle un puñetazo. Emma se sintió confundida.

–¿Discriminación? Solo me crucé en su camino por accidente. Si alguien está discriminando, claramente es usted. No soy *sudaca*, es un adjetivo muy peyorativo, y habla más de usted que de mí. Nací argentina, pero tengo nacionalidad italiana. No vengo a robar nada; el piso que habito es mío, lo compré. Tengo los mismos derechos que usted y que cualquier comunitario, porque yo también lo soy. Le advierto que si me va a pegar, la estoy grabando y será prueba de mi denuncia. –Mostró el celular que había puesto a la altura del pecho y simuló estar grabando–. Acá la única que ha insultado y maltratado es usted. Incluso le pedí disculpas cuando casi me tira al piso.

En ese instante apareció Miguel, alertado por los gritos de las mujeres. Desde su celular, llamó a la Guardia Civil. La extraña lo vio acercarse y desistió.

–A la mierda –la mujer emprendió la retirada con paso apresurado.

Emma temblaba y el encargado se le acercó.

–¿Qué ha pasado, Emma? Escuché la pelea y salí en cuanto pude.

–No lo sé, Miguel. ¿La conoce?

–La verdad es que nunca la había visto. Es bastante llamativa; si la hubiera visto en otra ocasión, la recordaría. Ya me pondré a averiguar

cómo fue que entró al edificio.

–Me quedé muy angustiada, Miguel. Me dejó helada su agresividad. Es la primera vez que me encuentro con una situación tan violenta. Todavía estoy temblando –mostró las manos.

–Emma, si se siente mal, puedo llamar al seguro médico para que vengan a revisarla.

–No es necesario, Miguel. Ya me calmaré.

–En todos los años que estoy como encargado nunca me había pasado una situación de esta clase. Quiero que sepa que no todos los españoles somos así.

–Lo sé, Miguel. Quédese tranquilo. No juzgo a todos por esa señora. Pero, bueno, la verdad, me ensombreció la tarde. Venía de un hermoso día recorriendo el Museo del Prado.

–Señora Emma, hay inadaptados en todos los países, de todas las clases sociales. Investigaré qué piso visitó y hablaré con quien le haya abierto la puerta.

–Gracias, Miguel.

–Emma, está muy pálida todavía. ¿Quiere que llame a su hijo?

–No, por favor. No lo quiero molestar. Ya me calmaré. Ahora voy a mi casa, me tomaré un té de tilo y me repondré.

–Es buena idea, y acompañe el té con ese exquisito budín de nueces que hizo ayer. Sube el alma, doy fe. El que me obsequió anoche ya casi desapareció.

–¿Le gustó? Qué alegría, Miguel. Soy pastelera. Amo hacer tortas, tartas, budines. Existen personas que hacen obras de arte con piedra, pintura. Yo lo hago con harina, huevos, chocolate y todo lo que encuentre en mi cocina.

–Permítame decirle que cada vez que el arte la llame, pues mi puerta estará presta a dar refugio a sus creaciones salidas del horno.

–Lo recordaré –dijo guiñando un ojo.

Emma subió al elevador y marcó su piso, pero alguien había llamado antes. Las puertas se abrieron en el séptimo y subió un hombre de unos treinta y cinco años.

–Buenas noches –saludó con gesto adusto.

–Buenas noches, encantada. Soy Emma, la nueva vecina del tercer

piso –Emma se negaba a perder su cordialidad habitual. El hombre se notaba incómodo. Hizo una sonrisa de cortesía y le tendió la mano.

–Javier Tiscornia, encantado. Bienvenida al edificio y al país. ¿Argentina?

–Sí, ¿tanto se nota mi acento? Llegué hace cinco días. Estoy conociendo la ciudad antes de empezar a trabajar en el hotel donde debo comenzar en tres días.

–Me alegro mucho.

El elevador, que al subir pasó de largo por el tercer piso, por fin se detuvo allí en el descenso, para que Emma arribara a su casa.

–Encantada, Javier. Cualquier cosa que pueda serle útil no hay más que tocar el timbre de mi casa. La verdad, me cambió el humor. Hace unos minutos una mujer casi me tira al piso y encima me insultó. –El gesto de Javier cambió al escuchar lo que decía Emma–. ¿La conoce?

–¿A la mujer de la que habla? No, no. No tengo idea de quién puede ser –respondió rápido, pero su expresión le hizo sospechar a Emma que algo sabía.

–Bueno, ojalá no deba cruzarse con ella.

Se despidieron y ella bajó. Abrió la puerta y entró en su reino. Envió un mensaje a Abril, otro a Gerónimo, preguntándoles cómo habían pasado el día y les contó su paseo por El Prado. Preparó el té y cortó una porción de budín.

Se sentó en la terraza, uno de sus lugares preferidos, y empezó a tomar la infusión. El otoño iba cambiando de a poco las temperaturas. De día, y con sol, el clima era muy agradable, pero al atardecer comenzaba a sentirse fresco. Se había llevado su manta de polar y se cobijó con ella mientras observaba la ciudad desde el balcón.

Recibió respuesta de Abril. Le contaba sus actividades del día y le preguntaba a ella cómo le había ido. Decidió olvidar la situación fea de unos minutos antes, no le daría más entidad de la que había tenido. Iba a escribir, cuando Abril llamó:

–Hola, mami. ¿Cómo estás? Qué interesante el Museo del Prado, ¿no?

–Hola, hija. Todo bien, ¿y tú?

–Bien. Todavía estoy en el estudio de papá. En un rato me voy al

apartamento a estudiar. Rindo esta materia en un mes y todavía me falta bastante.

–¿Es difícil?

–No, el difícil es el profesor. Y sabes cómo soy, voy a estudiar hasta el último tema.

–Muy bien, hija, así me gusta. No le des posibilidad de que dude. Como siempre te digo, da lo mejor de ti.

–Lo sé, mamá. Voy a estudiar todo para ir tranquila. Cuéntame tu día de paseo.

Le describió los parques que rodeaban al museo, el otoño goteando colores ocres y la excursión de tres horas viendo obras de arte.

–Qué ganas de ver todo eso. Qué belleza.

–Con la palabra "belleza" apenas te acercas a lo que fue. Ver los cuadros de Goya, El Bosco, Rubens, Velázquez, El Greco, y tantos más… Fue como tocar el cielo con las manos. Tantos años comprando reproducciones de sus pinturas y hoy estuve frente a ellas, a las que esas manos expertas tocaron. Es increíble cómo esas pinceladas de óleo pueden convertirse en el paisaje de una ciudad, en la piel rozagante de una mujer, la textura de una tela que cae volátil, apenas tapando los cuerpos de ninfas. La pintura es un gran arte que perpetúa mensajes de otras épocas y cada cuadro tiene tantos detalles que se convierten en códigos secretos a descubrir.

–Mamá, te juro que te escucho y se me pone la piel de gallina. Me hubiera encantado ir contigo y vivir todas esas sensaciones.

–Te prometo que, cuando vengas, vamos a ir juntas, y vas a poder sentirlo de primera mano.

–Te tomo la palabra.

–El Museo me dejó su impronta. Volví caminando y me sentía entre nubes, viendo dioses correr entre los árboles. Tengo el alma repleta de belleza.

–¿Y cómo te las arreglas en Madrid?

–Bastante bien. Estoy aprendiendo a usar esa aplicación que me enseñaste. Es perfecta. Me lleva a cualquier lado caminando o en metro.

–Qué bueno. Me alegra mucho que te hayan servido mis clases para

usar Google Maps.

–Ayer aproveché que estaba cerca y pasé por el hotel. Me encantó. Está muy bien ubicado. Entré y me presenté con el *chief people officer*, un hombre de unos cincuenta y cinco años más o menos. Se llama Borja Flores Alarcón. Es un chef bastante famoso y muy ameno. Me dio la bienvenida, me explicó el modo que se maneja este hotel y luego le pidió a uno de sus empleados de confianza que me hiciera un recorrido por todo el lugar. Conocí a algunos de los que serán mis compañeros.

–¿Y qué tal te parecieron?

–En general, todos fueron muy agradables.

–Presiento que hay un "pero". ¿Quién no fue buena onda con mi mamá que viajo ya mismo a darle su merecido?

–Ay, hija, me haces reír mucho. Y me conoces muy bien. No es que haya sido antipática, pero noté cierta tirantez por parte de mi superior, la pastelera jefa.

–Será que se siente amenazada, tal vez tu fama como repostera te antecede y te tiene miedo –bromeó Abril.

–No lo sé, en realidad. Pero noté algo. Ya veremos con los días. Por lo pronto, debo entrar en servicio en tres días y me he propuesto seguir conociendo esta ciudad que tantos tesoros tiene.

–Excelente idea. Sigue conociendo y completando tu cuaderno de bitácora. Por cierto, qué belleza la foto que me enviaste el otro día, la de tus pies y la laja del kilómetro cero. Me encantó.

–La voy a imprimir y será la que inicie la primera página. Estoy escribiendo muchos datos, pero dejé el espacio en blanco para pegarla. Tu hermano me dijo que la imprimiría él y me la alcanza.

–Ahora que dices eso, me acordé de algo.

–¿De qué?

–La noche que me mandaste esa foto tuve un sueño. Veía un dibujo. Me desperté con la sensación de que debía plasmarlo en papel y lo hice. Hoy le saqué una foto y ya mismo te mando la imagen.

Emma abrió la imagen que su hija le envió por WhatsApp. Se trataba de una brújula, con un fondo de acuarelas, como si hubieran lanzado los colores aguados y se hubiera formado una especie de

rombo. Dentro de varios círculos, se veía una rosa de los vientos y la aguja señalaba el norte, pero ni ese, ni los demás puntos cardinales mostraban las letras convencionales según el español, el inglés o las lenguas que conocía. En cambio, se veía una E, a la izquierda se leía una A, a la derecha una G y debajo había dos: una B y una E. Volvió a la llamada.

–Me encantó. Es una hermosa imagen, hija. Una brújula muy especial, pero no reconozco las letras que marcan los puntos cardinales.

–No son los puntos cardinales convencionales. No están en otro idioma. Son iniciales de nombres. El norte eres tú. Siempre serás tu norte, fiel a ti misma, siguiendo tus sueños, sin dejar ninguno de tus afectos, estando presente siempre, dejando tu impronta. Pero este camino no termina, por eso tú eres tu norte, porque la vida puede intentar mil veces cambiarte, hacerte flaquear y la brújula te recuerda quién eres. Nunca olvides quién eres.

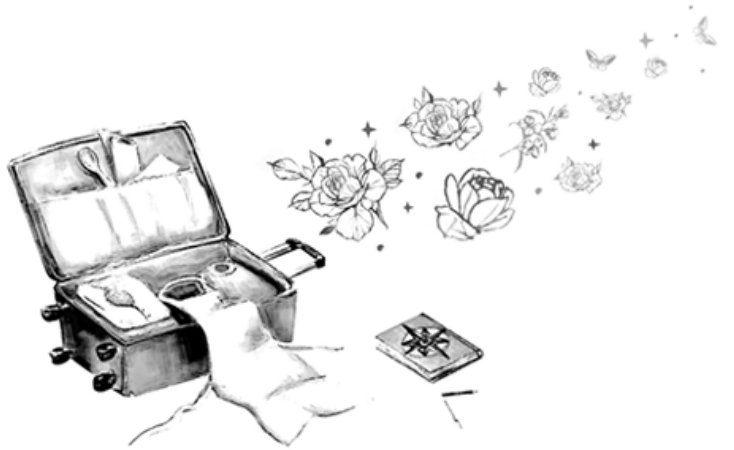
–Me emocionas, Abriluchi. Sigue explicándome. ¿Y las otras letras? –dijo con la voz tomada por el llanto que intentaba reprimir.

–La A del oeste soy yo, Abril, y la G del este es mi hermano, Gerónimo. Estamos detrás de ti, pero cada uno te mira como ejemplo, y los dos sabemos que, como buena madre, nos miras, nos cuidas, todo el tiempo, aunque parezca que estás viendo al otro lado. –Abril oyó a su madre sonándose la nariz y supo que seguía atenta, pero demasiado emocionada para hablar–. Las letras del sur son las iniciales de tus padres: el abuelo Benito y la abuela Elena. Porque ellos fueron tu origen, donde comenzaste el camino, que justamente fue en el sur.

–Te amo con toda mi alma, hija. Ese dibujo habla tanto de mí, de mi nueva vida, de mis orígenes, de lo que amo. Y hasta incluiste mi pasión por la pintura al ponerle acuarelas. Increíble. Lo voy a imprimir también. Va directo a mi cuaderno de bitácora.

Se despidieron.

Emma miró el cielo completamente estrellado y recordó su brújula. Ella era su norte, en algún momento de su vida lo había olvidado, pero ya no lo haría…



Capítulo 8

David dirigió su auto hacia el barrio Retiro. Sabía que, por el horario, Javier Tiscornia no se encontraría en su piso. Su idea era hablar con vecinos, el encargado, ver si encontraba algún negocio con cámaras de vigilancia que pudiera mostrar algo que lo comprometiera.

Luego de las entrevistas, iría a la empresa. Quería enfrentarlo con cualquier detalle que hubiera encontrado. En ese momento entró una llamada. Era Francisco.

–Papá, el auto de Tiscornia fue revisado enseguida que entramos en funciones.

–Fran, lo sé y ya tenemos los resultados.

–Pero la gente de científica siguió trabajando, estuvieron revisando y desarmando parte a parte a ver si encontraban algo escondido. Y lo hicieron.

–¿Qué fue?

–Un celular. Estaba escondido en el maletero. Dentro del *kit* para reparar pinchazos.

–¿Cómo no lo encontraron antes?

–Es que el estuche es el oficial, lo abrieron y, a simple vista, no había ningún elemento fuera de lugar. La funda tiene cremallera y, en su interior, soportes elásticos y de velcro para herramientas y bolsillos de malla. En el sector de los tapones autovulcanizables había varias bolsas superpuestas. Entre ellas estaba el teléfono, uno muy pequeño.

–Me recuerdas al relato de Edgar Alan Poe, "La carta robada", donde la carta estaba a la vista.

–Así es. La cuestión es que solo tiene grabado un número. Hay mensajes y llamadas exclusivamente de esa persona. La amante. Hay fotos que ella le ha enviado. Te mando una para que muestres en tus entrevistas, una donde está vestida.

–Excelente, hijo. ¿Tenemos un nombre?

–La están buscando en las bases de datos. Él la llama "Darla". En cuanto tengamos algún dato más, te lo envío.

–Gracias, hijo, es de mucha ayuda. De a poco vamos descubriendo los secretos que esconden Tiscornia y su empresa.

Recién cuando logró aparcar el auto, David pudo ver la foto que su hijo le había enviado. La amante de Tiscornia era una mujer muy llamativa, con un cuerpo esculpido con bisturí. Se notaba que tenía varias cirugías estéticas, tanto en el cuerpo como en el rostro. Había aumentado el tamaño del busto, se había cambiado la nariz y engrosado los labios; esas eran por lo menos las que él identificaba. En la foto se la veía con ropa de marca, maquillada de un modo impecable y su cabello negro y lacio caía hasta la cintura.

Le escribió a su hijo indicándole que podrían consultar a los cirujanos plásticos de Madrid, los más selectos, para ver si alguien la reconocía. Envió el mensaje y salió del auto. Se puso el sombrero y su abrigo largo; no hacía frío, pero el otoño traía tardes cada vez más frescas con una brisa que terminaba por causar los primeros resfríos.

Caminó con lentitud, disfrutando la serenidad que ese lugar le transmitía. David respiraba lento, aspirando la naturaleza, disfrutando las tonalidades propias del otoño, que teñían todo de nostalgia.

Salió del parque y caminó cien metros más. Llegó al bulevar de la calle Ibiza. Observó la rambla que dividía la acera y separaba los

sentidos del tránsito. Había sillas y mesas con sombrillas de un bar. Observó la fachada del edificio, los balcones. Se trataba de una edificación clásica de la zona, antigua, que contaba con siete pisos. En ese sector se veían muchos negocios: supermercado, farmacia, bar, un *hostel*. Cerca de allí había varias paradas de autobuses y una bajada al metro. En alguno de esos lugares tenía que haber una cámara de seguridad.

Tocó el timbre del encargado. Respondió al portero y David se presentó como inspector de la Guardia Civil y dijo que necesitaba hacerle unas preguntas. El hombre salió con gesto de desconfianza. David mostró su identificación. Le abrió la puerta y lo dejó pasar a un recibidor que se extendía hasta un pasillo corto desde donde se accedía a los elevadores.

–Estoy a cargo de la investigación del secuestro del señor Miguel Ángel Tiscornia.

–Entiendo. Lo he visto en las noticias. Mi nombre es Miguel Salcedo. Soy encargado desde hace cuarenta años. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Estamos descartando a todos los familiares directos como sospechosos. Usted entenderá que cuando hay tanta plata de por medio, lo primero que investigamos es el entorno.

–Joder. Es que el dinero no sirve ni para mierda. Cuando no lo tienes, tienes problemas, porque en este bendito mundo todo se logra con plata. Y si lo tienes, pues, ya ve, te matan o te secuestran para sacártelo.

–Así es.

–Y, dígame, ¿qué necesita saber sobre el señor Javier?

–Si usted conoce sus movimientos, sus horarios, si hubo algún cambio en su rutina, si vio algo sospechoso en los días previos al secuestro.

–Pues –Miguel se rascó la cabeza donde quedaba poco cabello y el que había era color blanco–, verá, él siempre se va temprano a la empresa, vuelve a la tarde. No suele regresar durante la mañana, pero ahora que lo pregunta, recuerdo que la semana pasada volvió como a las nueve de la mañana y se fue un rato después. El resto de los días

han sido normales. Suele salir algunas noches, es un joven bastante afecto a la vida nocturna. Y regresa de madrugada.

–Aquella vez que regresó en la mañana, ¿puede decirme si fue el día del secuestro?

–Verá, no recuerdo con exactitud el día, pero puede ser. Llevaba un bolso bastante grande que nunca le había visto, y se molestó mucho porque, cuando quiso irse, alguien le impedía hacerlo con un automóvil. Si no me equivoco, fue el martes, porque recuerdo haber visto la furgoneta de la droguería que entrega medicamentos a la farmacia. Y lo hacen los martes por la mañana. Ellos habían estacionado tan cerca que no le daban posibilidad de salir.

¡Bingo!, pensó David. Habían descubierto dónde se había escondido Javier Tiscornia luego de la pelea con el hermano. Aunque no cubrían el tiempo completo que estuvo ausente, por lo menos sabían que una parada había sido su casa. Tomó nota del dato del bolso y anotó que debía confirmar con la farmacia el horario de la entrega de la furgoneta.

–Ese es un buen dato, Miguel. ¿Y no han tenido nunca un problema con él? Quiero decir –aclaró–, al ser una persona de vida nocturna, ¿suele traerse a la casa mujeres, drogas, peleas?

–No, no. Qué va. El señor Javier es todo un caballero. Las diversiones las deja para otros lugares. No lo he visto traer gente extraña. Sus padres, su hermano, sus sobrinos, algunos amigos.

–¿Y a la cuñada? ¿A la esposa de Miguel Ángel Tiscornia la vio venir por aquí sola?

–No, no recuerdo haberla visto sin su esposo por aquí. Es una señora muy distinguida, la recordaría si hubiera venido sola.

–¿Y con los vecinos? ¿Ha tenido alguna clase de problemas?

–Pues, no. Siempre ha sido un vecino modelo. Nunca nadie se ha quejado de nada, es un hombre muy correcto. Incluso ayer, una señora nueva en el edificio me comentó que estuvo charlando con él y le pareció muy agradable. Y me pareció raro porque el señor Javier suele evitar las charlas con los vecinos, tiene poca relación con todos. Emma me lo contó y la verdad que me alegré por ella.

–¿Por qué se alegró? No entiendo.

–La señora Emma es nueva en la ciudad. Llegó unos días atrás. Ha venido desde Argentina. Vendió todo allá y se compró el departamento del tercer piso. Está sola, su hijo vive en otro barrio. Y justamente ayer vivió una situación bastante desagradable.

–¿Dónde ocurrió? ¿Le robaron?

–No. Alguien del edificio dejó entrar a una mujer. Al momento que la señora Emma intentaba entrar al ascensor, esa mujer la atropelló en su salida. Y no solo casi la tira al piso, sino que después la insultó. Si yo no llegaba a tiempo, esa loca le hubiera pegado, estoy seguro.

–Qué extraño. ¿Pudo saber quién le abrió la puerta para que entrara?

–Todavía no. He preguntado a varios inquilinos y propietarios. Todos me dijeron que no la conocían.

–¿Tienen cámaras que filmen la entrada? –consultó a la vez que buscaba con los ojos.

–No. Nunca fue necesario. Nunca hubo ningún problema que lo justificara.

–Creo que es algo que deberá proponer en la próxima reunión de propietarios. Por seguridad, aunque sea una cámara en este recibidor. Si la tuvieran, usted podría darme la imagen de la agresora y esa señora Emma podría hacer la denuncia.

–Tiene razón. Lo voy a plantear. Gracias a Dios, no hemos tenido necesidad, pero siempre es mejor estar preparados.

–¿La señora salió lastimada, tuvo alguna lesión?

–No. Por suerte solo fue el susto. Quedó temblando de los nervios, pobre.

–¿Ella está en su piso? Me interesaría consultarle acerca de su encuentro con Javier Tiscornia. Creo que, si bien es la más nueva en la residencia, es la que más ha hablado con él.

–Pues, sí. Puede decirse así. El señor Javier es bastante hosco, solo saluda, pero no entabla conversaciones.

–¿Está o no está?

–Ah, perdón. No, no está. Se fue a conocer la Plaza Cibeles. Dijo que iba a recorrerla y volvía.

–¿Hace mucho que se fue?

–Casi una hora. Yo diría que en una hora más estará de vuelta.

–Bien. Por ahora me iré a la farmacia a confirmar lo de la furgoneta. Regreso en un rato para hablar con ella. Si la ve regresar, explíquele que necesito unos minutos de su atención.

Se despidieron y David se encaminó a la farmacia vecina. Cuando el empleado terminó de atender a los clientes, le explicó las razones que lo llevaban a realizar la pesquisa, se identificó y comenzó a hacer las preguntas que lograrían recolectar la información exacta que necesitaba.

El empleado fue en busca de su jefe y ambos examinaron los manifiestos de la semana anterior para indicar con precisión el horario de llegada y de partida del envío de la droguería.

Lo encontraron. Habían registrado la visita a las once y cinco. Ese día, varios clientes que esperaban por sus prescripciones debieron esperar a que alguno de los dos se desocupara para realizar la entrega de las drogas solicitadas y firmar los comprobantes. La furgoneta había llegado 10.50, recordó el dueño de la farmacia, y tuvo que esperar diez minutos. La partida fue algo accidentada, puesto que un hombre había entrado con muy malos modos a pedir que movieran el auto que estaba mal estacionado para poder salir con el suyo.

David agradeció la ayuda y salió. Miró su reloj: habían pasado apenas treinta minutos desde su charla con Miguel. La mujer no debería de haber regresado aún. Decidió sentarse en alguna de las mesas del bar y tomar un café.

Eligió una silla que le permitiera ver el edificio de Javier Tiscornia y a la vez disfrutar de la brisa fresca y la tarde soleada.

Le trajeron su café negro y dio el primer sorbo con los ojos cerrados. El líquido negro invadió el interior de su boca con su sabor intenso y su calor. Le gustaba sentir cómo ese brebaje le transmitía su energía y le despertaba las papilas gustativas. El celular lo sacó de su epifanía. Una llamada de Alfonso.

–Alfonso, ¿cómo estás?

–Hola, David. Bien, ¿y tú?

–Aquí en medio de mi investigación, he hecho una pausa para deleitarme con un buen café.

–Bueno, bueno. Me gusta que te tomes tus descansos y disfrutes los placeres simples de la vida. Justamente te estoy llamando para invitarte a disfrutar de otro placer. Este sábado tenemos una fiesta de los sentidos en el club y estás invitado. Es para experimentar, tú entiendes.

–Agradezco la oferta, amigo, pero esta vez debo declinar. El sábado es el cumpleaños de Marina y me ha invitado. No pude negarme.

–Ah, pero ahora resulta que es un buen plan de sábado ir a ver a tu ex y a su nuevo marido, ver cómo se besuquean delante de uno, en lugar de venir a una superfiesta donde todo está permitido y lo único que vale es el placer.

–Alfonso, no lo pongas de ese modo. Voy porque ella me lo pide, Marina es una gran persona. Que ella y yo no seamos pareja no significa que no la quiera. Los dos seremos los padres de Francisco. Lo mejor es tener una buena relación. Goyo es un gran tipo, debo reconocer que la ama, la cuida y ha tratado siempre bien a mi hijo.

–Vale, vale, no me des sermones. Tú te pierdes la gran fiesta.

–Adiós, amigo. Luego me cuentas con lujo de detalles.

–Vale. *Bye*.

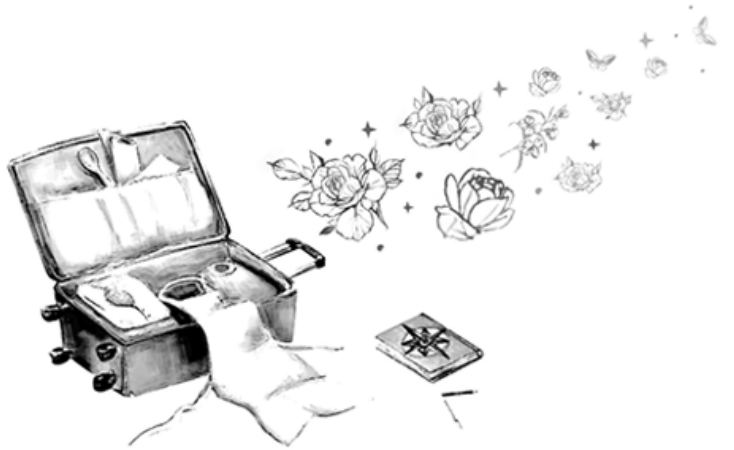
Cortó la comunicación riendo. Alfonso era un amante de las reuniones sociales, y más cuando se realizaban entre adultos sexualmente libres. A David lo había invitado varias veces. Fue a algunas y si bien se divirtió, ya no tenían tanto interés para él.

Levantó la vista del teléfono y vio algo que lo dejó atónito: la misteriosa mujer de unas noches atrás caminaba distraída y sin compañía por la vereda del edificio de Tiscornia.

La miró con detenimiento. Una mujer bella, de más de cuarenta, que se movía como una bailarina. Paseaba, ajena a los ojos que la espiaban, llevando un ritmo que le era propio. Sus pasos eran como los de una coreografía, siguiendo una melodía que ella llevaba en su interior. Vestía ropa cómoda y zapatillas deportivas; así y todo, la elegancia de su andar la hacía parecer que estaba en una pasarela de alta costura. Ya la había perdido una vez, debía saber quién era.

¿Tenía que presentarse o esperar a que el destino los volviera a cruzar? Mientras su mente discurría por esos caminos, sus ojos la

vieron dirigirse al edificio. Sorprendido, siguió sus pasos…



Capítulo 9

Emma llegó a la Plaza Cibeles. Miguel le había contado que ese era el lugar escogido para celebrar las victorias deportivas de los equipos de fútbol de Madrid y de la selección española. Pensó en la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, frente a la Casa de Gobierno, punto de encuentro tanto para festejos como para reclamos.

El lugar era bellísimo, pero no se parecía en nada a los espacios que en su país llamaban “plaza”. Era un sitio reducido, más parecido a una rotonda grande, que tenía en el centro una fuente donde estaba representada la diosa griega Cibeles. A su alrededor se disponían algunos de los edificios más representativos de la ciudad, como el Palacio de Cibeles, el Palacio de Linares, el Palacio de Buenavista y el Banco de España. Quedó fascinada. Pero era casi imposible acercarse a la fuente, puesto que el tráfico que giraba a su alrededor era intenso y peligroso. Tomó varias fotografías desde donde se encontraba.

Emma se quedó un rato observando cada uno de los detalles de la fuente. La figura principal era la diosa montada en un carro dispuesto

sobre una roca que se elevaba en medio del pilón. En sus manos reconoció un cetro y una llave, y en el pedestal notó un mascarón que escupía agua. Los leones, esculpidos con tanto detalle, parecía que iban a rugir en cualquier momento.

Siguió caminando mientras rememoraba lo que sabía de esa diosa, Cibeles. Era Rea, la madre de los dioses, una deidad de vida, muerte y del renacer. Se sintió la diosa. Se vio a sí misma con el poder de la vida en sus manos… y de algún modo ya era Cibeles. Sonrió. Si Sandra, su amiga, pudiera escuchar sus pensamientos, seguramente iría por más: "Claro, amiga. Eres Cibeles. Diste vida a tus hijos, estás renaciendo, tienes el control de tu vida, Nada puede detenerte". Sandra era una gran amiga, que siempre la hacía salir de la melancolía con algún chiste o situación graciosa.

Mientras pensaba eso, un silencio increíble hizo que de pronto escuchara el rumor del agua cayendo del mascarón en el espejo de la noria; se dio cuenta de que no había vehículos circundando la rotonda de la fuente. Miró con detenimiento y no lo pensó: cruzó corriendo. Se posicionó delante de la obra y tomó una *selfie* para guardar ese recuerdo del día que se sintió Cibeles y el mundo se detuvo para ella.

Cuando vio que la caravana de autos se acercaba nuevamente, corrió hacia la acera que se encontraba a espaldas de Cibeles. Se detuvo agitada por la carrera, por la aventura, y comenzó a reír. Cuando la aceleración del pulso se calmó, giró para observar los detalles de ese lugar también bello. Detrás de la diosa Cibeles encontró un edificio modernista que parecía una catedral, pero sin cruces. Buscó en su celular y resultó ser el Ayuntamiento de Madrid.

Decidió entrar y conocerlo hasta donde se lo permitieran. Se sorprendió al ver su interior. Se encontró con la Galería de Cristal, un pasillo con una bóveda transparente de treinta metros de altura, un cine de verano que proyectaba películas bajo el techo de cristal y un espacio cultural fabuloso. Supo también que en la terraza había un bar en el que podía disfrutar de unas vistas inmejorables de la plaza. Decidió tomar algo rico en ese lugar y aprovechar las vistas.

Se sentó en una de las mesas cercanas a la baranda de vidrio y metal y, después de ver el menú, se tentó con la lista de cócteles sin

alcohol; la tarde soleada invitaba. Se decidió por un “Real Madrid”, le pareció armónico con el día que vivía. Resultó un trago dulce y con un toque fresco de limón. Miró la plaza desde arriba, los alrededores y aprovechó para sacar fotos y enviarlas a su amiga.

Luego de un rato, y de haber terminado su bebida, decidió volver a su departamento, repleta de la energía del sol y de la experiencia vivida. La tarde estaba empezando a caer y el fresco la impulsó a regresar: no había llevado abrigo y no quería enfermarse. Al otro día comenzaba a trabajar.

Volvió caminando a su casa. Estaba feliz y andaba a un ritmo bastante rápido. Había conocido un montón de lugares hermosos de esa ciudad y había podido correr a los pies de Cibeles para tomarse una foto, sin que la detuviera la Guardia Civil.

Llegó a su edificio en poco tiempo. Se disponía a entrar cuando oyó que la llamaban. Era Miguel que se acercaba caminando. Detuvo su paso y lo esperó. El hombre mayor tenía un ritmo de caminata bastante rápido para su edad.

–Qué suerte que haya llegado, Emma. ¿No es una belleza esa plaza? ¿A qué sí?

–La verdad, Miguel, quedé fascinada. Igual le cuento que en mi país las plazas suelen ser mucho más grandes y verdes. No todas, pero muchas tienen la fuente dentro de un predio con césped, árboles, juegos para niños.

–He visto algunas fotos de amigos que han viajado. La de Cibeles, entonces, ¿no le gustó mucho?

–No, Miguel, no me malentienda. Me encantó. Es una fuente hermosa, y supongo que de noche y con las luces debe ser increíble. Una amiga que vino hace tiempo me contó que en épocas especiales las luces toman colores simbólicos y Cibeles adquiere una belleza épica.

–Es cierto.

En ese instante, ambos notaron el movimiento de un hombre que se acercaba. Miguel sonrió al verlo.

–Estaba por avisarle que usted la buscaba –le dijo a David, al momento que se detuvo junto a ellos–. Emma este caballero es

detective de la Guardia Civil; vino hace un rato…

Emma se puso nerviosa y no lo dejó terminar la frase.

–¿Tan rápido me encontraron? ¿Cómo supieron? –Ambos la miraron con gesto de no comprender–. Le juro por Dios que nunca infrinjo una ley; si no se podía cruzar, no lo sabía. Además, saqué la *selfie* muy rápido y volví a la acera enseguida.

David se empezó a reír. La mujer creía que él venía a detenerla.

–Señora, mi nombre es David Soto, soy detective de la Policía Judicial –el rostro de Emma empalideció–. Cálmese, por favor. No tengo idea de qué me habla. Vengo para hacerle algunas consultas con respecto a un vecino suyo.

–Ahhhh –expresó Emma aliviada–, qué susto me di. Eso me pasa por hacer macanas –rio con nerviosismo.

–Bien. Pero, dígame, ¿qué fue lo que hizo para estar tan asustada? –David se divertía mientras veía la cara de la mujer pasar del alivio a la vergüenza.

–Nada, nada, una bobada. En realidad, fui a la Plaza Cibeles y crucé para sacarme fotos junto a ella. Supongo que no debe estar permitido porque no había nadie haciéndolo. Yo solo quería una *selfie* bien cerquita.

–Emma, quédese tranquila, eso no es ilegal, tal vez algo imprudente, pero definitivamente no es ilegal.

–Señora Emma, me asustó. Que hoy le hablé al detective de usted y le dije que era una muy buena propietaria, y casi me hace quedar mal –rio Miguel también.

–Por favor, no me llamen "señora", me hacen sentir mayor. Solo Emma. –El trato de cortesía la incomodaba–. Y pudo haber sido imprudente, detective, pero hubo un instante en que no pasó ni una bicicleta. Por eso me animé a correr.

–Bien, bien, aclarado el tema, quisiera hacerle unas preguntas acerca del señor Javier Tiscornia, si no le molesta. Le tomaría apenas unos minutos.

–Por supuesto, ningún problema. No voy a ponerme de malas con la policía ahora que nos amigamos de nuevo –bromeó ella.

–Vale. Sabia decisión –bromeó él también–. Si nos disculpa, Miguel,

quisiera hablar con Emma a solas.

–Muy bien, detective. Si me necesitan, estaré dentro; no tiene más que llamar a mi telefonillo –dijo, indicando el timbre.

–Vaya. Cualquier duda lo consultaré. Y gracias por su ayuda.

Miguel se fue caminando despacio, con la intención, sospecharon Emma y David, de escuchar algo de lo que iban a hablar. El ritmo para llegar a la entrada del edificio había sido mucho más ágil del que usaba para marcharse.

–Bueno, ¿en qué puedo ayudarlo, detective?

–Verá, estamos trabajando en el caso del secuestro del hermano del señor Tiscornia.

–Ay, Dios mío. No tenía idea de que su hermano hubiera sido secuestrado –se lamentó Emma–. Por Dios, qué mal momento para toda la familia.

–Pues, usted me dirá. El secuestro ocurrió hace días, usted lo cruzó a Javier hace poco y, según me dijo Miguel, entabló una conversación.

–Ah, bueno. La verdad es que no lo noté afectado visiblemente. Convengamos en que no lo conozco; hablamos esa única vez y de cosas sin importancia.

–A veces, un observador ajeno, objetivo, que no conoce a la persona puede ver cosas que los demás no. Por eso me interesa su perspectiva.

–No lo noté triste, ni siquiera con mal aspecto. Estaba muy pulcro, muy correcto. Llevaba ropa cara, correctamente prendida. Digo esto porque cuando una anda con problemas en la familia, cosas que le ocupan la cabeza y la estresan, puede pasar que se ponga una media de cada color, se abroche mal la camisa, o use zapatos distintos, y todo sin darse cuenta, ¿no es así?

–Bueno, podría ser. Sería bastante raro ver a alguien con un zapato de un modelo y otro de otro, pero el estrés puede causar muchas cosas, incluso una emergencia de moda –le dijo en tren broma.

–Ay, ya sé, una tragedia semejante y yo fijándome en esas nimiedades. Le pido disculpas. Suelo ser muy observadora y veo detalles que tal vez nadie más note. Mis hijos suelen decirme que me enfoque en lo importante. Pero si alguien hubiera secuestrado a un

miembro de mi familia, estoy segura de que no podría comer, dormir, vivir, y seguro no tendría idea de qué ropa vestiría. Por lo cual es probable que no combine los colores o los zapatos –aclaró ella con tono nervioso.

–Entiendo el punto, y es un buen dato el que me está dando. Se lo agradezco, Emma. Tener el tiempo de elegir qué pantalón combina con qué camisa indica que la persona no tiene un nerviosismo que le haga evaluar esa cuestión como poco importante.

–Exactamente. Camisa, pantalón, saco, corbata, zapatos. Todo estaba en combinación. Incluso me llamó la atención que usara gemelos, que no es algo muy habitual, creo. Así que vérselos me llamó la atención.

–Parece que es detallista en extremo.

–Se lo dije antes. Suelo notar cosas que otros no –agregó ella orgullosa.

–¿Y cómo fue la charla con él?

–Pues, déjame pensar. –Sin darse cuenta Emma había caído en un trato de confianza, usando el tuteo, y enseguida se percató–. Discúlpeme, por favor. Usé el tuteo y no corresponde.

–No hay problema, Emma –David estaba fascinado con esa mujer, que no solo era bellísima, sino que además era extrovertida y muy observadora. En contra de su costumbre, que era marcar las distancias con todas las personas a las que tomaba declaración, con ella se sintió cómodo–. Puedes hablarme de "´tú", que no estás rompiendo ninguna ley.

–Perfecto entonces, gracias –expresó ella divertida. Ese hombre le caía muy bien. No había anillo en la mano izquierda, lo cual podría significar que era libre. Lo pensó y se imaginó a Abril diciéndole "Eso es una antigüedad, mamá. Hay hombres casados que no usan anillo por diferentes razones y muchos que están en pareja sin estar casados". Y sí, se reprendió a sí misma. Había sido un pensamiento arcaico–. Volviendo a lo que me preguntaste, la charla duró lo que duró mi viaje con él. Él subió en el siete, yo bajé en el tres. Nos presentamos y bajé –hizo un silencio mientras trataba de recordar si eso había sido todo–. Ah, y antes le pregunté si había visto a esa

horrible mujer que me habló tan mal. En ese momento lo vi ponerse un poco más serio, pero me dijo que no. Perdón, no te conté eso.

–Miguel me contó algo. Pero no tenemos datos de la mujer para ubicarla ¿no?

–No, pero tarde o temprano voy a encontrarla, o al menos su nombre. Soy medio testaruda, y cuando algo se me mete en la cabeza, no paro hasta lograrlo.

Esa mujer con tanta decisión y confianza le estaba gustando… Debía encontrar el modo de volver a verla.

A la mañana siguiente, David fue a la empresa. Necesitaba hablar con Javier Tiscornia para saber qué había hecho en el horario donde no lo ubicaban en ningún lugar. Quedaba un corto plazo sin justificar. El tema de que llevara el bolso daba a sospechar que fuera el que se usó para trasladar el rescate que nunca declararon haber pagado. Por otro lado, haber sido visto en ese horario, en su piso y en la puerta del edificio, lo descartaba como secuestrador.

Llegó y esperó que la secretaria le indicara que podía entrar a la oficina. Javier lo esperaba de pie, se lo notaba algo nervioso.

–Espero que traiga alguna noticia de mi hermano.

–Buenas tardes, señor Tiscornia. He venido a hacerle algunas preguntas, necesitamos confirmar ciertos datos. Desgraciadamente, los secuestradores no se han vuelto a comunicar, no han pedido rescate y, con lo poco que hemos encontrado en la camioneta de su hermano, estamos tratando de armar el puzle.

–Entiendo. Esto se ha vuelto una pesadilla de la que no podemos despertar. Mi cuñada y mis sobrinos están destrozados, y mis padres, devastados. Es bastante difícil seguir siendo la columna vertebral que sostiene la familia y la empresa.

–Sí, no es una situación en la que quisiera estar. Espero sepa comprender que dos brigadas están trabajando en esto. No es fácil rearmar el caso con tan poca información. No le quito más tiempo que el necesario, pero debo ser honesto. Sabemos que se pagó un rescate y que nos llamaron después de ello. Quiero que me explique por qué no

lo informaron.

El gesto de Javier Tiscornia se endureció.

–Detective, les pido disculpas. Los secuestradores sí se comunicaron conmigo cuando no localizaron a mi cuñada. Escuché sus indicaciones y me dejaron oír a mi hermano. Enseguida hice las tratativas para el pago. Teníamos algo de efectivo en la caja fuerte de la empresa y saqué el resto de una caja de seguridad que compartimos con Miguel Ángel. Ambos somos titulares. Fui al lugar que me indicaron, y deposité el bolso con la plata donde me dijeron. Pero no hubo otras llamadas, ni apareció mi hermano.

–Usted comprenderá la gravedad de que nos hayan ocultado esa información, ¿no es así? Entiendo que haya pagado y accedido a lo que le pidieron, pero esa gente no cumplió y no nos dijo todo esto a nosotros. Le pido que anote de cuánto fue el rescate y dónde tuvo que entregarlo, con los horarios incluidos.

–Perdón. Me sentí un estúpido pagando el rescate sin lograr la liberación. No lo dije por eso. Pagamos quinientos mil euros. Los puse en un bolso y los llevé al barrio de San Fermín, en el distrito de Usera. Allí es donde me indicaron que lo dejara.

–¿Tuvo que esperar a alguien? ¿Pudo verle la cara?

–No. Me indicaron una casa. El lugar parecía abandonado. Entré y dejé el bolso dentro. Todo se caía a pedazos. Había un refrigerador derrumbado y ese era el lugar elegido. Lo abrí y lo dejé allí. Luego me fui. Ese era el acuerdo.

–Bien, anote la dirección exacta –Javier se puso a anotar todos los datos–. Será bastante difícil conseguir alguna huella en esa zona de Madrid, en especial en las calles de las Islas y del Mar, donde se encuentran los más peligrosos vendedores de droga y se producen robos de coches y armas. Las propiedades abandonadas suelen usarse para diferentes transacciones. Podríamos encontrar huellas de más de mil personas. Una aguja en un pajar. ¿Cómo fueron sus recorridos con exactitud?

–Déjeme pensar. –Se quedó en silencio como si ordenara los hechos en su cabeza–. Tuvimos un problema en la empresa temprano, no bien llegué. Miguel Ángel y yo discutimos. Salí y me fui a tomar el

desayuno a una cafetería cerca de la compañía, para calmarme. Recibí la llamada cuando me disponía a regresar. De camino a mi casa, fui al banco donde teníamos la caja de seguridad. Retiré una cantidad y hablé con uno de los contadores que me informó cuánto efectivo había en la caja fuerte. Estuve en mi casa organizando todo, tomé un bolso, lo cargué con el dinero y me fui a realizar el pago. Cuando hablé con mi cuñada, no quise decirle que había pagado hasta no tener a mi hermano de vuelta. Así que, visto que no me llamaban y el tiempo pasaba, decidí no decirle nada. Fui a la empresa. Hablé con los contadores a ver cómo podíamos disfrazar el pago para que no fuera descubierto.

–Pero lo fue. Sus tratativas no fueron muy eficientes. Esa gran cantidad de euros no puede esconderse tan fácilmente ni tan rápido.

–Los contadores me lo habían advertido, pero no quise escucharlos –se lamentó Javier–. ¿Mi hermano está muerto?

–Cuanto más tiempo pase sin ser rescatado, más grandes son las probabilidades de encontrar un cuerpo sin vida, permítame la crudeza.

Javier Tiscornia se sentó, vencido, en la butaca de cuero de su hermano y se tomó la cabeza.

–Esto es demasiado duro. No podré enfrentarlo.

–Lo sé. Pero deberá tener fuerza para sostener a su familia. De estas situaciones es que uno debe sacar la fuerza que no sabe que tiene.

–Él fue siempre el fuerte, el que resolvía todo y todo le salía bien.

–Pues, ya ve, nadie es infalible. Aprovecho a consultarle, ¿su hermano tenía una amante?

El rostro de Javier Tiscornia, que miraba al piso, se levantó algo pálido.

–¿Por qué me pregunta algo así?

–Javier, tener amante suele traer como consecuencias que alguien tiene algo para chantajear, videos, fotos, lo que fuere. Eso le da poder sobre su hermano. Si él no quiso pagar, el secuestro pudo haber sido el modo de lograr el pago y vengarse.

–Mi hermano es feliz con su esposa.

–Hay mil razones por las que su hermano podría ser feliz con su esposa y también tener una amante. Muchas veces no es necesario

tener un mal matrimonio.

–Mi hermano es un hombre íntegro.

–No lo pongo en duda, pero cuando realizamos estas investigaciones, suelen salir a la luz partes de la vida de las personas que hubieran querido dejar bajo tierra. Por ejemplo, un segundo celular con un único número agendado en él.

–Le pido que mi cuñada no se entere de esto.

–Entonces, usted también lo sabía. Señor Tiscornia, le vuelvo a recordar que nosotros trabajamos para traer de vuelta a su hermano, estamos de su lado. Si nos ocultan la información a nosotros, no podremos realizar una buena investigación, y el resultado será que no encontremos a su hermano o que lo hallemos muerto.

–Está bien. Comprendo. Nunca nos había pasado algo de este tenor. No sabía en quién confiar. Mi hermano tiene una relación con alguien hace algunos meses. La veía algunas veces por semana. Nadie debe saber quién es, para la familia sería terrible.

–Ya sabemos de Darla. Estamos buscando sus datos para encontrarla y tomarle declaración.

Javier estaba sorprendido; ya tenían el nombre, en poco tiempo la encontrarían.

–Darla vive en un apartamento que le paga mi hermano desde que empezaron la relación. En los papeles de la empresa encontrará la dirección con los datos del alquiler. Él la visitaba martes y jueves por las mañanas. Cuando mi cuñada realizaba viajes por su profesión, a Milán o París, él aprovechaba a verla más horas, e incluso se atrevía a llevarla a cenar a algún restaurante.

–Perfecto. Ya nos ponemos a buscar esa dirección. ¿Sabe cómo y cuándo se conocieron?

–Ella trabajaba en un club exclusivo al que mi hermano solía ir, llevar clientes. No sé con exactitud cuánto hace que están juntos.

–¿Cómo se llama el club?

–Sugar Night.

–¿Usted la ha visto? –El nerviosismo se apoderó de Javier.

–La he visto en el club. Desde que ellos empezaron la relación, ella abandonó su trabajo allí. Mi hermano era muy reservado, nunca me

contó nada. Yo fui descubriendo todo de a poco. Supe lo del piso cuando amenacé a un contador con denunciarlo por robar plata de la empresa y resultó que era para pagar el alquiler.

–Bien, le pido que no sigan ocultando información. Cualquier detalle puede ser importante.

David se retiró de la empresa y fue directo a su oficina. Allí había varios de la brigada esperándolo. Subió al auto furioso. Mientras manejaba, decidió poner algo de música para relajarse.

La voz de Antonio Orozco, tan particular, tan "rasposa", inundó el habitáculo con su cadencia. La canción comenzó con sus primeros compases. "Llegará". Una letra y una melodía que solían levantarle el ánimo. En ese momento, cada acorde le traía el rostro de la mujer que había visto y escuchado. Emma. Qué nombre tan musical, y qué mujer tan especial, desenfadada, simpática. Debía volver a hablar con ella. Cuando el caso terminara, tenía que animarse e invitarla a cenar.

Sabía dónde vivía. Tenía su número, puesto que se lo había solicitado por la causa, y ella le había contado que empezaba a trabajar en el Hotel Internacional donde justamente trabajaba una de sus amigas de la adolescencia.

Hacía años que no percibía en su pecho esa especie de mariposa gigante aleteando de solo pensarla. Se puso a cantar.

No miraba hacia los autos de los costados, que esperaban junto a él a que el semáforo les diera verde para continuar la marcha, no les prestaba atención porque imaginaba que parecería un loco cantando del modo que lo hacía. El enojo por el caso desapareció por completo, Emma había barrido con él. Necesitaba liberar esa energía, y qué mejor que cantando.

De pronto, el sonido bajó: sonaba su celular conectado al sistema del auto. Era Alberto:

–Jefe, estamos llegando a la oficina. ¿Usted dónde está?

–En camino a la central. En unos minutos estaré ahí. Tengo algunos datos interesantes.

–Nosotros también, espere a escucharnos.

–Bien, preparen la sala, estoy en cinco minutos.

–Hecho.

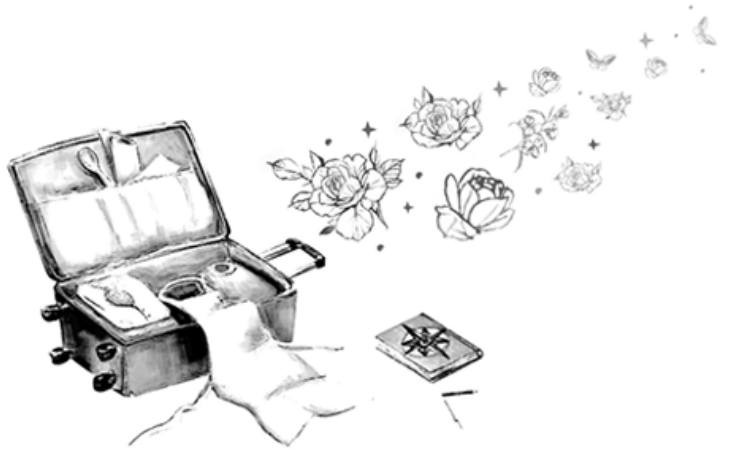
Cortaron la llamada. La voz de Orozco terminó esa canción y le cedió el micrófono a Rosario Flores. Esa voz tan flamenca. David estacionó y caminó hasta el lugar de la reunión con buen humor. La música había amansado a la fiera.

La gente de contaduría había mostrado sus finanzas. Había grandes cantidades que entraban desde empresas de Portugal. La empresa de los Tiscornia gastaba bastante en lujos y el alquiler del apartamento era uno de ellos.

El personal de las unidades de droga y crimen organizado había informado que tenían abierta una investigación en esa empresa. No podían dar más datos por el momento, pero alguien dijo, de manera informal, que estaban investigando los misteriosos envíos desde Portugal.

Francisco se comprometió a encargarse de la entrevista a Darla y Alberto informó que la esposa de Tiscornia también tenía un amante. La habían seguido hasta el punto de encuentro con un hombre que era modelo de una famosa marca de ropa masculina. Ambos entraron a un edificio donde estuvieron cerca de dos horas.

Nada era lo que parecía. La falsedad, los engaños, las apariencias, velos que opacaban la visión de una realidad dura, hiriente. Y en medio de toda la oscuridad, que trataba de ensombrecer el caso, en la mente de David se abría paso una luz, un rostro que traía toda luminosidad que él hacía tiempo no reconocía en nadie.



Capítulo 10

Emma se presentó a su primer día de trabajo unos minutos antes del horario de entrada. Quería conocer bien a sus compañeros de cocina, su jefa y el lugar. Ingresó por la entrada de empleados.

El departamento de cocina era uno de los más complejos por la diversidad de elaboraciones que se desarrollaban allí, lo que hacía necesario que esas producciones se prepararan en zonas independientes entre sí, pero que formaban parte de un conjunto mayor al que llamaban “área de cocina”. La pastelería, la zona específica en la que trabajaría Emma, se ubicaba paralela a la cocina de alimentos salados, y también tenía conexión directa con el salón comedor. El área de Emma se dividía en dos partes: la caliente y la fría. La primera contaba con hornos de pisos, estufas, fregaderos, amasadora y todo tipo de utensilios propios de la pastelería; la segunda contaba con armarios frigoríficos, heladoras, sorbeteras, congeladores.

El jefe de cocina era un chef bastante reconocido. Emma había

leído muchos artículos sobre él. Admiraba a Flores Alarcón. Luego, le presentaron a la segunda jefa de cocina, que era muy simpática, Begoña Mayorga, también bastante conocida internacionalmente. Le presentaron al jefe de partida, Ismael; a los cocineros, Jaime y Cayetana y, finalmente, a cuatro ayudantes de cocina que realizaban las tareas simples: Sofía, Ignacio, Oscar y Elisa.

Luego, Begoña la acompañó al sector específico y le presentó a la chef repostera principal que sería la jefa directa de Emma. Se llamaba Raquel Guerrero. En ese espacio trabajaban además dos oficiales reposteros, Gael y Moro.

Emma había entrado algo inquieta, pero cuando percibió los aromas y los sonidos tan familiares, se relajó bastante. Todos fueron muy amenos y le dieron la bienvenida, aunque la repostera principal tenía una mirada fuerte, que la hacía sentir incómoda. Begoña la dejó con ellos y se retiró.

–Así que tú eres la famosa argentina que tanto han nombrado –Gael era un joven de unos treinta años, muy apuesto, y tenía un tono de voz bastante grave. Se lo adivinaba muy amigable.

–Bueno, no sé si soy tan famosa, pero argentina sí que soy –bromeó Emma.

–Hace tiempo esperábamos conocerte. Nos han pedido varias veces las famosas tartas dulces del hotel de Buenos Aires y nunca supimos hacerlas –Moro era un poco mayor que Gael, pero igual de amistoso. Se acercó para darle los dos besos de rigor–. Ahora tendremos quien nos las explique.

–La verdad es que no hay tanto misterio en mis tartas; en cuanto podamos, las hacemos.

–Pues parece que se trata de un secreto de estado. Su chef de Buenos Aires nunca quiso pasar la receta. Su respuesta fue siempre que se trataba de un toque distintivo de ese hotel. –Raquel la miraba con detenimiento, como esperando leer en su rostro la tan ansiada receta.

–La verdad es que no sabía que la hubieran pedido. Me comprometo a realizarlas y enseñarles el método.

–No creo que usted pueda enseñarnos mucho, Emma, más bien nos

informará los ingredientes y la técnica que usa –la mujer marcó su posición como superior de un modo duro.

–Sí, sí, perdón. Le pido disculpas, Raquel.

–Chef –la corrigió, fría y distante–, ese es el modo que va a llamarme.

–Correcto, repostera jefa –enseguida rectificó–. Chef, así será –respondió Emma, que se dio cuenta de que esa mujer no solo era antipática, sino que no le gustaba la idea de tenerla en su cocina.

Raquel miró al resto para indicar que el recreo había terminado y les dio las indicaciones de lo que debían elaborar en ese día: bollería en general, *macarons*, *scons* dulces y salados, *crumble* de manzana y otro de pera, *bavaroise* de frutos rojos, *parfait* de chocolate, tarteleta con cremoso de chocolate con leche y frambuesa. Los oficiales reposteros se pusieron a trabajar sin esperar ninguna directiva. Emma observó con atención a Raquel:

–Bien, espero que me dé mi comanda –Emma habló con una sonrisa en el rostro, pero con nervios en el estómago.

–Perfecto. Hoy se va a hacer cargo de los *scons* de queso, la *bavaroise* y el *parfait*, así puedo evaluar su técnica. –El tono autoritario de Raquel ya comenzaba a molestarle.

–Le consulto si quiere el *parfait* al estilo francés o al americano, en capas con galletas.

–Sin dudas, al estilo tradicional, el francés.

Emma comprendía que la mujer se sintiera amenazada. El cargo que tenía ella en el hotel de Buenos Aires era el que Raquel ostentaba en esa sucursal. La intención de Emma no era poner en jaque la capacidad ni el manejo de Raquel; quería una nueva vida, y si eso significaba empezar de cero, estaba dispuesta. Lo que no le parecía bien era esa actitud de superioridad. Decidió que haría lo que Raquel le pidiera para demostrar su capacidad, pero pondría límites si la actitud beligerante persistía.

Le asignaron un espacio. El recinto era inmenso, pintado de un blanco impoluto, con mesadas y todos los muebles en acero inoxidable. La iluminación era increíble; a través de los ventanales entraba mucha luz, pero además había artefactos lumínicos por todos

lados.

Emma se puso a trabajar una vez que le indicaron dónde encontrar los ingredientes. Comenzó por preparar la masa de los *scons* de queso y la base del *bavarois*. Tardó en habituarse a ubicar los elementos. Moro, que se encontraba en el espacio contiguo, lanzaba miradas cada tanto.

Al término de una hora, tenía en el horno todo lo necesario. Se puso a preparar la crema del *parfait*. Puso la olla al fuego con la leche evaporada y comenzó el proceso con mucha atención. El *parfait* debía su nombre a la perfecta unión de ingredientes que lo hacían irresistible. La cremosidad, la untuosidad y los sabores serían las estrellas. Consultó qué copas se usaban para la presentación y Gael le indicó.

Una vez que terminó la crema de chocolate, esperó que enfriara un poco para servirlo en las copas. Siguió con el *bavarois* de frutos rojos. Decidió que haría dos *mousses*, una de chocolate blanco y otra de frutos rojos.

Cuando el *parfait* se enfrió, lo sirvió en las copas y lo colocó en el refrigerador. Había dejado allí la base del *bavarois,* en un molde de tarta alto; la retiró y vertió sobre ella la *mousse* de chocolate blanco. La llevó a heladera. Se puso a preparar la *mousse* de frutos rojos. Cuando la tuvo lista y tibia, recién ahí la colocó sobre el molde. Decidió esperar dos horas para darle el toque final. Comenzó a diseñar la presentación de los tres platos. Dejó crema montada, frambuesas limpias y secas, hojas de menta y realizó una reducción de mermelada de frutos rojos a la que tamizó para dejar suave y limpia.

Armó un rincón y colocó los *scons* de queso sobre canastos rústicos, con lienzos blancos. Al lado, posicionó algunos pedazos de queso duro, pote con queso crema y untadores. A una distancia no muy grande, acomodó varias copas del *parfait* decoradas con rulos de chocolate en un mantel individual y sobre él tiró varios granos de café. Ubicó varias cucharas de postre en forma de abanico.

Cuando habían pasado dos horas y media, y adivinó que Raquel se acercaría en unos minutos, fue al refrigerador, sacó el *bavarois* y decoró la superficie con la mermelada, configurando una franja de un

rojo oscuro y brillante. Coronó con las frambuesas formando una guirnalda junto a las hojas de menta. Lo puso nuevamente en el refrigerador para darle cuerpo. Preparó el rincón del *bavarois* con un espacio elevado cubierto por un mantel, varios platos y cubiertos alrededor, y cuando observó que Raquel dirigía sus pasos hacia ella, cortó una porción y la presentó en el plato que se ubicaba debajo y en primera fila.

La mujer, que venía con gesto de pocos amigos, cambió la mirada al encontrarse con una presentación impecable. Sin decir una palabra, observó cada preparación. El silencio de la chef llamó la atención del resto de personal, que se fue asomando para ver qué sucedía.

Raquel tomó un *scon* y lo probó solo, luego le agregó un poco de queso crema.

Sin emitir opinión, pasó a los dulces. Un bocado de cada uno.

–Bien, me gusta el estilo de presentación, los sabores son correctos. El *bavarois* solemos presentarlo de manera individual, en tarteletas pequeñas. Quiero que te encargues de la presentación en el salón. Parte de tu trabajo será preparar, minutos antes del servicio, la *mise en place* en sala.

–Perfecto, chef. Así lo haré.

–Cada semana se arma un menú, del cual me encargo. Se los entregaré el lunes. Tú, además, deberás realizar un listado con los elementos necesarios para realizar la presentación de los platos.

–Me parece bien. Voy a necesitar que me indiquen los modos que tienen de presentar normalmente cada cosa, para ver si puedo aportar algo nuevo.

–Tus compañeros deberán informarte. Emma, espero que tengas en cuenta que el fracaso de uno de ustedes significa un fracaso del equipo. Todo debe estar perfecto. El chef principal dará su evaluación mensual y no podemos fallar.

–Entiendo, pondré todo de mí.

–Es lo menos que espero. No hay margen para errores.

La mujer se dio vuelta y se retiró sin escuchar lo que Emma tuviera para decir. Sus compañeros se acercaron a felicitarla y probar sus creaciones.

–Nunca había sucedido que no tuviera nada que decir. Ella siempre encuentra algún detalle. Te felicito, Emma –Gael estaba entusiasmado.

–La técnica de tu *mousse* es impecable, Emma. Te observé mientras trabajabas, eres muy profesional –agregó Moro.

–Gracias, chicos. Me encanta cocinar estas cosas, realmente lo disfruto, y me concentro tanto que ni siquiera me doy cuenta de lo que me rodea. Hoy tardé más de lo habitual porque no encontraba ingredientes.

Faltaban unos minutos para el servicio y Emma se dirigió al salón con un carro con ruedas y varios estantes, donde llevaba toda la producción. Comenzó a ordenar cada cosa como si se tratase de un cuadro.

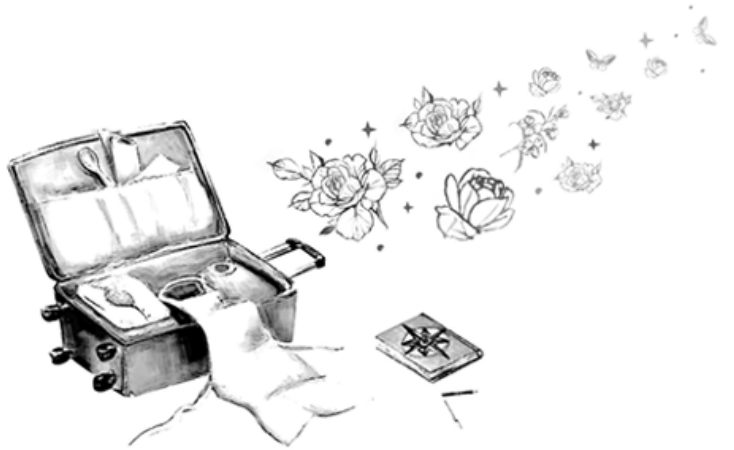
Cuando le pareció todo correcto, le avisó a su chef para que diera el visto bueno. Con rostro inexpresivo, Raquel dio el okey para habilitar la sala.

Una vez que los primeros comensales se ubicaron y fueron a recorrer las opciones, las interjecciones de sorpresa y de placer ante los primeros bocados fueron caricias para el alma de Emma.

Sin duda, llevar placer a través de algo rico era su forma de tocar de las almas. Se quedó parada al lado de la última mesa, abstraída en sus pensamientos. Vestida como chef, con su pantalón y chaqueta blancos con bordes bordó, el gorro típico, el delantal impoluto y el cabello recogido en una coleta prolija, recibió las felicitaciones de muchos huéspedes. Raquel no vio con agrado el hecho. Se acercó y, con una sonrisa fría que no le llegaba a los ojos, indicó que ella debía regresar a la cocina y no quedarse en el salón.

Emma obedeció de inmediato. Comprendió que había puesto de malas a su jefa. Empezar en nuevo trabajo, y además en un nuevo país, no era fácil. Iba a poner todo de sí para no enfrentarse a nadie, aunque conocía sus límites, su personalidad. No pensaba dar un paso atrás si ella consideraba que estaba en el camino correcto, o que su causa era justa. Pero no iba a entrar en peleas sin sentido por cuestiones de ego. Esa pequeña pero poderosa palabra encerraba un mundo. Así lo entendía Emma, después de haberlo charlado mucho con su psicóloga. Amor propio y autopercepción en su justa medida.

Nadie era mejor que nadie, solo distintos. Emma no quería vivir en un ámbito agresivo, ni enfrentar personas que no discutían por mejorar algo, sino simplemente por tener la razón. Esperaba poder manejar la relación con Raquel del modo más sano, para ambas y para la cocina, que era el reino donde se iban a encontrar cada día.



Capítulo 11

Ese sábado era el día del festejo del cumpleaños de Marina. Una de las cosas de las que se había quejado siempre ella, mientras estaban juntos, era de que él nunca elegía un regalo pensado para ella. Compraba algo a último momento: unas flores impersonales, unos chocolates, alguna prenda de vestir que alguien en la oficina le recomendaba y que no era de su estilo.

Y, en retrospectiva, entendía que era cierto. Años después de estar separado de ella, se dio cuenta de que no se había tomado el tiempo para conocerla en profundidad. Siempre había dado todo por sentado. Creyó que con amarla a su modo alcanzaba. Tarde comprendió que amar implicaba conocer todo del otro, lo bueno y lo malo, las luces y las sombras.

Marina había sido una gran esposa y David había desaprovechado esa oportunidad. Cuando la vio sonreírle a Goyo, su nuevo esposo, años después, vislumbró lo que ellos tenían y comprendió que él no había logrado esa conexión con nadie. Esa gran mujer se había

cruzado en su camino para enseñarle que amar implicaba conocer incluso las sombras. Porque no hay luz sin sombras. Porque el ser humano es imperfecto, tiene aciertos y errores, y ambos son las partes de un todo. Y conocer al otro significa cuidarlo y dedicarle tiempo, escucharlo, compartir sus propios proyectos, ver sus metas. No se puede amar con los ojos cerrados, es menester amar con los ojos abiertos y todos los sentidos despiertos. Y solo así se podía dar besos ciegos, porque la confianza de conocer en profundidad al otro da la tranquilidad de cerrar los ojos y entregarse.

David dudaba de encontrar a alguien que le hiciera sentir la necesidad de entregarse por completo, porque eso era indispensable. Abrirse, mostrarle sus debilidades, los puntos dolorosos, y que el otro hiciera otro tanto. Entregarse significaba mostrarle a ese ser dónde y cómo hundir el puñal, y confiar que el otro nunca usara ese mapa. ¿Podía confiarle todo a otro ser? ¿Podía dejar que alguien entrara en su alma de ese modo? No. No había aparecido la persona que abriera todas sus puertas.

Mientras terminaba de vestirse, se miraba al espejo y seguía absorto en sus reflexiones. Analizaba sus relaciones actuales. Ninguna era estable, todas pasajeras. Mujeres con las que se encontraba para compartir una cena, una noche de placer. Con todas había sido claro: no había compromisos, no había lazos, no había fotos, invitaciones a fiestas familiares, no había más intimidad que la compartida en la cama. Y en ese instante, recordó un detalle que cobró otro sentido a la luz de sus cavilaciones: a todas ellas las besaba con los ojos abiertos. David sentía que, a través de los besos, las almas se conectaban, y justamente por esa causa no podía hacerlo cerrando los ojos. No lograba entregarles su alma.

Terminó de peinar su cabello aún húmedo. Debía ir a la barbería y hacerse de nuevo el corte. El cabello caía sobre la frente y le tocaba el borde de la chaqueta. La barba de dos días le sentaba bien: decidió dejarla y empezar a cuidarla como correspondía. Las canas comenzaban a aparecer, se entremezclaban con su castaño y le daban un porte más intelectual, contrarrestado por el aire juvenil de sus ondas. Los sombreros lo miraban colgados desde el perchero. Tenía el

que usaba cada día en su trabajo y uno para salidas, en un color gris oscuro. Se detuvo a pensar si iba a usar uno o no. Decidió con rapidez que sí. Terminó, se miró al espejo mientras se ponía su perfume, Invictus. Se puso su borsalino, tomó la bolsa con el regalo y salió.

Le había comprado un libro a Marina. Era una gran lectora. Su hijo le había pasado los nombres de algunos autores que estaba leyendo ese último tiempo. Había leído novelas históricas y algo de fantástico. Por consejo de la vendedora de la librería, que se veía muy seria en su trabajo de aconsejar de acuerdo con los gustos del lector, David se decidió por una novela que había salido hacía poco, *El bosque sabe tu nombre*. Una historia con vetas fantásticas, atravesada por procesos como la crisis de 1929, la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial, momentos históricos donde las mujeres, dóciles, entregadas, cumplían los roles que les eran asignados por la sociedad aún patriarcal. Lola, la dueña de la librería, había puesto énfasis en este punto: lo esperado por la sociedad no era lo que la protagonista, Estrella, estaba dispuesta a dar. Ella tenía carácter, alma rebelde, personalidad y un don muy especial. Lola estaba segura de que, de acuerdo con los títulos que ya había leído Marina, ese libro le iba a encantar.

David no lo había firmado con una dedicatoria para darle la posibilidad de cambiarlo. Compró una tarjeta donde escribió unas líneas: “Para la mujer que habita en ti, con todo ese amor, la rebeldía y personalidad que te caracterizan, a la que no dejé entrar, pero que espero haya encontrado la libertad. Feliz cumpleaños, Marina”.

Llegó algo nervioso. No le gustaba ser el centro de atención de las reuniones sociales, y el hecho de compartir la cena con varias parejas amigas de su ex y su nuevo esposo lo ponía en la lente. Estaría su propio hijo; eso lo reconfortaba.

Cuando se abrió la puerta de ascensor, Marina lo esperaba en la entrada a su apartamento, con la sonrisa de siempre.

–Hola, David, bienvenido. Tenía temor de que cancelaras a última hora.

–Feliz cumpleaños, Mari. ¿Cómo puedes pensar que cancelaría? Sé que es un día muy importante para ti –David hablaba mientras

caminaba a su encuentro. Se abrazaron con cariño–. Espero que te guste, estuve pensando este regalo varios días, pero si no te gusta o ya lo leíste, puedes cambiarlo.

Se lo dio y ella leyó con atención la tarjeta. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

–David, me has emocionado. Palabras sentidas. Sea cual sea, el libro será de mis preferidos, estoy segura. Ahora me siento envidiosa, te he preparado para que seas un hombre sensible, pero para que te disfrute otra mujer –dijo ella en tren de broma.

–Pues, siempre estás a tiempo de dejar a ese frío joyero y volver con este hombre cálido –siguió él la broma.

–¿Estás loco? ¿Y perderme el espectáculo que vas a dar cuando vuelvas a enamorarte? No, no, estaré en primera fila observando.

–Creo que hay un error en tu sintaxis. Cambiaría el "cuando" por un "si", condicional. –Ella lo miró extrañada, sin comprender–. Quiero decir, "Si vuelves a enamorarte".

–Tonto, lo harás. Estoy segura de que llegará esa persona que bajará todas tus murallas y verá al verdadero David, el que vive aquí –expresó, a la vez que le tocaba el pecho–. Sin gorros, sin canas, sin disfraces, solo esencia.

–Pues me encanta que tengas fe. Al menos uno de nosotros la tiene.

En ese instante se abrió más la puerta y salió Goyo a recibirlo.

–Hola, David, qué bueno verte. Si no los conociera bien, pensaría que tienen una aventura secreta.

–Nada de eso. Esta mujer es tuya en toda ley. –Se dieron la mano–. Solo que hoy, como es su natalicio, le doy algunas alegrías porque se las merece.

–Vamos, entra ya. Te estábamos esperando para comenzar la cena.

–Goyo, no le pidas que, además de amoroso, se vuelva puntual. Eso ya sería sospechar que el fin del mundo se acerca. –Marina lo tomó del brazo para hacerlo ingresar.

–Pues, de todos modos, aunque estuviera cerca el fin del mundo, no llegaría puntual, no tendría ninguna prisa.

Cuando entraron al piso, Goyo y Marina fueron presentando a David a sus amigos. Estaban Lupe y Bruno, Antonino y Cristina,

Marcial y Julián y, por último, Francisco. Luego de los saludos de rigor, se acomodaron alrededor de la mesa.

Como aún no habían comenzado los días de frío intenso, Marina y Goyo prepararon una gran variedad de tapas y pinchos, algunos fríos y otros calientes. David se sirvió un surtido y cargó su copa con vino. Francisco hizo lo propio y se sentó junto a su padre a deleitarse.

–En verdad, tu madre se ha pasado. Ha cocinado durante una semana para tener todo listo hoy. –David degustaba las exquisiteces.

–Te cuento un secreto: le encargó la mayoría a una empresa de *catering* de una amiga. Ella solo preparó la tortilla. El resto fue elaborado por profesionales –confesó, entre risas, Francisco.

–Pues, enhorabuena para ella. Eso de cocinar durante días para que todos coman en minutos es mucho sacrificio. Puso su cariño en lo que le sale mejor y con esa parte nos agasaja.

–Tienes razón, papá. Parece que mis datos te ayudaron a conseguir un buen regalo. ¿Eso sumará puntos cuando llegue mi cumpleaños?

–Sin dudas. Deberé darte algo muy bueno a ti y también deberé agradecerle a Lola, la mujer de la librería.

–Cadena de favores –bromeó Francisco.

–Pensé que traerías a alguien contigo, alguien con quien estuvieras saliendo, tal vez. Recuerdo lo que me dijiste de Aitana, pero quizás alguien más.

–Pues te equivocaste, no estoy saliendo formalmente con nadie, así que vine solo. Pero quisiera hablar contigo de ese tema, nos debemos una charla.

–Pues dime –David frunció el ceño con preocupación–. Te escucho.

–No, papá, no es el día ni el lugar apropiado. Si te parece paso mañana por tu apartamento y compartimos una cena.

–Vale, me gusta la idea. Ayer conseguí unos callos que están limpios y a la espera de ser cocidos. Si te vienes temprano, hacemos unos callos a la madrileña, ¿a que sí?

–A mí también me gusta la idea. Le pediré a mamá la olla exprés para ahorrar tiempo. ¿Tienes el resto de los ingredientes? Puedo llevar lo que falte.

–Pues, me falta la panceta; si puedes conseguirla, estamos hechos.

Mañana corto todo antes que llegues y te espero para guisar.

–Excelente. Estaré en tu piso a las seis si te parece. Llevo además un tinto que me regalaron y quiero compartir contigo. ¿Supiste algo más del caso?

–Estoy en la pista de algo. El hermano no estuvo presente durante el secuestro, pero eso no lo exime.

–Es cierto. Yo también creo que sabe más de lo que dice; de hecho, ha sido bastante renuente a dar datos hasta que tú no lo encerraste con las pruebas.

–¿Averiguaste algo más sobre la amante?

–No mucho. El lunes tiene cita para hablar con nosotros. Pero estuve hablando con los que viven en su edificio, sus vecinos.

–Bien.

–Darla es la nueva identidad de alguien que nació con biología masculina. Hace unos años comenzó su transición, se operó y realizó un tratamiento hormonal.

–No lo puedo creer. ¿Cómo lo supiste?

–Las señoras mayores suelen ser las mejores fuentes de información. Severina vive en el piso uno y la conoce desde que llegó a Madrid, incluso antes de que se mudara a ese edificio. Fue enfermera hasta que se jubiló, hace un tiempo ya. Prestaba servicio en el lugar donde Darla comenzó el proceso de trasformación. Fue presenciando el cambio. Incluso la cuidó en una ocasión en que tuvo una reacción alérgica. La quiere como a una hija, aunque no aprueba su forma de vida. Hace un tiempo abandonó el club nocturno y eso le dio tranquilidad a Severina, porque además se mudó a su misma urbanización.

–Cuando comenzó la relación con Tiscornia.

–Exactamente.

–Bien, hijo, mañana me cuentas en detalle. Ella también deberá explicar dónde se encontraba al momento del secuestro.

–Sí, lo sé.

–Ustedes dos deberían dejar el trabajo para la oficina –los reprendió Marina, que los oía hablar bajo–. Dime, David, ¿cuál es el lugar que fuiste a conocer el año pasado, ese tan bonito de playas con

aguas azules que nos contaste?

–Creo que te refieres a Bayahibe, en República Dominicana. Un paraíso de playas con arenas blancas, música, comida y tragos. Es una garantía de vacaciones inolvidables.

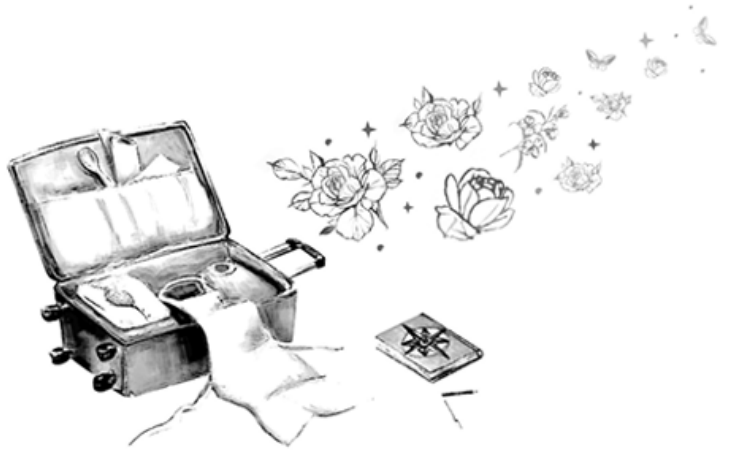
–Qué buen dato, David. No conocía ese destino –comentó Marcial, interesado–. Con Juli el año pasado viajamos a las playas mexicanas, conocimos Tulum. Y este año quisimos volver, pero el sargazo nos acobardó.

–Es un tema increíble el del sargazo. Justamente, la corriente que pega en las playas mexicanas es lo que las va invadiendo de esas algas marrones y de olor fétido. Vienen del Atlántico Sur, por eso Dominicana es buena elección, porque sus playas se encuentran en el mar Caribe. Esto las hace evitar esas malditas algas, al menos así me explicaron en la agencia de turismo.

La conversación viró a temas más entretenidos para todos. Los viajes y la posibilidad de conocer nuevos destinos siempre era buena opción.

David recordó los atardeceres en la playa del hotel Iberoestar Hacienda Dominicus, con una copa de ron en la mano y mucha música. Recordó a Marlene, la canadiense que conoció allí y con la que compartió algunas noches de pasión.

Llegó a su memoria el rostro sonriente de Emma; tenía ganas de verla. Pensó en mandarle un mensaje a Begoña, su amiga de toda la vida, para ver si la conocía.



Capítulo 12

Emma disfrutaba su primer domingo de franco. Se bañó y se sentó en la terraza con una taza de café entre las manos y su frazada de polar preferida rodeándole la espalda. Las pantuflas de peluche mullido que amaba cerraban la perfección de ese día.

Había cumplido con toda la semana de trabajo y con cada pedido de Raquel. Estaba claro que esa mujer no estaba feliz de tenerla en sus filas y buscaba preparaciones complejas para ponerla a prueba. Emma dudó de todas sus decisiones, pensó que ese no se convertiría en su lugar en el mundo después de todo, sentía que se había equivocado al mudarse. Luego habló con sus hijos y su amiga, y todos la animaron. Estar en un país nuevo, siendo inmigrante, no iba a ser fácil; seguro iba a encontrar gente que no la iba a recibir con los brazos abiertos. En ese momento, dos rostros aparecieron en su mente: Raquel y la mujer horrenda que le había gritado.

Sus hijos, sobre todo Gerónimo, le habían hablado con honestidad. Él se había enfrentado a muchas situaciones parecidas. Muchas

personas, en los países que recibían inmigrantes, se dividían entre recibirlos con los brazos abiertos y rechazarlos. Podían verlos como ayuda o como amenaza.

–Eres una mujer fuerte, mamá. No dudes de ti, no dudes de tus decisiones. Puedes hacer frente a todo esto; si yo pude, tú, que eres mucho más fuerte que yo, también podrás.

Su hijo había hablado con la franqueza acostumbrada. Además, tenía razón: si ella había atravesado situaciones mucho más difíciles, ¿cómo no superar a una jefa malintencionada? La otra situación ni siquiera podía ponerla en la lista; por otro lado, la mujer no había vuelto a aparecer. Las otras personas con las que convivía habían sido amables, abiertas, cariñosas. No, no debía dudar. Era Virgo, tenía los pies sobre la tierra, veía lo bueno y lo malo en cada situación, y actuaba en consecuencia.

Emma reflexionó, cuando habló con Sandra, sobre la actitud de Raquel: era una mala líder. La había observado a lo largo de los días que habían compartido, el modo como trataba al resto de empleados de la cocina. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su oficina, sin acompañar el trabajo de sus subordinados; la había visto interrumpir mientras un empleado le hablaba y abandonar la conversación sin ningún tipo de consideración. No delegaba responsabilidades y no ayudaba a sus empleados a ser independientes. Y ahí entraba el enfrentamiento con Emma: ella era independiente, no la consultaba; una vez que se le asignaba la tarea diaria, Emma se manejaba sola y trabajaba en equipo ayudando a los demás en sus asignaciones.

Raquel era insegura y se negaba a delegar por miedo a quedar opacada. Sus propios temores no hacían más que crear muros y distancias. La noche anterior lo había confirmado cuando parte del equipo había salido a tomar unos tragos luego de terminar el servicio y Emma había sido invitada.

–Ahí tienes la prueba. Hace una semana que te conocen y ya te hicieron parte –había dicho Sandra eufórica–. A esa tipa seguro que no la invitaron.

–Es cierto. A ella no le dijeron nada y me pidieron que guardara el

secreto de las salidas. No quieren que sepa, porque a ella no le gusta que ellos se relacionen fuera de la cocina.

–¿Te das cuenta? Lo dicho. Qué tipa difícil.

El pensamiento asociativo la hizo recordar la exquisita cerveza artesanal que había probado… Y a Moro. Habían estado charlando bastante durante la estancia en el bar, y luego él había insistido en acompañarla hasta su piso para asegurarse de que llegara bien.

Moro era un hombre atractivo. Su buen carácter, sus ocurrencias, sus chistes le gustaban, tal vez más de lo que quería reconocer.

–Amigueta, me gusta mucho lo que me estás contando de ese tal Moro. Lástima que se llame así, me hace acordar a mi ex. Ese me hizo sufrir mucho, espero que este me cambie la opinión sobre los que llevan ese nombre.

–No recordaba que hubo un Moro en tu vida.

–El mío lo tenía como segundo nombre. Ernesto. ¿Te acuerdas?

–¿El de la universidad?

–Sí, ese. Fue bastante difícil de superar.

–Pero, Sandrita, pobres, les pones una carga que no merecen. Todo por culpa de un infiel. Y, de paso, te aclaro que yo no tengo nada, ni lo tendré, con ese compañero. Bien lo decía la abuela, no se buscan relaciones donde se trabaja.

–Mira qué linda forma de conmemorar la frase. Yo la recordaba más grosera a tu abuela. Te juro que creí que decía “Donde se come no se caga” –y Sandra largó la carcajada.

–Ayyy, Sandrita. No lo digas así, que feo. Pero tienes razón. La abuela Porota lo decía de ese modo. Nunca me gustó que lo dijera con esas palabras, por eso lo “traduje”.

–Menos mal que eres bilingüe. –Sandra seguía riendo y la angustia que había llevado a Emma a llamar a sus seres queridos se esfumó del todo.

La noche se iba instalando en el cielo madrileño; una bóveda azul oscuro comenzaba a mostrar las primeras estrellas. Era muy raro, para Emma, observar las constelaciones y no encontrar las Tres Marías, la única que reconocía en el cielo argentino, tres estrellas seguidas, muy brillantes, que configuraban una línea. En realidad, formaban el

cinturón de Orión, una constelación mayor, así le había narrado su abuelo Edgardo. De niña se quedaba horas escuchando las historias que él le contaba sobre los griegos y las constelaciones. Reconocer esos tres cuerpos celestes la hacía sentir cerca de sus seres queridos, aquellos que habían partido.

Respiró el aire fresco, dio un último sorbo a su café y, con toda esa paz que la invadía, se prometió no dejarse desanimar y darle pelea a la situación con Raquel. Emma había viajado a España para empezar una nueva vida. Le haría frente si fuese necesario, pero por lo pronto seguiría cumpliendo con sus pedidos. Trabajar en nuevos desafíos, como todo lo que le solicitaba Raquel, además la ayudaba a salir de su zona de confort. Cocinar recetas nuevas era algo bueno, le daba creatividad, ideas, y mejoraba su performance en la cocina. Así que al final iba a estarle agradecida.

En ese instante, escuchó la entrada de un mensaje. Era de Moro. Emma observó la foto de su perfil. Se lo veía con un jean, una camisa informal. Si ella no lo hubiera conocido, hubiera pensado que se trataba de un modelo.

> Espero no molestarte, no lo tomes como un atrevimiento. Te invito a una copa, bonita. Si no tienes planes, podríamos hacerlo hoy, de lo contrario, cuando tú me digas

La sorprendió el mensaje, la frescura de sus palabras. Iba directo al punto de un modo educado. Hacía años que un hombre no la invitaba a salir. Se sintió halagada. Estaba con ropa cómoda, despeinada y sin maquillaje, pero le dieron ganas de ir al encuentro del destino. Con una sonrisa en los labios respondió:

> Me encantó la idea. Dame una hora para prepararme. Nos encontramos donde me digas

Moro no dejó pasar más que unos segundos para enviar su contestación:

> Te paso a buscar por tu piso. Estoy con mi coche. En una hora estoy allí

Emma contestó enseguida.

Perfecto

Corrió a su habitación para vestirse. Eligió un pantalón negro ajustado, una remera roja que amaba, ceñida en los lugares justos, que sugería, pero no mostraba, un saco negro. Se maquilló con un estilo natural y los labios con un color similar al top. Se puso el perfume que su hijo le había regalado hacía un tiempo, cuando había viajado a Argentina. Justo al terminar de gatillar el perfume, escuchó un mensaje que entraba. Moro había aparcado en la puerta del edificio.

Bajó emocionada, y se encontró con Javier Tiscornia, nuevamente, en el elevador.

–Flower by Kenzo, ¿no es así? –dijo con una sonrisa.

–Exactamente. Se ve que lo conoce bien –ella rio.

–Sí, se lo he comprado a una mujer con la que salí un tiempo. Amo el aroma, es tan personal, tan único.

–Me gusta muchísimo a mí también. Me lo regaló me hijo.

–Imagino que no sale con su hijo en este momento. Se la ve muy hermosa.

–Gracias, qué galante. Es cierto, voy a salir con un compañero de trabajo, nada formal, solo una copa.

–Pues por una copa se empieza. Espero que lo disfrute.

–Muchas gracias, Javier. No estuve mirando la televisión estos días, perdone si le parece algo entrometido, pero quería saber si pudieron hallar a su hermano. Lamento tanto que esté pasando por esta situación.

El gesto de Javier cambió a uno más serio.

–No, aún no lo han encontrado. Es una situación muy difícil y triste. Justo estoy yendo a ver a mis padres, me necesitan. –Se lo notaba incómodo con la charla sobre el secuestro, no así con la de los perfumes. Las puertas del elevador se abrieron–. Si me disculpa, llevo prisa. Que pase una hermosa velada.

–Gracias, Javier. Espero que pronto puedan rescatar a su hermano. Hágales llegar a sus padres un saludo afectuoso de mi parte.

El hombre salió con rapidez. Ella supuso que el sonido que había

emitido era un “gracias”, pero no podía confirmarlo.

Javier abrió la puerta y ella vio al hombre que la esperaba. Moro se encontraba apoyado sobre el costado del auto, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda. Un jean negro que le calzaba bastante bien y una camisa negra ceñida al cuerpo que sugería unos pectorales interesantes. Tenía una chaqueta informal en color beige. El cabello corto, peinado con gel. En cuanto la divisó, le dedicó una sonrisa plena detrás del vidrio.

No bien Emma salió, él se puso de pie y la saludó con dos besos en las mejillas. Ella sintió el aroma que lo representaba, lo reconoció enseguida: Sauvage, de Dior. Se lo había regalado en algún momento a su exesposo. Le encantaba. Hizo a un lado la imagen de Marcos Ferrero: él ya no era parte de su vida. A partir de ese momento, decretó que el aroma de ese perfume le pertenecía a Moro.

Fueron a un bar donde podían pedir unas tapas y unas cervezas. Se sentaron uno frente al otro y mientras esperaban que trajeran lo que habían pedido, se pusieron a charlar de manera amena.

–¿Vivías en Buenos Aires?

–En realidad soy de la provincia de Buenos Aires. Vivía en La Plata, la capital. Está a unos sesenta kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Yo trabajaba en el hotel de allí, así que me trasladaba cada día en auto.

–Bien. No conocía la ciudad que mencionas, pero imagino que debe ser bastante grande si es la capital.

–Es grande, sí, aunque no tanto como Buenos Aires.

–No he viajado nunca a tu país, pero si en algún momento lo hago, estoy seguro de que conoceré paisajes increíbles. Tengo un amigo que viajó y no deja de hablar de la belleza de la Patagonia, de Cataratas y de la comida.

–Es cierto. Argentina tiene gran variedad de paisajes: mar, sierras, montañas, desierto, salinas. Es un país hermoso.

–Lo que me lleva a preguntarte qué te hizo decidir venirte a Madrid.

–Verás, Moro, soy una mujer grande.

–Bueno, pero no tan grande –la interrumpió Moro.

–Qué dulce que eres. Me encanta que digas eso, pero la realidad es que sí lo soy. No sé cuántos años tienes tú, supongo que menos, yo tengo cuarenta y cinco.

–Treinta y nueve.

–¿Viste? Eres más joven. Bueno, te decía, soy una mujer que ha vivido bastante, y he pasado todo lo que una mujer puede pasar. Me enamoré, fui madre, la muerte se llevó a mis padres, fui engañada, me desilusioné, me deprimí, me divorcié, padecí el síndrome del nido vacío. Y de pronto, me encontré en una casa enorme, que era el hogar que había soñado, y sola. Mi ex se casó con su amante que tiene casi la edad de nuestro hijo mayor.

–¿Sigues enamorada?

–No. Me costó tiempo recuperarme, perdonarlo y perdonarme, pero ya estoy libre de sentimientos. Seguiremos siendo los padres de nuestros hijos.

–¿Y con su nueva esposa?

– No tengo demasiado trato; somos respetuosas, pero nunca seremos amigas.

–¿Tus hijos?

–Mis hijos son mis dos amores en la vida. Gerónimo es el mayor. Un hombre ya, tiene casi veinticinco años.

Le contó con detalles cómo había logrado el contrato en Madrid.

–Qué joven es y cuánta carrera ha hecho, enhorabuena.

–Gracias, así es, es un chico muy responsable, y cuando se pone una meta, no cede hasta lograrla. Abril es la más pequeña. Tiene veintidós años. Está en los últimos años de la carrera de arquitectura, y hace un tiempo decidió mudarse sola. Trabaja además con su padre en el estudio de él. También es arquitecto.

–Imagino que debe ser parecida a ti.

–Pues no, yo soy obsesiva con mi trabajo, hiperrigurosa. Abril es una mujer mucho más creativa, libre, ingeniosa. Y con toda esa energía poderosa, no puedes pedirle que siga reglamentos o lineamientos.

–Pero debe ser hermosa como su madre.

–Es mi hija, no puedo ser objetiva. Es una hermosa persona y tiene

un corazón de oro.

–Estoy seguro de que ya podré comprobarlo. Por lo pronto, diré que eres hermosa tú también, señora mayor.

–Gracias por el cumplido –rio ella–. Así que cuando me sentí sola y algo perdida, decidí que podía perderme en algún lugar nuevo.

–Madrid fue el destino elegido por tu hijo Gerónimo.

–Soy valiente, pero no tanto. Irme de mi país a otro ya era toda una aventura. Y mudarme a un lugar donde tuviera alguien de mis afectos era necesario. Prometí no invadir a mi hijo, y lo vengo cumpliendo. Nos encontramos una o dos veces por semana y hablamos casi todos los días.

–Entonces deberé agradecerle a Gerónimo por esta oportunidad de conocerte.

–Pues le daré tu agradecimiento cuando lo vea. Ahora cuéntame de ti por favor.

–Debo reconocer, señora mayor, que usted me seduce. –Ambos se quedaron en silencio unos segundos mirándose con fijeza, luego Moro retomó–. Soy el hijo menor de tres, de un matrimonio de madrileños. Tengo una hermana de cincuenta, un hermano de cuarenta y cinco y yo. Mis padres siguen vivos. Estuve viviendo en pareja durante cinco años, y hace un año y medio estoy solo.

–¿Cómo te llevas con tus hermanos?

–Bien, a la distancia y con esta edad. Cuando éramos pequeños, nos llevábamos como hermanos, y yo he sido de esos cargosos que generaban muchos problemas, debo confesarlo.

–¿Sabes que te imagino como un niño bastante pícaro? –Emma rio y Moro largó una carcajada.

–Pues no te equivocas. Y sigo siendo pícaro en lo que me atrae mucho, suelo amar los juegos y me gusta la seducción.

–¿Te gusta seducir o que te seduzcan?

–Ambos. Disfruto mucho la anticipación. Por ejemplo, en este momento ya estoy saboreando y disfrutando lo que vendrá en unos minutos… los aromas, los sabores, lo que vamos a compartir. –Moro hablaba con su mirada fija en ella, recorriéndola. Jugaba con el doble sentido de sus palabras.

Emma comenzó a sentir un calor que la abrasaba por completo y percibió que las mejillas se le enrojecían.

–Imagino que te estás refiriendo a las tapas y las cervezas.

–Así es, ¿de qué otra cosa podría estar hablando, Emma?

–Ahora entiendo la frase que dijiste: “amo los juegos”.

–Todavía no tienes idea.

Las cervezas y las tapas los tuvieron hablando por un rato largo acerca de sus carreras culinarias. Luego conversaron sobre música y películas. De regreso al departamento de Emma, en el auto, la charla derivó en cuáles eran sus expectativas en la vida.

–Creo en el amor, pero no en la monogamia –expresó Moro con libertad–. Creo que el amor no tiene que estar restringido, porque si quieres a alguien, deseas lo mejor para esa persona y eso incluye poder ampliar su vida amorosa y sentimental. La única condición es el amor entre las personas y la aceptación de la relación por parte de todas ellas.

–Pues ahí no coincidimos. Entiendo la postura, entiendo que es una filosofía tal vez mucho más sana, pero es una clase de amor que no podría tener.

–¿No podrías estar conmigo y luego estar con alguien más? Digo, sin sentir que a alguno lo has amado menos.

–Podría, pero debería ser en diferentes momentos de mi vida. Creo que el ser humano tiende a amar de un modo posesivo, y sentirse “dueño” de ese otro ser al que se ama, y siempre aparecen inseguridades. Amar del modo que me planteas supone superar estas cuestiones, tener un amor donde nadie es propiedad de nadie. Confieso que se ve atractivo, pero hay que vivenciarlo.

–El poliamor no implica no sentir celos, se pueden sentir, digo, somos humanos. Pero la idea es superarlos, armar consensos, acuerdos. Los celos son algo que hay que trabajar primero con uno mismo y luego dentro de la relación, examinando ese sentimiento, hablando sobre ello e intentando aprender. Si estás en una relación monógama, como fue tu caso, y tu pareja tiene una relación sexual con una tercera persona, normalmente lo vives como una traición, ya que eso constituye una violación de las normas de la relación y, en

general, también implica que te hayan mentido durante cierto tiempo, con la consiguiente pérdida de confianza. Ustedes se casaron, en sus votos estaban sus acuerdos, eran exclusivos, y él no cumplió el acuerdo. Esto desencadena el miedo, la desconfianza, la inseguridad, en esa pareja y en las futuras. Ese problema, en principio, no existe en las relaciones poliamorosas; por los acuerdos previos, uno define que sí estará con otras personas y cuáles serán las pautas para ello. Si tienes celos en una relación poli, puede ayudar, aparte de hablar sobre ello, que conozcas y pases tiempo con la persona que está con tu amante, que redefinan ciertos acuerdos.

–Es muy complejo, Moro. Lo entiendo, lo respeto, pero no creo que pueda formar parte de una relación de ese estilo.

–Entiendo. Sé que seguramente sería algo difícil al principio, pero en algún momento te acostumbras. –Moro estacionó el auto en la puerta del edificio, detuvo el motor y giró el rostro con un gesto seductor–. Voy a hacerte una propuesta, Emma, y espero que la pienses antes de darme tu respuesta.

–Moro…

–Escucha antes de responder y tómate tu tiempo para pensarlo. –La miró unos segundos en silencio y lentamente se acercó hasta tocar sus labios.

Ese domingo David esperaba con ansiedad la llegada de su hijo. Ya tenía listos todos los ingredientes para los callos a la madrileña. Francisco estaba en camino.

Se preparó una taza de café; el aroma inundó la cocina y lo relajó. Una música suave de fondo completaba el domingo. El sol bajaba y la noche comenzaba a extender sus brazos.

Tomó un sorbo y cerró los ojos para paladear la intensidad del sabor. Había tenido que bajar la cantidad de infusiones por día, el médico le había dicho que era mejor prevenir.

Mientras terminaba su recreo, comenzó a darle un hervor a la parte de los ingredientes que debía librar de impurezas. Francisco traía la olla a presión de su madre, pero se hacía indispensable darles un

blanqueado para terminar de suavizarlos y que no dejaran un gusto fuerte en la preparación.

En ese instante sonó el timbre; su hijo había llegado. El joven entró con los brazos llenos. Cuando logró apoyar todo en la isla de la cocina, se dieron un abrazo fuerte. David le dio un delantal al muchacho y se pusieron a cocinar. Unos minutos después del hervor, tiraron el agua con impurezas y se quedaron con los callos. En la cacerola a presión pusieron cebolla, ajos, zanahoria, agua limpia, condimentos y lo hervido previamente.

–Qué suerte que tu madre te prestó esta olla. Nos hemos ahorrado un poco más de tres horas de trabajo. En cuarenta y cinco minutos tendremos nuestra cena –dijo David, a la vez que la cerraba.

–¿Y la panceta, el chorizo y la morcilla cuándo se suman?

–Suelo hacerlo al final. Tenía pensado hacer un sofrito con ellos para restarle grasa al plato.

–Buena idea, papá. Hoy hablé con Aitana. Me dijo que el amante de la esposa está limpio. No tiene antecedentes y es bastante famoso en el mundo del modelaje. El tipo se encuentra con la mujer de Tiscornia cada tanto, cuando regresa de los viajes por trabajo. Estaban juntos durante el secuestro en el departamento.

–Bien, descartada de la pared. Aunque convengamos que podría haberlo encargado.

–No lo creo, la mujer no tiene comunicación con nadie fuera de su entorno conocido.

–Entonces, descartada. Hablando de descartes, ¿quieres explicarme eso tan misterioso que tienes para contarme?

–Parecería que fuera algo extraño que venga a cenar con mi padre.

–No, no me malinterpretes, hijo. No es que no disfrute tus visitas. Por el contrario. –David hablaba mientras tostaba un poco de pan, le ponía un hilo de aceite de oliva y acomodaba unas tajadas de jamón serrano encima. Francisco abrió la botella de vino, buscó dos copas y las sirvió. Ambos se sentaron en la isla–. Me alegra muchísimo tu compañía, pero anoche fuiste bastante enigmático con el tema y me ha picado la curiosidad.

–Papá, no es un enigma. Sabes que soy muy reservado con mi vida.

–Lo sé, y ya te prometí que no volvería a preguntarte nada sobre Aitana o cualquier otra mujer en tu vida –se atajó David.

–Es que justamente de eso se trata. No quiero ocultarte nada. Pensé que con el tiempo ibas a darte cuenta y tal vez te animaras a preguntarme, pero visto que no lo haces, e incluso que erras el camino, me siento en la obligación de aclararlo.

–¿De qué estás hablando, hijo?

–Papá, soy gay. No me interesa Aitana ni ninguna otra mujer en un sentido sexual o romántico –hizo un silencio.

–Dios mío, hijo. Te pido disculpas si en algún momento te hice sentir incómodo. La verdad, me dejas sorprendido, nunca me di cuenta –se apresuró en aclarar–, y no es que sea algo malo ni nada por el estilo, sino que –se quedó pensativo unos segundos– de verdad siento que no he sido un buen padre.

–¿De qué hablas?

–Pues, me siento horrible, porque has tenido que explicarme algo de ti que se suponía que un padre debería de haber visto. Digo, no está mal que te gusten los hombres, y no es que sea algo que debes "confesar". Un padre que se precie de tal debería haber visto las señales y no torturarte con preguntas incómodas todo este tiempo. Hijo, de nuevo, te ofrezco disculpas.

Ambos se abrazaron. Francisco se separó y le habló con una sonrisa:

–Olvídate de echarte culpas. Eres un padre atento. De hecho, desde que mamá y tú se separaron, lo has sido mucho más. Estás más atento a ella, a mí. Pero este tema pareció escapar de tu radar.

–No puedo dejar de sentirme un estúpido. ¿Qué clase de detective tiene una respuesta delante de sus narices y no la ve? –bromeó David y ambos rieron.

–No seas tan duro contigo mismo. Hay mucha gente del trabajo que no lo sabe ni lo sospecha.

–Entiendo. ¿No lo dices por temor a ser despedido o algo por el estilo?

–No, en realidad no voy por la vida hablando sobre mis gustos sexuales con compañeros de trabajo o desconocidos, ¿tú sí? –siguió el

chiste Francisco.

–Es cierto, no lo hago.

–Entiendo que, como la mayoría de las personas son hetero, o creen que son mayoría, asumen que todos comparten sus gustos. En nuestro caso, hemos pasado épocas donde contar algo así podría habernos costado el trabajo, el título, o incluso la vida. Por suerte en estas épocas todo ha cambiado, y uno puede elegir libremente a quien amar, sin ser juzgado por eso.

–A menos que el amor sea alguien menor de edad, hijo. En esa situación sí te juzgarían –David rio.

–Papá, no sigas de broma. Quiero decir que hoy ser homosexual, pansexual, bisexual, intersexual, *queer*, transexual o te definas como no binario es decisión de cada uno y nadie tiene por qué opinar. Es más, creo que, aunque alguien muy arcaico dé su opinión, nada nos afectará o nos hará sentir que somos algo que está mal. Somos y punto.

–Guau, me has sorprendido con la cantidad de opciones que existen. Te digo que me parece muy honesto y sano vivir de acuerdo con lo que se siente. Si toda la sociedad lo hiciera, tendríamos un mundo mejor.

–Exactamente. No se trata de qué me gusta, se trata de quién soy en realidad. Hace mucho tiempo existían hombres y mujeres, y un tercer grupo de personas que se ocultaban para vivir en secreto la vida, el sexo y el amor que deseaban.

–Y muchas de esas situaciones de vivir secretos daban lugar a terribles traumas, incluso algunos terminaron en delitos –concedió David.

–Ahora hay tantos colores, tantos sentimientos, tantas visiones de mundo como personas en el planeta. Aunque siguen existiendo personas a las que les cuesta entender. Así y todo, tú no vas por la oficina aclarando que te gustan las mujeres o que te gustan, además, con el cabello de tal color, o con pechos grandes o pequeños. Tú no hablas de esas cosas en el trabajo, pues yo tampoco.

–Entiendo, me acabas de dar un sermón, con justa razón. Entiendo tu punto. Es cierto, uno no anda con pancartas diciendo “soy

heterosexual". Olvidemos mi estúpida pregunta. Creo que aún sigo sin poder decir lo que quiero en realidad.

–Pues solo dilo.

–Fran, quiero que sepas que soy un padre que ama a su hijo con toda su alma, y que está muy orgulloso de ti, de quién eres, de lo claro que tienes tus sentimientos y tus valores.

–Te quiero, papá. Mucho –volvieron a abrazarse–. No sabía cómo ibas a reaccionar, tu ceguera me tenía preocupado. Pensé que tal vez no querías ver y eso me tenía bastante inquieto.

–¿Acaso tengo el rostro de un viejo homofóbico del siglo pasado? Hijo, me insultas. De verdad te digo que nunca puse mis dotes detectivescas a funcionar en mi hogar, porque allí siempre hubo honestidad. Pero vayamos a lo importante.

–¿Y qué vendría a ser eso?

–Saber si hay un amor en tu vida. Si tienes una pareja. No me digas que has tenido todo este tiempo un novio y no te atreviste a presentármelo.

–No, papá. Sigo solo, como te vengo diciendo hace tiempo. No estoy en pareja. He tenido algunas relaciones poco formales. En cuanto sienta que alguien merece ser presentado a mis padres, lo haré sin dudarlo.

–Hijo, me quitas un peso de encima. Si me hubieras dicho que vivías con alguien hacía meses, ahí hubiera debido presentar mi placa y la renuncia indeclinable a la Guardia Civil –David volvió a bromear–. Anda probemos el jamón serrano que la tostada se debe de haber humedecido ya con la oliva.

–Eres incorregible, papá.

Ambos chocaron sus copas. Luego probaron las *bruschettas*.

–Este vino es muy sabroso, Fran. ¿Dónde lo conseguiste?

–En realidad me lo regalaron. Un amigo de la academia viajó hace unos meses a Argentina, de vacaciones. Me comentó que hizo el camino del vino en la zona cuyana, y me trajo este para que lo probara. Es increíble. Tiene un cuerpo y un aroma muy personales.

David se quedó pensativo; Argentina volvía a aparecer, como si alguien quisiera recordarle todo el tiempo a Emma.

–Sabía que Argentina tenía muy buenos vinos; Alfonso nos ha hecho probar varios, pero ninguno como este. ¿De qué varietal es?

–No lo recuerdo, déjame ver. –David le pasó la botella, y Francisco buscó en la etiqueta–. Es un *pinot noir*.

–Exquisito. Propongo otro brindis. –Levantó su copa–. Por el *pinot noir* argentino, y por el amor. Ese esquivo que no nos da una alegría.

–Señor detective, hable por usted, que yo tengo alegrías bastante seguidas.

–Ah, bueno, tu padre también tiene alegrías bastante seguidas, pero yo me refería a las que trae un amor verdadero.

–No lo estoy buscando, si llega, será bienvenido.

–Has dicho una gran verdad, hijo. Cuanto más buscas, menos encuentras. Es mejor dejar que el amor nos sorprenda.

–Entonces brindemos por que el amor nos sorprenda. –Francisco levantó su copa a la par de su padre y ambos las chocaron.

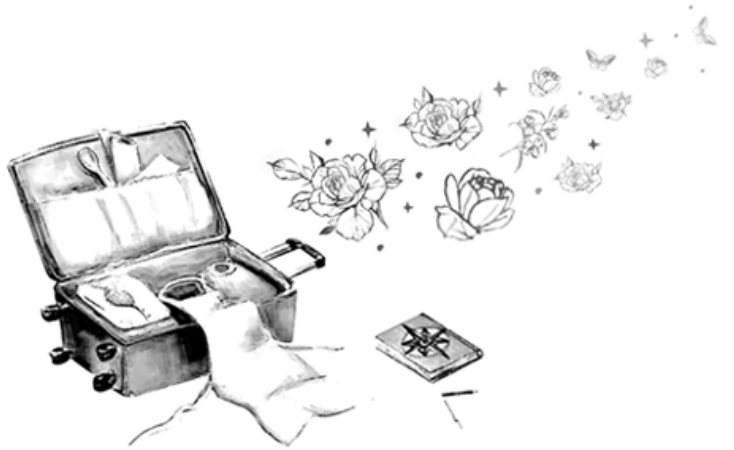
La cena continuó entretenida. Luego de tratar algunos temas relacionados con el caso, se distendieron hablando de planes.

David estaba armando un plan que incluía a Begoña.

A kilómetros del apartamento del detective David Soto, un hombre era trasladado en la cajuela de un auto. Sangraba profusamente y perdía el conocimiento cada tanto. Desde el lugar donde lo mantuvieron escondido hasta esa cajuela, lo habían golpeado de manera brutal. El jefe había ordenado que así fuera: debían dar la imagen de que el tipo había sido elegido por venganza y que nunca habían pensado devolverlo con vida.

Los encargados del traslado estaban hartos de los cambios de último momento. Nunca un trabajo había tenido tantos contratiempos; eso tenía que ver con decisiones que se tomaban con prisa. Demasiada improvisación.

Debían ser claros con futuros contratantes. Eran profesionales. No eran los indicados para armar “escenarios”. Solo limpiaban escenas o desaparecían problemas. Nada más.



Capítulo 13

Las bocas de Moro y de Emma se encontraron finalmente. Fue un choque blando, sabroso, sosegado, prudente, pero no por eso menos apasionado. Moro hizo el primer acercamiento casi de manera brusca, pero se detuvo a unos milímetros de Emma, como dándole tiempo para que ella lo frenara si no quería ser besada. Ella acortó la distancia restante entre ellos.

Hacía mucho tiempo que Emma no sentía la tersura y lo mullido de otros labios en los suyos. El primer roce puso en acción todas las terminales nerviosas de su cuerpo. Un estremecimiento la recorrió. Con sensual lentitud fue abriendo el camino para que la lengua de Moro peregrinara y la reconociera. La de Emma le salió al encuentro, y aunque ella creyó haber perdido la práctica, ambas se acariciaron de un modo delicado y erótico, comenzando una danza propia que iba más allá de expectativas y temores. La premisa era sentir, y sus cuerpos comenzaron a acusar la subida de temperatura, las respiraciones se agitaron y el habitáculo se llenó de los sonidos que

sus besos generaban, aumentando la receptividad de los dos.

Las ventanillas del auto comenzaron a empañarse. Moro se fue deteniendo con lentitud, no quería presionar a Emma a subir la apuesta. Le acarició la mejilla. Emma abrió los ojos con calma, como si despertara de un sueño.

–Hacía tiempo que deseaba hacer esto –Moro la miró; sus iris, de color miel, se habían ennegrecido por el deseo.

–Debo confesar que yo también. Aunque me cuesta reconocerlo. –Emma se sonrojó.

–¿Por qué? ¿Acaso tiene algo de malo?

–No, para nada. Es que la diferencia de edad… –Hizo una pausa al escucharse–. Sé que parece arcaico, pero pensé que me considerabas mayor.

–Deberás aprender a conocerme, reina. Y yo a ti, por supuesto, pero quiero que vayas sabiendo que nunca digo algo que no sienta, y cuando salimos hoy, te he dado más de una pista.

–Pues, se ve que no me di cuenta, puesto que mis dudas siguieron. –De pronto ella se puso seria–. Moro, no estoy preparada para una relación del estilo que tú necesitas, no me siento lista para una relación abierta. Tampoco me siento capaz de llevar una relación seria, estable.

–Emma, tu mente va más rápido que los hechos. No te adelantes. Apenas nos hemos besado, y comprobamos que tenemos química. Vamos despacio. Por ti, pero también por mí. Ninguno tiene claro hacia dónde van las cosas. No pongamos rótulos ni reglas. ¿Te parece?

–Me parece bien. Vayamos de a poco. –Ella volvió a acercarse y lo besó con la misma avidez que un sediento toma agua del pozo que encuentra. Lo abrazó. Sus manos acariciaron su nuca. Lo atrajo hacia ella. Moro la fue tomando y, con sus brazos, le dio un giro a su cuerpo para que quedara de frente a él. Emma se separó un instante para respirar y mirarlo–. Debo bajar, no me parece prudente que alguien de mi edificio nos vea aquí. Nos vemos mañana en el trabajo, Moro.

Le depositó un beso breve y sorpresivo en los labios, y bajó del auto.

Hizo varios pasos hasta la entrada; se detuvo. Estaba indecisa.

¿Por qué me bajo si quiero seguir con él? ¿A quién le importa lo que opinen los demás, si él y yo somos adultos y tenemos ganas de darnos placer? ¿Y si mi cuerpo no le gusta cuando no tenga las barreras de la ropa? ¿Pero qué estoy pensando? Si lo seduzco como me dijo, mi cuerpo es parte del paquete, con todas mis marcas, todas las que dicen quiñen soy y todo lo que viví.

Moro la observaba allí, detenida a dos pasos de la puerta de entrada. Estaba excitado y deseaba hacer el amor con esa mujer que lo había vuelto loco desde que había entrado a la cocina, tan hermosa y tan inconsciente de su belleza. Acomodó la dureza que parecía que iba a hacer explotar el pantalón. La deseaba tanto, pero ella debía dar el paso. Al igual que en el primer beso, Moro hacía el noventa por ciento del recorrido; ella debía ocuparse del diez restante.

De pronto, la vio girar y volver sobre sus pasos. Se posicionó sobre la ventanilla de Moro y él bajó el cristal. Creyó que quería decirle algo. Ella metió el cuerpo y volvió a besarlo con pasión.

–Bueno, podemos no ir tan de a poco en este caso. ¿Quieres subir?

–Estaba deseando que lo dijeras. Tengo muchísimas ganas de estar contigo, Emma.

–Yo también. Baja y quédate conmigo.

–Será un placer… para los dos.

Moro bajó y la tomó entre sus brazos. La besó con arrebato, deseo y promesa. La mano derecha Moro sobre la cintura femenina, y la izquierda en la nuca de ella, obligándola a levantar la cabeza y adentrarse más en su boca.

Emma comenzó a caminar hacia atrás, sin despegarse del cuerpo masculino. Cuando chocaron con la puerta de entrada al edificio, ella giró y buscó la llave en su bolso. Moro seguía besando su nuca, a la vez que rozaba con su dureza el cuerpo de Emma.

Entraron con rapidez al ascensor y, apenas se cerraron las puertas, Moro la encerró en una esquina. Comenzó a besarla con vehemencia. Sus bocas se seducían, se invitaban… Él buscó el final de la camiseta y comenzó a trepar por la piel del abdomen, en busca de los senos. Cuando rozó la puntilla del brasier, ella respiró profundo, apenas levantó unos centímetros y dejó pasar los dedos provocadores, que

fueron directo a acariciarla. Ella gimió de un modo sugerente que excitó más a Moro.

Los cuerpos temblaban de excitación. Las puertas se abrieron de manera brusca: estaban en el piso de Emma. Se miraron con el deseo líquido en las entrañas. Él se volvió para darle paso, ella se acomodó la ropa y comenzó a caminar tomándolo de la mano.

Una vez dentro del departamento, se quitó el abrigo y lo colgó junto a su bolso, en el perchero. Moro la recorría con sus manos sobre la ropa. Estaba nerviosa; la visión de su cuerpo era un tema que había trabajado en terapia y si bien había comprendido que ella era más que ese envase, sentir cada célula viva le daba una percepción distinta. Su cabeza trabajaba con rapidez. Escuchaba las palabras de su terapista, las propias y el llamado urgente de su interior. Decretó que no podía dejarse gobernar por sus temores: era la nueva Emma, la que había dejado atrás a la miedosa. Intentó sacarse la blusa y él la detuvo. La observó con intensidad y supo que quería ser él mismo quién la desnudara. Ella accedió, Moro comenzó a quitar cada prenda, y la acariciaba mientras la besaba: primero el jean, que quedó en el piso, luego la camiseta, que cayó al costado. Ella se quedó con la ropa interior de encaje negro y los zapatos de taco alto. Se separó para observarla:

–Eres aún más hermosa de lo que pensé, Emma.

Él se relamió como un animal en celo. Dejó su saco en el piso junto a la ropa de ella y desprendió su jean. Ella se acercó, lo besó con avidez, a la vez que lo hacía caminar hacia atrás. El hombre, absolutamente cegado por la pasión, se dejaba guiar.

Llegaron al sillón y ella decidió que iban a quedarse en ese lugar como primera estación del recorrido del placer. Se detuvieron. Emma fue quitándole la camisa y tocando su piel. Recorrió el pecho masculino con pequeños mordiscos y caricias. Él la dejó hacer, disfrutando cada toque. Luego bajó el pantalón y la ropa interior de él. La erección quedó libre al fin y ella la tomó con su mano. Lo instó a sentarse, y él obedeció. Se miraban con fijeza, atravesados por el deseo, poniendo a prueba al otro.

Emma se paró erguida frente a Moro. De algún modo, él había

encendido en ella un mecanismo que desconocía, se sentía sensual, atrevida, segura. Se quitó el sostén y lo arrojó. Lo miró con detenimiento a la vez que bajaba, con una lentitud programada, su pequeña braga. La dejó sobre sus pies y luego levantó cada uno con la mirada en él fija en ella.

Moro no dejaba de ver el espectáculo de ese cuerpo bellísimo, repleto de curvas.

–Emma me pones de un modo. Estoy muy excitado.

–¿Te seduce un cuerpo de mujer mayor? –Las inseguridades de Emma se hacían presentes.

–Me traes loco desde que te vi entrar en la cocina, te lo juro. Te imaginé desnuda mil veces, pero nada de lo que imaginé se acerca a esta belleza que tienes. –Estiró las manos y acarició los senos con suavidad.

–Un momento, mi caballero, vayamos despacio para disfrutar aún más –lo tentó ella, gimiendo ante las caricias de él.

–Necesito probarte toda, corazón. No puedo más.

–Ten paciencia, que los pacientes tendrán su recompensa, lindo.

Moro buscó un profiláctico en su pantalón olvidado. Ella se posicionó sobre él, pasó una pierna a cada lado, y desde arriba, bajó lentamente para besarlo, mientras lo acariciaba con deliberada parsimonia, anticipando el placer que sobrevendría. La lengua de Emma entró en la boca de Moro de un modo salvaje, y en ese instante se sentó sobre él, haciendo que la penetrara de una sola vez. Ambos gimieron con desesperación al sentirse unidos.

Emma sintió la intrusión de la carne de Moro con tanto placer que necesitó unos segundos para acostumbrarse. Él se levantó al invadirla y la abrazó con fuerza. Los pechos femeninos quedaban justo a la altura de su boca y lo invitaron. Comenzó un juego con los dientes que mordían y luego la lengua acariciaba la mordida. Emma se movía ondulante sobre él. La velocidad de sus movimientos iba subiendo a cada roce. Cuerpos en movimiento, generando sensaciones olvidadas, deseadas, anheladas…

Como una sinfonía, la música de los cuerpos fue *in crescendo* hasta llevarlos a la cima. Una explosión de fuego y luz los atravesó, primero

a ella, que gritó de un modo increíble; luego él, que al escucharla dejó de retrasar su éxtasis.

Siguieron engarzados uno en la otra, acompañando las potentes oleadas de placer hasta que la intensidad fue apagándose. Quedaron temblorosos y abrazados.

–Dios mío, Emma, me has vuelto loco. No he podido contenerme o aguantarme un poco más. Eres una sirena, de esas que llevaban a la perdición a los marineros.

–¿Y tú eres mi marinero?

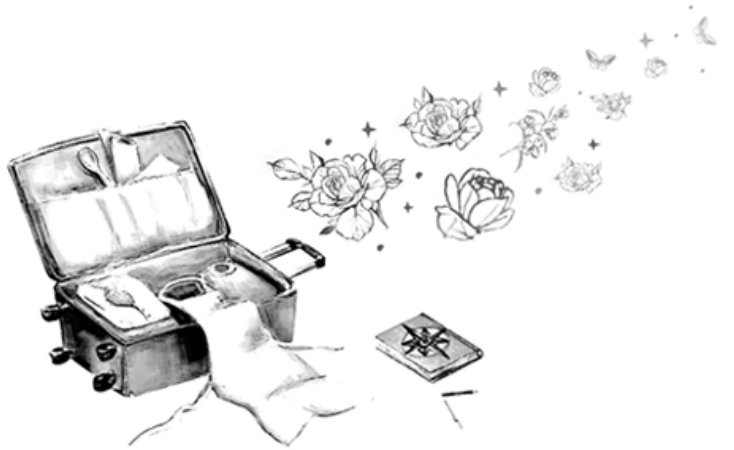
–Hoy seré marinero, mañana seré lo que tú quieras, mi sirena.

–Me gusta que digas "mañana", porque voy a querer más de esto en un ratito, mañana y pasado –dijo ella, con sus labios aún hinchados por los besos de Moro.

Se quedaron unos minutos abrazados besándose con dulzura. Ella pasó las piernas alrededor y lo rodeó con ellas, a la vez que los brazos lo atraían a su pecho. No había espacio entre ellos, solo unión.

Emma se sentía plena. Hacía años que la sensualidad se había dormido; se reconocía como madre, como amiga, muchos roles, pero el de amante había quedado relegado en el fondo del placar. Incluso pensó que Marcos la había consumido. Pero en ese momento estaba volviendo a conectarse con una dimensión de su vida que parecía haber quedado dormida y Moro la había despertado. Su piel entera estaba erizada y pedía más.

Volvieron a amarse en el lecho un rato después, compartiendo sus cuerpos sin ningún tipo de egoísmos, abiertos por completo a sentir. La noche acunó sus sueños. El sol iba a iluminar un nuevo comienzo.



Capítulo 14

El lunes los investigadores se dedicaron a realizar algunos interrogatorios y a concentrar la información que recibían. Francisco y Aitana utilizaron la sala de pesquisas para grabar a Darla y tener una imagen de sus respuestas y actuaciones ante cada consulta. La mujer, que llegó acompañada de un abogado, apareció vestida de un modo sensual, pero apropiado. Fue bastante cortante en sus respuestas. El consejero legal le había permitido responder solo algunas preguntas. Le pedía que no hablara y él repreguntaba qué tipo de evidencia poseían para concluir que su clienta tenía algo que aportar sobre el tema.

Según Darla, el día del secuestro Tiscornia dijo que tenía una reunión de último momento. Ella estuvo en su piso hasta pasado el mediodía. Dijo que había recibido una llamada del hermano de su amante donde le informaba del secuestro, y había ido a ver a una amiga del club para encontrar consuelo.

Francisco había pedido la revisión de las cámaras que rodeaban al

edificio donde vivía Darla. Tenían tres agentes buscando en los videos para verificar la coartada. Además, se había presentado una mujer, que se dio a conocer como Judite Cerqueiros, muy nerviosa. Dijo haber recibido a Darla el día en cuestión.

Aitana había investigado a Darla y Judite. Encontró registros que indicaban que Darla había sido encarcelada por prostitución en Lisboa, antes de su transición. Judite no tenía antecedentes, pero tampoco encontraban datos de su nacimiento. Era un fantasma, no tenía historia. Algo no cerraba.

El documento que presentó parecía legal, pero detrás de ese número identificatorio no había información.

La madrugada del martes el caso tomó un giro trágico. Después de días de investigación, y sin haber tenido noticias por parte de los secuestradores, encontrar el cuerpo sin vida de Miguel Ángel Tiscornia no fue una sorpresa. Durante la noche hubo denuncias de vecinos de un sector poco poblado que aseguraban haber encontrado el cuerpo de un hombre. Se organizó en minutos un operativo y se trasladaron al punto indicado por quienes habían realizado la llamada, que estaban allí, en un descampado a las afueras de Madrid, esperando que llegara la fuerza policial, custodiando el cuerpo, porque los perros se habían convertido en chacales que querían su parte.

Los médicos forenses del equipo científico realizaron la autopsia y el informe ya estaba en manos de David. El cadáver llevaba casi veinticuatro horas a la intemperie. Lo habían asesinado allí mismo. Había más precisiones:

> Se establece etiología médico legal de la muerte de tipo violenta homicida, como consecuencia de lesiones por proyectil de arma de fuego penetrante en cabeza. Este disparo se habría producido a quemarropa, en la cara, en el lado derecho del hueso frontal, con una salida en la parte posterior de cuello, lado izquierdo. Es decir, con una trayectoria que va de delante hacia atrás, de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda.

Por otra parte, el cadáver presenta lesiones *ante mortem* y *post mortem*:

Ante mortem: Equimosis en región clavicular izquierda, deltoidea derecha y esternal, en cara anterior de abdomen, cara derecha de pelvis, codo derecho, región dorso lumbar, escapular izquierda, supraescapular izquierda y cara izquierda de abdomen. Signos de fractura con amputación reciente de premolar superior derecho. Fractura de la 3' costilla derecha e izquierda. Asimismo, presenta hematomas en órganos internos, tanto en tórax como en abdomen.

Post mortem: Herida de 31 por 29 cm POST MORTEM, de bordes irregulares y esfacelados, con marcas de caninos, que interesa toda la cara y cara anterior del cuello, que atañe piel, tejido celular subcutáneo y músculos, preservando estructuras óseas. Globo ocular izquierdo enucleado *post mortem* por fauna del lugar. Pabellón auricular izquierdo mide 4.5 por 4.5 cm, con signos de haber sido masticado POST MORTEM por fauna del lugar.

Se establece la data del fallecimiento en las primeras horas del día 30 de septiembre de 2018.

A la vista de la información generada en la práctica de la autopsia, se puede establecer que Miguel Ángel Tiscornia sufrió lesiones de tipo contusivo y traumático en cara, tronco y extremidades, producto de golpes de data previa a la muerte, posiblemente días previos. Las lesiones corporales *ante mortem* hubieran derivado en falla de órganos. Falleció como consecuencia de un disparo por arma de fuego a corta distancia en el hueso frontal, ocasionando una muerte rápida.

Leyó por segunda vez el informe y miró la pizarra con las fotos del hombre cuando aún estaba vivo, otras del lugar donde lo encontraron y una imagen del forense.

David había citado a los familiares de Tiscornia a la central para darles la noticia. Por el momento habían logrado evitar que la prensa lo supiera, pero era cuestión de horas para que saliera a la luz.

Alberto se acercó a su oficina y le avisó que Javier Tiscornia, sus padres y la esposa de Miguel Ángel se encontraban en la sala de juntas. Todo el personal se hizo presente.

–Lamentamos informarles que el cuerpo sin vida del señor Miguel

Ángel Tiscornia fue hallado en la madrugada –dijo David.

Sabrina, la esposa, gritó de un modo desgarrador y se sentó a llorar. La madre de Tiscornia cayó casi desmayada. Los hombres se miraron con lágrimas en los ojos, pero se mantuvieron firmes. Virginia y María Ester asistieron a las señoras, les dieron un vaso con agua y trataron de consolarlas.

–¿Qué pasó? ¿Cómo murió? –consultó Javier Tiscornia.

–La autopsia indica que fue un disparo en la cabeza, pero había contusiones fuertes en el cuerpo, hubiera tenido una falla de órganos en poco tiempo. Lo golpearon bastante antes de dispararle.

–Quiero a los culpables tras las rejas –dijo sin titubeos el padre–. Y no quiero demoras –exigió, mirando fijo a David–, ni excusas.

–Haremos nuestro trabajo como siempre, señor Tiscornia, sin dilaciones. Pero debo recordarle que se nos hizo partícipes de esta situación luego de varios errores y a lo largo de la investigación fuimos descubriendo mentiras y situaciones poco claras. Ahora no es un buen momento, pero creo que deberíamos hablar de esto cuando estén más tranquilos.

–¿De qué mierda me habla? ¿Cómo después de “errores”? –El padre miró a su hijo con un reproche en el rostro.

–Creo que debería hablar con su hijo Javier, cuando sea un momento adecuado –dijo David, a la vez que señalaba a las mujeres destrozadas.

–Detective, yo le voy a aclarar a mi padre lo necesario. ¿Nos van a entregar el cuerpo?

–Por el momento siguen haciéndole pruebas. Supongo que en unos días estaremos en condiciones de entregarlo.

–¿Podemos retirarnos? –Javier consultó casi con temor.

–Por supuesto, no los retendremos más, queríamos que lo supieran por nosotros y no por las noticias. Les pedimos que ninguno salga del país.

–Está bien. No lo haremos –aclaró el padre de los Tiscornia.

Dejaron el lugar con mucha tristeza. Se los notaba vencidos. El único que se veía entero era Javier. David supuso que debía sentirse responsable de toda la familia y por eso no se permitiría un momento

de flaqueza.

En cuanto se marcharon, David y el resto del equipo se pusieron a organizar los siguientes pasos.

–Los que trabajaron con los amigos de Tiscornia: quiero que averigüen dónde estaban hace veinticuatro horas. Estas horas son cruciales. Lo mismo para los que están con la familia. Francisco y Aitana, ustedes estuvieron con Darla, quiero que la sigan y averigüen todo de ella. No me cierra su explicación.

–A nosotros tampoco –interrumpió Aitana–, por eso mandamos a pedir las filmaciones de ese día en un bar frente a su edificio. Queremos ver si miente.

–Perfecto.

–Debemos decirte que hicimos algo que no sé si aprobarás –se anticipó Francisco.

–¿A qué te refieres? –David preguntó temeroso.

–El día que estuvo Darla en la oficina, en medio del interrogatorio, se echó a llorar. ¿Lo recuerdas? –David asintió–. Pues bien, Aitana le acercó un vaso con agua, igual que hizo hace un momento con la esposa y la madre. Todas ellas abandonaron el vaso, que se convirtió en "basura", cuando se fueron. El ADN de Darla está siendo analizado. En cuanto tengamos un informe, sabremos más de ella.

–Bien pensado. No hubiéramos podido pedirle muestras de ADN con ese abogado cerca. Pero si ella abandona algo en la basura, nosotros podemos tomarlo.

–Y lo hicimos –sonrió Aitana.

–En cuanto tengan datos, por favor, los pasan al grupo de manera inmediata. Es urgente encontrar el cabo que nos lleve a desentrañar esta madeja. Y presiento que estamos cerca.

Todos se fueron a cumplir con sus respectivas tareas. David se quedó pensativo mirando el muro repleto de información. Algo se le escapaba y no lograba descubrir qué era.

Javier Tiscornia dejó a la familia. Iba a realizar los trámites necesarios para el velatorio de su hermano. Trataría de acelerar la entrega del

cuerpo a través de los abogados, así que fue directo a la empresa.

Llamó a los tres amigos de su hermano. Necesitaba que todos estuvieran alertas. Había que detener lo que estaba en camino. No era buen momento para traer un cargamento, cuando los ojos de la policía estaban en ellos. Olvidó que era muy probable que sus líneas telefónicas y celulares estuvieran intervenidos.

A la última persona le mandó un mensaje con una hora y un lugar donde se produciría el encuentro. Eso era algo para hablar cara a cara.

David salió de la oficina y cuando iba de camino a interrogar a las personas del lugar donde había trabajado Darla, recibió un mensaje de Begoña. Decidió llamarla:

–Hola, Bego, hace mucho que me tienes abandonado.

–Anda, majo, si el que no me escribe hace mucho eres tú –ella usaba un tono burlón.

–Anda, déjate de bromas. ¿Cómo están Fabio y tú? ¿Y mi ahijada?

–Bien, cariño. Estamos bien, extrañando tus visitas, ese trabajo tuyo te tiene secuestrado por completo. ¿Cuándo te vienes?

–Pues cuanto tú me digas. Yo estoy preparado.

–Este viernes podría ser, si te viene bien.

–Vale. Este viernes en tu casa. A ver con qué sorprendes a tu amigo.

–Pero tú sí que me lo haces fácil, cualquier comida sencilla podría ser mejor que esas comidas grasosas que seguro comes. Dios mío, lo que debe ser tu colesterol.

–Vamos, deja ya esos temas, estoy perfecto de salud. Hazme algo rico.

–Así será. Te espero el viernes. Ya les aviso a Fabio y a Montse.

–Gracias, Bego. Siempre es un placer hablar contigo, que me consientes tanto.

–Para eso están los amigos, mi querido. Nos vemos el viernes. ¿A eso de las ocho?

–Mira que sigo siendo impuntual, eso no ha cambiado.

–Trata de llegar antes de las nueve, que se me va a pasar la comida.

–Prometo hacer todo lo posible. Llevo un vino muy bueno.

Se despidieron. David se sentó en su auto y lo puso en marcha. La música inundó el habitáculo. Recordó que hacía unos días no hablaba con sus amigos. Buscó el grupo "Barones de la Cerveza" y escribió antes de arrancar:

> Este grupo parece muerto. ¿Juntada el sábado? Vamos, colegas, hace días que no hablo con ustedes

Arrancó para el bar. Las respuestas no tardaron en llegar. Alfonso escribió unos segundos después:

> Ah, pero qué bien. Soto da muestras de vida. Parece que las polleras que lo tenían enredado lo han *soltao*. Tienes suerte, el sábado estoy libre

En un semáforo David abrió su WhatsApp y leyó la primera contestación. Escribió con rapidez antes de que el color cambiara a verde.

> Tienen toda la razón de estar enojados. Pero el caso en el que estoy me trae loco

César tardó unos minutos:

> Venga, Alfonso, no seas duro con él. Yo también disponible. Pero temprano, ya quedé con una pelirroja para ir de copas tarde

Antonio leyó y escribió su respuesta tres veces.

> No les quiero fallar. Juntémonos cerca de la casa de mi hermano, es su cumpleaños. Dejo esposa e hijos allí y me escapo con ustedes un rato

David leyó las respuestas cuando se detuvo y estacionó. José Manuel siempre era el último en leer, no estaba atento a su celular ni a las redes sociales.

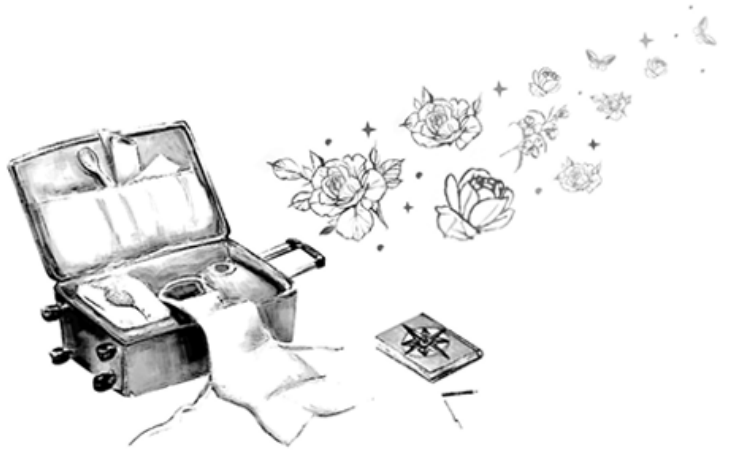
> Festejo que el detective Soto haya escrito con tiempo. Esta vez puedo organizarme. Cuenten conmigo

David sonrió: asistencia perfecta. El sábado lo esperaba una reunión grata y divertida junto a sus amigos. Eso lo puso de buen humor. Observó la fachada del establecimiento que iba a visitar.

De afuera parecía un bar común y corriente. De noche se convertía en salón de baile, pero David sabía que era una tapadera para el cabaret de donde había salido Darla. Entró y pidió hablar con Judite. Mientras esperaba, observó el lugar y el movimiento. El sector de bar parecía mucho más pequeño de adentro que de afuera. El local escondía un sector que se adivinaba por las paredes que se veían en el frente y el costado. David sospechaba que se trataba de las habitaciones donde prestaban servicios. Había un barman, dos mozas y alguien de seguridad. Se acercó a él el gerente del lugar.

Extrañamente, la mujer que había asistido a declarar hacía tiempo no trabajaba más allí. El gerente le explicó que la había despedido porque le robaba. Nadie sabía dónde podía encontrarla.

La madeja se empezaba a ajustar cada vez más, pero David estaba dispuesto a desanudarla a como diera lugar. Iba a enviar a dos agentes de incógnito esa misma noche.



Capítulo 15

Emma volvió a su trabajo ese lunes, luego de una mañana de sexo con Moro. Habían despertado y habían vuelto a entregarse a la pasión. Compartieron una ducha y algo más, luego ella preparó un desayuno abundante.

Moro comió algo, tomó café y se fue a su propio apartamento a cambiarse de ropa antes de presentarse en la cocina del hotel.

Cuando volvieron a verse, fue en medio de la reunión donde estaban todos sus compañeros y Raquel. Se saludaron con naturalidad, tomaron asiento en sectores distintos y comenzó la junta. La chef principal dio las indicaciones de la semana. Una vez que cada uno tuvo resuelto el plan de trabajo, fueron a sus puestos de elaboración.

Moro era muy profesional; se mantenía concentrado, fijando su atención en la confección de lo que le habían asignado. Cada tanto levantaba la vista y miraba a Emma en su sector. Esa mujer realmente lo había sorprendido. Su belleza física era evidente, pero su intensidad, su pasión, lo interesante de su charla, todo la hacía

especial. Se sentía seducido por completo. La deseaba con fervor.

Sabía que podían tener una relación a largo plazo. En ese instante recordó lo que ella le había dicho la noche anterior, sobre que no estaba lista para una relación poliamorosa. Él le había asegurado que no estaba con nadie en ese momento y técnicamente era cierto. Había salido con Lola, una de las recepcionistas del hotel, compartieron varias noches, pero no estaban en una relación. Ambos eran libres y podían compartir momentos de sexo. Pero con Emma era distinto. Lo seducía su inocencia, su sabiduría, todo su cuerpo reaccionaba con apenas tenerla cerca, y ella ni siquiera lo notaba.

El sabor de su boca, el aroma de su piel, ese cuerpo que había saboreado y acariciado. Emma lo volvía loco, era todo lo que él deseaba. Era una gran posibilidad, pero ella tenía sus propios miedos, sus propias mochilas, que la hacían temerosa de empezar una nueva relación. Debía darle espacio, no presionarla y, sobre todo, no asustarla con conceptos que no estaba lista para procesar. Iría con pies de plomo, muy despacio. Por el momento, no había en el horizonte otra persona que le hiciera sentir lo mismo que ella, entonces no había por qué plantear un poliamor.

La mañana del martes Emma cocinaba las opciones saladas del día: tablitas de queso, hojaldres dulces con jamón y queso, *scons* salados, *muffins* de beicon y huevo, de salchicha y de brócoli. Mientras esperaba que se cocinaran en el horno eléctrico, se le ocurrió preparar unos *cupcakes* de frutas con glaseados diferentes. Raquel no los había indicado, pero a Emma la tentaron las frutas que estaban expuestas y que habían madurado demasiado. Amaba hacer cosas dulces y Raquel, sospechosamente, no le encargaba se tipo de preparaciones.

Se tomó unos minutos para descansar. Se sirvió un vaso con agua fresca y se apoyó en su isla. Se detuvo a analizar lo que había vivido. Aún no había podido hablar con Sandra. El lunes había regresado del trabajo directo a bañarse y dormir, agotada por la noche de sexo maratónico.

Moro la había tratado tan bien, le había hablado con tanta

honestidad… Todavía sentía la seducción de su mirada, de sus palabras, el calor de su cuerpo tentador, el tacto de su piel desnuda sobre la suya, el vello de su cuerpo haciéndole cosquillas. En el aspecto físico eran más que compatibles.

¿Tenía dudas? ¡Sí!, miles. No la convencía del todo el hecho de que él estuviera habituado a relaciones múltiples. Ella no creía estar preparada para compartir a su pareja con nadie más. Su forma de pensar el amor era diametralmente opuesta. Para ella, amor implicaba exclusividad, y todo lo que Moro quisiera explicarle podría ser cierto, pero era una imposibilidad real. No podía tolerar que quien fuese su pareja tocara o fuera tocado por alguien más. ¿Era algo que podría trabajar? ¿Había posibilidad de cambiar estas concepciones en ella? Creía que no.

¿Moro contaba como pareja? ¿A quién le debía explicaciones? ¿A quién le importaba con quién tenía sexo? Se dio cuenta de que aún tenía mucho por aprender y, si bien creía haber superado ciertas cuestiones, había temas que seguían importándole demasiado. Debía ser honesta con lo que había sentido. ¿Había hecho bien en acostarse con Moro? Eso la hizo reír. Estaba claro que la había pasado más que bien. No recordaba haber recibido tanto placer en muchísimo tiempo, ni haberlo dado.

En ese instante, miró hacia el sector de Moro y lo vio trabajando. Estaba serio. Tan guapo y seductor como siempre. Ella continuó sonriendo y justo él levantó la vista. La sorprendió mirándolo, se aseguró de que nadie los mirara en ese momento y le guiñó un ojo.

Moro era una delicia, de eso estaba segura. Había tenido una gran muestra de ello en una noche y ya sentía la necesidad de volver a alimentarse de sus mieles. De todos modos, se dijo a sí misma que esa noche no debía invitarlo, mejor dejar que pasaran unos días antes de estar de nuevo con él. En todo caso, que fuera él quien hiciera el primer movimiento. Había dejado en claro, cuando se besaron en el auto, que él no ponía rótulos a lo que tenían, que todo era libre y cuando hubiera ganas. Eso era nuevo en su vida.

Recordó la boca de Moro besándola de un modo salvaje y sintió una corriente eléctrica en el cuerpo.

Sonó la alarma. Sacó la primera tanda de *muffins* del horno, los puso sobre una mesada y cargó la siguiente. Cerró la tapa. Se dio vuelta y se encontró con Moro detrás, que aprovechó que estaban solos y se acercó a hablarle en voz baja:

–Espero que estés recordando algo de lo hicimos anteanoche.

–No sé por qué estaría recordando. Estoy en la cocina muy entretenida con mi trabajo –dijo ella desafiante y sonriente.

–Mentirosa, tu lenguaje corporal dice que me estás recordando –dijo, mientras la miraba seductoramente.

Emma se ruborizó, al sentirse descubierta, y los dos se echaron a reír.

–¿De qué se ríen? –consultó Gael al entrar.

–Emma me estaba contando que se le da muy bien el canto. Así que le he propuesto que el sábado hagamos todos una salida grupal a un bar de karaoke. –Ella se ruborizó–. No, no, Emma. Debo decirlo. Se ríe porque dice que me va a destrozar en el escenario.

–¡Moro!, no dije eso.

–Pues ni falta que hacía, lo has dado a entender.

–Me encanta el karaoke –expresó emocionado Gael–. Ya me pongo en campaña para hacer la reserva de una mesa. ¿Seremos los mismos de siempre?

–Pues imagino que sí.

–Bien, ya organizo. Me imagino las batallas de canciones.

Gael siguió camino a su isla mientras hablaba en voz alta sobre los diferentes temas musicales que podría cantar. Emma y Moro reían.

–Eres terrible. Ahora me vas a hacer pasar un papelón. Soy muy mala cantando.

–No te creo nada. Como buena sirena, debes cantar bellísimo, estoy seguro. Y si no es así, pues llévate un vestido muy escotado y nadie notará que desafinas, yo el primero.

–¡Moro! –Le dio un golpecito en el brazo para silenciarlo.

–Vale, me voy a mi reino.

Se fue caminando y giraba la cabeza cada tanto para sonreírle. Emma continuó con los preparativos para armar el salón de la merienda. Preparó un primer carro donde fueron poniendo las

preparaciones dulces y un segundo con todo lo salado. Fue al salón y armó las mesas con todo lo necesario. Cuando Raquel dio su consentimiento, la sala quedó habilitada.

Emma volvió a la cocina. Adelantó trabajo para el día siguiente y limpió su sector. Media hora después, uno de los camareros se acercó a indicarle que hacía falta reponer *carrot cake*, un tazón de *nutella*, uno de crema chantilly y un *lemon pie*. Ella fue a buscar todo a los refrigeradores. Mientras acomodaba, escuchó una voz a sus espaldas que le llamó la atención. La conocía de algún lado. Se dio vuelta, de manera disimulada, para ver de quién se trataba.

A dos metros de ella, en una mesa tomando café, estaban Javier Tiscornia y una mujer de espaldas. Se sorprendió porque la voz que le había parecido familiar no era la de él, sino la de su acompañante, que usaba un tono bastante alto. Él trataba de calmarla, pero ella no le hacía caso.

Emma intentaba descubrir el rostro sin ser notada. En un momento, la misteriosa dama se levantó y fue al sector de confituras a servirse algo. Su paso era rápido y se la adivinaba ofuscada por la charla. Emma disimuló acomodando algo en la mesa y la vio de perfil. Era ella. No podía creer que volviera a verla y que Tiscornia le hubiera mentido. La acompañante de ese hombre era la que había maltratado a Emma. Al fin volvían a cruzarse. Emma pensó que sería una buena ocasión para decirle algunas cosas, pero si la encaraba, era probable que recibiera una reprimenda de su jefa.

Cuando regresó a su espacio de elaboración, recordó que el detective que había ido a interrogarla le había dejado su tarjeta con su teléfono. Rebuscó en su bolso y la encontró. Decidió escribirle un mensaje corto.

> Detective Soto, soy Emma Graviotti. Tengo algo para decirle de Javier Tiscornia que tal vez sea de importancia. ¿Puedo llamarlo?

Unos segundos después, su celular sonaba con una llamada entrante del detective.

–Emma, ¿cómo te encuentras?

–Bien, gracias, David. Perdona la molestia, pero necesitaba darte

este dato. Estoy en mi trabajo.

–En el GV Hotel, ¿no es así? –interrumpió él.

–Qué buena memoria. Supongo que todos los detectives deben retener tantos datos.

–Pues no todos, pero los importantes sí –aclaró.

–Bien, pues sí, estoy en ese hotel, y en la sala de té se encuentra Javier Tiscornia junto a una mujer.

–¿Qué tiene eso de malo? Digo, el señor Tiscornia no es un fugitivo.

–No, lo sé. Es que la persona que lo acompaña es la mujer que me agredió.

–Ah, sí, recuerdo ese incidente. Pues bien, tienes la oportunidad de consultar su identidad. Habla con Tiscornia.

–Pero no estás entendiendo. Cuando le pregunté a Javier si conocía a esa mujer, me dijo que no. Aseguró no identificarla, y ahora resulta que comparten una mesa de té, y discuten.

–Vale, entiendo. ¿Tienes buena visión desde donde estás?

–No muy buena, pero puedo acercarme.

–Bien, estoy cerca del hotel. Voy a hacer una visita a ver qué puedo averiguar. Por las dudas, toma una fotografía de esos dos con tu teléfono, por si cuando llego, ya se han retirado.

–Entendido. Ya mismo lo hago. Por favor avísame cuando estés llegando.

Emma se acercó con disimulo a la mesa, ocultando su celular, que llevaba en la mano, con la cámara preparada. Cuando tuvo a los dos en cuadro, tomó la fotografía. En ese instante, escuchó la voz de Raquel que la llamaba y fue a paso raudo a donde la chef jefa la esperaba con gesto de enojo.

–Creo que fui clara cuando te indiqué que, una vez realizada la presentación, no debías quedarte.

–Es que hace unos minutos me avisaron que ya no quedaba *carrot cake* y *lemon pie*. Los traje y regresé a mi puesto, pero no me fijé si faltaba algo más. Vine para cerciorarme de que todas las fuentes tuvieran completas.

–Pero te vi entre las mesas de los huéspedes.

–Había una servilleta en el piso y fui a levantarla. –Le mostró una

que había sacado de una mesa vacía a su paso.

–Bien, regresa a tu lugar, por favor.

Emma corrió a la cocina sin mirar atrás. Apenas llegó, entró una llamada:

–Emma estoy en la entrada.

–Da la vuelta y entra por el sector de empleados. Estoy yendo a tu encuentro.

Se dirigió hacia el lugar por donde David debería entrar. Lo vio hablar con la gente de seguridad, mostrar la placa y retomar el camino. Cuando la distinguió entre la gente, le sonrió.

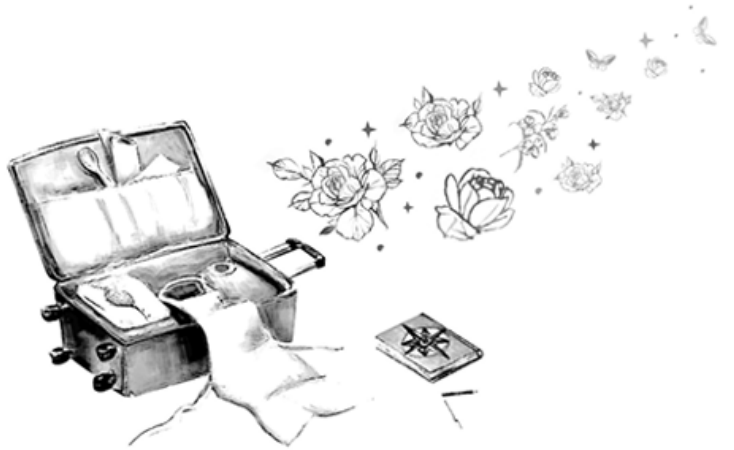
–Al fin llegaste –dijo Emma aliviada.

–Bueno, aquí me tienes. Llévame con ellos así puedo verlos.

Entraron a la sala, pero la mesa ya estaba vacía. Ella se lamentó, hasta que recordó la foto. Sacó el teléfono de su bolsillo y buscó la captura.

–Aquí están. Él está de perfil, pero a ella se la ve con claridad.

Le pasó el dispositivo con la imagen en pantalla. La mujer misteriosa que había maltratado a Emma era Darla, y en la foto se la veía discutiendo de manera acalorada con Javier Tiscornia. David no podía creerlo. Emma acababa de darle el cabo para comenzar a desanudar la madeja.



Capítulo 16

David le pidió a Emma que le enviara la foto y que la mañana siguiente se presentara en la Guardia Civil para dar testimonio. Ella aceptó.

Él salió del hotel con una energía especial. Ver a la argentina le había dado una inyección de alegría. Además, sospechaba que ese dato que ella acababa de brindar podía ayudar mucho para comprender qué estaba sucediendo.

Darla y Javier estaban juntos en algo. Esa mujer parecía reunir varios temas: el local nocturno donde las mujeres vendían su cuerpo, la relación con Tiscornia, lo que la unía a Javier. Era como si fuera el corazón de todo el embrollo. Fue a su oficina. Necesitaba ver la pared con todos los datos y trazar nuevas líneas rojas entre los sospechosos. Le mandó un mensaje a su hijo para pedirle que se encontraran allá.

Aitana, Francisco y Alberto lo esperaban en la oficina. De camino, había oído la entrada de un mensaje. Era de Emma, allí estaba la foto que le había pedido. Subió casi corriendo. Los otros tenían nuevos

datos para compartir.

–David, hemos logrado encontrar en las cámaras una imagen de Darla que la ubica fuera de su piso la mañana del secuestro –dijo Alberto, mientras giraba y encendía la pantalla. Las imágenes eran en blanco y negro–. Como verás, Darla está regresando de algún lado a pie. Pero en ninguna imagen la vimos salir. Ella declaró que no salió hasta pasado el mediodía, cuando la llamó Javier Tiscornia, después de las 14. En la mañana recibió una llamada desde la empresa a las 8.20. En este video se la ve regresar a las once y treinta. ¿Cuándo salió?

–Deberíamos revisar de nuevo las cámaras del local de enfrente de su edificio. En algún momento debió salir –insistió David.

–Tal vez salió desde la cochera, en un auto –dijo Aitana–. Deberíamos revisar si todos los automóviles que salieron de ese lugar entre las nueve y media y las once corresponden a los que viven en el edificio.

–¿Darla tiene registrado algún automotor a su nombre? –consultó Francisco, a la vez que se sentaba frente a la computadora–. No, no hay ninguno a su nombre.

–Alberto, consulta a Virginia. Ella recopiló datos de los que comparten edificio con Darla. Debemos identificar los automóviles que hayan salido o entrado al garaje en ese rango horario.

Alberto fue a hacer la llamada y David continuó hablando.

–Este dato que acaban de darme coincide con algo que supe por casualidad. Darla está en el centro de todo esto. Hace una hora estos dos estuvieron discutiendo en un lugar –presentó su celular con la foto–. Son Javier Tiscornia y Darla. El hombre ya nos ha mentido y la mujer no solo se presentó con un abogado que no podría pagar si no tuviera una fortuna, sino que además mintió sobre el horario en que salió.

–Javier Tiscornia está implicado. Nada de lo que hizo tiene sentido. Y Darla es muy sospechosa también –coincidió Francisco.

Alberto regresó con la lista de patentes de cada uno de los que tenía acceso al estacionamiento del edificio. Comenzaron a ver las imágenes del local de enfrente. Revisaron en el rango horario y no

encontraron nada. Decidieron ir más atrás y captaron un coche que entraba a las 8.30 y salía seis minutos después. No pertenecía a ninguno de los propietarios o inquilinos.

Buscaron la patente en la página e identificaron el coche. El propietario era Dalmiro Guerra, un nombre que ellos nunca habían escuchado dentro de la investigación y que no vivía en el edificio. No tenía antecedentes, pero tampoco encontraron nada que lo identificara. Otro fantasma.

Se comunicaron con Virginia para indicarle que los agentes en servicio se acercaran al domicilio de Darla y la interrogaran de nuevo. David les pidió que acondicionaran la sala. Francisco y Aitana estarían detrás del espejo, mientras que Alberto y él hablarían con la mujer. Empezarían por averiguar si Dalmiro solía acudir con frecuencia y a quién veía.

David volvió a la pantalla y puso la filmación del secuestro. Se centró en el acompañante de Tiscornia que se retiraba encapuchado luego de que lo subían a la cajuela. Fue cuadro a cuadro. Detuvo el video en el momento que recibía algo parecido a una caja pequeña. El brazo extendido no dejaba ver nada, ni un reloj, ni ropa debajo del saco grande que llevaba. Observó con detenimiento el objeto que entregaba. Parecía un paquete. Comenzó a acercar la imagen y, para su sorpresa, divisó un detalle que había pasado inadvertido antes. En el dedo anular se notaba un anillo negro. Sin piedras, sin sello. Una simple línea negra, como si fuera una cinta. Las cámaras de vigilancia no tenían un alto grado de fidelidad y no podía identificarse qué clase de anillo era o de qué metal.

David tomó la imagen agrandada y la imprimió. La puso en la pared. Francisco y Aitana se quedaron observándola. Alberto regresó de la oficina de al lado con otra novedad: habían llegado los resultados del análisis de ADN del vaso de Darla.

–Antes de su transición, Darla era conocida como Daniel Jaramillo. Estaba en una base de datos internacional. De nacionalidad ecuatoriana, la última vez que se registró actividad de Daniel fue en su país de origen. Allí se la acusó de varios delitos: tráfico de estupefacientes, robo con arma de fuego, violencia. Por algunas de

esas acusaciones, cumplió tiempo en prisión. Cuando salió, estuvo envuelta en trata de personas, pero el caso quedó sin resolver porque se le perdió la pista. Es buscada por Interpol –Alberto leía el informe que había logrado extraer de ese perfil. La sorpresa marcaba su tono.

–Bien, desde el momento que hemos subido este perfil genético, debe haber saltado en Interpol y en todas las delegaciones que tienen casos sin resolver y que coincidan con el nombre de Daniel o Darla. En poco tiempo tendremos gente buscando el caso. Debemos resolver cómo ha participado Darla en todo esto –advirtió David.

–Está implicada, es delincuente y no creo que sea casualidad. El punto es encontrar algo que la relacione con este caso –Francisco estaba pensativo–. Esperemos que se presente.

–Si me permiten, voy a comunicarme con los de estupefacientes. Ellos dijeron que tenían algunas sospechas con la empresa de los Tiscornia. Con estos datos tal vez podamos reunir fuerzas y resolver ambos casos –propuso Aitana.

–¿Tienes alguien de confianza en ese departamento? –David estaba interesado.

–Sí, un compañero de la academia presta servicio allí. Pensabas hablar con él, ¿no es así? –confirmó Francisco, Aitana hizo gesto afirmativo–. ¿Tienes su teléfono?

–Sí, ya mismo lo llamo –Aitana se fue a otra oficina para realizar la llamada.

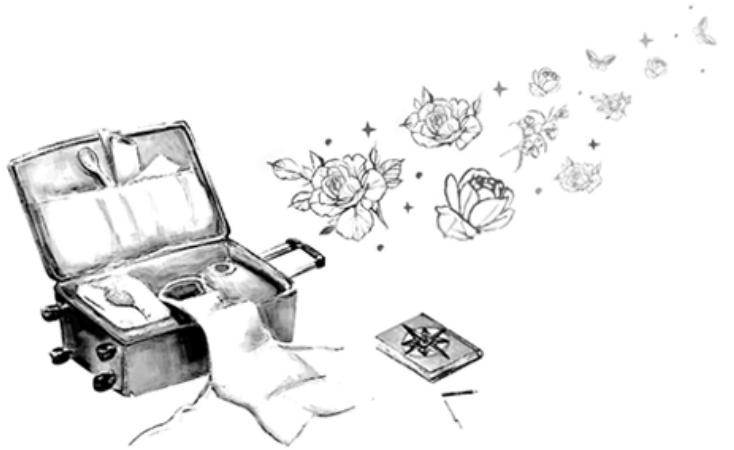
–Creo que estamos cerca. Y Darla Sáez es la clave. –David miraba las fotos en la pared.

–De todos modos, papá, no tendría sentido que Sáez matara a Miguel Ángel. Digo, eran amantes; si él pone sus camiones para trasladar la droga, matarlo va en contra de todos sus intereses.

–No te olvides, hijo, de que en estos delitos entra siempre lo sorpresivo, lo inesperado. Uno puede tener armado el mejor negocio, pero los egos, los rencores son bombas que pueden estallar en cualquier momento.

–Acabo de hablar con Sancho. Hay una conexión entre los camiones y el tráfico. No quiso dar detalles por teléfono. Mañana estarán aquí a primera hora –dijo Aitana al entrar, emocionada.

–Excelente. Ya cito a los dos equipos para mañana. Necesitamos estar todos –propuso Alberto.



Capítulo 17

A las dos horas, Darla y su abogado estaban en el sector estipulado. La mujer lucía encantadora y no se la veía nerviosa. Conversaba con el letrado sin preocupaciones. Interpol ya se había presentado ante David, Francisco y sus respectivos equipos. El agente Jules Mathis y un grupo de tres más esperaban cumplir un rol que habían acordado con las autoridades españolas. El equipo policial se dispuso a jugar su papel.

Todos ocuparon sus lugares. Alberto y David entraron con sendas carpetas con la información que habían encontrado en contra de Darla.

–Buenas noches, señorita Sáez, abogado Catulo.

–Inspector, qué guapo se lo ve. Un placer –dijo ella con voz seductora.

–Muchas gracias. Les pido que tomen asiento. Me acompañará en el interrogatorio el agente Alberto Muñoz. La sesión será grabada como corresponde. –David continuó, haciendo caso omiso al juego de Darla.

–Quisiéramos que quede constancia de que nos presentamos a pedido de las autoridades y que tenemos buena predisposición –aclaró el abogado.

–Y agradecemos que así haya sido –agregó Alberto.

–Parece que hoy estamos muy serios –insistió Darla–. La verdad es que me viene muy bien que me hayan citado hoy. Me gustaría que me informaran si han sabido algo más sobre los asesinos de Miguel Ángel y si además pueden devolverme mi pasaporte. Estoy por viajar a Lisboa a visitar unas amigas.

–Verá usted, señorita Sáez, no podremos devolverle su pasaporte por el momento. Es decisión del juez que entiende en la causa –respondió Alberto.

–Pero ustedes podrían dar un informe favorable para que cambie de opinión, ¿no es así?

–Me temo que no. Señorita Sáez, usted no ha sido del todo honesta con nosotros. Por esa razón es que la hicimos regresar –David comenzaba a cuestionarla, como era el plan.

–¿De qué habla, detective?

–En primera instancia, de su identidad. Tenemos datos de que ha realizado un cambio de género.

La mujer enmudeció. El abogado la miró buscando una explicación.

–Espero que me entienda, detective. No sabía que debía informar una identidad que nunca sentí propia. Toda la vida fui Darla, aunque haya vivido en un cuerpo que no se relacionara en nada conmigo. Tener un envase en el que no encajaba me hizo sufrir durante muchísimo tiempo. Desde mi transición, he decidido olvidar esa etapa por completo.

–Entiendo el trauma psicológico que debió superar para ser quien en realidad sentía que era, pero ese proceso implica cuestiones legales que usted no siguió. De hecho, el documento de identidad que nos presentó es falso.

–Eso no es cierto –negó rotundamente–, mi documento es real. –Hablaba con una sonrisa calma en el rostro.

–¿Es usted española, portuguesa o ecuatoriana?

–Española –dijo sin dudar–, por supuesto, he vivido en esos lugares

un tiempo, pero soy española.

–Pues, si hay algo que no miente es el ADN, señorita Sáez. –David sacó el primer papel de la carpeta–. Y el suyo dice que es Daniel Jaramillo, ecuatoriano, buscado por la Interpol.

–¿De qué habla? –El abogado tomó el informe y empezó a leer–. Me temo que debo hablar con mi cliente a solas unos minutos.

–Usted entiende que estamos en medio de una investigación policial y que su defendida no solo nos mintió, sino que es buscada por una agencia internacional. De ningún modo vamos a salir de esta habitación. Les recomiendo hablar con nosotros, que seguramente seremos más indulgentes que Interpol, porque tenemos una ventana de tiempo en la que no estamos obligados a comunicarles su presencia en este caso –mintió David.

El abogado y Darla se apartaron de la mesa. Hablaron muy bajo. Darla hacía gestos con las manos. El hombre trataba de controlarla y aconsejarla. No se escuchaban las palabras, pero los movimientos corporales indicaban que el abogado no era quien mandaba allí. Unos minutos después, volvieron a tomar asiento.

–Detective Soto, vamos a aclarar todo lo necesario y a dar información que puede ayudar en otro caso, a cambio de inmunidad en los asuntos pendientes de la señorita Sáez –Catulo habló con voz segura.

–Pues no estoy en posición de aceptar tratos. Eso lo decidirá el juez. Ustedes nos dan la información y nosotros lo ponemos en situación; él verá si ofrece un pacto o no.

–De ninguna manera. No damos la información hasta que ustedes no ofrezcan el trato –insistió el letrado.

–Al menos deberán decirnos de qué se trata y quiénes están implicados.

Catulo y Darla se miraron, y ella afirmó con un gesto, dándole permiso.

–Bien. Se trata de un caso de tráfico de estupefacientes. Implica a Tiscornia Transportes. Las personas detrás del tema son Javier Tiscornia, Juan José Zaldívar, Vicente Castillo Centurión y Agustín Salamanca. Tienen mucho poder en España y creo que al juez le

interesarán.

–Muy interesante. Agente Muñoz le pido que se comunique con el juez y le explique la situación.

Alberto salió de la sala y se fue del otro lado del espejo, con Francisco y Aitana y los agentes de Interpol.

–Muy bien, señorita Sáez. ¿Le parece si continuamos con el caso que nos compete?

–Ya le dije, inspector. No sé nada de Miguel Ángel. Él me dijo que iba a venir, pero nunca lo hizo. Yo estuve en mi apartamento hasta pasado el mediodía. Fin de la historia.

–Pues, verá, tenemos pruebas de que el día del secuestro usted salió de su domicilio antes del horario que declaró. –David mostró la foto que habían logrado de las cámaras de enfrente del edificio.

–No soy yo.

–Es usted, no perdamos el tiempo en niñerías. Sabemos que el auto es de alquiler y la viene a buscar cuando usted lo necesita.

–Está bien, está bien. –Parecía que la calma que había mantenido hasta ese momento había desaparecido. Levantó las manos y elevó el tono de voz–. No tengo auto, así que uso una aplicación que contacto y me viene a buscar. Es cierto. –La inseguridad duró apenas unos instantes. El cerebro parecía trabajar a toda velocidad y recuperó la frialdad cuando encontró una salida–. Pero eso no significa que yo haya secuestrado a Miguel. Claramente, solo tiene mi imagen en ese auto en un horario en el que yo dije haber estado en mi casa. Y debo aclararle, inspector, que no soy una persona que se guíe por el reloj. Creí que era mejor decirle que salí luego del horario que ustedes me habían preguntado porque nunca presté atención a la hora exacta en que salí de mi casa. Además, fui a ver a mis amigas al local, eso ya lo aclaré también.

–Su compañera vino *motu proprio*. Pero en la actualidad está desaparecida.

–No estaba al tanto, inspector. Hace tiempo que no la visito, desde aquel día justamente.

–¿Qué puede decirnos del chofer?

–Un buen hombre, callado, no sé nada más.

David sabía que ella mentía. Cambió de tema abruptamente para sorprenderla.

–Entiendo que la naturaleza de su relación con el señor Tiscornia era de amantes y desde hacía unos meses ¿No es así?

–Correcto. Yo trabajaba en el Sugar Night, como… –se quedó pensativa y luego agregó con una sonrisa–: bailarina. Soy muy buena en *pole dance* –su voz había vuelto a ser segura y su mirada la mostraba de nuevo en eje–. Si quiere, puedo hacerle una demostración, inspector. Soy realmente buena.

–No es necesario. Confío en su palabra.

–Si confía en mi palabra en esto, confíe en lo otro, no fui yo la que mató a Miguel. Él y yo nos enamoramos. Y ya no quiso compartirme con el resto del mundo, por eso me puso el piso y me alejó del trabajo.

–Entiendo. ¿Usted sabía que estaba casado? ¿Lo quería divorciado?

–No, inspector. Lo conocí casado, como cliente del bar, nunca le pedí que dejara a su esposa. Sé qué lugar ocupo en el mundo, y aunque muchos quieren este cuerpo y esta boca –dijo a la vez que se tocaba y meneaba en la butaca–, sé que muchos lo quieren en privado. Casi nadie enfrentaría a la sociedad de mi mano. Eso lo sé. Lo tengo claro.

–Debe ser muy difícil entender eso. Además de muy injusto. No deberían mantenerse ciertos prejuicios. El amor es amor, donde sea, con quien sea y a la edad que sea.

–Es usted muy amable, inspector. Y *open minded*, debo agregar. Muchos dicen eso de la boca para afuera, pero en realidad piensan lo contrario. A lo largo de mi vida he padecido todos los mandatos. Nadie me hizo fácil la vida. Así que hace tiempo dejé de preocuparme por los demás. Vivo como quiero y con quien quiero. Miguel y yo nos amamos y fuimos libres en los límites de las paredes de mi castillo, y cuando su esposa salía de la ciudad, mi poderío se agrandaba.

–La felicito, eso sí que es tener cojones.

–Pues los tengo metafóricamente, porque los reales fueron removidos –bromeó ella y Soto se puso serio.

–Era un modo de decir. Le pido disculpas.

–No se preocupe, inspector, lo sé.

–Hablando de eso, ¿Tiscornia estaba al tanto de su transición?

–Verá, inspector, no voy por la vida contando cómo era el cuerpo por el que sufrí todo tipo de agresiones y maltratos, como ya se lo dije. Estoy orgullosa del que tengo ahora. Esta soy yo. Así me conoció Miguel. Él no preguntó, yo no dije. Él disfrutaba de todo esto. Fin del asunto.

–Así que, si lo supo, no fue por usted.

Darla recuperó su máscara.

–No. Ni lo supo por mí ni por nadie más.

–¿Cómo está tan segura?

–Pues imagino que si lo hubiera sabido por otra persona, me hubiera preguntado, reclamado, o al menos me diría que no le importaba. Teníamos una relación basada en la verdad. Ambos confiábamos en el otro. Lo nuestro era superior a la humanidad.

–Usted no fue tan honesta con él, así que él podría tener sus propios secretos.

–Ese fue un golpe bajo, inspector –el ánimo de Darla se caldeaba–. No considero que haya sido deshonesta. No soy ni nunca fui Daniel Jaramillo. Miguel me conoció como Darla, y le di toda mi esencia.

–Es una hermosa frase, pero ambos sabemos que no le dijo la verdad, tal vez para no perderlo. Tal vez hubiera hecho que usted regresara a su bar, a bailar semidesnuda para hombres con dinero. –La mirada de Darla se endureció. El letrado iba a hablar y ella le tocó el brazo, quería escuchar todo lo que Soto tenía para decir–. ¿Y el hermano? Él sí sabía su secreto.

–No.

–Debería acordar mejor lo que van a decir para no tener estas contradicciones. Él sí lo sabía y así lo declaró.

–Pues no sé de dónde pudo saberlo. No tengo por qué ponerme de acuerdo en nada porque no tengo trato con Javier Tiscornia.

–En ese detalle también deberían ponerse de acuerdo. –David sacó de la carpeta la foto que había tomado Emma en el hotel–. Como verá en esta foto, no solo tienen trato, sino que usted parece muy enojada con él.

El abogado y Darla miraron la foto sorprendidos. Catulo le habló

casi al oído y ella le hizo una seña para callarlo.

–Bueno, lo cité para reclamarle. Es cierto. –Su voz mostraba algo de enojo–. Nos conocimos en el bar, igual que con su hermano. De hecho, Javier fue el primero en conocerme a mí y al Sugar Night. Nunca tuvimos nada, él visitaba a una amiga. Una noche sumó a Miguel y, de ahí en adelante, empezó nuestro romance. Esa amiga debe de haberle contado mi secreto a Javier. Y él debe de habérselo dicho al hermano la mañana del secuestro, porque Miguel me llamó enojado y me citó en un punto de la ciudad. No me dijo por qué estaba así ni la razón de una cita fuera de mi apartamento. Fui en un Uber, pero él no apareció. Luego me fui al bar.

–Bueno. Agradezco su buena predisposición a decir la verdad.

–Inspector, usted siempre la tuvo. Desde el comienzo.

–Recién ahora comienza a dar detalles que antes omitió. Entonces, Tiscornia la llamó enojado, dio de baja el encuentro que ya tenían planeado y la citó en un lugar distinto.

–Así es.

–¿Cuál es ese lugar?

–Una cafetería en la zona de Tetuán. Le puedo escribir el nombre –Darla estiró la mano con uñas pintadas apenas con brillo. David se sorprendió, esperaba uñas más largas y con un color llamativo.

Le llamó la atención un anillo bastante grande que llevaba en el dedo anular y que le ocupaba casi por completo la falange. Se trataba de un rectángulo de plata que tenía incrustado un dibujo similar a una tela de araña. Cada celda estaba rellena con ámbar, una resina fósil de color amarronado. Darla lo miraba con detenimiento, sin bajar la vista. David estiró un bloc de hojas y una lapicera. Ella tomó los elementos y aprovechó para acariciar la mano del inspector. Terminó de escribir y devolvió todo.

–¿Tiscornia solía enojarse con usted?

–No, nos llevábamos muy bien. Yo siempre lo esperaba lista para lo que él deseaba. En lo sexual, accedía a todos sus pedidos, así que no tenía de qué quejarse. No le pedí que se divorciara, porque con lo que me daba estaba bien. Pagaba mis gastos, mi apartamento y me daba amor.

–¿Eso es lo que usted espera de un hombre? Digo, no había compromiso con usted.

–Hay más maneras de estar comprometido, señor mío, no solamente el matrimonio. No creo en las instituciones legales ni religiosas. Llámeme atea, descreída, ilegal. Pero la ley y la iglesia siempre me dejaron afuera de sus cánones, así que nunca me interesó volver a participar.

–Fuera de la ley hace años que está y no porque haya querido dejarla a un lado, sino porque usted realizaba actividades ilegales en Ecuador, y me temo que en Portugal y España repitió esquemas. ¿Y cuáles serían esas maneras de comprometerse?

–Veo que no lleva argolla de boda, así que es un descreído como yo o todavía no halló su alma gemela.

–Espero su respuesta, señorita Sáez.

–Uh, parece que toqué un tema difícil –sonrió Darla–. Nuestro amor podía superar todo. No necesitamos promesas, anillos, ceremonias. Solo su corazón y el mío. Ni siquiera palabras. Aunque él no me dijera que me amaba, podía verlo en sus ojos.

–Lamento mucho que usted crea que eso es amor, Darla. Lo que usted me muestra es una transacción. Un hombre que busca sexo fuera del matrimonio y no promete nada, solo da dinero. Usted merece más que eso. Merece que un hombre no deje de pensar en usted, que desee verla no solo para una sesión de sexo, que cada vez que haga algo nuevo piense que quisiera compartirlo con usted, que piense a futuro, incluyéndola, en fin… Una conexión real nada tiene que ver con anillos o promesas, sino con honestidad, con sentimientos y ganas de incluir al otro en la vida propia.

El gesto de Darla se endureció. Atacarla no iba a producir el efecto que él esperaba. Debía repensar su estrategia, necesitaba más información.

–Miguel y yo nunca tuvimos una relación tóxica. –Se puso de pie y dio un golpe en la mesa–. Su mente cerrada no puede comprender el tipo de amor que alcanzamos. Él siempre me amó, siempre me dio todo. En esos momentos en que él entraba en mi castillo era mío y de nadie más. –A medida que hablaba, se acercaba al rostro de Soto.

Estaba furiosa–. Pero jamás podrá entenderlo. –Miró con furia a su abogado, que la observaba en silencio, y el hombre reaccionó a la señal.

–Detective, esta conversación no nos lleva a ningún lado, es tarde y mi clienta está cansada. Si le parece bien continuamos mañana. Nos comprometemos a regresar.

–Estoy de acuerdo. Pero lamento decirles que la señorita Sáez no podrá retirarse del edificio. Quedará en custodia. Los cargos que enfrenta aún no han sido eliminados, no se cerró trato con el juez. Necesitamos asegurarnos de que no salga del país, que no huya.

–De ninguna manera me voy a quedar en prisión –gritó Darla.

–Hemos ayudado en todo lo que han preguntado –respondió Catulo, intentando calmar la situación. De pronto se le ocurrió una solución–. En muestra de buena voluntad, detective, me comprometo a traer mañana a primera hora a la señorita Sáez a comparecer.

–Catulo, si ella mañana no regresa, usted personalmente responderá delante del juez.

El hombre miró a Darla. Buscaba una promesa de ella de regresar al día siguiente. Si escapaba, él terminaría detenido. La mujer hizo gesto afirmativo con la cabeza. En ese instante entró Aitana con un acta que debieron firmar para dejar constancia de que debían presentarse al día siguiente. Era justo lo que esperaban. David había intentado asustarla para monitorear sus movimientos y llamadas. Anticipaban que durante esa noche se comunicaría con el vértice de la organización y los llevara a él.

–Mañana los esperamos al mediodía. Señorita Sáez, me disculpo con usted si dije algo que le resultó inconveniente.

Cuando estaban saliendo, Darla se volvió y le habló, mientras lo miraba con dolor en los ojos:

–Entiendo que sus palabras sobre el amor son las ideales, pero la realidad suele ser más cruda y descarnada, sobre todo para gente como yo. He aprendido a golpes e insultos todo en esta vida. Encontrar a alguien que solo me acaricia y me cuida es amor, tal vez no el que usted anhela, pero sí uno que a mí me alcanza.

David iba a responder y ella lo dejó con la palabra en la boca. Se

dio vuelta y salió caminando con rapidez; el taconeo de sus zapatos altos se escuchaba en el eco del pasillo.

Aitana, Francisco y Alberto se encontraron con David en ese espacio de conexión entre salas y la vieron entrar al ascensor.

–Quiero dos autos que los sigan a sol y sombra. Tenemos las líneas intervenidas de Darla y del Uber, ¿no es así?

–Correcto. Están intervenidas –confirmó Alberto.

–Nuestro equipo se encargará de la vigilancia desde este momento, detective Soto –agregó Mathis, sin dejar lugar a objeciones.

–Muy bien –concedió Soto. No le gustaba que le quisieran quitar la jurisdicción sobre el caso. Primero cerraría el suyo, después podrían llevarse a Darla para que enfrente sus cargos en otros lugares.

Debía reconocer que incluso el hecho de que Interpol se encargara de vigilarla le daba algo de tranquilidad. Esa mujer no podría escabullirse. Mathis y su equipo se comunicaron por teléfono con los encargados de vigilancia para avisar que el objetivo estaba en movimiento. Se despidieron con un movimiento de cabeza y tomaron el siguiente elevador.

–¿Qué piensas, papá?

–Darla ha sido maltratada toda su vida, por su elección, por tener un cuerpo incorrecto a su percepción. Soportar tantos golpes y dolor pueden llevar a dos posibles reacciones: seguir soportando golpes, convertirse en alguien temeroso que no ve la posibilidad de conseguir una nueva vida o endurecerse de tal modo que se convierta ella en victimaria.

–¿Cuál de las dos cree, inspector, que ha tomado Darla? –preguntó Alberto.

–No lo sé aún. Mañana lo sabremos. Hoy la ataqué y no logré quebrarla, se endureció más. Mañana intentaré con la dulzura.

–Mathis no se fue muy contento con que dejáramos ir a Darla –intervino Aitana.

–¿Cómo nos manejaremos con Interpol? –consultó Francisco.

–Ya hemos acordado. Nos están dando un tiempo para cerrar nuestro caso, pero debemos hacerlo lo antes posible. Por eso mañana será un día decisivo. Vayan a descansar. –David habló con una sonrisa,

pero su mirada indicaba que seguía preocupado.

–Bien. Mañana nos espera un día intenso –anticipó Alberto.

Francisco y Aitana salieron juntos de la oficina. Él tenía una cita. Iba a salir con un hombre que había conocido a través de una app. Iba sin expectativas; en el último tiempo tenía citas, pero no lograba sentirse atraído con nadie, al menos no lo suficiente para repetir encuentro luego de una noche de placer.

Aitana envió un mensaje a su pareja. Su novia la esperaba con la cena lista y no quería llegar tarde. Caminó junto a Francisco hasta los respectivos automóviles.

–¿Quién es el de hoy?

–No recuerdo el nombre. Nos vamos a encontrar en un restaurante. No tengo mucho interés.

–¿Estás seguro de que ninguno?

–Bueno, si da para un rollo de una noche, bienvenido sea. Pero no creo que haya otra posibilidad.

–¿Por qué tanta seguridad?

–Veamos, él me gusta. Es bastante atractivo. Pero nuestros mundos son muy distintos. Él trabaja en la bolsa, tiene horarios complicados, seguramente. Si a eso le sumas mi *full time*, pues ya me dirás qué fácil o difícil será tener una relación.

–Fran, si ya vas a verlo con esta energía, te anticipo que así será. Una noche y punto. Ve abierto, tú no sabes qué te depara el destino.

–Parece que trabajar con mi padre te ha contagiado sus frases. Eso del destino es justo lo que diría él –rio.

–Mira, cuando yo conocí a Mile, ninguna de las dos esperaba tener la historia que tenemos. Salimos como tú sales hoy, y nos gustamos mucho. De a poco la relación se fue haciendo más fuerte.

–¿Cuánto hace que están juntas?

–Pues, déjame pensar –se quedó en silencio–. Vamos a cumplir dos años pronto.

–Pero no viven juntas, ¿o sí?

–No. Ella en su apartamento y yo en el mío. Nuestras familias no se

conocen todavía. Vamos despacio. No hay presiones, no hay mentiras. Hay ganas de estar juntas.

–Pues eso es lo que quiero para mí. Pero cada ligue que conozco es solo para eso, ligue, no para entrar en una relación a largo plazo.

–Creo que el tema es que tú no estás listo para abrirte del modo que se necesita.

–Ahí tienes razón. Me cuesta mucho abrirme, confiar en el otro. Será por eso que no logro enamorarme. Quiero decir, la cuestión física va por un lado, pero la química entre dos personas lleva tiempo y eso es lo que no me permito.

–Sí. Es difícil. Este mundo sigue siendo muy hipócrita y aunque creamos que ha madurado estos temas, la realidad es que no es así. Conozco muchos que ocultan su homosexualidad por familiares o situaciones laborales. La carrera profesional, incluso política, puede verse afectada si uno se manifiesta abiertamente. Por esa razón, muchos siguen haciendo lo que la sociedad espera que hagamos todos y cada uno de nosotros: ponerse de novio, casarse y reproducirse. Y cubrir el expediente social. Dicho así suena muy crudo, pero es la verdad.

–Lo sé. Yo debo ser honesto conmigo mismo antes que con los demás.

–Ese es un buen comienzo. Solo debes permitirle entrar a alguien.

–Bueno, si todo sale bien hoy dejaré entrar a alguien –bromeó Francisco.

–Mira que eres atrevido. Pues espero que la pases tan bien que no puedas cerrarle la puerta de tu alma a este nuevo galán. ¿Tienes foto de su perfil? Quiero verlo.

Francisco y Aitana llegaron hasta la puerta de sus autos y se quedaron viendo la foto de la cita en el celular.

David fue a su coche. Iba absorto en sus pensamientos y lo sacó de ellos la entrada de un mensaje.

Hola, majo, ¿te apetece una noche de sexo? Estoy en la ciudad

El mensaje de Gloria había llegado en buen momento. Hacía tiempo que no la veía y leerla lo excitó. Era una mujer increíble, con un cuerpo de infarto, y tenía la misma filosofía que David: cada minuto de vida y placer debía ser disfrutado, con claridad y sin compromisos.

La mujer era aeromoza de British Airways; cada vez que le tocaba la ruta a Madrid y le daban un día para descansar, ellos se encontraban.

Con una sonrisa en el rostro, escribió:

> Me apunto

Ella respondió con rapidez.

> Ya estoy esperándote, con muchas ganas de verte

Anotó el nombre del hotel y la dirección. David encendió el coche y condujo hacia allí. Aparcó y le envió otro texto:

> Estoy cerca. ¿Llevo algo para comer después? No voy a darte posibilidad de que te me escapes ni un segundo

Enseguida llegó la respuesta.

> Sube. Estoy ardiente. Voy a comerte a ti

El elevador se detuvo. Dio dos golpes suaves a la puerta. La voz de Gloria le indicó que entrara.

El lugar se encontraba en penumbras. Ella no estaba en el recibidor. Divisó unas plumas rosadas en forma de camino. Las siguió con la sonrisa pícara instalada en el rostro. Cuando entró en el dormitorio, la vio. Gloria estaba en la cama, desnuda por completo. Una boa de plumas rosas recorría su cuerpo. Ella estaba sobre algunas almohadas. Sus muñecas se veían aprisionadas por unos grilletes de peluche, también en color rosado, al respaldo de barras de la cama. Todo estaba dispuesto, ella incluida, para crear una atmósfera de seducción irresistible.

–Ay, señor, espero que pueda ayudarme. Me han robado todo y me han dejado atada.

Gloria solía proponer juegos de este tipo. David participaba de buen grado en ellos, y esta ocasión no fue la excepción.

–Pues, verá, mi querida, deberá pagar mis servicios.

–Pero ¿no ve que me dejaron completamente desnuda? No tengo dinero.

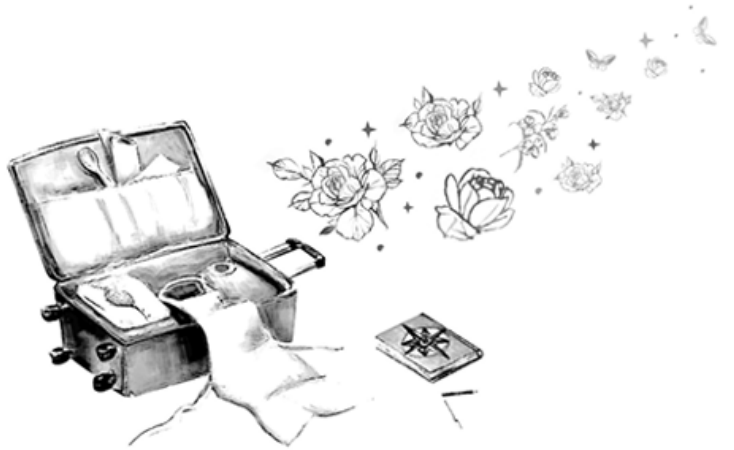
–Tal vez tenga algo que pueda servir para pagar mi trabajo.

David se desvestía con rapidez. Cuando terminó de sacarse la ropa, caminó hacia la cama. Se percató de que no se había quitado el sombrero. Hizo el gesto para sacárselo, pero ella lo detuvo:

–No, no lo quite. Puede dejarse el sombrero.

En ese instante ella tocó la pantalla de su celular, que estaba cerca de su mano derecha, y la música comenzó. Los primeros acordes de "You can leave your hat on", de Joe Cocker, inundaron el lugar.

Ella guiñó un ojo y él rio por la ocurrencia. Se acercó a la cama, con la certeza de que los esperaba mucho placer y una noche larga.



Capítulo 18

Emma había tenido dos días buenos. Había armado las peticiones de Raquel que no logró encontrar nada que cuestionarle.

Con Moro se habían visto en el trabajo y habían tenido algunos acercamientos de seducción. Él le gustaba mucho, pero su estilo de vida era tan distinto al suyo que no quería pecar de absorbente. Esperaba que él la invitara nuevamente.

Esa misma semana vio al detective David Soto. Era un hombre muy seductor. Ya le había parecido muy guapo la primera vez que lo vio, con una gran personalidad. El uso del sobretodo largo y el sombrero lo mostraban como muy seguro de sí mismo, coqueto. Compartieron la mañana del martes cuando ella se acercó a dar testimonio de la reunión de Javier Tiscornia y Darla. David la había recibido con una sonrisa, la había hecho pasar y le había ofrecido un café muy sabroso. Emma tenía la sensación de que en los organismos públicos solía tomarse café de mala calidad. Se reprochó a sí misma por su prejuicio, porque el que le había convidado David era exquisito. De hecho, le

había consultado la marca y dónde lo había comprado.

Esa semana tenía franco sábado y domingo. En el organigrama del hotel, ellos trabajaban cinco de siete días, salvo que hubiera algún evento o que la capacidad del hotel se viera colmada; en ese caso, reducían a un solo franco semanal. El verano llegaba a su fin y comenzaba el otoño. No era temporada alta, por lo tanto, podían disfrutar de dos días de descanso. Uno de los días era fijo, el otro lo iban rotando.

Emma había pedido el sábado y Moro el jueves; ninguno sabía cuál había elegido el otro y ella tenía ganas de verlo.

En ese momento pasó cerca Begoña. Habían charlado bastante en toda la semana. La mujer estaba muy conforme con el trabajo de Emma y le gustaban mucho las presentaciones originales que realizaba en el salón. Emma era una persona muy valiosa, y su antiguo chef principal les había hablado muy bien de ella.

Raquel era buena en su labor, pero tenía un trato distante con sus empleados, era fría y poco empática. En consecuencia, el sector no trabajaba en un ambiente ameno, al menos si ella estaba presente. No pensaban despedir a Raquel, pero tenían interés en seguir a Emma. El área de repostería del hotel de Buenos Aires, que había estado a su cargo, se había destacado por las exquisitas preparaciones, sobre todo, por el trabajo en equipo y el gran compromiso de todos. Todo eso se lograba con una buena líder.

La chef se puso a conversar con Emma.

–¿Y cómo surgió la idea de venir a vivir a Madrid?

Emma le contó las circunstancias que la hicieron tomar la decisión. Habló de sus hijos, de las carreras de ambos, de la inmensa casa en la que había quedado sola y de Marcos.

–¿Están separados?

–Hace casi cinco años. Me dejó por una jovencita que apenas tiene unos años más que Gerónimo.

–Auch. Eso dolió.

–Sí, no te lo voy a negar. Fue un dolor muy grande entender que “hasta que la muerte los separe” se había convertido en “hasta que Agustina los separe”. Y a pesar de que no la haya querido nunca, la

pobre muchacha no es la muerte –bromeó–. Tuve que entender que si Agustina logró enamorarlo, es porque entre nosotros las cosas ya no estaban bien. Los hijos, la rutina, la costumbre nos hicieron postergarnos como pareja.

–Qué duro debió haber sido, Emma.

–Sí. Trabajé mucho con la psicóloga. Tuve que elaborar un duelo pesado, es más fácil siempre echarle las culpas al otro. Pero lo que me pasaba era que, si bien me sentía traicionada por Marcos, no sé si, de estar en su lugar, no hubiera hecho lo mismo.

–¿Crees que lo hubieras hecho?

–No. Tengo muchísimo respeto por el otro, sea pareja, amigo, familiar, compañero de trabajo. Para mí es primordial tratarlo como me gusta que me traten a mí. Por eso te digo que creo que no, supongo que, si un atractivo joven me hubiera seducido, me hubiera acercado a Marcos para plantear que algo nos estaba pasando como pareja, que alguien más me estaba atrayendo. Seguro me hubiera puesto a trabajar en salvar la pareja. Pero esa soy yo, Emma. Marcos hizo lo que pudo. Y en el camino me lastimó mucho.

–Qué grandeza la tuya, entenderlo y que hayas seguido relacionándote con él por tus hijos.

–Mira, Bego, me costó muchísimo entenderlo. Tú me escuchas ahora, pero esto fue todo un proceso. Me atravesaron muchos sentimientos. Primero, la incredulidad, no podía creer que el hombre que había elegido para compartir la vida se había enamorado de otra. No podía pasarme eso a mí. Obviamente me enojé con él, por traicionarme, y conmigo misma, por haberlo perdido, por no haber estado atenta, por no haber hecho algo para retenerlo. La tristeza fue el sentimiento más poderoso, y se adueñó de mí por un tiempo largo. Lloraba a escondidas para que mis hijos no me vieran mal, pero la oscuridad se cernía cada vez más en mí, me iba encerrando en un círculo. No tenía fuerzas para levantarme, para reír, para nada. Mis hijos y una amiga me llevaron a terapia. No fue fácil superar toda esta situación. Creí que nunca iba a poder estar bien de nuevo, pero aquí estoy.

–Qué duro, Emma. En el mejor momento de tu vida te borraron de

un plumazo y has empezado de cero.

–Es así, fue una de las desilusiones y dolores más grandes que he debido enfrentar. Pero se puede. Una no se muere de amor. En realidad, una se deprime por amor, cree que la vida no tendrá más sentido, que todo se fue con él. Y luego, al salir de la depresión, te ponen unos anteojos que te permiten ver en *high definition*. Y empiezas a ver en detalle lo que antes estaba borroso. Tengo dos hijos bellísimos, sanos, estudiosos, buenos y a una amiga de oro. Tenía a mi papá. Marcos se fue y se llevó con él su ropa, sus cosas, pero me dejó todo lo demás. Así que nunca empecé de cero. Tenía todo para ser feliz. Ni siquiera cuando me vine aquí empecé de cero, porque mi hijo me ayudó en todo e hizo el camino mucho más fácil.

–Eres una mujer muy positiva. Entiendo que todo el proceso te ha ayudado a ver lo positivo en cada situación.

–Exactamente. Todo tiene algo de bueno, tal vez no lo entendamos en el momento, pero a la larga lo haremos. Mi abuela siempre decía "si sucede, conviene". Por algo es.

–Qué sabias son las abuelas.

–¿Y tú? Cuéntame de tu vida. ¿Puedo preguntar? Perdón si soy indiscreta.

–Pero, Emma, si yo te he preguntado a ti, ¿cómo no vas a poder hacerlo tú? Pues verás, estoy casada hace cinco años con Juanjo, pero vivimos juntos desde hace casi diez. Nos casamos cuando nació nuestra hija, Montserrat.

–Son tan lindos los hijos a esa edad. Yo recuerdo a Abril y era todo un personaje.

–Pues Montse es un diablillo con carita de ángel. Suele hacer bromas pesadas inculcadas por su padre. Entre los dos se ponen en mi contra y me pelean.

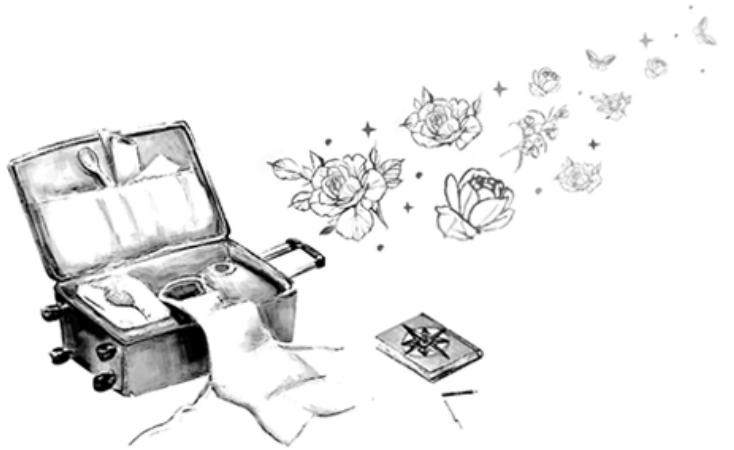
–Me muero por conocerla, debe ser muy divertida.

–Lo es, a veces debo taparme la cara para ocultar la cuando estoy por regañarla, porque me hace reír con sus ocurrencias.

–Ay, sí, los hijos son un tesoro.

Se quedaron conversando unos minutos más antes de cerrar la cocina y Begoña aprovechó para invitarla a una cena en su casa ese

mismo viernes. Emma se sorprendió del convite, pero aceptó gustosa. Hacer amigas en Madrid era importante para ella y Begoña le caía muy bien. Pero Emma desconocía los planes de la chef…



Capítulo 19

La mañana del miércoles citaron al dueño del auto que había salido del garaje del edificio de Darla el día del secuestro y resultó que Dalmiro Guerra era chofer de Uber.

Francisco estaba con él en una sala de interrogatorios y esperaba a David con ansias. Cuando entró, el silencio del lugar era tan tenso que podía percibirse el nerviosismo del hombre. Eso era bueno, tal vez se quebrara y diera datos importantes.

–Buenas tardes, señor Guerra –saludó con seriedad David.

–Buenas tardes, agente –respondió con un temblor en la voz.

–Detective Soto.

–Perdón, detective, estoy nervioso.

–Entiendo. Esto puede ser mucho más fácil de lo que cree. Solo debe decirnos qué relación tiene usted con Darla Sáez.

–Ninguna. Ella me llama dos veces por semana y la traslado adonde me indique.

–¿Ninguna otra relación? –intervino Francisco.

–Ninguna. Soy su chofer. Ella me llama, yo voy, la busco y la dejo donde me indica. Si debo esperarla, me paga la espera, o me dice que me retire y que regrese cuando ella me lo indique.

–Muy bien. Va a anotar en este papel –David le alcanzó un anotador y un lápiz–, todas las direcciones a donde la haya llevado.

–Pero es que no recuerdo todos los lugares.

–Bien, la aplicación del celular seguro lleva un registro.

–Es que la señora Darla no me contacta por la aplicación. Hace tiempo me pidió mi teléfono y se comunica directamente conmigo.

David miró a su hijo, quien de manera automática se levantó y se retiró. Fue directo a solicitar una orden para revisar los mensajes, llamadas y direcciones del GPS de Dalmiro. Un escaneo completo del teléfono del hombre podría darles más información que él.

El interrogatorio continuó. Francisco entró unos minutos después.

–¿Hay algún lugar que recuerde por haberla llevado más de una vez?

–El Sugar Night. Allí la llevé muchísimas veces. La señora Darla trabajó un tiempo allí y tiene amigas que aún lo hacen. Ella va de día a visitarlas.

–¿Algún otro lugar? –insistió, ya con un gesto de impaciencia–. Le recuerdo que todo lo que diga será corroborado y, si encontramos una pequeña mentira, usted pagará las consecuencias.

–Le juro que no tengo recuerdo de ningún otro lado –respondió nervioso.

–¿Dónde nació usted, Dalmiro? –preguntó de la nada David. Eso sorprendió al hombre; fue como si lo sacaran de un papel que había ensayado. Se desorientó.

–Ehhh –se lo notaba titubeante–. ¿Por qué lo pregunta?

–El que hace las preguntas soy yo. Por favor, responda.

–Ehhh… Nací en Portugal, en un pueblito cercano a Lisboa. Uno que nadie conoce.

–Pues, mire usted qué coincidencia. Hace unos años he veraneado por la zona. ¿A qué pueblito se refiere?

–El pueblo donde nací es uno muy pequeño. Se llama Cascais. No creo que lo conozca.

–No lo puedo creer. Pero qué coincidencia. Sí lo conozco. Pasé un día de excursión allí. Un pueblo de pescadores muy bonito.

–Sí, es cierto. Pueblo de pescadores.

–Además fue elegido por la nobleza, lo que explica en gran parte la arquitectura que forma su casco urbano. Fue lugar de residencia de la nobleza ¿no es así? Recuerdo algo por el estilo.

–Pues no lo sé, en verdad. Nunca se me dio por la historia.

–Me parece bastante extraño que no lo sepa, puesto que es un tema central para todo el que vivió en ese lugar. Digo, cualquier turista llega y lo primero que le cuentan es que Juan de Borbón, el rey Juan Carlos I, vivió un tiempo allí. También fue un sitio elegido para el exilio del militar y regente húngaro Miklós Horthy, del rey Humberto II de Italia, de Carlos II de Rumania y del dictador cubano Fulgencio Batista.

–Bueno, parece que lo conoce bien. En realidad, viví allí hasta la adolescencia. Luego me vine a buscar suerte a estas tierras. Hace años que no vuelvo y cuando viví allí era un crío, no me interesaban esas historias.

–Entiendo –David estaba seguro de que mentía–. ¿Familia? ¿Tiene familiares suyos en el pueblo?

–Nadie. Mis padres fallecieron y mis hermanos también migraron a buscar una vida mejor.

–Qué oportuno, ¿no? Sus registros en este país no dan cuenta de su nacimiento en Portugal. De hecho, para nosotros no existe hasta hace unos años. ¿Cómo podría explicarlo?

–No tengo idea. La verdad es que he venido a trabajar y hacer una buena vida. Nada más.

–Mire, Guerra, si es que ese es su verdadero apellido, está jugándose su salida en libertad. Estoy a punto de arrestarlo por identidad falsa, por mentir en el interrogatorio, por trabar una investigación policial. Usted no nació en Cascais, de hecho, ni siquiera lo conoce. El lugar que yo le describí no es ese, sino Estoril. Un pueblo muy cercano, puede ir caminando de uno al otro en cuarenta minutos. Si usted fuera de la zona, lo sabría.

El hombre se quedó en silencio. David lo había descubierto, no

tenía forma de defenderse.

–Detective…

–Le recomiendo que piense bien lo que va a decir. Está hundiéndose en arenas movedizas.

En ese instante la puerta se abrió y entró el abogado de Darla Sáenz.

–Guerra, no diga una palabra más. Detective Soto, mi cliente tiene derecho a un abogado antes de comenzar el interrogatorio.

–Su cliente no solicitó la presencia de ninguno, por eso procedimos. Estamos a derecho.

–Muy bien. Pues lo que haya dicho hasta el momento es todo lo que tendrán. Si va a detenerlo, le pido que muestre las pruebas que tiene para respaldar la acusación.

–No vamos a dejar que se marche, vamos a solicitar huellas digitales y una prueba de ADN. Sabemos que no proviene de donde indica su documentación identificatoria. Pediremos un informe de antecedentes y trataremos de encontrar su identificación real.

–Muy bien. Las huellas digitales las vamos a permitir. Pero no la muestra de ADN, no tiene causa probable para ello.

–¿Le parece poco tener en su poder una identificación falsa?

–¿Puede probarlo?

–Los archivos del señor Guerra comienzan hace diez años. No hay datos de nacimiento ni de familia. Si se trata de un inmigrante ilegal, me temo que deberemos llamar al Ministerio de Asuntos Exteriores. –Francisco se puso de pie para realizar la llamada que indicaba su padre.

–Mi cliente pedirá asilo y el gobierno español deberá dárselo.

–Pues eso lo veremos cuando se hagan presentes los agentes de inmigración. Su cliente deberá demostrar que se encuentra en riesgo en el caso de ser deportado y deberá mostrar su pasaporte real. Usted lo sabe mejor que yo: esa jugada no le sirve. –David fijó la mirada en Guerra–. Le recomiendo solicitar nuevo abogado, no porque el señor Catulo no sea bueno, sino porque defiende a alguien más y dudo que le interese su bienestar. Solo se preocupa por su otra clienta y por lo que usted pueda develar.

Guerra miró al letrado y evaluó lo que habían dicho hasta el momento. Comprendió que estaba en una situación difícil de solucionar y Catulo intentaba que él no revelara nada de lo importante.

–Está bien. Pido otro abogado. –La inseguridad y el titubeo que había mostrado desaparecieron, incluso la postura corporal cambió. Hasta ese momento, se veía encorvado, tembloroso, con las manos sobre la mesa, entrelazadas. Cuando habló, su tono fue decidido, fuerte, duro y su cuerpo se irguió: los hombros, orgullosos, el tronco recto, las manos en los bolsillos de la chaqueta.

–Señor Catulo, puede retirarse.

–Tú sabes bien lo que puede sucederte si hablas sin el respaldo de un abogado. –Las palabras del jurista parecían decir más que lo que denotaba la frase.

–Entiendo a la perfección las consecuencias de mis actos. Gracias por su consejo. Cuando la vida nos pone frente a una encrucijada, uno debe decidir. Podría huir lo antes posible o enfrentar la ley. He decidido que encararé las consecuencias.

Lo que Guerra decía parecía llevar una advertencia secreta, o tal vez una instrucción que el jurisconsulto debía comunicar. Catulo se puso de pie, hizo gesto afirmativo con la cabeza y se retiró.

–¿Hablaremos con la verdad a partir de ahora?

–Espero oír la oferta de un trato. Cuando lo haga, cantaré como un ruiseñor.

–Por el momento, el único trato que puedo asegurarle es que, desde el momento que ingresemos sus huellas digitales y ADN a las bases de datos, saltarán alarmas internacionales. Puedo abogar para que pague sus penas en cárceles de España o puede ser deportado y pagar en su país.

–Imagino que si habla con el juez podrá conseguir una disminución en la sentencia. ¿Tal vez una mínima?

–Deberá darme datos de un pez bastante grande para ello.

–Usted busque al juez –sonrió Guerra. Necesitaba darles tiempo a sus socios de trasladar el negocio a un lugar seguro, salvar las identidades de los altos mandos y sacrificarse. Su inmolación sería

bien recompensada. Lo sabía.

David salió y Francisco lo siguió. Guerra quedó solo en la sala. Se miraba al gran espejo que tenía al costado. Sonreía, como anticipando que del otro lado lo observaban y que intentaban analizar su cambio. Francisco recibió un mensaje y se fue a buscar algo; regresó unos minutos después. Tenían la orden para revisar la actividad telefónica de Dalmiro y de Darla. Aitana y dos agentes del equipo de Francisco estaban con los registros y Darla había recibido una llamada de Catulo unos segundos después de que saliera.

–Este tipo esconde mucho –razonó Francisco.

–Este tipo no es portugués, no tiene acento. Habla el español sin el acento propio del que tiene el portugués como lengua madre.

–La agente Cristof tomará huellas y ADN; en un rato sabremos quién es y de dónde salió.

–Bien. Llama al juez; él querrá estar presente. En ese momento, entró Aitana, corriendo.

–Darla está preparando su huida. Se comunicó con Tiscornia y con los tres amigos del hermano. A todos les dijo lo mismo: "Cierre de cuentas y limpieza".

–Perfecto, Guerra dio el aviso, ella materializa el escape. Todos son partícipes, ya veremos en qué medida cada uno. Cursen solicitudes de arresto para todos. Que los equipos de agentes vayan a detenerlos. Los dos equipos que están custodiando a Darla, que la traigan ya mismo.

Aitana salió a gestionar los arrestos. Francisco fue a llamar al juez, luego ambos se sumaron al equipo que se dirigía a casa de Tiscornia. Una hora después, el juez llegaba a la dependencia de la Guardia Civil.

–Aquí estoy, Soto. Espero que me haya hecho venir por algo importante.

–Intuyo que lo será. Este hombre –dijo a la vez que señalaba el vidrio y, detrás de él, a Dalmiro–, está a punto de darnos información que nos ayudará a cerrar varios casos. Pero necesito hacerle creer que tendrá un trato. Es un ilegal que entró con documentación falsa.

–Entiendo. Puedo proponer que pague las penas en España y no realizar la extradición, de ser necesario. Hasta no saber la naturaleza

de los delitos, es todo lo que puedo ofrecer. Si la información que tiene para dar es valiosa, podemos ofrecer reducción de condena. Pero todo dependerá de la gravedad de los delitos que tenga pendientes.

–Bien, intentaré ver qué podemos sacarle. La reducción de la condena puede servir de aliciente, aunque no tengo por qué informarle que será válida solo si la gravedad de sus propias acciones delictivas lo permite.

El juez dio su aprobación. David volvió a entrar junto a Alberto. Varios equipos de detención habían salido hacía casi una hora para evitar la huida de los sospechosos.

David y Alberto le aclararon a Dalmiro Guerra las acusaciones que podían realizar: falsificación de identidad, delitos de falsedad documental, cohecho, blanqueo y pertenencia a un grupo criminal. En cuanto llegaran los resultados de los informes de las huellas y el ADN, podrían actuar.

Guerra calculó que ya sus secuaces habían logrado escapar, así que, una vez que le aseguraron el trato, comenzó a explicar la naturaleza de su labor dentro de la organización.

Emma regresó a su casa luego de un día increíble de trabajo. Estaba contenta porque su acercamiento a Begoña. Tener una amiga a tantísimos kilómetros era difícil. Sandra siempre había sido la voz de su razón, su apoyo constante. La cercanía de Begoña le recordaba el calor de la amistad.

Al entrar en su edificio recibió un mensaje de Moro:

> Mañana estoy franco. No nos veremos en la cocina. Pero si quieres podemos saborearnos en mi cama

La respuesta no se hizo esperar.

> Qué propuesta tentadora… estoy pensando qué me seduce más, si saborearte a ti o conocer tu guarida

Y enseguida Moro escribió:

Pues no te lo pienses mucho, te vienes. Y tienes las dos opciones

Emma no dudó.

Hecho. Me convenciste. ¿A qué hora voy?

Otra vez, Moro.

Te estaré esperando desde que baje el sol y tu guardiacárcel Raquel te libere

Y ella:

Ahí estaré

Emma llegó al elevador. En ese instante, le llamó la atención la llegada de varios autos de la Guardia Civil y una camioneta de la que bajaron varios efectivos. Todos estacionaron frente a su edificio y ella se quedó mirando a través del vidrio.

Escuchó la llegada del elevador. Las puertas se abrieron y ella giró. Javier Tiscornia bajaba con una maleta y gesto nervioso. La saludó rápido y pasó a su lado evitándola. Ella dio el primer paso para entrar al cubículo vacío.

Tiscornia se detuvo en seco en cuanto vio el operativo que lo esperaba afuera. Sin pensarlo dos veces, se dio vuelta, arrojó el abrigo que llevaba colgado en el brazo y que tapaba una Glock 9mm. De un manotazo, tomó el cabello de Emma que estaba de espaldas, y la puso por delante de él, usándola como escudo humano. Emma gritó por el susto de haber sido tomada de manera violenta y, cuando entendió lo que sucedía, empezó a gritarle.

–¿Estás loco Javier? ¿Qué haces?

–Lo siento, Emma. Necesito un seguro para salir de aquí. Tú serás mi carta de salida.

–Cálmate, por favor. –Emma se asustó cuando le apoyó el cañón sobre la sien derecha y la puso delante del vidrio–. Esto se puede arreglar. No sé lo que está pasando, pero podemos hablar.

–No entiendes nada, argentina. Estoy al borde del abismo. Si caigo,

no lo haré solo.

El frío recorrió la espalda de Emma. El equipo de policías apuntaba a Javier. De pronto, una voz se escuchó a través de toda la tensión que parecía haber formado una cúpula de hielo que los separaba del resto del mundo.

–Tiscornia, está perdido. Uno de sus secuaces está en la central dando testimonio. De esta no podrá salir. Libere a la mujer, no complique más su situación.

–No la dejaré ir. Quiero que despejen el camino. Voy a salir con ella y me acompañará hasta que esté a salvo.

–Usted sabe que no podemos hacerlo. No arriesgue más vidas. Ya sabemos que tuvo mucho que ver con la muerte de su hermano. Por más que huya, será un paria. Ya perdió a su hermano, ahora perderá a su familia y todo el dinero por el que hizo todo esto.

–¿Qué mierda saben ustedes? Nadie sabe lo que he sufrido todos estos años viviendo a la sombra de un tipo perfecto, un inútil que ni siquiera supo que era amante de un hombre. Era tan *snob*… Siempre me hizo sentir inferior, siempre marcó su superioridad y nunca me dio oportunidades. Nadie sabe lo que fue ver a mis padres hincharse de orgullo por mi hermano y mirarme con desprecio.

Tiscornia gritaba, lloraba y se acercaba cada vez más a la puerta de vidrio. Emma daba los pasos que él la obligaba a dar, tomada por el cuello y con el cañón de la Glock apretando el temporal. Las lágrimas rodaban por las mejillas, como una catarata silenciosa.

–Tiscornia, podrá explicar todo. Se tendrán en cuenta todos los hechos y atenuantes. Libere a la mujer y lo tomaremos como muestra de buena voluntad.

–No –gritó el hombre–. Voy a salir, despejen el camino. –Le apretó el cuello a Emma para llamar su atención–. Abre la puerta con tu llave.

Ella obedeció. Intentó abrir, pero falló porque sus manos temblaban y él no le permitía bajar la vista. Una vez fuera, dieron algunos pasos hasta quedar cerca de la policía.

–Entienda, Tiscornia, no podemos dejarlo ir y llevarse a la mujer –la voz intentaba calmar a Javier–. Calmémonos, por favor. Soy

Francisco Soto, ¿me recuerda?

Emma se sorprendió, era el mismo apellido del inspector que había conocido.

–Sí, recuerdo cómo me mirabas en el interrogatorio. Tú y los demás, todos me miraban como si fuera un debilucho.

Tiscornia vio que dos policías se movían a su derecha. Apuntó hacia ellos y, sin dar aviso, hizo dos disparos. Erró, las balas terminaron rompiendo los vidrios de dos autos estacionados. Los transeúntes que aún no se habían percatado de la situación cayeron en la cuenta. Se escucharon varios gritos. Todos corrían. Emma gritó asustada y el llanto se volvió sonoro.

–Por favor, Javier, no me mates, déjame ir. No compliques más la situación.

–Tiscornia, cálmese. Nadie va a acercarse, le doy mi palabra. Deje ir a la señora. No tiene posibilidades. ¿A cuántos cree que podrá matar antes de que lo matemos a usted? Mire a su alrededor, somos más de veinte personas apuntándole, personas entrenadas. No podrá salir vivo de esta. Entréguese.

En ese instante, Emma recordó una lección de defensa personal que había tomado luego de un robo que sufrió en su país. Javier la tenía agarrada por el cuello, el brazo izquierdo de él se cerraba como prensa sobre el cuello de ella, la mano derecha en el arma. Emma tenía sus propias manos sobre el brazo masculino, intentando que el agarre no le impidiera respirar. De manera sorpresiva bajó el tronco y, doblando su cuerpo en dos, logró hacerle perder algo de estabilidad al hombre, que se fue hacia delante. Ella quedó agachada y algo de costado, lo que le dio la oportunidad de pegarle con el codo directo en los genitales. Uno, dos y tres golpes, certeros todos; el grito ahogado de Javier lo dejó en claro. El arma cayó al piso y ella giró sobre él tomando su brazo y retorciéndolo por detrás de la espalda. Fue todo tan rápido que Tiscornia no lo vio venir. Los policías corrieron para apresar al hombre que seguía arrodillado, con un dolor indescriptible y el brazo izquierdo a punto de dislocarse por el apriete.

Francisco y Aitana fueron los primeros en correr. Él pisó el arma y la tomó con guantes. Un agente intentaba levantar a Javier que aún se

quejaba de dolor. Aitana se acercó a Emma que temblaba intensamente.

–Cálmese, no se asuste, soy policía. Voy a tocarla para llevarla a la ambulancia.

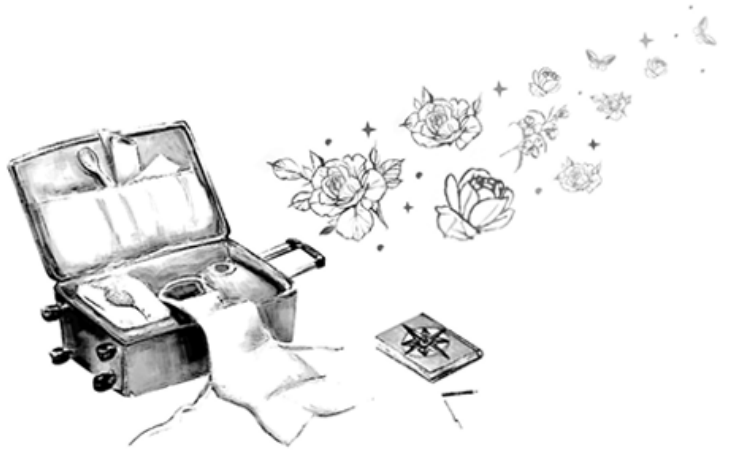
–Casi… casi… me mata. Tuve que defenderme.

–Lo sé, quédese tranquila. Es Emma Graviotti, ¿no es así? –Aitana la reconoció cuando había dio a testificar.

–Sí, soy yo.

–Cálmese, por favor. Ya terminó todo.

Tiscornia fue trasladado a la sede de la Guardia Civil. No tenía heridas. A Emma la atendieron en la ambulancia, le dieron un calmante y llamaron a su hijo para que fuera a asistirla. En cuanto llegó, Francisco y Aitana le contaron lo sucedido, así que Gerónimo subió con Emma al apartamento y se quedó con ella toda la noche.



Capítulo 20

Los equipos fueron llegando con los detenidos, que quedaron en celdas separadas, Darla y Javier esperaban el interrogatorio, también en salas distintas. Aitana golpeó la puerta. Salió Alberto y le explicó lo sucedido. Enseguida, Alberto entró y le habló en secreto a David, quien le pidió que lo suplantara en lo que quedaba de la declaración de Dalmiro. Salió apurado.

En ese instante el celular de David sonó. Una llamada entrante. Era Begoña.

–Bego, no me digas que la cena era hoy y me olvidé –dijo.

–No, mira que eres olvidadizo. Quedamos para el viernes.

–Ah, qué alivio. Me asusté. Este caso me trae loco.

–Pues no, esa llamada será el viernes si son las nueve y todavía no tocas el timbre de mi casa.

–Tranquila, San Tecnología me salvará. He puesto una alarma en mi teléfono para que me avise a las siete que debo ir a casa a prepararme. Esta vez no fallaré, lo prometo.

–Te ruego que no te olvides de poner a cargar la batería de ese celular, no sea que te olvides, se te apague y no sirvan las alarmas.

–Vale, vale, quédate tranquila. Dime ahora para qué me llamabas. Porque no creo que fuera para recordarme la cena.

–Es cierto, no te llamé para recordarla, pero sí para hacerte una consulta. Tengo una amiga que está sola en la ciudad y me gustaría invitarla a cenar también. ¿Te molestaría que los invitara a los dos a la misma cena?

–Bego, te conozco. Me estás haciendo la celestina y sabes que no me gusta. Puedo buscarme mujeres yo solito, y de hecho lo hago –dijo recordando la noche pasada con Gloria.

–No, no. No es eso. Ella se vino a Madrid y no tiene muchos amigos. Solo quería darle una cena con calor de hogar. Es buena gente y muy divertida. Pero no quería invitarla hasta consultarlo contigo. Te prometo que no haré comentarios fuera de lugar. Palabra de honor.

–Si me das tu palabra, no hay problema. Invítala. Y ahora me voy, Bego, debo hacer un interrogatorio ya mismo.

Se despidieron y David cortó.

–¿Qué fue eso? –consultó Francisco cuando su padre cortó la comunicación.

–Pues, Begoña y sus planes para encontrarme pareja.

–Aún no se da por vencida, eh.

–La conozco. En cada movimiento que hace yo descubro qué intenciones tiene. Iré de todos modos, hace meses que no los veo a ella y a Juanjo. A la pequeña Montse seguro que no la reconozco de lo grande que estará.

–Me parece bien, papá. Disfruta la cena, de tus amigos y, quién te dice, a lo mejor…

–Ya te contaré, hijo. Ahora vayamos por Darla.

–Vale. No sé si Aitana le comunicó a Alberto cómo fue que detuvimos a Tiscornia.

–No, hijo, solo me dijo que ya estaba aquí, ¿por qué lo mencionas?

–Cuando estaba saliendo del edificio tomó a una mujer como rehén. Sabes, tú la conoces, es la argentina que te facilitó la foto de estos dos delincuentes juntos.

–Por Dios, ¿Emma? ¿Está herida? –David tomó su celular para llamarla.

–Espera, papá, no creo que sea conveniente que la llames. Seguro estará descansando y no estaba herida solo algo asustada. Llamamos a su hijo y los de emergencias le dieron un sedante. De verdad, nos sorprendió a todos.

–Sí, quién podía imaginar que Javier Tiscornia iba a usar a una mujer de escudo.

–Eso sí, pero lo que más nos sorprendió fue la actitud de Emma. Estaba asustada, se la veía temblando, incluso lloraba. Y, de la nada, hizo una toma de defensa personal, le pegó unos golpes tremendos con el codo en los testículos. ¿Entiendes? ¡En los cojones! Tres golpes directos –Francisco reía y contaba con entusiasmo la escena–, y se quedó sin aire. Tuvieron que ponerle hielo y revisarlo. Por suerte no fue grave, por eso pudimos traerlo, pero ese tipo no se olvida más de la argentina ni de su codo peligroso –se divertía recordando los hechos.

–¡No lo puedo creer! ¿Emma se defendió como una luchadora de catch?

–Te juro que nos dejó a todos atónitos. Es una mujer de cuidado.

–Vaya que sí –reía sorprendido David.

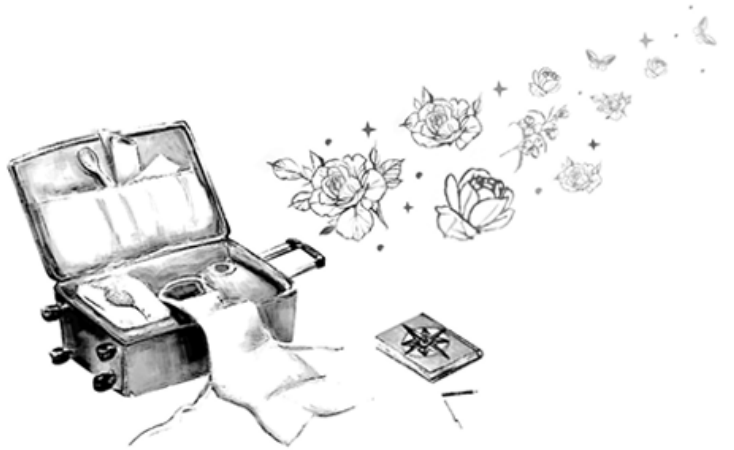
–Cuando la adrenalina bajó, empezó a temblar como una hoja al viento. Pero nosotros ya lo habíamos apresado.

–Es entendible; tú sabes bien que esas situaciones pueden generar traumas duraderos. Por suerte ella no se paralizó y logró defenderse, pero el subidón de adrenalina dura un tiempo y luego desaparece. La llamaré en cuanto terminemos con estos dos.

–¿Tienes su número de teléfono?

–Claro, ella fue la que me dio la foto, así que lo tengo desde ese momento –se apresuró a responder.

Los dos entraron en la sala de interrogatorios B, donde los esperaba Darla.



Capítulo 21

Emma se acostó en su cama. Los calmantes estaban haciendo efecto y los ojos se le cerraban. Gerónimo fue a cocinar; la llamaría cuando tuviera la cena lista.

A los pocos minutos, Emma logró quedarse dormida. Tuvo un sueño intranquilo, donde se mezclaban imágenes y personas. Caminaba por un sendero oscuro y tenía la sensación de que alguien la seguía de cerca. Aceleró el paso. De pronto, chocó con un cuerpo macizo, casi como una pared. Emma se asustó al golpearlo y dio un paso atrás. El desconocido, que no tenía rostro y era enorme, estiró sus manos para tomarle el cuello. Ella lo empujó con fuerza, pero la tomó por el cabello y la acercó a él. Emma gritaba desesperada y daba puntapiés para soltarse. El hombre la acercó a su rostro, iba a decirle algo, pero cuando abrió la boca, solo salió un grito que parecía una sirena de bomberos. En ese instante apareció Agustina, la esposa de Marcos. Le tomaba el rostro entre sus manos a esa especie de *zombie* y le hablaba en secreto. Ese ser oscuro la fue soltando. Luego Agustina

lo tomó de la mano y lo instó a caminar con ella. Emma cayó sobre sus rodillas cuando la soltó y se quedó llorando, haciéndose cada vez más pequeña, como un bollito. Lloraba con miedo, con frustración, con enojo…

De pronto sintió una brisa fresca que la acariciaba. Dejó de llorar. El sendero oscuro se había convertido en un bosque bellísimo; era de día, todo se veía verde, con flores y un sol intenso que daba calor. De la nada, Emma sintió unos brazos fuertes que la rodeaban por detrás, que la atraían a un pecho que le daba cobijo. El abrazo fue tan cálido, tan acogedor, que ella se dejó tocar. Con mucha suavidad, esas manos recorrían su cuerpo. No sintió miedo, no tuvo dudas. Cerró los ojos y potenció las sensaciones. Echó la cabeza atrás y se apoyó en el hombro del hombre que venía a darle cuidados. Él comenzó a secar las lágrimas de Emma, a besar el rostro húmedo. Cuando llegó a los labios, los aprisionó entre los suyos, entrando en la boca con suavidad, pero con decisión. Las manos fueron acariciando los pechos a la vez que le quitaba la ropa.

Emma continuaba con los ojos cerrados, entregándose al placer. Una vez desnuda, el hombre, que ella sospechaba que era Moro, la recostó en el manto verde de césped y subió sobre ella, que se abrió por completo para recibirlo. La sensación se volvió real, potente. La Emma que se encontraba en su cama gemía a la par de la del sueño. Moro entraba y salía de ella y le susurraba al oído, con una voz que no reconocía, atravesada por el deseo:

–Eres todo lo que soñé, eres todo lo que necesito… eres todo…

Escuchar la voz, sentirlo dentro de su cuerpo, todo ello la llevó a una espiral de placer, la elevó al cielo, y cayó en picada en un orgasmo extraordinario que se replicó en el cuerpo que soñaba en la cama.

En medio de ese estallido, abrió los ojos para ver a Moro. Para su sorpresa, no se encontró con ese rostro, sino con el del inspector Soto, que alcanzaba su propio éxtasis, viéndola directo a los ojos. Sorprendida, esperó que él dijera algo. Pero no habló, la besó con intensidad, con un cuidado extremo.

Emma, la que dormía en la habitación, abrió los ojos cuando los

labios se separaron. El sueño había sido tan real, tan auténtico. Se tocó los labios y los sintió algo hinchados, como si hubieran sido besados un momento antes. Se sentó en la cama y miró hacia los lados: estaba en su dormitorio, eran sus sábanas, su ropa, estaba sola. Vio su teléfono en la mesa de noche. Titilaba un mensaje. Lo abrió, era de David Soto.

> Emma supe la situación que te tocó vivir. ¿Cómo te sientes? ¿Quieres compañía? Cuando te sientas con ánimos, me gustaría hablar contigo, y verte

Emma leyó y sonrió. Aún tenía presente en su piel las caricias del David del sueño.

> Gracias por pensar en mí. Estoy bien. Mi hijo está aquí. Me gustaría verte. Acordemos para el fin de semana. ¿Te parece bien?

En segundos apareció la respuesta.

> Me alegra que estés bien. Es buena idea que tu hijo se quede. Les dará más seguridad a ambos. Te escribo el sábado y quedamos

Y ella respondió enseguida.

> Dale, perfecto. Abrazo

Lo envió y vio que aparecían las tildes en azul. En ese momento, Gerónimo abrió la puerta.

–Pensé que dormías, mamá. ¿Pudiste descansar algo? Tengo la cena lista.

–Hola, hijo, sí, pude. Me acabo de despertar. Tuve un sueño bastante raro.

No pensaba decirle ni una palabra de lo que había empezado como una pesadilla y luego se había vuelto el sueño más erótico de su vida, y que además tenía al inspector Soto como protagonista.

Con una sonrisa en el rostro, David guardó el celular y se dispuso a cumplir con su rol. Francisco y él iban a jugar un papel en los interrogatorios. El padre iba a ser el policía bueno y condescendiente con Darla. Ya había logrado conectarse en la tarde anterior. El hijo llevaría adelante la entrevista con Javier. Tenían casi la misma edad. Querían hacerle creer que Francisco padecía trabajar a la sombra de su padre. Interpol y el resto de los equipos estaban detrás de los espejos. Quedaban algunos puntos por aclarar.

Uno de los agentes había hecho el registro de Darla al momento de llegar a la seccional policial, antes de la llegada de su abogado. Sáez no había querido entregar su bolso, aducía que se trataba de una cartera de diseño que costaba una fortuna y no quería perderla. La habían revisado y no tenía dentro más que un lápiz labial, una crema de manos, una billetera y su cigarrillo electrónico. Tampoco había querido sacarse su anillo de ámbar. Lo consultaron con Soto, que hablaba con Mathis:

–Está bien, podemos hacer la excepción. Se queda con su bolso y joyas, por ahora –propuso, a la vez que miró a Mathis–. Quiero que crea que no corre ningún peligro.

–No creo que deba hacer más concesiones, Soto –opinó Mathis, negando con la cabeza–. Usted usa sus métodos y queda en claro que no los comparto. No creo que hacerla "sentir cómoda" –dijo haciendo el gesto de poner comillas– sea el camino para obtener la confesión que espera. Y le recuerdo que no tiene mucho tiempo.

–Lo sé, por eso creo que conceder puede ayudar. Confíe en mí. Si esta gente aún no ha escapado es porque cree que podrá salir de esto sin ser descubiertos.

–No se trata de confianza, Soto. Si esto lo hubiésemos trabajado con la policía francesa o inglesa, ya hubiéramos terminado. Ellos nos hubieran dejado actuar desde nuestra llegada. Esta es la última posibilidad que les damos, porque entiendo su necesidad de cerrar todos sus cabos sueltos.

–Muy bien –acotó David con gesto serio. Luego giró hacia el agente y dio una última directiva–. Que entregue su celular y su cigarrillo electrónico.

El agente volvió donde esperaba Darla ya con su abogado. Francisco y David se tomaron unos minutos y entraron juntos a las dos salas contiguas, saludaron y luego cada uno fue a su interrogatorio. Aitana tenía la misión de enviar por mensaje a ambos interrogadores cualquier información que los sospechosos dijeran y pudiera ayudar al otro. Todo estaba organizado, calculado y las sesiones se grabarían.

David se sentó y observó el rostro de Darla; no se veía preocupada ni temerosa. Parecía desafiante, pero su abogado no estaba cómodo. Catulo sospechaba algo, porque tantas concesiones, después de haberla llevado allí por la fuerza, no eran buena noticia.

–Las cosas han cambiado desde ayer. Hemos recogido más información que la compromete a usted y, sobre todo, a Javier Tiscornia. Le sugiero que hagamos esta entrevista lo más rápida y expeditiva posible. Si colabora, será es mejor para usted. Explíqueme de qué modo participó en el secuestro y el asesinato.

–No sé qué le habrán dicho, mi estimado –Darla hablaba con una sonrisa calma y tocó al abogado para silenciarlo–, pero no tengo ni he tenido que ver con ese tema.

–Darla, no gaste su oportunidad negando lo incuestionable. Javier Tiscornia está en la sala contigua y sé que usted lo conoce bien. Es débil, no pudo sostener la fachada por mucho tiempo –mintió David–. El miedo lo abruma. Está contando todo. Por otro lado, hemos tomado declaración a Dalmiro Guerra, que en realidad es Julio Achával, a quien buscaba la Interpol como un partícipe de sus delitos. Ambos nacieron en Ecuador, ambos metidos en el narcotráfico y en la trata de personas.

–¿Tiene pruebas de lo que dice? –intervino Catulo.

–Tenemos el ADN y las huellas dactilares de ambos; sus datos figuran en las bases de datos de Interpol. –Acercó varias planillas que sacó de su carpeta–. Sabemos que esos dos hombres, Julio y Javier, son las mentes criminales y que la han usado como cebo para sus actividades delictivas. –El gesto de Darla viró de la sorpresa a enojo–. Si usted está dispuesta a dar una declaración completa, tengo la palabra del juez de que morigerará sus penas. Y hasta podría hablar en su favor con los de Interpol. Les aclaro que ya están al tanto, en

breve llegará una delegación.

–¿Y usted cree que esos dos son las “mentes criminales”, inspector? Usted, que habló con ellos, ¿está seguro? –Darla comenzó a jugar con el anillo grande que había llamado la atención de David la vez anterior, el de ámbar. Lo movía de manera nerviosa, girándolo alrededor del dedo anular.

–Pues sí, creo que hay personas que pueden parecer tontas y, en realidad, son la mente maestra detrás de un plan que hace tiempo tiene a Interpol y a la Guardia Civil tras ellos.

Darla se quitó el anillo, abrió la cartera y tomó una crema para manos. Colocó una porción en cada mano y comenzó la acción lenta de desparramarla entre las palmas. Sonreía con ironía mientras lo hacía. David permaneció en silencio, esperando una reacción. Repentinamente, algo en el movimiento de Darla llamó su atención. El dedo que había quedado desnudo del anillo ostentaba una cinta negra tatuada, que simulaba un anillo.

–Pues no puedo ayudarlo, inspector, en este caso. Si usted afirma que ellos son la cabeza, será así.

David recordó la imagen del acompañante de Tiscornia, el entregador, que vestía de negro, y del que solo había podido encontrar como marca distintiva un anillo negro. Conocía el perfil de Darla: era egocéntrica y no le gustaba sentirse débil. La jugada era hacerle creer que la veían como víctima de dos mentes mucho más inteligentes y hacerla picar para que su ego hablara por sí solo. Tomó el celular y le indicó a Aitana, por mensaje, que buscara la foto ampliada del dedo del entregador. Aitana lo hizo y realizó un acercamiento con la cámara que filmaba el interrogatorio. Coincidían. Respondió el mensaje:

> Es ella.

–Estoy seguro de lo que me muestra la evidencia, que no es poca. Sabemos, porque estamos trabajando con los de tráfico de drogas, que han usado la empresa de transporte como pantalla legal. Tres unidades que ya fueron desmanteladas por las autoridades tenían doble fondo. Trasladaban estupefacientes y personas. Se encontraron

restos y se analizó la estructura minuciosamente. Dio positivo para drogas duras, heroína, cocaína, anfetaminas, y éxtasis.

–Ese delito tiene una pena de prisión de tres a seis años –intervino Catulo.

–Pero no mencioné los agravantes. Esa pena es por una pequeña cantidad. Hemos incautado un cargamento y calculamos un promedio de kilos en cada viaje, por cada camión. Tenemos una cantidad increíble de cada droga. A eso se le suma otra cuestión: son una organización delictiva y lo más grave es la trata de personas. Como puede ver, Darla, no les queda mucho por negar. Tenemos todas las piezas del puzle. Les esperan muchísimos años de cárcel –se quedó en silencio unos segundos y arremetió–. Ah, no olvidemos a Interpol. Darla, hágase un favor y hable.

–Pues entonces no necesitan mi declaración, mi querido. Ya tienen la historia completa. –Terminó con la crema de manos, la guardó y se colocó de nuevo el anillo.

En ese instante, tal como habían acordado. Aitana envió un texto a David, que simuló recibir información de lo que sucedía en la otra sala.

–Sus compañeros, Guerra y Tiscornia, están hablando en este preciso instante –dijo, fingiendo leer el mensaje–, y a diferencia de usted, están negociando sus declaraciones por algo de inmunidad. –Darla lo miró con atención–. En su lugar, comenzaría a hablar. ¿Por qué quiere protegerlos cuando ellos no hacen lo mismo con usted? –El gesto de la mujer denotaba que su temperamento se despertaba; ese era el camino–. ¿Tan poco se estima como para ayudar a quienes la hunden cada vez más? Es muy triste ver a alguien tan débil. –Siguió poniendo el dedo donde dolía–. Pensé que usted era más inteligente, ahora me doy cuenta de que no es más que una marioneta que ellos manejan a su antojo. –Darla respiraba de manera furibunda y su gesto era violento–. No me extrañaría que hubiera sido amante de todos ellos y que se la pasaran como una ropa vieja que ya nadie quiere después de un primer uso. Ninguna mujer que se precie debería dejar que la usaran de ese modo. Si su capacidad intelectual no le permite ver que esta relación no es sana para usted, pues aquí estoy yo para

decírselo. Esos tipos son maquiavélicos y han asegurado cada punto de su estrategia. Si alguien debe caer, será el eslabón más débil, el sacrificable, el que, si desaparece, no pone en riesgo la estructura porque nunca significó nada… O sea, usted. Apenas una entregadora.

En ese momento, David buscó en su carpeta la foto de la mano con el tatuaje y la puso frente a la mujer. Darla se puso de pie como un resorte. Tiró la silla hacia atrás y comenzó a pegarle de manera alocada a la mesa con la mano.

Francisco estaba con Javier Tiscornia en la sala destinada a ellos. El hombre tenía la mirada perdida.

–Tiscornia, no hay mucho por decir. Usted mandó a asesinar a su hermano.

–No –seguía con la vista fija en un punto indefinido.

–Cuando fuimos a buscarlo, amenazó con matar a una mujer inocente creyendo que de esa manera podría escapar.

–No –Javier mantenía el rictus.

–Pues verá, hasta ahora, yo he sido el único en este equipo que ha creído en su palabra, que lo ha defendido ante las acusaciones de mis colegas. Pero se me hace realmente muy difícil seguir haciéndolo a la luz de lo ocurrido. Voy a pedirle que se explaye con claridad y deje los monosílabos.

–Yo no lo maté. No estaba al tanto de lo que iban a hacer.

–Explíquese. Usted fue el último en verlo con vida. ¿Quiénes lo hicieron?

–No sé sus nombres. Gente que trabaja haciendo estas cosas.

–¿Y por qué los contrató? Necesitamos saber cómo los contactó. Debemos localizarlos.

–Yo no los contraté.

–No siga negando. Ya sabemos que usted es la cabeza.

–No lo soy. Ustedes no entienden nada. Mi vida se acabó, no tengo por qué mentir.

–Tal vez no lo secuestró, pero sí lo mató o es el autor intelectual. Imagino que su hermano ha sido un grano en el culo para usted.

Siempre trabando su posibilidad de elevarse y volar solo, ¿no es así?

–¿Tiene idea lo que fue vivir a la sombra del perfecto Miguel Ángel Tiscornia? –Javier levantó el rostro y clavó la mirada en Francisco. Los ojos rojos de furia contenida. La voz salía de su boca con la reverberación del rencor–. Toda mi maldita vida tuve que escuchar a mis padres alabándolo, poniéndolo de ejemplo. Cuando se hizo cargo de la empresa de mi padre, él fue directo a la oficina principal, nunca me dejó participar de las decisiones –dio un golpe a la mesa–. Si nos iba bien, era por su excelente gestión; si nos iba mal, era yo el responsable. El esposo perfecto que engañaba a su mujer, el amante perfecto que no sabía con quién se acostaba, el gerente de la empresa que desconocía qué transportaban, el gran amigo que nunca supo que su pandilla no le era leal y cada uno hacía su negocio detrás de él.

–¿Me está diciendo que su hermano estaba fuera del negocio del traslado de las drogas y de las personas?

–Nunca lo supo, hasta ese último día.

–¿Cómo surgió la idea de usar esos tres camiones de la empresa? ¿Y cómo realizaban pagos y recibían ganancias?

–Todo fue ideado por una mente maestra, que calculó hasta la última variable. Había que convencer a mi hermano de firmar unos contratos de transporte con una empresa fantasma de Portugal. Uno de nosotros se encargaba de llevar una contabilidad ficticia para que los contadores de la empresa no sospecharan, y la real se trabajaba en una nube a la que solo accedían tres personas: el contador, la mente maestra y yo.

–Quiero nombres, Tiscornia, necesito detalles, lo sabe.

–Y yo, un trato.

–Por ahora, solo puedo prometerle que hablaré con el juez. Deme datos y se los llevaré para que evalúe qué puede ofrecer.

–Solo le voy a decir que se trata de una organización bastante grande. Que los que la iniciaron fueron dos que llegaron a este país sin un peso, pero con el plan armado. El Sugar se convirtió en la cueva de la jauría. En ese lugar se fueron conociendo todos los que participaron. Hay dueños de lugares muy importantes, gente poderosa, hay drogas, prostitución, trata de menores. Vaya a hablar con su juez.

Le aseguro que querrá escucharme.

Francisco salió unos minutos a hablar con el juez.

–Es un tema importante, Soto, tenga en cuenta que esto supera el secuestro y asesinato de Tiscornia. Estamos hablando de multinacionales policriminales que diversifican su negocio e incluso se subcontratan entre sí. Desde la creación del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado, no ha habido un caso tan complejo.

–Podríamos poner a Tiscornia bajo la figura de "arrepentido" y bajar uno o dos grados la pena –propuso Francisco.

–Estamos dentro de los parámetros de la ley, podemos ofrecer eso. Necesitaremos que nos dé la información completa: número de miembros, identidades, trabajos asignados, zonas de actuación local, regional, nacional, internacional, testaferros.

El hijo de David volvió a la sala con gesto compungido y le explicó a Javier lo acordado con el juez.

–Mire, Tiscornia, puedo lograr que no vaya a las dos prisiones más peligrosas de Madrid, no irá a Estremera ni a Soto del Real –inventó Francisco, especulando que el hombre cayera en la trampa.

–Está bien. ¿Tiene papel y lápiz? Hay trato.

Darla parecía otra persona. Toda la tranquilidad y la ironía que mostraba hasta un segundo antes desaparecieron. Catulo intentaba tranquilizarla, pero no lo lograba. La estrategia de David dio los frutos esperados: el ego de esa mujer era inmenso y no iba a dejar que otros se quedaran con la gloria. Ella ya estaba perdida.

–¡Yo, siempre fui yo! –gritaba y golpeaba la mesa–. Los inútiles de los que habla no han sido más que mis marionetas. Yo soy el cerebro, yo ideé todo el plan. Desde que llegué de Ecuador, no he hecho otra cosa que sobrevivir. ¿Entiende lo que significa para alguien como yo sobrevivir? Hasta que Julio logró los contactos para la droga, vendí mi cuerpo. Fui mercancía para que me golpearan y me usaran. Él comenzó a vender, pero yo tuve la visión. De Lisboa nos vinimos a Madrid; luego de años, armamos un equipo que vendía y comprendí

que debíamos traer más, que con un auto por semana no alcanzaba. Trabajé durante meses en el Sugar hasta conocer a alguien con poder. Y ahí entraron tres estúpidos que se creyeron los dueños del mundo. Tres imbéciles que se acostaban conmigo y, cuando estaban agotados, solían abrir la boca más de lo necesario. Ellos me trajeron a Javier y con él cerramos el círculo: drogas y mujeres. Íbamos a traer droga en sus camiones y adolescentes para prostituirlas. Juan José Zaldívar, dueño de dos de los restaurantes más caros de Madrid y del Sugar, puso los lugares para recibir a las niñas. Él mismo regenteaba dos. Yo me encargaba del Sugar. Vicente Castillo Centurión, el presidente de Centauro, se ofreció, por una buena rodaja, a llevar la contabilidad real, guardar los datos para que Hacienda no nos descubriera y blanquear dinero. También se encargó, con su equipo, de falsear la contabilidad de Tiscornia Transportes y de los bares donde se lavaban los fondos.

La furia no le permitía detenerse, la canilla verbal se había abierto y ya nada pararía la catarata de verdad que estaba saliendo. Catulo la miraba incrédulo.

–¿Cómo ayudó Javier? Darla, no puede mentirme, usted sola no ha podido orquestar todo.

–No responda Darla. Hasta aquí, detective –el abogado intentaba detenerla.

–Julio fue siempre mi mano derecha. Pueden preguntarle a él. Javier es otro ahogado en rencor, que quería hacer poco y llenarse de euros rápidamente. Él tenía que ocuparse de que se firmaran los contratos con la empresa fantasma que armamos en Portugal y de convencer al santurrón del hermano de usar los servicios de Agustín Salamanca, el dueño de Sky Design. Agustín también tomó un porcentaje de ganancias a cambio de diseñar la nueva flota de camiones, de los cuales tres tenían un doble fondo.

–Bien, entiendo todo lo que está diciendo sobre el movimiento de drogas y personas. ¿Miguel Ángel también participó?

–Ese ridículo quería todo del modo correcto. Nunca hubiera participado. Por eso pensé la manera de hacerlo entrar en el juego y que se ensuciara sin saberlo. Cuando lo descubriera, ya sería tarde y

no habría escapatoria.

–¿La relación de ustedes era parte de la trampa?

–Por supuesto. Jamás hubo sentimientos de verdad. Soy una profesional. El pobre tipo vivía una vida de mentiras, había descubierto que su esposa le era infiel y quiso salir a divertirse con sus amigos. Lo llevaron al Sugar, me vio y se enamoró. De a poco, lo fui convenciendo de que me sacara, de que me alquilara el apartamento, de que delegara en su hermano algunas operaciones para tener tiempo conmigo. Le hice creer que había olvidado mi vida en el bar, cuando en realidad lo manejaba desde mi piso.

–¿Por qué lo secuestró y lo mató? Si lo tenía comiendo de su mano.

–Porque se enteró de todo el juego. Esa mañana lo llamaron del lugar en donde se guardaban los camiones. Uno de los guardianes nocturnos del galpón escuchó llantos. Se suponía que alguien debía ir a buscar el cargamento antes de la entrada en el turno de ese hombre, pero no fue así. Se comunicó con Miguel Ángel; el tipo era empleado desde la época del padre. Miguel apareció allí antes de ir al trabajo y escuchó lo mismo. No pudieron abrir la puerta secreta, ninguno sabía cómo hacerlo. Fue a su oficina y llamó a Javier. Sabía que era uno de los camiones de Portugal, un contrato del que estaba a cargo su hermano. Le gritó que ya sabía qué transportaban, que iba a denunciarlo, que eso sería la ruina de la familia y del negocio.

–Javier tomó la decisión de matarlo.

–Sigue sin entender que los hombres que me rodean no hacen otra cosa que acatar mis órdenes. Cada uno acciona, pero yo decido. Él le mintió y le dijo que no estaba enterado. Miguel Ángel pidió los estados contables para analizarlos. Javier estaba con él y le dijo que necesitaba tomar aire, salió y me llamó. En minutos armé todo. Me contacté con una empresa de limpiadores que, por una suma interesante, se encarga de barrer bajo la alfombra la suciedad que pueda molestarnos. Ellos me iban a esperar en el punto de las cuatro torres. Llamé a Miguel Ángel para adelantar nuestro encuentro, pero lo cité en el lugar donde los secuestradores nos iban a esperar. Le dije que tenía información que podía interesarle acerca de su hermano y unas transacciones que había ventilado con una prostituta. Mi palabra

siempre fue indiscutible para él. Enseguida dijo que iría. Julio me llevó y se fue sin entrar al estacionamiento. Esperé a Miguel Ángel en la entrada, subí al auto y se estacionó donde le indiqué. Comencé a explicarle para entretenerlo y, cuando los especialistas lo tuvieron bajo su poder, se lo llevaron, como vio en el video.

–¿Qué es lo que le entrega a ese hombre luego de poner a Tiscornia en el auto?

–El pago.

Javier hablaba haciendo gestos con las manos. Francisco estaba al tanto, por Aitana, de que Darla estaba dando nombres y detalles.

–Darla me llamó en ese momento. Ya tenían a mi hermano secuestrado, debíamos pagar los servicios. Inventé lo del rescate. Busqué la plata en la empresa, se la llevé a Darla.

–¿Pero por qué secuestrarlo para luego asesinarlo? No tiene sentido –consultó confundido Francisco.

–Porque había que gestionar una historia creíble para su muerte, que alejara al cartel de las sospechas. Nada debía dar la pauta de que Miguel o la empresa estaban metidos en algo ilegal. Un secuestro extorsivo era creíble. Lo mantuvieron con vida unos días y, cuando Darla calculó que ustedes se acercaban demasiado, indicó la muerte.

–¿Usted no tuvo remordimientos?

–Me entristecieron mis padres tan destrozados, mis sobrinos. Mi cuñada actuaba, como yo. Pero nunca me sentí culpable. Cada uno elige su vida y debe enfrentar las consecuencias de esas elecciones.

–Pero su hermano no decidió prestarse a este plan. Esas fueron sus decisiones y las de Darla. Miguel Ángel solo los descubrió.

–Pues, por una vez, él tuvo que enfrentar las consecuencias de mis actos. Como yo hice durante años: acatar sus decisiones. Al final de su vida, él acató las mías y las de Darla.

–¿Sigue sin arrepentirse?

–Solo los cobardes se arrepienten. Yo hice lo que debía hacer. Al menos mi padre sabrá que tengo los cojones bien puestos.

–Pues los cojones parece tenerlos Darla, no usted.

–No le permito –gritó y se puso de pie–. Darla tomó las decisiones, es cierto, pero yo di todo por el cartel.

–Y ahora entregará también su libertad.

En ese momento entraron dos agentes que llevaron a Javier a una celda, a la espera de su traslado. Francisco despidió al juez y se quedó parado en el pasillo; Aitana y Mathis le salieron al encuentro:

–Soto, tenemos un detalle pormenorizado de toda la operación Sugar Night. Estos dos no verán Madrid por mucho tiempo. –Mathis estaba conforme con los resultados, pero su rostro no mostraba ninguna expresión.

Se abrió la puerta de la sala donde Darla daba testimonio. Dos agentes llevaban a la mujer que gritaba, con las muñecas inmovilizadas:

–Inspector, diga la verdad a la prensa. Quiero que mi verdad sea conocida. Nadie maneja a Darla Sáez, ella es la prestidigitadora.

–Mathis –dijo David–, espero que con el material que tenemos grabado sea suficiente. Hablaremos con el juez de instrucción y el fiscal. Podemos hacer que la entreviste un psiquiatra para descartar una defensa de insania. Ha tenido una vida difícil, pero no es excusa para todo lo que ha hecho –expresó, a la vez que entregaba al agente que había registrado a Darla el famoso bolso–. Por favor, Martínez, agregue esto a las pertenencias tomadas de Sáez al momento de su captura. Concesión terminada.

–Todavía no puedo entender cómo una persona que fue maltratada y abusada como Darla se haya dedicado a la trata de personas –comentó apenado Francisco.

–Lo he visto en infinidad de casos, Soto. Las víctimas de abusos y violencia intentan escapar de ese lugar de temor e indefensión que parecen llevar consigo a todos lados. Muchos lo logran a través de la terapia, de ayudar a otros. Pero otro grupo vuelve a generar situaciones como las que vivió. ¿A quién maltratan al maltratar a un ser indefenso? Generalmente a aquello que quisieran destruir en sí mismos y retorna desde el otro, es lo que se quiere aniquilar, silenciar –Mathis reflexionó.

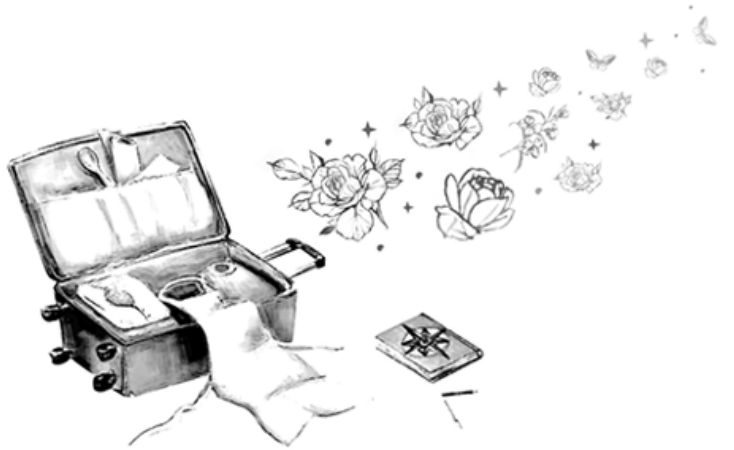
–Terrible –acotó Aitana.

–No se trata de determinismo, debo aclararlo. Depende de muchísimos factores. De hecho, un porcentaje alto de víctimas, como ya dije, no solo son resilientes, sino que experimentan, con un alto apoyo familiar, social e institucional, un crecimiento postraumático. Pero casos como el de Darla no son raros. Javier Tiscornia, por su lado, encierra años de envidia y rencor por su hermano. En fin… En cuanto a las adolescentes que traían, esas chicas eran una mercancía más, solo números. Inspector, agentes, un placer haber trabajado con ustedes. Han hecho un buen trabajo; tal vez algo más lento de lo que nosotros estamos acostumbrados, pero buen trabajo al fin. A partir de este momento nos haremos cargo, nos ocuparemos del traslado de los dos que tenían pedidos de captura internacional. Los demás quedarán a disposición del juez.

–Convengamos en que no tenemos las mismas herramientas ni permisos, Mathis, pero nuestros métodos también dan resultado. Espero que, como ha dicho, estos personajes paguen por sus delitos. –David se acercó y estrechó la mano de Mathis, que después se retiró con su gente. Luego se dirigió a su propio equipo–. Les pido que realicen los informes, armen el caso y me envíen todo lo antes posible para informar al juzgado–agregó David mirando a su equipo.

–No se preocupe, ya mismo me pongo en contacto con los representantes de narcotráfico y de delitos organizados. Debemos hacer los allanamientos y las detenciones de todos los implicados restantes –respondió Aitana.

Caso cerrado. El cuadro estaba completo. David estaba libre para ir a ver a Emma. Eso fue lo primero que pensó y una sonrisa se dibujó en el rostro.



Capítulo 22

Moro se enteró de lo sucedido por los noticieros. Enseguida llamó a Emma, pero ella no respondió. Supuso que descansaba.

Esa misma noche se enviaron mensajes. Él ratificó la invitación, para asegurarse de que ella siguiera con ganas de verse y olvidarse por un rato de lo que había pasado. Hubo promesas de acciones placenteras que podrían volver amnésica a cualquier mujer.

En la mañana, Emma habló por teléfono con su familia. Necesitaban escucharla, así que llamó a Abril, a Sandra y a varios compañeros de su antiguo trabajo. A todos les explicó que solo había sido un susto. Sandra le dijo:

–Amiga, no lo puedo creer. Qué imán tienes para estas situaciones de película, Dios mío.

–Sandrita, lo sé. El tipo estaba escapando de la policía por haber cometido un delito grave y yo justo pasé al lado. Mal momento y pésimo lugar para estar. Mi perra suerte, diría la abuela Porota. Cae sopa y yo estoy con tenedor.

–Otra vez te salió la bilingüe. Yo recuerdo que tu abuela decía "tengo una suerte de mierda". –Ambas rieron.

–No te preocupes, amiga–continuó Emma–. Fue una situación muy fuerte, me asusté mucho, no voy a negarlo, pero la policía actuó como correspondía.

–Sí, ellos, y tú también, con ese golpe directo a los testículos. Menos mal que te obligué a hacer el curso de defensa personal conmigo, amiga. Te sirvió.

–Es cierto. Lo sorprendí a él y eso ayudó a salir de la situación. Además, me sorprendí a mí misma, te confieso. No me imaginé nunca que en una situación de esas pudiera actuar como lo hice.

–Eres una guerrera. Mucho cuidado para quien se meta con mi amiga. Bueno, Emmita, ahora vayamos a lo jugoso. Me debes detalles de Moro. ¡Qué amante! Dios mío, ¡qué intensidad!

La charla derivó a las artes amatorias del chef repostero que podía endulzar a cualquier mujer.

Ese jueves, Moro tenía preparado su piso para recibir a Emma, pero ella decidió quedarse en el suyo. Le escribió para disculparse. Lo vivido el día anterior la tenía muy nerviosa aún. Moro aceptó sus disculpas y quedaron en encontrarse en el trabajo al día siguiente. Le recordó la salida del sábado con el grupo de compañeros y Moro la comprometió a volver juntos de ese encuentro para protagonizar lo que había quedado pendiente.

Pero el futuro podía cambiar…

El caso se había aclarado. Se había armado un equipo interdisciplinario y cada uno había logrado cerrar la parte que le tocaba. Interpol había capturado y se había llevado a los dos criminales que buscaban desde hacía años. Los de Estupefacientes llevaron a la reunión un informe que los dejó con la boca abierta. La Unidad Central de Redes de Inmigración Ilegal y Falsedades Documentales de la Policía Nacional también se había hecho presente.

Hacía meses que tenían en la mira a Tiscornia Transportes. Había informes del traslado de seres humanos y los estupefacientes también

entraban en la ecuación, pero en menor medida.

Por el puerto de Portugal entraban mujeres y niños raptados de Sudamérica, Asia, Europa del Este y África. Los transportaban hasta España, donde se los alojaba por un tiempo y luego eran distribuidos a toda Europa, al mejor postor. Portugal funcionaba como nueva ruta para el tráfico de niñas, sobre todo africanas, y como puerta de entrada al espacio Shengen.

Tiscornia Transportes les permitía entrar en España. Tres mujeres, que habían logrado escapar de la organización, dieron testimonio. Con mucho temor, habían solicitado asilo y ayudaron en la investigación. Una de ellas, africana, había dado datos certeros. Por medio de una intérprete, narró con detalles el modo en el que había sido secuestrada en su aldea y contó cómo la habían drogado. Cuando las dejaron salir, habían sido maltratadas, violadas y llevadas a lugares especiales donde debían vender sus cuerpos para pagar la poca comida y la cama que les daban. La organización estaba muy bien armada. Cada integrante de la red tenía un papel diferenciado y obedecía a una jerarquía clara. El líder a nivel internacional nunca había sido visto por las esclavas, pero sabía que la llamaban “jefa”, así lo dijo, en español y claro.

En el mismo edificio donde los altos mandos de la sociedad se reunían a armar cada operación, tenían varios departamentos donde instalaban a las personas hasta ser “ubicadas” en sus destinos finales: las mujeres de edad avanzada iban a las fábricas, para trabajo ilegal; las mujeres jóvenes y niñas, a prostíbulos.

Había agentes encubiertos trabajando hacía meses en la empresa de los Tiscornia, y habían decidido sumar dos más al prostíbulo de Darla. Este cartel había sido desarmado. España condenaba el tráfico de estupefacientes, el de personas y los secuestros extorsivos con dureza, pero a esos delitos se sumaban que se trataba de una organización delictiva. Ese punto endurecía más la situación.

David, Francisco y sus equipos estaban satisfechos con el trabajo. Se dedicaron ese viernes a realizar los informes correspondientes, adjuntar los videos y testimonios.

Una vez terminado su turno de trabajo, David decidió que iba a

llamar a Emma, tal vez pudiera invitarla a verse. Esa noche lo esperaba su amiga a cenar y el sábado tenía arreglada una salida con los Barones, pero tal vez el domingo.

Luego de bañarse, se sentó en su sillón para llamarla.

–Hola, Emma, qué gusto escucharte.

–David, qué sorpresa tu llamada.

–Espero no ser inoportuno, pero me quedé preocupado cuando mi hijo me dijo que habías quedado en medio de la situación con Tiscornia.

–No, no eres inoportuno para nada–dijo Emma–. La verdad es que pasé el susto de mi vida. Nunca creí que ese hombre pudiera ser peligroso.

–Me imagino, Emma. Javier tenía puesta la piel de cordero, pero resultó ser un lobo. No solo secuestró y asesinó a su hermano, sino que hemos logrado relacionarlo con una organización mafiosa que traficaba personas y drogas. Increíble.

–No te puedo creer.

–Pues parece que sí. El rencor y los sentimientos oscuros que lo acompañan lo hicieron capaz de mucho. Lo importante es que tú saliste intacta de sus acciones. No recibiste heridas, ¿no es así?

–Por suerte, no logró lastimarme. Me tiró el cabello, tengo algunas marcas en los brazos por el agarre fuerte, pero nada más.

–Creo que él no puede decir lo mismo de ti. Me han contado que le hiciste una toma de defensa personal y lograste asestarle unos puñetazos en los cojones –él rio–. Tú sí que eres mujer de cuidado. –Emma rio a la par.

–Es un mensaje para todos aquellos que pensaban acercarse para lastimarme –bromeó–. No, ahora en serio. La verdad es que agradezco que mi amiga Sandra me haya obligado a hacer el curso de defensa hace un año. Creo que la técnica se llamaba “escape de mataleón”.

–Claro, la técnica que usó él para apresarte es una llave “mataleón”. En esa situación, tienes apenas cuarenta segundos para reaccionar; el apriete te va cortando la circulación de la yugular y en poco tiempo sientes que te desvaneces.

–Javier no apretaba con fuerza, solo lo hacía para cubrirse de la

policía, pero no quería lastimarme, yo era su escudo.

–Enhorabuena que así haya sido.

–Gracias, David.

David le explicó cómo se conformó el cartel, qué trabajo hacía cada uno y cómo Miguel Ángel Tiscornia había sido asesinado para silenciarlo. Le contó el papel de Darla en el plan y también que a partir de las confesiones, habían sido trasladados por Interpol para enfrentar cargos.

–Qué horror. Dios mío.

–De verdad que sí. Cambiemos de tema, ¿te parece? ¿Te apetece un café el domingo?

–Me encantaría un café contigo –Emma sonreía sin poder controlarlo. El sueño erótico que había tenido con él volvió a su mente.

–Excelente. Entonces te envío un mensaje el domingo y nos encontramos.

–Dale.

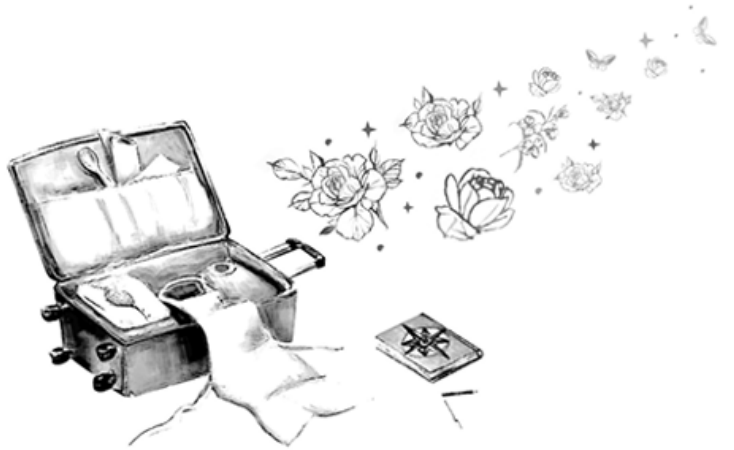
–Bueno, Emma, debo cambiarme para ir cenar a casa de unos amigos, aunque te confieso que seguiría hablando contigo.

–Muchas gracias por tu llamado. Yo también me siento a gusto charlando contigo. Nos vemos el domingo, entonces.

Ambos colgaron y cada uno se quedó evaluando las sensaciones que los habían recorrido mientras hablaban con el otro. Estaba abriéndose una puerta, un nuevo camino.

¿Sería que la brújula marcaba un punto cardinal?

Pronto lo sabrían…



Capítulo 23

Begoña la había invitado a cenar en su casa. Le daba pereza salir cuando la cama la invitaba a quedarse descansando. A pesar de no haber ido a ver a Moro, no había dormido bien; la situación vivida le había dejado bastante tensión, pero la llamada de David le generó una alegría inesperada. Todavía no había podido reflexionar sobre la relación que estaba armando con Moro y aparecía David en el escenario.

Por un lado, no podía creer que se permitiera disfrutar del cuerpo de un hombre sin promesas ni compromisos de por medio. Todavía no lo había terminado de analizar, y en verdad trataba de dejar a la mujer analítica que todo lo ponía bajo el microscopio. ¡Un amante! Se daba permiso para sentir pasión, placer, sin hacer entrar el compromiso en la ecuación. Le gustaba ser seducida, acariciada y hacer lo mismo por el otro. Pero David le despertaba otro tipo de sentimientos, sumados a lo físico. Si bien tenía ganas de probar su boca, de tocar su cuerpo, estaba muy interesada en conocerlo más

profundamente: quería saber sobre su vida, sus dolores, sus reflexiones. Cada vez que habían conversado, le había resultado hipnótico. Su forma pausada de hablar, su tono bajo, su voz grave, sus ojos que la miraban con intensidad, todo lo presentaba como una tentación ineludible. Intuía que David no era de los hombres que pueden estar en relaciones abiertas. ¿O sí? No lo sabía. Debía averiguarlo. ¿Y ella? ¿Podría estar con los dos? Lo pensó con detenimiento. Moro y David. Uno con la fuerza de la juventud, con creencias renovadoras, pero que ella no compartía. Otro casi de su misma edad, con la fuerza propia de la experiencia. Aún no conocía mucho de él, pero le daba una sensación de confianza, como si lo conociera. De todos modos, estaba adelantándose mucho, David apenas la había invitado a un café, tal vez su interés fuera hacerla sentir mejor por lo que había vivido. Decidió no seguir elucubrando historias que tal vez nunca ocurrirían. Y además se le hacía tarde para su cena.

Iba conocer a la familia de Begoña, la primera que se acercaba a ella como amiga. Emma preparó dos postres para llevarle: una torta para los adultos y un postre más pequeño para la niña. Para ellos se decidió por una Red Velvet, un pastel de chocolate con un color rojo oscuro, en capas, cubierto con un glaseado de queso cremoso Para Montse eligió la famosa chocotorta.

Tuvo que buscar un lugar donde vendieran las famosas galletas de chocolate que servían de bizcocho y el dulce de leche. Hizo todo bastante rápido. La chocotorta fue directo al refrigerador y fue la primera en estar lista. La otra preparación le llevó un poco más de tiempo. No tenía tantos moldes, así que tuvo que cocinar cada disco de bizcochuelo por separado, y luego esperar que enfriaran para proceder al armado.

Cuando estaba por acomodarla en un recipiente en el refrigerador, su teléfono comenzó a sonar.

–¡Holaaaaa, amigueta! –Emma tuvo que alejar el teléfono porque Sandra hablaba tan fuerte que le retumbaba. Lo apoyó en el hombro y terminó la tarea de guardar el postre.

–Sandri. ¿Cómo estás?

–Yo bien, ¿tú?

–Bien, amiga, mejor que ayer.

–¿Fuiste a ver al bombón que te estás comiendo?

–Ay, amiga, no lo digas de esa manera. No me como a nadie. En todo caso nos disfrutamos juntos.

–Pues de eso no tengo ni una duda. Es que hay mucha química. Y me temo que ustedes tienen un laboratorio completo. Tú cumpliste años antes de viajar, pero el destino te dejó el regalito en Madrid, y sin moño. Dime, ¿lo llamaste?

–No, lo iba a ver anoche, pero en realidad no me sentía con ánimos. Lo llamé para cancelar. Lo sucedido me seguía rondando la cabeza. Nos veremos el sábado –expresó Emma. Cerró el refrigerador, se limpió las manos y se sentó a charlar tranquila.

–Es entendible, fue muy fuerte lo que te pasó. Igual me encanta que te estés permitiendo vivir esto con Moro. Si no parece que fueras la misma que hace un tiempito me dijo que no buscaba amor y menos sexo salvaje, ¿te acuerdas?

–Soy la misma, sí. Lo recuerdo, pero nunca dije que estuviera negada a vivir lo que el destino me deparara. Igual, te digo que no estoy tan segura, amiga. Me da miedo. Moro es un encanto, guapo, seductor, pero tiene una concepción del amor que es diametralmente opuesta a la mía.

–Es un punto importante, no te lo voy a negar. Pero ¿estás enamorada de él?

–En realidad, enamorada, no. Me gusta, mucho, pero no estoy enamorada. Lo pasamos bien en la cama, pero no me veo haciéndolo parte de mi vida. A ver, es una hermosa persona, pero no nos conocemos demasiado. Qué lío, amiga. Estoy enredada. Sé que me atrae. Y por otro lado…–Emma dejó el comentario en el aire.

–Amiga estás en la etapa del enamoramiento. Todavía no lo conoces, es cierto. Nosotras nos acostumbramos a establecer relaciones del modo que nuestra sociedad patriarcal nos enseñó. La mujer, virgen hasta el matrimonio; en la cama, dispuesta a hacer que el hombre goce, darle hijos, cuidar el hogar, pensar en ellos. Y cuando él se cruza con una muchachita de veinte años, se olvida de todo, se

va, debemos perdonarlo y si regresa, aceptarlo.

–Bueno, te digo que si Marcos volviera, jamás lo aceptaría, y ojo que no le guardo rencor. Pero de ningún modo volvería a ser su pareja.

–Pero eso es porque hoy eres esta persona, que creció y entiende todo desde otra perspectiva. Por eso te estás saliendo de lo que tú y el resto consideraban "una conducta normal en ti". Te estás permitiendo disfrutar de lo que la vida te pone delante. Mientras ambos sean honestos, ninguno espere otra cosa del otro y se estén cuidando, dale para adelante. ¿A quién tienes que darle explicaciones?

–A nadie, eso seguro. Pero me parece mentira que seas tú la que me dice todo esto. Hace un tiempo me decías que iba a encontrar un amor para toda la vida y ahora estás de acuerdo con que tenga una relación sin pensar en futuro.

–Sé que soy contradictoria por momentos. Pero en el proceso de conocer a ese gran amor, puedes pasarla bien, ¿o tendrías que ser célibe? –Ambas se rieron–. Ahora, en serio, sé que no soy ejemplo de nada, es decir, mis relaciones son como la que tienes con Moro: buen sexo y listo. Solo que yo espero más, y ahí es donde me equivoco. Tú no tienes que plantearte qué va a pasar ni esperar nada más que lo que estás viviendo.

–¿Pero estoy haciendo bien? ¿Y si me enamoro y él no?

–Amiga, nadie lo sabe, pero en el camino te vas a divertir mucho. Correcto. Para, en un momento te escuché decir "por otro lado". ¿A qué te referías?

–No, nada.

–Vamos, Graviotti, que te conozco. ¿Hay algo de Moro que te preocupa y no me has contado?

–No, no se trata de él precisamente. Es de alguien más.

–Amiga, ¿es en serio? ¿Hay alguien más? Ah, no, no, no. Ya mismo me saco un pasaje a Madrid. ¿Qué tienen estos españoles con las argentinas?

–Eres terrible, Sandrita.

–Te ruego, cuéntame todo, y con detalles, como a mí me gusta.

–El detective David Soto. Creo que me gusta.

–¿Qué? Me muero. ¿El del sombrero? Algo me habías contado de él.

–Ese mismo. Esta semana hemos hablado bastante por el tema policial que sucedió, así que estuvimos en contacto.

–No te puedo creer. ¿Y cómo es eso de "creo que me gusta"?

–Bueno, en realidad, sí sé: me gusta. Debe tener la misma edad que yo o un poco más tal vez. Físicamente es atractivo. Tiene una personalidad fuerte y muy particular. Y cuando me habla, lo que dice y el tono me derriten.

–Amiga, pero entonces…

–Ahí está mi duda. Yo venía con Moro y David me hace dudar. Y entiendo que no debería ser de ese modo si estuviera enamorada de Moro.

–Según nuestra forma de concebir el amor monógamo no, no debería sucederte. Pero ¿y si Moro tiene razón?

–Lo sé, es mi duda.

–Creo que deberías darte un tiempo para decidir.

–Voy a evaluarlo y tomaré una decisión. ¿Y tú, amiga? ¿Cómo está lo tuyo?

–Yo estoy bien, extrañándote horrores. Juntando plata y vacaciones para ir a verte.

–Sabes bien a qué me refiero. Agradezco que tengas planes de venirte porque yo también te extraño muchísimo.

–Sí, sé a lo que te refieres. Lo vi hace una semana. Estuvimos juntos de nuevo. Ya sé, no me lo digas. Me lo vine diciendo yo desde que él se fue a su casa. Soy una tonta.

–Sandrita, no eres una tonta. Eres un ser humano. Me sorprende que puedas decirme a mí todo lo que me has dicho y no puedas aplicarlo en tu vida. Rodolfo quiere una relación de amantes contigo. No va a dejar a su mujer. Si estás dispuesta a quedarte en ese lugar sin esperar nada más de él, está perfecto. Pero la realidad es que nunca te vas a conformar con eso.

–Yo quiero todo, no quiero nada a medias.

–Entonces deberás buscar ese todo en otro lado. Él nunca te lo va a dar.

–Lo sé, por eso me siento mal y hace días que no dejo de pensar. Me siento de lo peor. Nunca quise ser "la otra". De hecho, cuando lo conocí y hasta hace poco, no sabía que estaba casado. Cuando lo supe, le di "la polca del *espiante*", como decía tu abuela. No me siento bien en ese papel y no quisiera estar en el lugar de su esposa.

–Tú y yo ya estuvimos en el lugar de su esposa.

–Bueno, por eso. No quiero ser yo la que le destruya la vida. Que sea otra. Porque lo dejo a Rodolfo y en dos días tiene otra, eso no lo dudo.

–Amiga, déjalo. De una vez y para siempre. No le permitas contactarte, bloquéalo.

–Sé que no puedo postergar más esta decisión.

–Entonces hazlo. No hables más, acciona.

–Mañana será el primer día de mi vida Rodolfo *free*. Ese no me va a encontrar más.

–No lo digas, hazlo, Sandri. Corta conmigo y bloquéalo de las redes y de tu celular.

–Así lo haré. Te prometo y me prometo que Rodolfo es pasado. Y tú prométeme que vas a evaluar tu situación libre de prejuicios, con el corazón honesto.

–Lo prometo yo también. Así me gusta. Te voy a estar llamando para ver cómo sigues en esta decisión.

–Amiga, ni que fuera una adicta en recuperación.

–Excelente metáfora. Así eres. Una adicta en recuperación. Rodolfo es tu droga. Abril me dijo que quiere llevarte a su próximo taller de constelaciones familiares, para resolver el karma que vienes arrastrando. ¿Te gustaría participar?

–Sabes que me intriga muchísimo el tema. Una compañera de trabajo tenía heridas o enfermedades, todas del lado derecho del cuerpo. Ese lado es el que habla de la relación con el padre. Alguien conocido de ella la llevó a una constelación después de un accidente de auto donde se fracturó el brazo y la pierna derechos.

–¿Y cómo le fue?

–Mira, me dijo que cuando se constela, uno accede al nudo que se ha generado en la energía por diferentes karmas. Se supone que uno

logra perdonar, aclarar y desanudar la energía, que empieza a fluir de nuevo. No me pudo decir con exactitud qué escuchó ni qué vio, porque ahí la energía se vuelve a trabar, pero fue muy sanador para ella.

–Bueno, hace tiempo fui yo a un taller también, y lo sentí liberador, sentí que la energía comenzaba a fluir, por eso quiero que lo hagas. ¿Te animas a ir con Abril? –Sandra se quedó en silencio unos instantes.

–Sí, lo voy a hacer. Hoy nace una nueva Sandra, una que quiere sanar, que quiere dejar atrás los sentimientos oscuros y que quiere volver a la luz –dijo entusiasmada.

–Me encantó, amiga.

–Ojo, si se me da pasar un lindo momento en la oscuridad con alguien, eso lo voy a hacer, pero desde la luz –bromeó.

–Eres terrible. Te vamos a tener que imponer una penitencia de tantos días sin mandarte macanas.

–Ehhh, no seas mala.

–Te adoro, amiga. Escúchame, debo colgar que se me hace tarde.

–¿Sales?

–Sí. Hoy me invitó a cenar en su casa una mujer del trabajo, Begoña. Es la *sous* chef del hotel. Es muy simpática.

–Ah, qué bueno, Emmita. Me alegro mucho. Pero no te hagas tan amiga de ella como de mí porque me voy a poner celosa.

–¡Eres terrible!

–Es una broma, amigueta. Bueno, te dejo así te arreglas.

–Te quiero, Sandrita.

Cortaron y Emma entró directo a la ducha. Salió, se secó el cabello y se paró frente al vestidor para elegir la ropa.

Se miró al espejo de cuerpo entero. El cabello le caía en ondas hasta los hombros. Su cuerpo, que tantas veces había sido un complejo, ya no lo era. Y no porque hubiese cambiado. Había bajado de peso, sí, pero tenía las mismas cicatrices de antes: las marcas de las cesáreas, las estrías por haber subido de peso, los pechos con los que había amamantado, todo estaba allí. Pero sus ojos eran otros. Ella había cambiado y su percepción también. Antes de acostarse con

Moro, había tenido dudas, pero luego de haber estado con él, se sentía más poderosa. No era él quien la había hecho cambiar, sino ella que había logrado sentir su poder. Era una mujer bella, con cicatrices que hablaban de su vida, como un mapa que tiene miles de señales que indican las aventuras que se pueden vivir.

Se vistió con un jean negro ajustado, una blusa y una campera de lana larga, ambas en beige claro. Se maquilló un poco para tapar las ojeras y resaltar sus ojos. Apenas un poco de brillo labial y abundante perfume.

Terminó y llamó un Uber. Acomodó la torta y el postre dentro de cajas, tomó su bolso y un abrigo, por las dudas que refrescara aún más. Estaban en otoño y los días se ponían cada vez más fríos.

Tocó el timbre en casa de Begoña. Se había atrasado un poco. Le había escrito un mensaje en el camino para avisarle el retraso y ella había dicho que no había problema.

La anfitriona le abrió la puerta con una sonrisa y Emma respiró aliviada. Tenía temor de haberla ofendido con la demora.

–Bienvenida, Emma. Es un placer recibirte en mi hogar.

–Gracias, Begoña. Es un placer para mí que me hayas invitado. –Vio a una niña de rulos oscuros que se asomaba–. Tú debes ser Montse, ¿no?

La niña hizo gesto afirmativo, a pesar de esconderse detrás de las piernas de su madre.

–Montse, quiero presentarte a mi amiga Emma.

–Mami, tu amiga tiene cajas muy grandes. –Las adultas se echaron a reír.

–Pues verás Montse, he traído unas sorpresas dentro de las cajas, pero no puedo dejar que las tome cualquier persona, solo alguien muy responsable. –La niña sonrió y Emma le guiñó un ojo–. ¿Podrías ayudarme con una caja? Traje dos postres: uno para los adultos, que somos muy aburridos, y otro que es solo para ti. Es un postre que a mis hijos les encanta y es muy divertido de hacer. Si te parece sabroso, te podría enseñar a hacerlo. ¿Te gusta la idea?

La niña respondió con otro movimiento de cabeza y Emma le dio la caja pequeña para que Montse cargara. Dieron los primeros pasos en

el apartamento.

Las tres se dirigieron a la cocina a dejar los dulces y en ese momento Emma escuchó una voz de hombre que le pareció familiar. Su rostro debió haber reflejado su pensamiento, porque Begoña aclaró:

–Espero que no te moleste, pero hoy hemos invitado también a un gran amigo nuestro, que además es padrino de Montse. Hacía mucho tiempo que no lo veíamos y justo hablamos en la semana.

–No hay ningún problema –Emma no estaba segura de sentirse cómoda con la situación, pero no dijo nada.

–Mi tío David es un genio. Sabe bailar, hace magia y tiene un sombrero que no se parece en nada a los de los otros magos.

–Pues ya estoy deseosa de conocerlo, a ver si puede hacer aparecer un conejo. Me encantaría ver un conejo –dijo Emma.

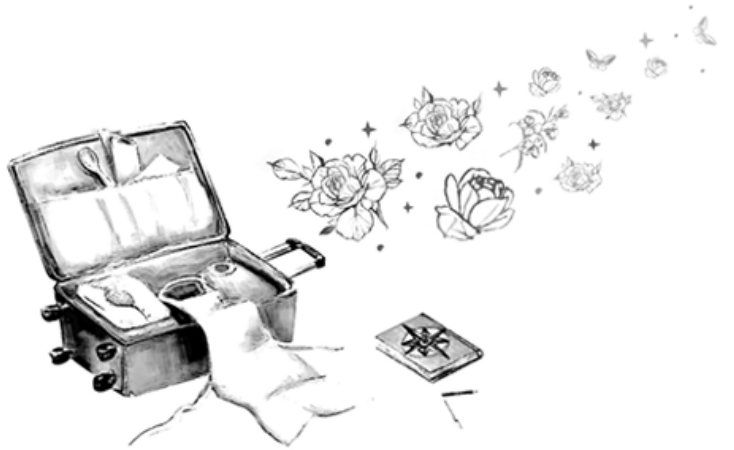
–Pues conejos todavía no aprendí a sacar de mi sombrero, pero puedo hacer aparecer una moneda de tu oído, Montse. Mira esto.

La voz entró de repente en la cocina y Emma se dio vuelta sorprendida. El hombre que entraba también se quedó asombrado.

–No lo puedo creer, ¿tú aquí?

El destino los cruzaba una vez más.

Señales.



Capítulo 24

Begoña había preparado una cena muy sabrosa y todos la habían disfrutado. Montse y su madre fueron a la cocina a buscar el postre. Juanjo, David y Emma se quedaron en la mesa conversando.

–¿Cómo te estás habituando a Madrid, Emma? –consultó Juanjo.

–Bastante bien. Se extraña mucho a los afectos. A mi hija, que se quedó en Argentina, y a mi amiga del alma. Pero Madrid es una ciudad bellísima que me tiene enamorada. Cada vez que puedo, me escapo a recorrerla.

–Doy fe de ello –agregó David sonriendo.

–¿Cómo es eso? ¿Ustedes se conocen?

–Así es. Emma me ayudó con el caso que terminé ayer.

–Ah, pero qué curioso –se sorprendió Juanjo.

David le contó la tarde que Emma creyó que iba a arrestarla por haber cruzado a la plaza de Cibeles. Todos se divirtieron con la anécdota.

–Pero lo más sorprendente, Juanjo, es que fue la que le dio una

paliza a uno de los culpables para que la Guardia Civil pudiera atraparlo.

–¿Cómo? –Juanjo la miró sorprendido–. ¿Eres tú la de la tele?

–Ay, qué vergüenza, Dios mío. Pero sí, soy yo.

–¿Cómo vergüenza? –preguntó David.

–Es que me da vergüenza que me hayan filmado. Debo reconocer que no hice eso para que la Guardia Civil lo atrapara, fue puro egoísmo, quería escaparme de él, le tenía miedo, e hice lo que pude.

–Instinto de supervivencia, se llama, Emma –dijo Juanjo riendo.

–Y el tuyo funcionó a la perfección, gracias a Dios. –David acompañó la última parte de la frase con una mirada sugestiva.

En ese momento llegó la torta de Emma en manos de Begoña y Montse cargaba la otra.

–Ah, pero esa torta tiene un aspecto muy tentador –dijo David mirando a Emma y sonriendo–. Muero por probarla.

–Espero que les guste; es una Red Velvet –respondió ella tímida–. Pero la más rica es la que tiene mi amiga en las manos. Una chocotorta. Es la delicia más grande –y le hizo un guiño a la niña.

–¿Es de chocolate? –la niña la miró con una sonrisa.

–Verás, Montse, es de chocolate, pero en lugar de estar hecha con bizcochuelo, se usan galletitas que se mojan en leche con chocolate, y se van poniendo una encima de otra. Entremedio se pone una crema de queso y dulce de leche. Es un manjar, ya lo vas a comprobar.

–Mami, ¿me sirves un pedazo bien grande?

–Hija, comiste mucho de todo, te sirvo una porción pequeña y si luego tienes ganas de más, te sirvo otra, ¿sí?

–Vale. –La niña no estaba muy convencida.

Emma sirvió. Begoña repartió un café negro para acompañar. A todos les encantó la torta, incluso Montse comió una pequeña porción más. David, haciéndose el distraído, le robó una cucharada de chocotorta a Montse, que se rio con ganas. Luego de probarla, el detective halagó a Emma por ese postre también.

Montse se despidió de todos y fue con su madre a lavarse los dientes y a acostarse. Antes de irse, le dijo a Emma con tono pícaro:

–Emma, me gustó mucho la chocotorta. Si puedes enseñarme a

hacerla, vente a mi casa y la hacemos juntas, ¿vale?

–Vale, Montse. Te prometo que en unos días vengo y la hacemos juntas.

La charla de los adultos continuó.

–¿Y cómo está el caso, David? He visto en la televisión que ya tienen a los culpables –dijo Juanjo

David le hizo un resumen sobre la situación de cada uno de los delincuentes y aclaró que tenían para un largo rato dentro de la prisión.

–Para resolver estos casos, ustedes deben tener una claridad mental increíble, y además comprender lo bajo que puede caer un ser humano. Yo soy tan ingenua que no sospecho malas intenciones en nadie. De hecho, nunca imaginé que Javier pudiera reaccionar como lo hizo.

–Es entendible, Emma. Ojalá no hubieras tenido que vivir lo que te tocó, ni yo desconfiara de todo el mundo. Pero en mi profesión nos endurecemos, nos hacemos una coraza para no creer las actuaciones de nadie, para analizar de modo frío cada acción, cada testimonio. Es lo único que nos ayuda a encontrar la verdad.

–Porque, a la larga, ustedes descubren que todos mienten –acotó Juanjo.

–O casi todos. No me gustan las generalizaciones. Hay mucha gente que va de frente, que dice la verdad –aclaró Emma.

–¿Tú dices siempre la verdad, Emma? –preguntó sonriendo David.

–Sí –respondió ella sin dudar–. Siempre. Digo la verdad con tacto, evitando herir sentimientos ajenos. Es como una sensación visceral, cuando alguien habla delante de mí y no estoy de acuerdo, siento que la verdad sube por mi esófago, me sale de las entrañas.

–Me gusta que la gente sea honesta. Incluso si con eso tal vez se enfrente al otro. Aunque hacerlo con respeto es el secreto –agregó David.

–Totalmente de acuerdo. Prefiero que mi forma de pensar quede clara de entrada, para que nadie se pueda sentir molesto por algo que diga después. Pero siempre lo hago a través del respeto. Jamás cuestionaría lo que otro opina. Es su opinión y punto.

–Sí, el mundo se está poniendo un poco intolerante –intervino Juanjo–. Si uno no concuerda con ellos, parecería que está en la vereda contraria y fuera el enemigo.

–Coincido. La realidad es que cada uno es dueño de tener su propia opinión. El que piensa distinto no es enemigo, es otro, con otras vivencias, otras experiencias y otra perspectiva. Uno podrá sentarse a escuchar sus razones, comprenderlo, pero mantener su opinión original –aclaró Emma.

–El mundo siempre ha oscilado entre pensamientos antagónicos. La historia es un encadenamiento de acciones y reacciones. Cuando se vive una situación que se siente como opresiva, se intenta escapar de ella. Cuando se logra, todos los que padecieron se pasan al punto exactamente contrario. Nunca logramos un punto intermedio. Nos falta mucho por aprender. Tenemos que lograr el equilibrio, pero es tan difícil. En fin, los escucho y me escucho, y parecemos tres paladines del respeto, pero también de lo que nos hace únicos: opinar y disentir –sumó David.

–Pues somos cuatro. –Begoña regresó de la habitación de la niña–. No me dejen afuera. Pienso como ustedes. Estoy cansada de la gente que no tolera que alguien piense distinto. Si hay algo que enriquece cualquier experiencia, es la multiplicidad de opiniones y perspectivas.

–En mi trabajo suelen trabajar individualmente, y quien resuelve el caso busca los laureles. Yo siempre trabajo en equipo, porque los ojos de otros pueden ver detalles que yo no. Todo ayuda a descubrir la verdad. En este caso, fuimos dos brigadas, y se sumó Interpol. Todos trabajamos por una meta: encontrar a los responsables. Si se trabaja en equipo, se enriquece la tarea.

–Bueno, en la cocina sucede lo mismo –agregó Emma–. Cada uno puede trabajar de manera aislada en su sector, y seguro logrará un menú interesante. Pero si cada uno da su opinión, ofrece su experiencia, da un consejo cuando pasa por la isla del compañero, en toda la cocina reina un clima de armonía, y ese menú se vuelve sublime.

–Coincido, Emma. ¿Y tú cómo ves nuestra cocina? –preguntó Begoña.

–Verás, Bego, puedo hablar solo de la pastelería. Raquel trabaja de un modo correcto, es exigente, todos responden a sus pedidos. Tiene un gran equipo de pasteleros.

–Pero… –la *sous* chef dejó la frase inconclusa, dándole la posibilidad de que Emma la completara; intuía que había más.

–No quisiera poner en un aprieto a Raquel, esto es entre nosotras, Bego, por favor.

–Habla tranquila, nadie sabrá por mí lo que digas en este momento.

–Pues no siento que Raquel sea buena líder. No hablo de la distancia que tiene con todos los empleados, eso puedo entenderlo, una no puede ser amiga de quienes trabajan bajo nuestras directivas. Eso lo sé. Hablo de que no escucha, no pide otras perspectivas, solo toma en cuenta sus pareceres, y si alguien intenta dar el suyo, lo toma mal.

–Es la queja que he venido escuchando hace tiempo. No me dices nada nuevo. De hecho, la vacante que cubres es de Joselo, el chef pastelero anterior. Joselo es muy profesional y decidió abandonar el cargo y trabajar para otra cadena hotelera antes que seguir soportando los cuestionamientos de Raquel. ¿A ti cómo te está tratando?

–No tenía idea, Bego. Me dejaste sin palabras. Nadie me lo ha comentado en la cocina.

–Pensé que alguno te habría ido con el chisme.

–No, nadie. Conmigo ha tenido algunas situaciones poco felices. Pero creo que vienen de su inseguridad. La verdad es que yo solo quiero cocinar. He vivido el estrés de ser chef principal.

–Es que destacas, Emma. No solo por tu modo de cocinar, sino por el manejo del grupo, el clima que has ayudado a mejorar.

–¿De verdad? Disfruto muchísimo la cocina. Que los clientes prueben un bocado de una torta y cierren los ojos para degustarla es como obtener un Oscar. Y no puedo trabajar ni hacer lo que me gusta en un clima tenso.

–Me recuerdas a la película *Como agua para chocolate*, donde la mujer transmitía sus sensaciones a la comida y los comensales sentían como ella al comer –recordó David sonriendo.

–¡Gracias, qué honor que me compares con Tita, la protagonista!

Tenía una relación muy fuerte con la cocina y, de una forma inexplicable, los platos que ella cocinaba quedaban impregnados de las emociones que sentía. No me creo una Tita, David, pero le pongo mucho cariño a lo que hago.

–Te confirmo que es así, el amor que le pones a tus platos se nota –David le guiñó un ojo.

–Bueno, me alegra muchísimo. Una hace arte con ingredientes nobles, y la idea es acariciar al que lo recibe, darle un mimo.

–Tú y Begoña pueden acariciarme todo lo que quieran y más seguido. Les prometo que me volveré un panzón feliz –bromeó David y todos rieron ante la ocurrencia.

–Esto de ser hombre solo, que trabaja todo el día y que nunca pudo cocer ni un huevo se te da fatal, amigo –Begoña rio.

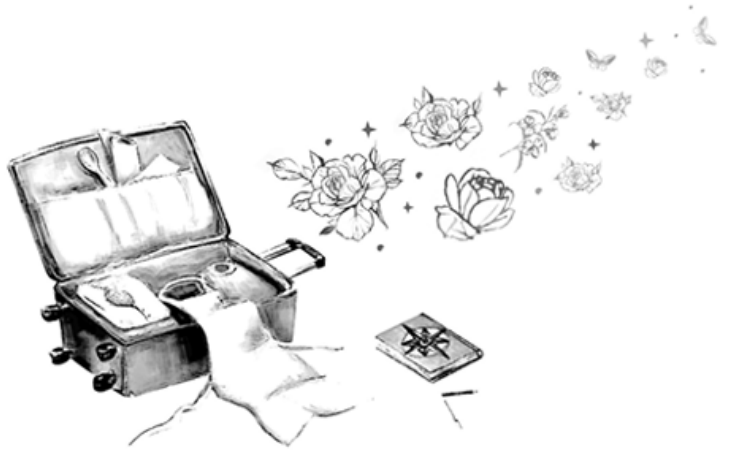
–¿A que sí? Puedo arreglármelas con todo lo demás, limpieza, orden, pero hay dos cosas que se me hicieron difíciles desde que me divorcié. La comida es una de ellas.

–¿Y la otra? –preguntó curiosa Emma.

–Estar solo. Pero no hablo de una soledad física. He tenido compañía física en todo este tiempo. Me refiero a no estar acompañado con otra persona que te ame, que quiere cuidar de ti, que deja que tú la cuides, que comparte sus proyectos contigo, conoce los tuyos y los apoya. –Se quedó pensativo–. En fin, una pareja en el mejor sentido. Estar juntos, respetando y queriendo, sin dejar de ser quien es cada uno. Eso extraño.

Juanjo le hizo unas bromas acerca de lo cursi que había sonado. Begoña, divertida, comentó que, si no estuviera enamorada de Juanjo, se hubiera derretido con semejante confesión. Emma se quedó en silencio. Esas pocas frases de David habían abierto una puerta.

La aguja de la brújula cambió el rumbo…



Capítulo 25

David se ofreció a llevar a Emma hasta su edificio. Era tarde y no quería que tomara un taxi. Ambos subieron al auto y, cuando David lo puso en marcha, el habitáculo se colmó de música.

–Perdón –se disculpó y bajó el volumen –. La música me ayuda a volver a mi eje cada vez que salgo de trabajar.

–No te disculpes, David, amo la música. ¿Qué es lo que escuchas?

–Verás, tengo muchos intérpretes. Este es uno de mis favoritos, Antonio Orozco –dijo, mientras subía apenas el nivel de sonido que había bajado por completo.

–Tiene una voz muy especial. Creo que lo he visto en el programa de La Voz, ¿puede ser?

–Sí, ha estado como jurado.

–La canción habla de un romántico. ¿Eres romántico, David?

–Esta canción se titula “Dicen”, y habla de lo que la gente dice a los que sufren por amor, que son frases hechas, sin sentido. Y sí, soy un romántico, pero guárdame el secreto.

–Me encanta que lo seas. He vivido muchas cosas en la vida, pero en todas siempre el amor me ha sacado adelante. Y no hablo solo de amor de pareja. Hablo del amor en todas sus formas. Prometo que guardo tu secreto, pero no es una mancha ser romántico, ¿o sí?

–Para nada. De hecho, en todos los ámbitos donde me muevo me conocen así. Si a eso le sumas que voy por la vida con este *look* particular –expresó con una sonrisa, a la vez que señalaba el sombrero–, verás que mucho no me importa lo que piensen. Quiero que me guardes el secreto porque tendría una excusa para conocerte más aún. Nadie le abre sus secretos a una desconocida.

–A veces es más fácil hablar con desconocidos –reflexionó ella.

–Puede ser. En mi caso, soy un hombre que está en paz con sus recuerdos, con su presente, con la gente que lo rodea. Y además soy muy reservado, no suelo abrirme con todo el mundo. No podría hacer mi trabajo de la manera correcta si tuviera cabos sin atar en mi vida.

–Buen punto. No todos están en paz. He estado mucho tiempo en guerra conmigo misma, y la mujer del espejo ganó la batalla muchas veces. Por suerte, en algún momento de la vida, vio por dónde era el camino, y decidí amigarme con ella. Porque, en definitiva, es la que me acompañará hasta el final. Pero, como te decía, tuve que pasar situaciones duras para entenderlo.

–Yo creo, Emma, que todos, para lograrlo, las hemos atravesado, antes o después. Solo la vida puede enseñarte y lo hace de ese modo, enfrentándote a cuestiones difíciles.

–¿Soy indiscreta si te pregunto cuáles fueron las tuyas?

–Eres indiscreta, pero es una de las cosas que me gustan de ti. –Emma se sonrojó, él continuó–. He perdido a las personas que han sido importantes en mi vida. Mis padres en distintos momentos. Mi madre se fue primero, cuando yo tenía veinticinco y ya estaba casado. Una larga enfermedad la fue desintegrando lentamente. El sufrimiento parecía interminable para ella, pero para nosotros también, puesto que no podíamos hacer más de lo que hicimos para ayudarla. La impotencia nos abrumaba. Cuando la muerte vino, al fin dejó de sufrir ella y nosotros por verla así. Pero mi padre no pudo continuar. Se entregó y en dos años la siguió.

–Qué duro, David. –Emma puso su mano sobre la suya en el volante, mostrándole empatía. Una sensación de electricidad los recorrió a ambos y se miraron con fijeza–. Lamento que hayas vivido todo eso.

–Gracias, Emma. Fue duro, pero es la ley de la vida que nuestros padres se vayan antes que nosotros. Agradezco no haber tenido que enterrar un hijo, eso debe ser terrible.

–Dios, debe serlo. No podría imaginarme en esa situación. Qué dolor tan inmenso. ¿Tienes más hijos además de Francisco?

–No, solo él, lo has conocido. Ya es adulto. Vivió con su madre luego del divorcio, somos muy cercanos.

–Parece que la justicia se encuentra en el ADN de la familia.

–Si se lo preguntas a mi exesposa, te dirá que odia este trabajo, y ahora la entiendo. Me mantuve tanto tiempo alejado de ella y de mi hijo por las largas jornadas laborales y el peligro constante de salir herido o muerto... Lo veo desde su perspectiva y entiendo su miedo.

–Qué bueno que puedas ponerte en sus zapatos. Eso habla bien de ti.

–Hubiera sido bueno cuando estábamos casados. Comencé a comprenderla recién cuando nuestro hijo entró en la fuerza policial. Porque temo por él, y porque lo veo quedarse como ausente cuando algo de un caso se le atraviesa como una espina.

–Bueno, pero tu experiencia puede servirle si se la cuentas. ¿O no?

–Sí, se lo digo. Pero a veces no escucha.

–Como dijimos antes, David, la vida nos enseña y nos enfrenta a cuestiones que se repetirán una y otra vez hasta que lo entendamos. Ya lo podrá ver.

–Me tiene muy orgulloso.

–Se nota, cuando hablas de él te brillan los ojos. ¿Y con tu ex cómo te llevas?

–Bien. Por suerte seguimos siendo amigos. Seremos los padres de Francisco siempre, así que llevarnos bien es necesario. De todos modos, ninguno quedó enojado con el otro después de la separación. Para mí fue un dolor inmenso perderla, pero me di cuenta de que ella hizo un proceso lento y doloroso mientras estaba a mi lado. Ella me

veía cada día, dormía en mi cama y, sin embargo, me sentía a kilómetros. Yo no noté que ella sufría ni que había dejado de amarme. Cuando me lo dijo, era un hecho: ya no me amaba.

–Es tan terrible que pase eso. Me recordaste una canción de Alejandro Fernández que me entristece cada vez que la escucho. Qué angustia tan grande pensar que una puede no ver lo que el otro sufre, y perderlo simplemente por eso.

David sabía a qué canción se refería: "Me dediqué a perderte". Tocó el equipo y la voz de Alejandro Fernández se escuchó, con una lágrima que derretía los corazones.

–Ay, David, esa es justamente la canción.

–Es muy triste. La tengo en mi *playlist* para recordar y recordarme lo que no puede volver a pasar.

Emma comenzó a cantar a la par del intérprete:

–"¿Cómo es que nunca me fijé que ya no sonreías? Y que antes de apagar la luz, ya nada me decías. Que aquel amor se te escapó que había llegado el día".

–Esa estrofa me identifica tanto, Emma. Cuando Marina me dijo "hasta aquí llegué", me hice todas esas preguntas. Miré hacia atrás para analizar todo aquello que no había podido ver.

–No te das una idea de cómo te entiendo.

–¿A ti te pasó igual con tu exesposo?

–No del todo. En realidad, él empezó una relación con una jovencita mientras seguía conmigo. Cuando lo sospeché, por diversas cuestiones, lo enfrenté y lo confesó. Pero no fue solo una aventura, se casó con ella. Así que también me pregunté qué pasó en el camino, cómo fue que no me di cuenta de que nos habíamos perdido el uno al otro.

–¿Tú lo amabas?

–Lo amaba en aquel momento. Mi vida eran él y mis hijos. No se me cruzaba por la cabeza haber caminado juntos a través de tantas tormentas y no seguir juntos. Era mi compañero. Como tú, me quedé sorprendida y con el corazón destrozado. Tuve un duelo muy largo, que hice solo con la ayuda de mis amigas. A mis hijos quise mantenerlos lejos de esa oscuridad.

–Es duro el duelo. A mí me costó mucho transitarlo. Me culpaba de tanto, quería volver el tiempo atrás para reaccionar de otra manera, cambiar la historia. Hasta que comprendí que no podía seguir viviendo en la angustia y el dolor. Ella ya no me amaba, pero teníamos un hijo que nos iba a necesitar siempre.

–Es cierto, David. Es muy duro. Pero sobrevivir a esta pena, que parece infinita, nos hace más fuertes, y a la vez algo sabios. Ahora podemos leer en una mirada lo que antes pasaba inadvertido; en un gesto, lo que el otro siente y no se anima a decir. Yo creo que hay alguien en el mundo justo para nosotros y nos espera. El tema es que tanto tú como yo creímos haberlos encontrado. Y no fue así.

–Exactamente… ¿Lo amas aún?

–No –dijo con seguridad y mirándolo a los ojos–, no lo amo. Las heridas que me produjo fueron profundas y solo me nacía odiarlo. Pero he logrado sacar de mi cuerpo ese sentimiento feo. No lo amo, tampoco lo odio. Es el padre de mis hijos y le deseo lo mejor.

–Marina ha vuelto a casarse y me llevo bastante bien con su nuevo esposo, Goyo. Me costó mucho al principio, lo reconozco.

–Marcos, con su engaño, rompió por completo mi confianza en el amor, en el compromiso, en los hombres. Y, además, con una chica casi de la edad de mi hijo, lo que me bajó la autoestima muchísimo.

–No puedo imaginarte como una mujer que no sea segura de sí misma. Para mí eres tan… tú. No sé cómo explicarlo, pero te veo llegar y te presentas como "Aquí estoy, yo soy de esta manera, si les gusta bien, y si no, pues se van acostumbrando".

Emma comenzó a reír y él se detuvo en un semáforo.

–Qué bueno que me veas de ese modo. Me ha llevado muchas lágrimas y aprendizaje sentirme cómoda conmigo misma, elevar la estima y entender que una puede caer bien o no, pero que no debo traicionarme a mí misma ocultando mi forma de ser.

–Pues, así es, me encanta eso de ti.

–Gracias, David. Me encanta que te gusten esas cosas de mí, porque son cuestiones por las que he luchado.

–¿Y estás en pareja actualmente? –David fue directo al punto. Esa mujer le gustaba. La sentía de un modo distinto al resto de mujeres.

Con ella tenía ganas de compartir una tarde de charla y una noche de pasión al mismo tiempo. Algo lo impelía a besarla. Temía las consecuencias, pero no podía quedarse quieto sin hacer nada mientras otro hombre se la robara.

Emma se sorprendió ante la pregunta directa del detective. Responder la ponía en un aprieto. ¿Estaba en pareja? ¿Qué sentía por Moro?

El semáforo se puso en verde. David continuó la marcha y eso le dio a Emma unos segundos para pensar su respuesta.

Con Moro, no había planes a futuro y si en el camino él encontraba a alguien más, ella no sentiría celos, se haría a un lado. La respuesta llegó a sus labios antes que el cerebro terminara de procesarla.

–No. No estoy en pareja.

–Por tu tardanza en responder, supuse que sí y que no querías contarlo. Está bien, respeto si eres reservada.

–No, David. No estoy en pareja; si lo estuviera, no tendría problemas en decírtelo. No es reserva. Es que en este breve tiempo conocí a alguien, pero no tenemos los mismos proyectos. Ni siquiera vemos algunas cosas importantes del mismo modo. Tardé en responder porque evaluaba qué éramos, pero acabo de darme cuenta de que no somos pareja. De hecho, no coincidimos en ese concepto.

–Entiendo. –Una punzada de celos aguijoneó el estómago de David–. Es una relación informal.

–Muy informal. Nos vemos cuando surge, pero, como te dije, somos de ideas casi contrarias en todo lo que una pareja significa. ¿Y tú? ¿Estás en pareja?

Los celos que habían atacado a David, en el instante que tuvo que pensar su respuesta, se aplacaron. No podía recriminarle a ella estar con alguien de manera informal cuando él tenía varias mujeres que le entregaban su cuerpo y a quienes se entregaba, cada vez que tenían ganas de verse.

–A lo largo de este tiempo he tenido algunas compañeras de cama. Con todas he sido claro, y ellas conmigo.

–Me gusta esa forma de decirles “compañeras de cama”. Me parece muy adecuado.

–Es que no somos “amantes”, porque no las amo ni ellas me aman. No hay ataduras.

–Y “amante” es un participio activo, es decir, el que ama. En cambio, las llamas “compañeras”, que es quien acompaña. Es más apropiado.

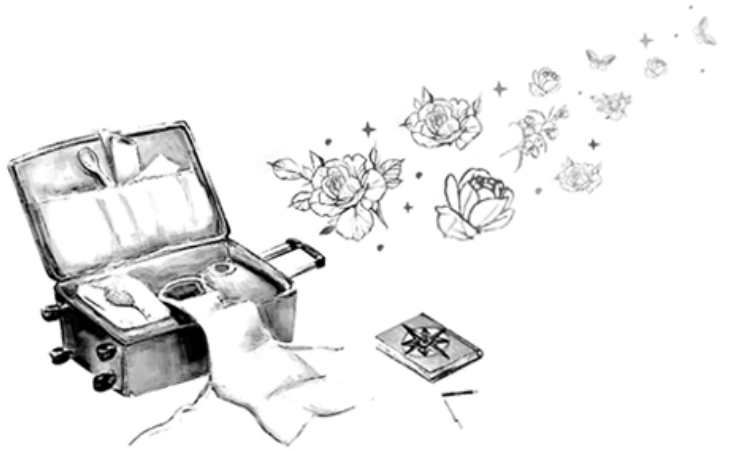
Detuvo el auto en la puerta del edificio de Emma. Estaban tan cómodos que no querían terminar la charla.

–¿Subes a tomar un café? Conseguí uno delicioso y muero por una taza.

–Me encantaría; el café es uno de mis vicios.

–Lo sé. Yo también soy una loca por el café. He hecho algunos cursos y cada vez me pongo más exigente con los sabores. Vamos, tengo un Juan Valdez que es un poema.

David tomó el sombrero, el abrigo y cerró el auto mientras Emma abría el portal. Esa mujer no dejaba de sorprenderlo. Tal vez esa alma gemela a la que esperaba hacía tiempo había vivido en el fin del mundo, y luego había puesto su brújula en Madrid para llegar a él. No lo sabía, pero estaba dispuesto a averiguarlo.



Capítulo 26

El aroma del café recién hecho los relajó. Emma sirvió dos tazas y lo invitó a sentarse en el lugar que más amaba de su hogar: la terraza.

–Qué hermosa vista tienes, Emma. Es una verdadera joya.

–¿Verdad que sí? Todo el departamento me encanta, pero este rincón se ganó mi cariño.

–Es una invitación a reflexionar.

–Tal cual. Desde que me mudé, he pensado tanto en los cambios que hice, en mi vida, en la de mis hijos…

–Cuéntame de ellos, cómo son, en qué se parecen a ti.

–Uh, a mi juego me llamaste. Amo a mis hijos y estoy muy orgullosa de ellos.

Mientras tomaban el café, conversaron largo rato. Emma le contó de Abril y su personalidad creativa, abierta, feminista, conectada al universo; luego habló de Gerónimo y su inteligencia matemática, exacta y repleta de fórmulas. Sus hijos tenían vidas distintas, pero felices, y eso la llenaba de orgullo, porque además cada uno

acompañaba en sus proyectos y logros al otro. Cuando estaban lejos, como en ese momento, se extrañaban muchísimo.

–¿Has conocido algún otro lugar además de Madrid?

–Hemos dicho con Gerónimo que cuando él tenga tiempo me llevará a conocer algunos lugares cercanos, en tren, para disfrutar hasta del camino.

–Buena idea. Debes conocer Segovia, Toledo, Aranjuez. Son lugares mágicos que te transportan en el tiempo.

–Tengo ganas de conocer todo, pero Gero está complicado con trabajo, es una época compleja para él.

–Pues, si me permites el inmenso honor, podría acompañarte a algunos lugares hasta que tu hijo se libere. ¿Te apetece?

–¿Pero no seré una carga para ti? Mira que no me gusta ser obligación para nadie. A mí me encantaría, pero no te sientas obligado.

–Emma, todavía no me conoces lo suficiente. No suelo invitar a la gente a viajar conmigo, lo hago con aquellos que me caen bien.

–Una a mi favor, entonces, te caigo bien.

–Más que bien. –La mirada intensa de David dejó al descubierto un fuego que atrajo a Emma y la dejó sin palabras–. Mañana es sábado, bah, en un rato. Ya es madrugada. Si quieres, podemos organizar para tomar el tren a Toledo.

–Ehhh. –Ella salió de su mutismo–. No puedo, tengo una cena con mis compañeros del trabajo, pero el domingo sería perfecto.

–Vale. –Él recordó que también tenía cita con sus Barones–. Será el domingo. Ya verás esa bellísima ciudad. Es conocida como la Ciudad Imperial por haber sido sede principal de la corte de Carlos I durante el siglo XVI. Su belleza radica en que es una ciudad amurallada ubicada en una colina de 100 metros de altura y, a sus pies, la rodea el río Tajo.

–Ah, no, pero si voy a tener un guía turístico, tiene otro precio. Me alucina que sepas tanto de historia –bromeó ella–. Ya mismo me dices cuál es tu comida preferida para que te cocine, como muestra de agradecimiento.

–Para alguien que vive solo, cualquier plato hecho en casa será su

preferido. Debo confesarte que sí se cocinar. A veces no tengo ganas, pero cocino. A mi amiga Bego le gusta creer que la única que me cocina es ella. No tienes que invitarme, pero si lo haces, seré feliz.

–Trato hecho entonces. Yo invito la cena en mi casa. ¿Comes de todo? ¿Alguna alergia?

–Pues, verás: alergias, solo al maní. Luego como de todo. Y ya te aseguro que el siguiente encuentro será en mi casa.

–Bien, tendré en cuenta lo de tu alergia al maní. Estoy pensando en un plato que no es gourmet, pero que mis hijos aman y dicen que me sale muy bien.

–Pues no sé cuál será, pero ese quiero.

–Un pan de carne relleno y cubierto con panceta. Podría acompañarlo con papas a la crema. ¿Te parece bien?

–Ya quiero probarlo, será un placer. Yo traeré el vino y algo dulce.

–¿Estás loco? Si yo te estoy invitando. De ninguna manera; el postre corre por mi cuenta también. Y en cuanto al vino, tengo varios que tal vez te gusten.

–Insisto, traeré el vino, aunque sea.

–Bueno, no hay problema.

–Vale, cita armada.

Siguieron conversando sobre el clima que les esperaba el domingo del viaje. Luego viraron los temas al cielo, los planetas y estrellas que la bóveda oscura les mostraba en ese momento. El amanecer los encontró sentados uno al lado del otro, tapados con la frazada de polar de Emma, conversando.

–Emma, el sol está saliendo, y no te he dejado dormir ni un minuto. Lo siento. –Hizo el intento de ponerse de pie. Emma lo tomó de la mano.

–No te disculpes por una hermosa velada. Hacía mucho tiempo que no compartía una noche tan entretenida. Me encantó que vinieras, de verdad fue especial.

–Qué bueno que te hayas sentido de ese modo, porque me pasó lo mismo. Dime por qué te pareció tan especial.

–Me da un poco de vergüenza, pero siempre digo lo que siento. Hace años que no tengo un compañero, alguien con quien compartir

charlas, historias, sueños. Esta noche contigo charlando en la terraza fue, sin proponérnoslo, una cita muy interesante. Te he conocido, sé de tus dolores, de tus amores, de lo que te gusta y hasta de tus alergias. Sé más de ti en estas horas de lo que conozco a algunos de mis compañeros de trabajo con los que he compartido días enteros desde hace más de un mes.

–Esa honestidad tan tuya, Emma, me seduce tanto. Te cuento que no soy un hombre demasiado abierto, pero contigo me siento a gusto, me ha parecido hasta natural contarte todo eso. Por mi parte, he confirmado que eres una mujer extraordinaria, que ha vivido con intensidad y sufrido en la misma sintonía. –El rostro de Emma fue tomando un leve color rosado a la par de las palabras que David le decía–. Me encanta que seas curiosa, que estés atenta a todos los que te rodean, sin olvidarte de ti. Me tienes atrapado, debo confesar. Y justamente, todo eso es lo que me sorprende más, porque hace muchos años que ninguna mujer logra seducirme del modo que tú lo haces, es decir, sin tener la intención. Y hace tiempo que nadie me interesa, y tú, Emma, me interesas mucho.

–Me dejas sin palabras, David.

–Pues no hay muchas palabras más por decir, solo si te intereso a ti también. El domingo seguiremos conociéndonos. No quiero apresurar nada, todo a su debido tiempo. Presiento que esto puede ser algo grande.

–Estoy interesada, y también quiero disfrutar de cada momento. Esta noche que compartimos ya está grabada en mi corazón. –La mirada de ella fue invitación.

–Necesita un cierre acorde, ¿no te parece? –propuso David.

Y sin mediar otra palabra, los dos acortaron la distancia, esperando que el otro acudiera a sus labios, con los corazones latiendo desbocados. El perfume de él embriagó a Emma y encendió las últimas de sus células que quedaban sin despertar. David le salió al encuentro; deseaba tanto besarla que hasta le dolía el cuerpo.

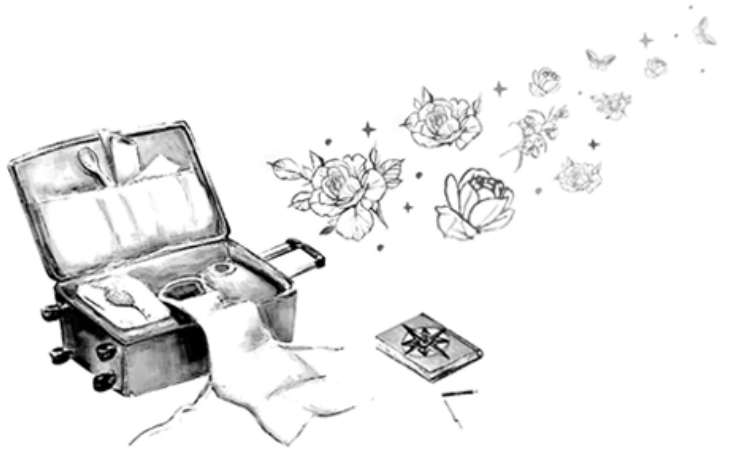
Las bocas se encontraron en un choque suave, de reconocimiento; cada uno descubría la textura de los labios ajenos, y las lenguas comenzaron a explorarse, buscando la compañera para la danza.

Cuando se encontraron, una electricidad los recorrió por completo. Se acariciaron, se sedujeron, bailaron, se agazaparon, se entrechocaron, se acoplaron.

Emma lo abrazó y acarició su cuello. Sus respiraciones se agitaron. Ella pasó su mano izquierda por la mejilla masculina y subió para tomar el sombrero y dejarlo a un costado. Luego regresó a acariciar el cabello de él.

David la abrazó, atrayéndola hacia sí. Con la mano derecha le acariciaba la melena y luego la tomó por la nuca para profundizar el beso.

Y el universo entero tuvo sentido…



Capítulo 27

En el instante en que sus bocas se unieron, David sintió que algo en su pecho explotaba. Desde Marina, nadie le había hecho sentir tanto apenas con un beso. Cada fibra de su cuerpo estaba despierta, esperando más. Lo que Emma despertaba en él era algo desconocido, instintivo. Una reacción física, un magnetismo, una química que lo hacía desearla como un sediento a un vaso de agua.

Recorrió su boca, reconociendo el territorio en el que anhelaba proclamarse conquistador. Lo hizo con premura, pero con lentitud, saboreando cada espacio, cada recoveco. Estaban de pie en la terraza. En el cielo, el sol comenzaba su camino, la luna se hacía invisible y el manto azul oscuro iba clareando. La naturaleza nacía en un nuevo día y en esos cuerpos se replicaba el amanecer. El fuego que los había abrasado en otras jornadas volvía a arder con una pasión renovada. Tal vez la madurez, el tiempo transcurrido desde que alguien los había hecho vibrar de ese modo… No alcanzaban a comprender con claridad qué les ocurría, pero sabían que era grandioso.

David la abrazaba con apriete firme, a la vez que una de sus manos recorría con suavidad la espalda femenina. Ella lo tenía tomado por el cuello y las puntas de sus dedos acariciaban la piel de David, que se erizaba con ese roce. El silencio del despertar del día solo era interrumpido por los sonidos de esas bocas que se compartían, se saboreaban y se entregaban. El mundo en derredor se había silenciado, detenido, solo se escuchaban los murmullos de dos almas que se unían, que se contaban, entre gemidos y respiraciones aceleradas, el tiempo que habían estado buscándose y no habían podido encontrarse.

David se separó apenas y en ese instante notó, al abrirlos, que tenía los ojos cerrados. Comprendió que esa mujer era distinta a todas las demás, que ella había logrado lo que muchas no. Se había entregado a sentir con la confianza plena en ella, le había dado la llave… Con lentitud, convencido de que lo que vivían era único, David fue haciendo un camino de besos: los ojos cerrados, las mejillas, encima de las cejas, por último, la nariz y pegó su frente a la de ella.

–Emma… Necesito tomar esto con calma, necesito respirar. Tus labios me han transportado a un mundo donde hacía años no entraba y quiero ir sobre pasos seguros, porque salir expulsado de ese paraíso me va a destrozar la vida.

–David, me pasa lo mismo. Te juro que estas sensaciones me han tomado desprevenida.

–Me gustas mucho. Quiero estar contigo, pero no quiero que te sientas presionada a hacer nada.

–¿Presionada? ¿Por qué me sentiría así?

–Desde el día que te entrevisté en la calle, en la puerta de tu edificio, he querido besarte, he querido tocarte. –David tomó un mechón de cabello de ella y lo olió, luego lo besó y lo acomodó detrás de la oreja femenina. Ella acarició la mejilla masculina, él atrapó esa mano y la llevó a sus labios con dulzura–. Sé que esto es distinto. Siento de un modo diferente lo que nos pasa. He estado con otras mujeres y las sensaciones con ellas son solamente físicas. No hay nada más allá. Contigo es profundidad, intensidad, necesidad de tenerte, de compartir, de vivir. Estoy seguro de que podría enamorarme de ti –y

pensó que tal vez ya lo estuviera–, y eso me asusta.

–Dios mío, qué conexión increíble tenemos. Me asusta también, porque no quiero que me lastimen de nuevo, no quiero entregarme y que me hieran. Pero…

–Pero no existe otro modo de entregarse que hasta el fondo, por completo, con el corazón emparchado, como lo tenemos.

–Eso puede ser de ayuda, ¿No? Digo, saber cómo nos han lastimado puede servir para no repetir historias.

–Contigo no podría repetir nada. Tú eres única, no podría hacer nada de lo que he hecho, porque me invitas a ser original, a ser distinto, a probar.

–¿Nos aventuramos?

David no pudo responder, solo volvió a besarla con la misma pasión y de nuevo con los ojos cerrados. Necesitaba tenerla en sus brazos, su cuerpo la anhelaba, pero no quería ir de prisa. Una de sus manos migró a un pecho. Emma gimió de placer en la boca de David. Él se apoyó en ella haciéndole notar su propia excitación. De pronto tuvo una idea. Cortó el beso para hablarle muy cerca, casi en susurros.

–Te propongo algo, Emma. Estoy muriendo de las ansias por hacerte mía, pero quiero que nuestra primera vez sea más que especial, y no por un arrebato. Cuando nuestros cuerpos se encuentren será una explosión.

–¿Y qué propones? –Ella volvió a besarlo buscando tentarlo.

–Nos veremos mañana. Preparémonos todo el día y esperemos con ilusión el momento que nos permitamos liberar todo esto que estamos experimentando apenas en un beso. Será mágico, lo prometo.

–Tengo muchas ganas de tenerte, David.

Él volvió a acariciarla. La besó y tomó una de sus manos para hacerle sentir hasta qué punto la deseaba.

–No puedo mentirte. Necesito entrar en ti, pero quiero desearte todo el día, esperarte con anhelo y que cuando nos encontremos mañana, nuestros cuerpos lleguen al máximo de placer. ¿Puedes esperarme a mañana? Prometo que será increíble.

–Si lo dices de esa manera, no me queda otra... Parecemos salidos de una novela histórica, pero yo soy el caballero que quiere pasar a la

acción y tú la doncella que no quiere entregarse. –Emma se rio de su broma, pero David permaneció serio.

–Yo quiero entregarme, tú no tienes idea lo que me has hecho sentir con apenas un beso. Quiero que te me entregues y entregarme por completo, y quiero que sea especial.

–Está bien, no quise ofenderte, te pido perdón si así lo hice.

–No pidas perdón, hermosa. Estoy muriéndome de las ganas, pero me iré para cumplir con el plan. Sé que mañana será nuestra noche.

Volvió a besarla y a recorrer su cuerpo con las manos ávidas de conocerla sin telas que limitaran sus excursiones. De pronto, se separó decidido y tomó su sombrero.

–Me voy, Emma. O te juro que te haré el amor en esta tumbona a la vista de medio Madrid.

–Me escribes para arreglar, ¿no?

–No lo dudes. Mañana serás mía…

–Y tú serás mío.

–Ya lo soy, Emma. Desde ese primer beso, me tienes en tus manos.

Ella lo acompañó abajo y volvieron a saborearse en el elevador.

David se fue con una sonrisa. Subió al auto y puso la música a todo volumen. La voz de Malú entonaba la primera estrofa, y sintió que la canción era tan acorde a su sentir.

“Y sin más cuentos apuntas directo en medio del alma. Ahora tú, llegaste a mí, sin previo aviso, sin un permiso, como si nada”.

Malú decía las palabras que David quería expresar. Tenía el pecho rebosante de energía, y necesitaba gritar de la alegría que lo embargaba. Subió aún más el nivel de la música y se puso a cantar con potencia.

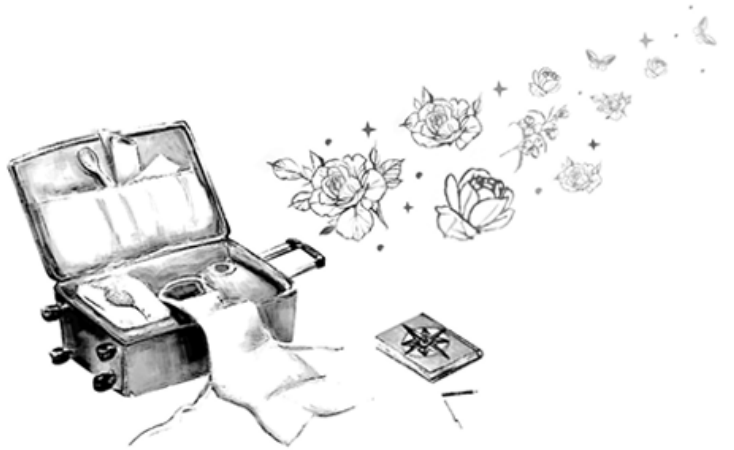
Llegó a su piso y se acostó. Se puso los auriculares y siguió escuchando música mientras se dormía. Abrió el chat de Emma y copió el link de YouTube de la canción que había cantado en el auto, y se la envió.

> Así has llegado a mi vida, para morderme el alma. Hasta mañana, que descanses vida mía

En segundos entró la respuesta de Emma.

Amé la canción de Malú. Apareciste de la nada y ahora no puedo pensar en nada más que en estar contigo. Que descanses tú también, hermoso

David se durmió con una sonrisa en el rostro.



Capítulo 28

El sábado tenía cita con su grupo de amigos. Iban a encontrarse en un bar cercano a la casa de uno de ellos, que escaparía de una cena familiar para brindar y compartir unos minutos con los Barones.

A lo largo de la tarde, Emma y él se enviaron mensajes. Ella le contó que había recibido a su hijo para almorzar, que había hablado con su hija Abril por videollamada. Y luego le confesó que le había contado sobre él a su amiga.

Se vistió acorde a su estilo, con jean negro, una camisa gris y un sobretodo largo que amaba. Se colocó el sombrero negro y se puso bastante perfume.

Mandó un mensaje al grupo “Barones de la Cerveza” para indicar que estaba en camino y se subió al automóvil.

Llegó al lugar elegido. Leyó los mensajes de Alfonso y José Manuel. Los dos estaban dentro, ocupando la mesa que habían reservado para todos. Antonio y César estaban a unos minutos.

Entró y se dio cuenta de que era una noche movida. Había bastante

gente y la mayoría de las mesas estaban ocupadas.

–Pues, qué mal haber elegido este lugar justo hoy. Es noche de karaoke, así que tendremos que escuchar a cientos de jóvenes que se creen Bisbal, cuando no hacen otra cosa que aullar –se quejó José Manuel.

–Pues, veamos, era vernos aquí o no vernos todos. No había otra –respondió Alfonso, poniendo paños fríos.

–A mí no me molesta, a veces hay algunas personas que cantan muy bien –agregó David elevando el volumen de su voz.

–Ah, pero mira tú, este –dijo señalando a David–, vino como alucinado. ¿Qué te pasa? ¿Tuviste una maratón de sexo de fin de semana con alguna de tus chicas? –provocó Alfonso.

–Verás, Alfonsito, la verdad es que anoche me fui a dormir solito, aunque he conocido a alguien.

–Ah, no, ahora nos das detalles. Ese "he conocido a alguien" ha abierto una puerta que no podrás cerrar hasta que sacies nuestras curiosidades, amigo –sumó Alfonso.

–Esperen a que llegue el resto y les cuento a todos.

Cuando todos estuvieron reunidos, les contó sobre Emma. No dio detalles de la intimidad que habían logrado, pero quedaron realmente sorprendidos por las palabras que usaba David para hablar de ella. Se daban cuenta de que esa mujer no era una más, sino un mojón en la vida de su amigo, un antes y un después.

–Pero, a ver, explícate un poco más, David –pidió Antonio–. Dime, ¿qué es lo que la hace distinta al resto de amantes que has tenido hasta esta misma semana?

–No sé qué la hace distinta, solo puedo decirte con certeza que lo es. Lo intuía. Hacía días que trataba de saber algo de ella, cruzarla… Cada vez que la veía tenía ganas de quedarme conversando, pero cuando la besé, madre mía, el corazón me explotó por completo. La cabeza se apagó y solo pude sentir. Y sin darme cuenta, me descubrí besándola con los ojos cerrados.

–¡Guau! –Todos se sorprendieron, pero José Manuel fue el único en hablar–. Esto va en serio. Si la besó con ojos cerrados...

Todos acordaron, brindaron por él, por su argentina misteriosa y le

hicieron bromas. En este instante, comenzaron los acordes de la canción “Disparo al corazón”, de Ricky Martin. La voz que entonaba las frases dejó mudo a David.

–Es ella –dijo como hechizado.

–Este ya está para el manicomio, está loco por esa mujer y la escucha en todos lados –rio Alfonso.

–No, no, Alfonso. Es ella, en verdad… –Y señaló el escenario donde Emma cantaba, mientras era vitoreada por un grupo de personas de la mesa de la primera fila.

Emma había comenzado la canción con los ojos cerrados, justo en ese momento los abrió y lo vio.

Desde temprano Emma estuvo en contacto con el grupo de compañeros. Gael había hecho una reserva en un lugar donde podrían comer unas tapas y a la vez cantar. La idea era el karaoke.

–¡No te creo! ¿Cómo que te besaste con el detective?

–Te juro que ni yo misma lo puedo creer, Sandrita. –Emma le había escrito a su amiga y ella la había llamado enseguida–. Se dio así, de casualidad.

–Ah, sí, claro, de casualidad me cruzo al carnicero, de casualidad me encuentro una moneda en el piso, me rompo un zapato. Pero besarte con un hombre tan atractivo no es “por casualidad”, amiga. Al final, para tener una vida sexual más activa voy a tener que mudarme a Madrid.

–No seas boba, Sandra.

–¿Te recuerdo a esa Emma que en Ezeiza me dijo que los hombres no tenían lugar en tu vida? Escúchate ahora, con dos hombres en tu cama. Igual te digo que me encanta este cambio.

–No, no tengo a los dos en mi cama. Con David hemos decidido esperar.

–Hasta mañana, nada más –rio a carcajada limpia–. El lunes me vas a decir que este hombre te vuelve loca, lo sé, lo intuyo –bromeó Sandra.

–Hoy hablaré con Moro, no quiero seguir con esos encuentros.

–¿Por qué? ¿Qué tienen de malo?

–Nada, pero ya te dije que no me siento cómoda en una relación tan alejada de lo tradicional. Y David…

–David ¿qué?

–Con David me siento a gusto, comparto muchas cosas, hemos pasado situaciones parecidas, y creo que él también siente que esto que empieza puede ser algo serio.

–Me estás matando, Emmita. Moro es un galán y tienen una conexión física increíble. ¿Y si esperas para decirle algo?

–Es que ya lo venía pensando. Tenemos piel, pero no comparto con él más que eso, y el trabajo.

–¿Y qué te falta?

–Moro es guapo, divertido, pero necesito poder hablar de cosas que él no ha vivido, que me acompañe en mis sombras, y no creo que sea capaz. Además, siempre voy a tener encima el temor de que él esté con alguien más, porque su concepto de pareja es así. Y eso me aleja de manera drástica.

–Entiendo. Bueno, veo que la decisión está tomada, no tengo mucho para defender a Moro.

–Después te contaré.

–Más te vale, quiero detalles de David y de cómo tomó tu decisión Moro.

–Hecho, amiga, te dejo que debo prepararme. Además, tengo que preparar la carne molida para mañana. Voy a cocinarle a David y quiero que esté sabrosa.

Cortaron la llamada luego de despedirse. Abril le escribió a su madre y le contó que Sandra había participado del taller de constelaciones familiares. Ella no podía explicarle en detalle lo que había escuchado, pero sí que el karma estaba descubierto y se había desanudado. Contenta por su amiga, a Emma le extrañó, sin embargo, que no le hubiera contado. Le envió un mensaje de audio a su hija mientras se maquillaba, para contarle que se estaba preparando para ir a hacer karaoke. Y Abril le respondió que la hacía feliz saber que salía y se divertía. Le pidió que cantara una de sus canciones favoritas, “Disparo al corazón”. Prometió hacerlo.

Si alguien le hubiera dicho unas semanas antes lo que iba a vivir esos días, no le hubiera creído. Ahí estaba, luego de haber tenido sexo con Moro, de haber casi muerto en un encuentro entre un delincuente y la Guardia Civil y de haber besado a un detective. La vida en España no le daba respiro, pero si quedarse sin respiro era por besar a David, era por una buena causa. Tenía que pensar cómo iba a hablar con Moro; no quería lastimarlo, pero tampoco seguir creando ilusiones. Además, ambos compartían el ámbito de trabajo, así que prefería terminar de un modo que no afectara el rendimiento de ninguno.

Eligió un jean con una remera de manga tres cuartos, con un saco largo de lana que caía pegado al cuerpo, un *foulard* para el cuello, bastante largo (así que le dio una vuelta) en color celeste con algunas flores en los extremos, como hechas de pinceladas de acuarela, en tonos beige y rosa pálido. Se maquilló y se dejó el cabello suelto.

Llegó al lugar y ya había varios del grupo. Moro llegó unos minutos después que ella y se sentó a su lado. Todos conversaban; era una de las mesas más divertidas. Comieron tapas, bebieron cerveza y, luego de casi una hora, se habilitó el escenario para comenzar con el karaoke. El grupo estaba muy animado y fueron subiendo de a uno a cantar. Al principio eran canciones que invitaban a bailar, así que ninguno se mantenía sentado en su lugar, sino que se movían formando una masa danzante. Subió Moro y cantó “Happy”, de Pharrell Williams; en uno de los coros, le guiñó el ojo a Emma. Luego subió Gael, que eligió una canción muy romántica, y la algarabía se apaciguó. Cuando terminó, invitó a Emma a subir y ella no tuvo excusa para no hacerlo. Recordó el pedido de su hija y eligió la canción de Ricky Martin.

Los primeros acordes despertaron la atención general. Emma se puso nerviosa, pero unos instantes después relajó; no estaba en un concurso de canto, sino disfrutando de una noche de diversión. Si erraba notas, no pasaba nada. Empezó a entonar los primeros versos “Aquí va mi confesión, antes de ti no fui un santo”. Cerró los ojos, no quería mirar a Moro y darle un mensaje confuso. De pronto los abrió y miró hacia atrás de la sala. El lugar estaba bastante iluminado y pudo distinguir, a una distancia de dos hileras, a David con un grupo de

amigos. No podía creer la coincidencia de cruzarse allí, en ese momento y en esa canción. Él levantó la mirada, sorprendido al escucharla. Y ella no pudo dejar de mirarlo desde ese instante. Le cantaba a David cada verso, cada significado que se escondía detrás de las estrofas.

Cuando llegó al coro, Emma estaba muy compenetrada en el papel que jugaba en la canción, levantó la mano y señaló de forma directa a David:

–"Conocerte fue un disparo al corazón, me atacaste con un beso a sangre fría y yo sabía que era tan letal la herida".

David la miraba obnubilado. Los amigos reían y le hablaban, pero él no respondía, estaba con ella. Era como si el mundo se hubiera escondido, y ellos estuvieran dentro de un túnel, hablando a través de los ojos; nadie podía cortar el puente que construían sus miradas ni cruzarse entre ellos.

Moro dejó de reír cuando la vio levantar la mano, y clavar la vista en alguien más. Giró con curiosidad. Vio al hombre que parecía conectado a ella, que casi no pestañaba y sonreía embobado con Emma. Sintió una punzada de celos, algo que no había sentido antes. Le resultaba familiar, pero no podía recordar de dónde lo conocía. No iba a hacer ningún movimiento; nadie del grupo sospechaba la cercanía que tenía con la argentina.

Emma terminó la canción alargando el sonido del último verso y el bar estalló en aplausos. Había cantado de un modo increíble y además le había sumado una interpretación impecable. Bajó del escenario riendo, recibiendo felicitaciones. David se acercó a ella y, cuando se dio vuelta, se encontraron frente a frente. Él tenía una hoguera en los ojos y su voz sonó más grave que nunca:

–No me lastimes, Emma, por favor –dijo y sin esperar respuesta la acercó a su cuerpo y la besó con intensidad.

La gente que los rodeaba comenzó a vitorearlos. Los cocineros que habían ido con Emma se miraban, sorprendidos. Al principio nadie dijo nada, y cuando los de alrededor comenzaron a aclamarlos, se sumaron a la algarabía. Solo Moro se mantuvo silencioso. Se puso de pie junto al resto para que nadie lo notara, pero los miraba sin emitir

sonido, y con gesto adusto.

–No te voy a lastimar nunca y tú no lo hagas conmigo, por favor. Tengo tanto miedo como tú –respondió ella luego de cortar el beso.

Se abrazaron y luego él giró para darle paso. Ella lo tenía tomado de la mano y no lo soltaba. David le habló cerca del oído, en voz baja.

–Quiero presentarte a mis amigos. No pensaba que fuera así, pero el destino se empecina en cruzarnos y romper todos los planes.

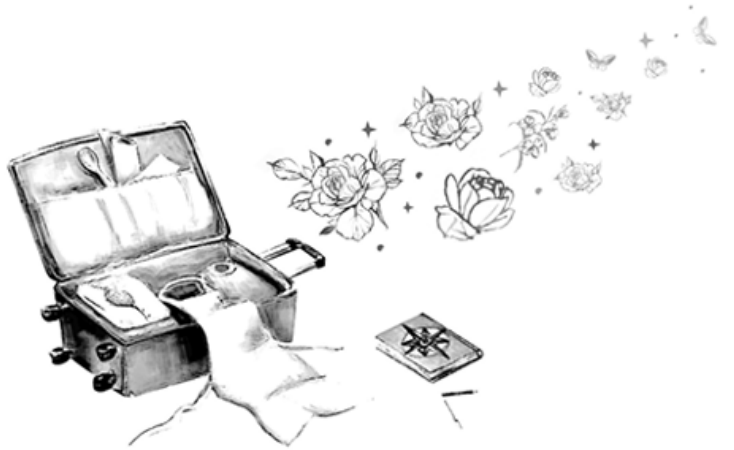
–Estaba pensando lo mismo; nada sale como lo pensamos –agregó Emma en ese instante, cuando vio el gesto serio de Moro–. Antes déjame presentarte a mis compañeros del trabajo.

En ese momento llegaban al grupo de Emma. Ella lo presentó; algunos lo recordaban de cuando había ido a pedido de Emma al hotel y otros, de la televisión. Todos los felicitaban y se presentaban. Todos menos Moro. Él se mantenía en su lugar, en silencio y serio. Cuando fue su turno, se levantó y saludó con un apretón de manos al hombre. La mirada era helada; primero miró a David y luego, de manera calculadora, a Emma. Ella sintió un frío que le recorría la espina dorsal. Debería de haber hablado con Moro antes, pero la fortuna se encaprichaba en complicarla. Gael los invitó a sentarse, pero David se disculpó porque quería presentarles a Emma a sus amigos, y se la llevó.

Todo el equipo de cocina se quedó comentando la sorpresa de lo que habían presenciado. Moro continuaba mudo. Nadie lo notó, excepto Gael, que lo miró inquisitivamente. La respuesta fue un gesto que indicaba que no era momento de hablar.

David y Emma siguieron camino hasta la mesa donde los “Barones de la Cerveza” esperaban conocer a la mujer que había logrado enamorar a David, porque ya no les quedaban dudas a ninguno de que así era. No solo lo escucharon hablar de ella, sino que, al verlo reaccionar y sonreírle a la mujer, ya no titubearon.

Ahí comenzaba una historia de amor.



Capítulo 29

Ni Emma ni David querían interrumpir los planes que cada uno había hecho para esa noche, así que él la acompañó a su mesa y volvió a besarla con intensidad. Ella respondió y luego se sentó en el lugar que había dejado vacío.

Todo continuó entre canciones y bromas. Silvina, una de las cocineras le preguntó cuánto tiempo hacía que estaban juntos, y la felicitó porque era un hombre muy atractivo. Emma respondió con evasivas. Moro estaba sentado a su lado y escuchaba con atención. No quería que se enterara así. Iba a hablar con él claramente cuando se fueran.

Una hora después, David se acercó a la mesa de los cocineros, se despidió de todos y a ella volvió a besarla.

–Te escribo a la mañana para acordar. Sería buena idea salir antes del almuerzo, ¿estás de acuerdo? –le dijo él, pegado a sus labios.

–Perfecto.

–No puedo irme, eres mi adicción, *cantaora*. Me cuesta separarme

de ti.

–Mañana estaremos juntos todo el día –le susurró ella, mientras sonreía. Un poco más bajo, agregó–: Seré tuya, y serás mío.

–"Hoy puede ser un gran día y mañana también" –cantó David, imitando a Joan Manuel Serrat.

Todos rieron y festejaron la ocurrencia. Los "Barones de la Cerveza" se fueron, y Emma respiró. Media hora después, decidió que estaba lista para enfrentar lo que se avecinaba.

–¿Podrías llevarme a mi casa? –le consultó a Moro–. Me gustaría hablar contigo –agregó en tono más bajo.

–Hubiera sido buena idea hablar antes, ¿no lo crees? –respondió él a tomando su abrigo.

Se disculparon con el resto y se fueron del bar y subieron al automóvil de Moro, en un silencio absoluto solo interrumpido por la música del equipo. Él no hablaba, esperaba que ella comenzara.

–Moro, quiero pedirte perdón. Lo que viste entre David y yo apenas empezó hace unas horas. No quiero que pienses que estuve engañándote o que te oculté algo.

–Qué ironía, la que no creía en el poliamor es la que ha terminado con dos al mismo tiempo sin hacerlos partícipes. Exactamente todo lo que no se debe hacer.

–No seas injusto, Moro. No quiero que pienses que hice esto a propósito. Ayer coincidimos en casa de Begoña con David, tuvimos una cena. Ahí comenzó todo. Además, él sabe de ti.

–Pues lo ha disimulado muy bien.

–Él sabe que yo estaba en una relación informal con alguien. No tiene idea de que eres tú.

–Bueno, por lo visto ya has encontrado un rótulo para lo nuestro: "informal". –Hizo el gesto de remarcar unas comillas.

–Pero es lo que habíamos dicho los dos, por eso lo definí de ese modo.

–No, yo no le puse rótulos. Te dije que viéramos qué iba sucediendo. En una pareja de poliamor, nada se comienza sin hablar con el otro. Has roto la primera regla.

–No he roto ninguna regla, porque nunca acepté estar en una

relación poliamorosa. De hecho, ese punto es el que me impedía comprometerme con esta relación.

–¿Y hoy me tocaba de nuevo a mí? El domingo estuviste conmigo, el viernes con él y hoy yo.

–Moro, no perdamos el respeto. Debemos seguir conviviendo en el trabajo. Yo venía a hablar de esta situación, iba a contarte todo y te iba a decir de dejar lo nuestro en el plano laboral y de amistad. Nunca me imaginé que las cosas se iban a dar de este modo.

–Discúlpame, tienes razón. –Intentó calmarse–. No puedo controlar lo que siento. Estaba muy ilusionado contigo. ¿Has estado con él?

–Es un tema de mi intimidad, no deberías preguntarme algo así. Pero te voy a dar una respuesta, porque no tengo nada que esconder: no, todavía no.

–¿Y estás segura de que debes dejar lo nuestro por alguien a quien solo has besado? Emma, lo que hemos compartido ha sido muy fuerte, ¿cómo puedes alejarte de esto?

–Cuando se tiene esta certeza, cuando un beso te da vuelta el alma y la deja patas arriba, sabes que es algo distinto. Y yo lo sé. No quiero lastimarte, no quiero ilusionarte.

–Es que no me ilusionas; en mi caso, todas las puertas están y seguirán abiertas. Esa es la diferencia entre el poliamor y el amor monógamo. El punto de inflexión es la comunicación, tener todo acordado.

–Pero no puedo dejar esa puerta abierta. No podría estar con ambos y nunca toleraría que quien esté conmigo tenga otras relaciones. Te estoy hablando desde la honestidad pura.

–Yo te sentía tan entregada, tan libre. Estaba seguro de que íbamos a llegar a más.

–Lo nuestro fue muy fuerte, es cierto, pero a nivel físico. Sin dudas tenemos mucha química, mucha piel, pero en el resto de los temas no logramos ponernos de acuerdo. Tu forma de concebir el amor, la pareja, es casi opuesta a la mía. No hay posibilidades de compatibilizar. No podrías dejar de sentir que la vida en pareja es a través del poliamor, intentarías convencerme y yo, limitarte.

–Todo puede acordarse, todo se puede hablar.

–No, Moro. No todo. El amor se siente o no.

–Apenas nos conocemos, no podrías decir que me amas, pero tampoco a él.

–Siento mucha atracción hacia ti, pero el resto de las cosas me alejan. Todo me acerca a David. Siento que a él podría amarlo, incluso en poco tiempo.

–¿Y a mí no?

–Lo lamento, Moro. Pero no. Eres una tentación grande, pero no creo. –Los ojos de Moro mostraron desilusión–. Te pido perdón, no quiero lastimarte, pero necesito ser clara.

–Entiendo. No hay mucho más que decir. Espero que seas feliz, Emma, eres una gran mujer y cualquiera puede enamorarse de ti, creo que yo lo estaba haciendo. Espero que comprendas si tomo distancia de ti.

–Gracias por entender.

–De haber sabido que la noche del domingo sería nuestra única oportunidad, me hubiera esmerado aún más, para dejarte mi piel adherida a la tuya como una etiqueta.

–Moro, no es necesario. Tu cuerpo y tu piel están grabados en mí. Como ya te dije, eres una tentación, he sentido tanto placer. Ese no fue el determinante en mi decisión.

–Adiós. –Él se despidió, dando por terminada la charla.

–Hasta el lunes. –Emma giró para salir y Moro la tomó del brazo de manera sorpresiva. La acercó a él y le dio un intenso beso de despedida.

–Si te arrepientes, estaré listo para volver a hacerte gozar y mostrarte un tipo de amor más libre, pero no por eso menos fuerte y comprometido –le dijo entre sus susurros.

–Si me arrepiento, serás el primero en saberlo. Espero de corazón que encuentres a alguien que crea en ese tipo de amor, tan fuerte como tú –contestó ella sonriendo.

David se fue del bar con una alegría que le hacía cosquillas en el pecho. No esperaba encontrarse a Emma, pero le había encantado.

Salieron con la idea de ir a un café para tomar una buena taza antes de irse a dormir, Alfonso, José Manuel y David continuaron con la propuesta. César partió a la cita con la pelirroja, Antonio regresó al cumpleaños familiar. Se sentaron en una terraza y pidieron la infusión.

–Sabes, amigo, Emma se me hace conocida –expresó Alfonso, mientras esperaban el pedido.

–La conoces.

–¿Cómo es que la conozco? No se me hubiera escapado.

–Debo decirte, David, que además de muy bonita, es divertida –agregó José Manuel–. Seamos honestos, todas las mujeres que has tenido han sido bellas.

–Bueno, sí, todas han sido interesantes, y cada una me ha mostrado partes de su personalidad que me han atraído, pero la realidad es que ninguna me ha interesado más que para compartir algunos encuentros. –Volvió el rostro y por fin le respondió a Alfonso, que esperaba impaciente–. A Emma la vimos hace más de un mes. Estábamos cenando en La Latina tú y yo, y ella pasó caminando distraída. Me llamó la atención, ¿recuerdas? Si hasta estuviste bromeando con que era la mujer de mi vida.

–Ah, sí, ahora la recuerdo. Es ella, claro está. Al final no estaba errado.

–Pues así parece. Emma y yo nos hemos encontrado varias veces. Y cada vez que la veo, descubro algo nuevo de ella que me gusta.

–¿Y qué tal se llevan en la cama? –preguntó José Manuel, sin muchas vueltas. Todos rieron.

–Pues no, hemos estado a nada de hacerlo, pero sentí que quería que fuese especial. Y le propuse esperar.

–Ah, pero ¿tú te has vuelto loco o qué? ¿Cómo es eso de esperar? ¿Se volverán célibes para probar algo del sexo tántrico, acaso? –consultó Alfonso.

–Mira que eres bruto –respondió riendo David–. No, no seremos célibes, no aguantaría tenerla cerca y no poder tocarla.

–Pues, claro, me pasaría lo mismo. Ya estaba pensando en ofrecer mis servicios a la argentina apetitosa si es que tú no podías cumplirle,

vamos –respondió achispado Alfonso.

–Ya mismo te vas quitando esas ideas de la cabeza, que no me la tocas ni tú ni nadie.

–Me has hecho acordar el poema del vallisoletano Félix Antonio González "Que ni el viento la toque" –agregó riendo José Manuel.

–Uhhh, ¿lo recuerdan? Ese poema lo escuché por primera vez en la serie *Verano azul*, Chanquete lo declamaba a uno de los chicos. –Alfonso hacía memoria–: "Que ni el viento la toque, ni mirarla" –comenzó a decir con su voz de locutor. Los demás se sumaron y todos juntos siguieron.

–"Mujer, mi varadero, ni cantarla, porque amarga es mi voz, más yo la canto". –Los tres se pusieron de pie y recitaban mirándose. El resto de la gente que estaba en la terraza comenzó a mirar a esos hombres que decían la poesía con unas voces y una actitud que llamaban a silencio–. "Que ni el viento la toque porque tiene pena de muerte el viento si la toca". –Toda la audiencia explotó en aplausos cuando quedaron en silencio.

Rieron y agradecieron al público, se abrazaron divertidos y volvieron a sentarse.

–Dios mío, hacía años que no escuchaba ese poema. Creo que la última vez era un chico igual que los de la serie –Alfonso se sentó mientras reía de buena gana.

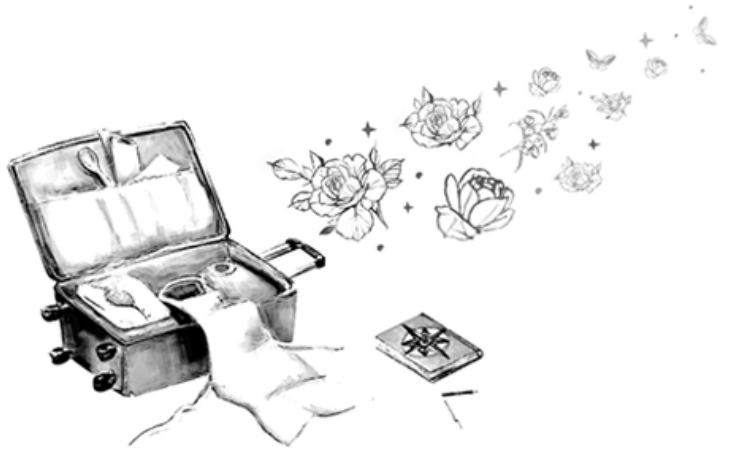
–Qué buen recuerdo –expresó David.

–Es cierto, hemos vuelto en el tiempo a los ochenta –coincidió José Manuel.

La charla continuó animada hasta que David decidió ir a dormir. Debía descansar bien para manejar.

Se despidió de todos luego de contarles sus planes de domingo y se retiró. Cuando llegó a su piso, le envió un mensaje a Emma donde le indicaba que pasaría a buscarla a las once de la mañana.

Ella respondió poco después que no veía la hora de verlo. David se acostó con una sonrisa. Esa mujer tenía un efecto de serenidad en su cuerpo. Se relajó y entró al mundo de los sueños casi enseguida.



Capítulo 30

Luego de desayunar, se dispuso a buscar a Emma. Llevaba un jean elastizado azul, una camiseta de manga corta color negro, una cazadora azabache de cuero y zapatillas urbanas en la misma tonalidad que la chaqueta. Decidió que esta vez no llevaría sombrero. Tomó los lentes de sol oscuros y se perfumó.

Detuvo el coche en el edificio de Emma y le envió el mensaje. Cuando la vio bajar su boca se secó. Estaba bellísima. Llevaba unos jeans azules, una sudadera de manga larga, blanca, con rayas horizontales finas en azul y una chaqueta de hilo larga hasta debajo de las rodillas, blanca. Cerraba el *outfit* con zapatillas urbanas y una mochila pequeña de cuero. También tenía anteojos de sol.

David estaba parado al lado del auto para recibirla, apoyado sobre una de sus puertas. Una sonrisa se instaló en los rostros de los dos. Cuando ella llegó adonde él esperaba, David la tomó con delicadeza de las manos, la acercó a su cuerpo y la besó con intensidad. El perfume de Emma lo invadió por completo y casi no podía pensar en

otra cosa que en hacerle el amor. Las lenguas se reconocían y se acariciaban prometiendo más. Ella lo abrazó y apoyó todo su cuerpo sobre el de él, que reaccionó de inmediato con un deseo inocultable.

–Guau, qué recibimiento –dijo al fin Emma, cuando sus bocas se separaron.

–Es que fueron muchas horas sin verte y justo después de aquella canción, belleza.

–*Mio caro,* Davide, le recuerdo que usted fue quien propuso la espera –dijo ella con marcada entonación italiana.

–Me encanta que me hables en italiano, me seduce mucho. La propuesta de la espera era en función de que el sábado no nos veríamos, pero el destino se empecina en cambiar nuestros planes.

–Qué terrible es este destino, cómo juega con nosotros. Vamos a detenerlo. ¿Y tu sombrero?

–Me gustaría mucho detener todo para disfrutar como se debe, pero temo que esta mujer mágica que tengo delante me ha puesto algún hechizo y no sé si podré contenerme.

–Esa hechicera no debe ser muy agraciada si acude a conjuros para atraerlo, *mio signore*.

–No le permito, es la bella entre las bellas, y no me ha hecho magia, sino que el sortilegio se ha generado apenas cruzamos miradas. –Él volvió a besarla, con más lentitud y delicadeza–. Entremos al vehículo si deseas conocer Toledo, hermosa, o soy capaz de llevarte a tu piso y no salir de allí hasta saciarnos.

–Vamos. –Ella rio al verlo tan afectado y serio cuando le habló.

Se sentaron y David puso primera marcha. El viaje había comenzado. Él le explicó que quería sentir el viento sin limitaciones y por eso había dejado el sombrero. A lo largo del camino fueron conversando sobre los lugares a los que habían viajado y que amaban, y otros a los que no regresarían porque les traían malos recuerdos. Siguieron nombrando lugares que ambos podían conocer juntos. Luego ella le consultó por la situación de los apresados por el secuestro y asesinato de Tiscornia y David le explicó todos los puntos legales que tenían en su contra.

Tomaron la vía más rápida y común, la A-42, conocida como

autovía de Toledo. Después de casi una hora de viaje, llegaron a la ciudad imperial.

David le explicó a Emma que, en el casco histórico de Toledo, la mayor parte de las calles eran peatonales, por lo tanto, lo mejor era dejar aparcado el automóvil y moverse a pie. Las calles de este entramado medieval eran muy estrechas. David se dirigió al estacionamiento de Safont, frente a la estación de autobuses. Desde allí comenzaron la travesía.

Toledo era conocida con el sobrenombre de "ciudad de las tres culturas", debido a la convivencia pacífica, durante siglos, de cristianos, musulmanes y judíos. Una ciudad en alto y rodeada por el foso natural del río Tajo, un emplazamiento defensivo y de vigilancia.

–Todos los pueblos que han configurado la historia de España, romanos, visigodos, musulmanes, judíos y cristianos, dejaron en Toledo su impronta, por eso fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, en 1986, por sus valores paisajísticos, su entorno geográfico, los cigarrales, las vegas y sus miradores –explicó David.

Emma no podía creer lo que veía. Era como si hubiera entrado en un filme medieval o se hubiera colado en una novela de romance histórico de las que amaba leer. Las construcciones, los muros defensivos, caminar por ella era como hacer un viaje en el tiempo y aterrizar en la Edad Media.

Conocieron el monasterio de San Juan de los Reyes, construido en 1476 por orden de los Reyes Católicos, Emma se imaginó que se encontraba en la abadía de la película *El nombre de la rosa*. El estilo gótico del edificio la impresionó; recorrieron el claustro de dos pisos llenos de esculturas y elementos decorativos, la iglesia con varios escudos y símbolos de los Reyes Católicos, así como un precioso retablo.

Una vez terminada la visita a ese monasterio, les aconsejaron volver al centro por la Calle Ángel, una de las más bonitas de la ciudad. David disfrutaba de ver las expresiones de sorpresa de Emma cada vez que descubría un nuevo lugar. Emma sacaba fotos con su celular de los paisajes, de las edificaciones y *selfies* de ellos dos. Quiso

enviarle una foto donde estaban ambos a Sandra, pero se equivocó y se la envió a Abril. Nunca se dio cuenta hasta que recibió su llamada cuando se encontraban en el Alcázar, una fortaleza medieval situada en la parte más alta de la metrópoli:

–Mamá, ¿dónde estás? ¿Y quién es el hombre que tienes al lado y te abraza? Me muero –escuchó que gritaba su hija, muy animada. Las mejillas de Emma se colorearon y le pidió disculpas a David para hablar a una distancia considerable.

–Hola, hija, ¿cómo estás? No me di cuenta de que te había enviado la foto a ti –bajó aún más el tono de voz para continuar. David estaba a unos pasos y leía mensajes de su propio móvil–: Se llama David Soto. Es muy divertido, y se ofreció a traerme a conocer Toledo.

–Divertido y lindo, mamá. Hacen muy linda pareja.

–Hija, no pasa nada, somos amigos, nada más. –Emma no quería que sus hijos supieran de su vida amorosa hasta que fuese algo serio, pero tampoco quería hacer sentir mal a David si escuchaba, por eso hablaba muy bajo.

–Mamá, en la foto él te está mirando, y de un modo tan lindo… Ese hombre está enamorado, estoy segura.

–Demasiadas novelas de romance, Abriluchi. Bueno, te dejo, así terminamos de recorrer.

–Dale. Y mándame fotos, si en ellas está el español, bienvenido sea.

–Hija, eres tremenda –rio Emma, y recibió una carcajada de la hija a través de la línea. Cortó y se acercó de nuevo a David, que la abrazó y le dio un beso.

–Mi hija. Te manda un saludo. No me di cuenta y le envié la foto que nos tomamos juntos.

–¿Y eso es malo?

–No, para nada. Ahora ya te conoce.

–Pues, me encantaría conocerla a mí también, así estaríamos a mano.

Emma buscó en su galería fotos de su hija y encontró una de los últimos días que compartieron antes de su partida a Madrid. Giró el teléfono y se la mostró.

–Es tan bella como su madre y parece divertida.

–La verdad es que es una mujer divertida, es cierto.

–Se te parece. Tiene rasgos similares a a los tuyos. Muy hermosa, aunque me quedo con la madre –dijo y la abrazó, besándole el cuello.

–Ah, bueno, qué suerte que me eliges a mí, ya me iba a preocupar –bromeó ella–. Mi hija es un ser maravilloso, y no lo digo porque sea su madre, sino porque de verdad lo es.

–No lo dudo.

–Y este es Gerónimo, mi hijo –volvió a decir ella, mientras buscaba la foto.

–Tiene una mirada que dice mucho; es muy sensible, ¿no?

–Exactamente. Es así. ¿Cómo te diste cuenta?

–No lo sé, fue la sensación al ver sus ojos, su gesto.

–Ya que estamos de presentaciones, deberías mostrarme foto de tu Francisco, ¿no te parece? Lo vi en una situación complicada y no lo recuerdo con claridad.

Él soltó el abrazo en el que la mantenía y buscó en su propio celular. Encontró una foto que les habían tomado en el cumpleaños de Marina.

–Él es Francisco. Mi orgullo.

–Es muy lindo, David. –Emma hablaba con una sonrisa en los labios–. Se parece mucho a ti; la nariz, la forma de los ojos.

Siguieron caminando y contándose anécdotas de sus hijos. David le propuso caminar hacia la plaza de Zocodover, que quedaba cerca. La cervecería El Trébol, que el detective conocía bien, estaba ubicada dentro de la antigua zona islámica. Le contó que era un lugar hermoso donde se comía muy bien.

Hacia allí encaminaron sus pasos y en minutos llegaron al restaurante. Se trataba de un edificio histórico restaurado. El interior era precioso y bastante cómodo, con paredes de piedra, pisos lustrosos y mobiliario bastante moderno, pero como aún hacía buen tiempo, decidieron sentarse afuera, en la terraza

Pidieron un tapeo: un croquetón de jamón casero, una bomba trébol y una porción de carcamusas. La bomba era una papa rellena de carne, ají pimiento, alioli y tomate picante, y la carcamusas, un guiso de magro de cerdo y tomate. Ambos pidieron limonadas para beber,

con unas hojas de hierbabuena.

–Lamento haber tenido la idea de haber venido en mi coche, Emma, podríamos haber degustado alguna de las sabrosas cervezas que caracterizan este lugar, o un tinto de verano con espuma de limón que es exquisito. Pero debo conducir. Tú sí puedes hacerlo.

–No, David, la próxima vez que vengamos lo hacemos en tren y probamos juntos.

Comieron y siguieron el recorrido. Visitaron emblemática la catedral de Toledo, quizás el edificio más representativo de la ciudad.

Al atardecer David, la llevó a su sitio favorito: el Mirador del Valle. Aunque se lo llamaba así, en singular, estaba compuesto por varios, y desde cada uno se podía lograr una perspectiva panorámica distinta de algunos de los edificios más característicos, como el Alcázar y unas fantásticas vistas de la ciudad y el río Tajo.

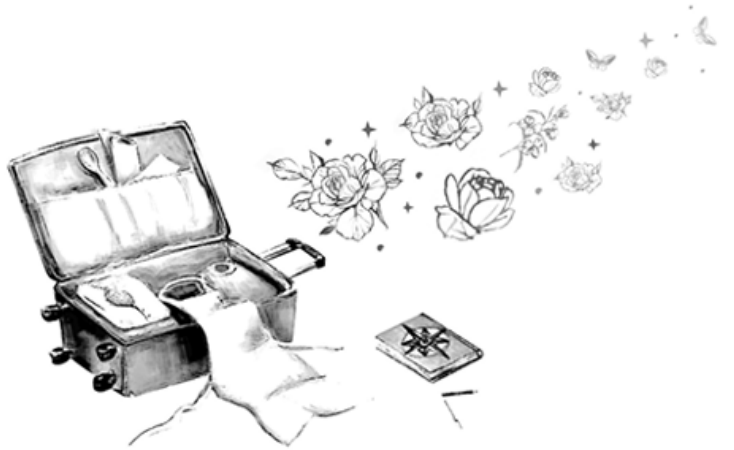
En el momento del crepúsculo, la iluminación natural sumada a la del tendido eléctrico de la ciudad hacían que los colores se tornaran mágicos y dignos de volverse postal. Emma sacó varias fotos del paisaje en general, y en las últimas, el sol, que intentaba esconderse detrás de los edificios, aparecía en el encuadre.

–Es… sublime. Gracias por compartir este tesoro conmigo, David –comentó emocionada Emma.

–Gracias a ti, hechicera, por confiar en mí. Al menos esta vez he logrado que la magia llegue a ti. Siempre eres tú la que me hipnotiza.

Tomados de la mano, y serenos, comenzaron la caminata para buscar el auto, antes de que se hiciera muy oscuro. Poco más de media hora después subieron al coche y pusieron dirección a Madrid.

La noche apenas comenzaba a mostrarse y aún los esperaba lo mejor.



Capítulo 31

Llegaron al edificio de Emma y subieron. La anticipación los tenía bastante nerviosos, pero lentamente se fueron aflojando. En el ascensor, David aprovechó para besarla; al inicio, con calma, y luego fue incrementando los ataques a esa boca que lo volvía loco.

Las puertas se abrieron y tardaron unos segundos en separarse. Ella lo miró con un mar de promesas flotando en sus ojos y él le dio un beso corto como acordando tomar su palabra.

Abrió el portal de su mundo y lo dejó entrar. Él fue por delante, ella cerró detrás de sí y él se dio vuelta. Se midieron en silencio. La penumbra sugería y ellos no podían evadirse de sus instintos. La idea era cenar primero, pero sus cuerpos reclamaban reconocerse, explorarse, sentirse.

David se acercó a ella, que seguía con la espalda apoyada en la puerta de madera. Sin decir palabra, la tomó del cuello y volvió a invadir su boca como lo había hecho minutos antes en el ascensor. Las lenguas se divertían y se encantaban. La piel reclamaba el tacto. Y

cada uno fue abriendo las prendas del otro; lo hacían sin apuro, disfrutando de cada cosa que caía al piso. Cuando quedaron desnudos, David dio un paso atrás, cortó el beso y la observó con ojos hambrientos. El iris, que siempre tenía un color marrón muy claro, estaba negro por completo, las pupilas habían ganado todo el lugar y el deseo goteaba con cada pestañeo.

–Eres más hermosa de lo que imaginé, Emma. Me vuelves loco.

–Eres tan hermoso. Te necesito.

–Y yo a ti, hechicera.

–Ven, por favor.

Volvió a abrazarla en un movimiento brusco. Su respiración mostró la agitación de su pecho. Todo su cuerpo se había revolucionado de un modo desconocido para él.

Fueron moviéndose sin soltarse, unos pasos; los pies se les enredaron en las prendas que habían dejado caer y casi tropiezan. Cortaron el beso y rieron. Emma lo tomó de la mano. Fueron al dormitorio y encendió una pequeña luz de noche. Volvieron a besarse. Las manos de ambos recorrían los cuerpos, reconocían nuevos espacios, modelaban relieves. David, con delicadeza y devoción, acarició los pechos de Emma, que no pudo contener los gemidos. Ella recorrió con las manos los hombros fuertes, que tanto peso habían soportado en la vida, el pecho ancho y generoso que alojaba un corazón inmenso, y descendieron lentamente por la cintura y cada vez más abajo, explorando la ruta que la llevaría a la cima del placer. La respiración de David se entrecortaba por la excitación. De pronto él cortó el contacto, la miró y le habló con una voz más gutural:

–Necesito entrar en ti, Emma. No puedo aguantar un minuto más sin sentirte.

Ella se acostó mirándolo en todo momento, se acomodó con el cuerpo estirado y las piernas abiertas, exponiéndose por completo. David le pidió un instante para buscar protección, que había quedado en sus pantalones. Volvió en unos segundos. Una vez que el profiláctico estuvo colocado, se arrodilló sobre la cama, a los pies, y fue acercándose como un predador se acerca a su presa: la mirada directa, relamiéndose, agazapado. Cuando llegó al centro del placer

femenino, decidió jugar y provocarla. Emma estaba muy excitada y no dejaba de gemir. Lo observaba hacer y él no le quitaba los ojos de encima. La conexión estaba en el tacto, pero también en la mirada que no se cortaba con nada.

Ella estaba lista para recibirlo, lo supo enseguida. Comenzó un juego de provocación acariciándola. Los sonidos que emitía Emma eran cada vez más intensos. David se detuvo y se acercó gateando sobre ella, lamió los pezones de camino y la besó con los ojos cerrados.

–Eres tan sabrosa, Emma, eres un elixir de los dioses, me volveré adicto a ti, estoy seguro, querré más de ti todo el tiempo.

Terminó de decírselo y la penetró por completo de una manera lenta. La invasión se sintió placentera para la que la recibió y para el que la realizó. Ambos gimieron al ensamblarse. Debieron detenerse unos instantes y se miraron fijo, como si los ojos pudieran decir más que las palabras, como si sus almas pudieran acariciarse en ese momento.

Ser contenido se sentía extraordinariamente bien. Nunca había percibido un acoplamiento más perfecto. Se acoplaban de un modo magistral. Ella era su lugar en el mundo, estuvo tan seguro de eso que de pronto vio todo con claridad. Ella era su persona en el mundo, Emma lo era todo.

Contenerlo y que él ocupara todo su interior la estremeció, y le generó una impresión de completitud que no había experimentado antes. Sus cuerpos eran un rompecabezas que había esparcido sus piezas por el planeta, y en ese preciso segundo todo se unió y la imagen quedó completa. David era cuerpo y alma, conexión total. Era su alma gemela. Lo supo de manera súbita.

Una vez que se recuperaron de las sensaciones potentes de sentirse unidos, él comenzó con movimientos profundos, un vaivén seductor que arrancaba frases inconexas en Emma. Estaba abrumada por completo.

De pronto, las penetraciones se hicieron más seguidas, e intentaban llegar más adentro. Emma estaba cerca de la cima; él lo adivinó. David aceleró sus meneos y comenzó a sentir la electricidad que

indicaba que su orgasmo estaba avecinándose.

Como una gran explosión de fuego y colores, los dos gritaron el éxtasis en la boca del otro, ambos con los ojos cerrados y entregados por completo. Los temblores y la conmoción se mantuvieron un tiempo que les pareció extenso. El placer de cada uno replicaba en el otro, provocando sensaciones más intensas aún.

Se quedaron quietos, uno encima de la otra, entrelazados por el abrazo y las piernas de ella que circundaban la cintura masculina. David apoyó su frente sobre la de Emma, y fue abriendo los ojos con lentitud. De pronto, el silencio se quebró con la voz de él:

–Dime que para ti fue tan único e inmenso como para mí.

–No encuentro las palabras.

–Sublime, superior, excelso, glorioso, extraordinario, prodigioso, majestuoso, impresionante, formidable, puedo seguir diciendo adjetivos, pero ninguno hace justicia a la grandiosidad de lo que hemos hecho. Es más grande que el sistema solar, es una supernova.

Rieron ante la frase de David, pero así había sido. Una conmoción absoluta, el mundo no volvería a ser el mismo después de esa noche, al menos no para ellos.

David la besó se acostó a su lado y le tomó la mano, entrelazando sus dedos.

–Estoy a tu merced, Emma. Me tienes en tus manos –hablaba con los ojos brillantes de lágrimas, conmovido por completo–. Si no estás preparada para empezar una relación conmigo, este es el momento. Y cuando digo relación, me refiero a que no podría compartirte con nadie más, quiero que estemos en exclusiva –aclaró haciendo mención, de manera velada, a la otra persona que ella había mencionado, con quien tenía “una relación informal”.

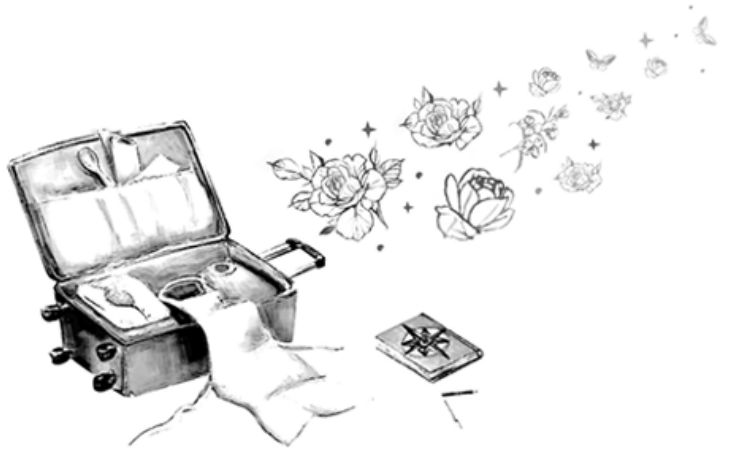
–Hacer el amor contigo ha sido tan especial… Estoy segura de que esto fue apenas el comienzo. –Ella giró, enfrentándolo y obligándolo a ponerse en la misma posición–. Tengo mucho miedo, pero he arrancado mi corazón de cuajo y te lo estoy entregando entero. Es tuyo, te pertenece. Eres el único que lo puede destrozar.

Se abrazaron con fuerza. El silencio dijo lo que sus bocas no necesitaban aclarar. Los juramentos y promesas estaban sellados en

sus cuerpos, y nada podría borrarlos.

Se quedaron en la cama, con las piernas entrelazadas y los brazos sobre el otro, acariciando la piel. Cuando el estómago de David rugió, ambos rieron y Emma ofreció calentar la cena que había dejado casi lista.

Cenaron cerca de la medianoche. Después de terminar, volvieron a la cama. La noche recién empezaba y ellos tenían sed del cuerpo del otro…



Capítulo 32

El amanecer los encontró abrazados y desnudos, espalda femenina sobre pecho masculino, ambos aferrados.

El primer rayo de sol se filtró en la habitación y cayó sobre el rostro de David, que intentaba seguir durmiendo. Fue despertándose con lentitud. Abrió los ojos; la modorra no le permitía despabilarse del todo. Respiró profundo; el perfume de Emma lo invadió por completo y lo volvió loco de excitación. Pegó su cuerpo al de ella que, aun sin despertarse, se acercó a él, anhelante.

David no era de los que se quedaban a dormir en casa de sus amantes. En general, después del sexo, se vestía y se iba. Con Emma todo era distinto. Estaba apenas abriendo los ojos, era de mañana y no quería irse.

David se acercó a ella y Emma cambió el ritmo de su respiración. Se despertaba de a poco. Giró con pereza y lo besó, a la vez que hacía un ronroneo cariñoso.

–*Bon giorno, caro mío*.

–Buen día, hechicera. Podría acostumbrarme a despertar de este modo.

–Yo también, ¿dormiste bien?

–Dormí bien, y tuve un sueño extraño en el que una hechicera se apoderaba de mi cuerpo y hacía cosas terribles con él.

–¿Terribles? –dijo Emma acariciándolo debajo de las sábanas.

–Uf –el aire escapó de sus pulmones al sentir las caricias–. No recuerdo con exactitud, todo es bastante confuso. Tal vez debería refrescar mi memoria.

Se besaron, primero con urgencia, y con deliberada lentitud después, porque querían disfrutarse. David estiró el brazo para tomar el último preservativo que le quedaba. Emma no lo dejó moverse, lo acostó sobre su espalda, ella se fue levantando, pasó una pierna a cada lado del cuerpo masculino, y lo hizo entrar profundamente en ella. Se sentó sobre él de manera brusca. David se levantó como un resorte al sentirse contenido por completo. Se puso a la par de ella y comenzó con un juego de caricias en los pechos femeninos.

Emma subió despacio, y volvió a bajar de manera brusca. David expulsaba el aire con cada movimiento de ella. Estaba muy excitado y sabía que no iba a durar mucho.

–Dios mío, Emma, cómo me gusta estar dentro de ti.

–Me encanta sentirte dentro de mi cuerpo. No pares –agregó entre susurros. Sentía el cosquilleo característico previo al orgasmo.

Ella incrementó la velocidad en subidas y bajadas, sumó meneos hacia adelante y hacia atrás.

–Hechicera, me tienes muy encendido.

De pronto, una explosión nació en el botón del placer de Emma. Su cuerpo mostró un temblor generalizado y un grito de goce escapó de su garganta, a la vez que arqueaba su espalda de un modo casi antinatural. David la tomó con fuerza con un brazo, para evitar que cayera, y con el otro apretaba la cadera femenina para lograr mayor profundidad. Dejó de controlar su propio clímax y lo liberó con un gruñido casi animal.

Cuando las convulsiones de los cuerpos se calmaron, cayeron desmadejados sobre la cama. Respiraban con agitación, pero ambos

tenían una sonrisa en el rostro.

David tomó la mano de Emma.

–Emma, me tienes bajo tu poder –giró y se puso sobre ella, acercando sus labios–. Aquí quiero quedarme por toda la eternidad, tu cuerpo es mi mundo –susurró.

–Y el tuyo es el mío. Te juro que he tenido orgasmos en mi vida, pero ninguno tan intenso. –Corazón, cuerpo y química eran la trinidad perfecta.

Sonó el celular de David, era una alarma que programaba para levantarse e irse a trabajar. La detuvo extrañado. Los fines de semana no sonaba.

–¿Qué día es hoy?

–*Amore*, ¿el éxtasis te dejó amnésico? –bromeó ella–. Es lunes.

–Hechicera, es que tus poderes me dejaron noqueado. Juro por Dios que creí que era domingo. Pero ahora que me lo aclaras sí, ayer fue el paseo por Toledo. O sea, debo ir al trabajo.

–Puedes tomar una ducha en ese baño –señaló–. Yo voy a preparar un desayuno.

–Me encanta. De todos modos, preferiría no tener que salir corriendo.

–Pues ya habrá oportunidad. No te creas que te voy a dejar escapar después de lo que dibujamos entre las sábanas. –Mientras hablaba, ella se fue poniendo de pie, se puso la bata, la cerró y pronunció la última frase sobre los labios masculinos que besó con delicadeza–. Creo que hay una pintura de nuestros rostros tocando el cielo en ellas. Te espero en la cocina con un café exquisito.

–Siempre dices las palabras justas para excitarme.

–Ah, qué feo –exclamó ella haciéndose la ofendida–, creí que era yo la que te excitaba, no mi café.

–Es un combo irresistible, debo reconocer –bromeó él.

Salió vestido y con el cabello mojado, fue a la cocina y ella ya tenía el desayuno casi listo. El café se olía desde el cuarto, era un aroma tan intenso que invitaba. Había cortado frutas, algo de queso, pan y rebanadas de jamón.

–No sabía qué estilo de desayuno te gustaba. Preparé frutas, pero

por si eres de los que prefieren algo salado, también hay queso y jamón.

David se acercó y la encerró entre la encimera y su propio cuerpo, poniendo sus brazos como límites geográficos.

–Me gusta todo lo que me des, bella. Dulce o salado, tú eres el oxímoron perfecto. Tus besos son los más dulces que he probado, tu cuerpo es salado y los dos sabores maridan a la perfección. Si a eso le sumas el café, ya ves, tú eres mi desayuno ideal.

La besó nuevamente. Y luego de unos segundos separaron sus bocas con agitación.

–Debo ir al trabajo, juro que me quedaría y te daría todo el placer del que soy capaz, y más también…

–Lo sé, estoy igual, y también debo irme al hotel.

Se sentaron a disfrutar de los manjares y, después del desayuno, David llevó a Emma a su trabajo. Ella entró a la cocina con una sonrisa que no podía ocultar. Se cruzó con Begoña, que la tomó del brazo y la hizo entrar a su oficina.

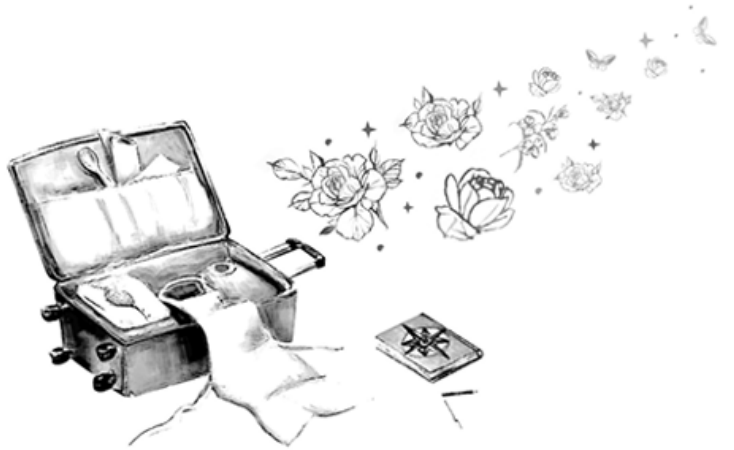
–Dime que te ha caído bien mi amigo David. Los invité convencida de que iban a gustarse. Cuando se ofreció a llevarte, mis esperanzas crecieron. Dime que no me equivoqué.

–Bego, no te escribí en el fin de semana para contarte nada, ¡perdón!

–Nada de eso. Dime ¿te gusta?

–Bueno, debo reconocer que me sorprendió verlo en tu casa. Pero todo salió tan bien. David es tan hermoso.

Mientras Emma le contaba, sin demasiados detalles, el fin de semana, Raquel pasó por el sector y las vio hablando a puerta cerrada. La argentina ya no le caía bien, estaba segura de que tenía la intención de quedarse con su puesto, y allí estaba, haciendo buenas migas con su superior. Debía sacársela de encima, como lo había hecho con el chef repostero que ocupaba ese mismo lugar unos meses antes. A Raquel Guerrero nadie le quitaba su trabajo, y menos una arribista. Ese día comenzaba la guerra. Esa mujercita iba a saber lo que era meterse con ella.



Capítulo 33

David entró en la oficina y se preparó un té. Había pasado por su apartamento para cambiarse la ropa.

La Guardia Civil y la Brigada de Homicidios estaban en todos los noticieros y en los titulares de los periódicos; habían desbaratado a una de las más grandes bandas criminales de Europa y todavía seguían realizando detenciones.

David observaba la pared repleta de fotos, documentos, perfiles, que se iban uniendo por líneas rojas. Todos los caminos, todas las líneas, llevaban a Roma y Darla era Roma.

Contra su costumbre, David se sirvió un té. No estaba mal. En ese instante llegó Francisco y se sentaron a conversar.

–¿Hubo algún adelanto que me haya perdido durante el fin de semana? –preguntó David.

–Nada. A propósito, estuviste desaparecido. No supe de ti desde el viernes. ¿Cómo te fue en casa de Begoña? ¿Te presentó una amiga?

–El destino está empecinado en cruzarme con la misma.

–¿La misma? ¿Quién?

–Emma Graviotti, la argentina.

–Ah, pero no puedo creer la coincidencia.

–Pues, verás, no es tanta coincidencia. El universo escuchó mis pedidos. Emma trabaja en el mismo hotel donde Begoña es chef. Yo tenía la intención de preguntarle durante la cena, y conseguir algún encuentro. Y resultó que ellas se llevan muy bien, y Bego la había elegido para presentármela.

–¿Y cómo estuvo entonces el encuentro?

–Increíble. No daré detalles, pero basta decir que esa misma noche probé sus labios, y quedamos en ir a pasear a Toledo el domingo. Pero este universo que juega nos cruzó la noche del sábado en un bar de karaoke. Yo estaba con los Barones y ella con sus compañeros de trabajo.

–No me lo creo. Es como si estuvieran destinados.

–Me hace ilusión, siento que es así.

–¿Y me dices que hasta ahora solo le has robado unos besos? ¿Qué le está pasando al Soto que conozco, que avanza sin miedos? –bromeó su hijo.

–Nadie dijo que me haya quedado en el beso –guiñó un ojo–. Debo reconocer que me vuelve loco y que puede ser algo serio.

–Me sorprendes mucho. Que ya lo pongas a esa altura es muy extraño en ti. ¿Cómo es eso?

–No sé, todo me atrae, su charla, su forma de pensar, su cuerpo, todo. Y lo que es mejor aún, me gusta quien soy yo cuando estoy con ella. Quiero sorprenderla, quiero tener detalles románticos, quiero flores, bombones y todo el paquete.

–¡No lo puedo creer! Creo que no exagero si digo que nunca te he escuchado hablar así de una mujer.

–Es cierto. Después de tu madre, nadie me ha hecho sentir de este modo, con ninguna he repensado mi soltería.

–¿Y con Emma sí?

–Tengo ganas de compartir todo con ella, tal vez sea muy pronto. No quiero apresurarme, pero no soy un muchacho para no distinguir una relación pasajera de algo más profundo. Y estoy seguro de que es

lo segundo.

Francisco estaba emocionado por su padre, lo alegraba verlo tan entusiasmado. Además, Emma le parecía una gran mujer.

Ese fin de semana, Francisco había salido por segunda vez con Luca, un joven genovés que conoció a través de una aplicación y con quien tuvo una química increíble en poco tiempo. Comprendía las sensaciones de su padre, las identificaba porque Luca lo encendía de la misma manera. Cada vez que tocaba a ese joven, parecía que el mundo se detenía, nada ni nadie importaba, solo sus cuerpos entregándose placer. De todas las personas con las que había compartido citas, Luca era el primero con el que repetía encuentros; incluso, lo esperaba con ilusión. Francisco no sabía si eso se perfilaba como algo serio, pero lo que sí tenía claro era que no se parecía a ninguna otra de sus relaciones. Y le gustaba. Cómo no comprender entonces lo que su padre le explicaba. Francisco entendía a la perfección la diferencia entre sexo y amor. Todas sus relaciones habían sido sexuales. No buscaba una pareja estable, así que huía cuando algo empezaba a volverse serio. Y Luca había llegado a su vida para cambiar todo. Cuando empezaron a comunicarse a través de la aplicación de citas, imaginó que tendrían buen sexo y no mucho más. La primera cita fue en un restaurante de comida árabe, rodeados de aromas exóticos y afrodisíacos; la conversación se volvió tan interesante que se olvidaron de que estaban intentando seducir al otro. Todo fue dándose de un modo tan natural, tan simple...

Para lo que no estaba preparado Francisco era para sentir un tsunami en su cuerpo al momento que la lengua de Luca rozara la suya. Ningún beso volvería a ser el mismo. La conmoción fue tal que debió cortar el beso un instante y tomar aire; lo miró a los ojos extrañado, como no pudiendo creer lo que vivía.

Si las cosas marchaban bien, en unas semanas les hablaría a sus padres de él. Todo esto era nuevo. Pero cada vez que ese italiano fornido lo abrazaba, besaba su piel, se entregaba a él, Francisco creía tocar el cielo con las manos.

David recibió un mensaje de texto, terminó de responderlo y se quedó mirando a su hijo.

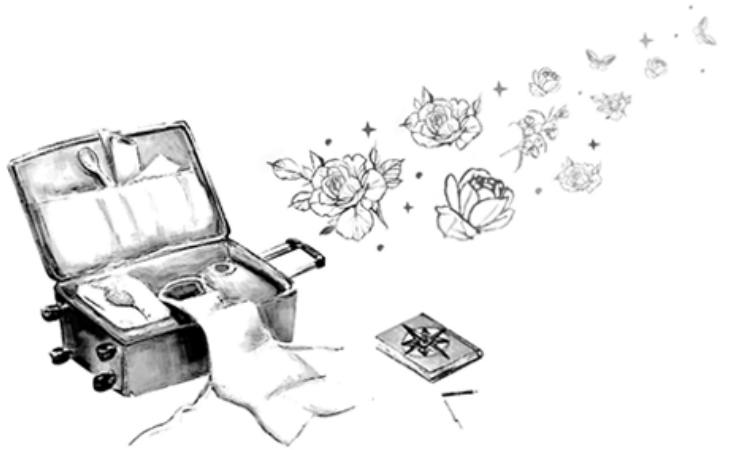
–Parece que alguien está recordando algo que lo hace muy feliz. Mi madre siempre decía “El que solo se ríe, de sus picardías se acuerda”.

–Deja las bromas. Me voy a mi oficina. Aitana ha recibido un nuevo caso y debo ponerme al día. Vine hasta aquí para saber de ti.

–Ve, hijo. El deber nos llama –bromeó el padre–. A mí también me espera nuevo caso. Estaba haciendo limpieza de mi pared de análisis.

Francisco saludó a su padre y se marchó. David se puso a despegar del muro todo lo referente al secuestro y muerte de Tiscornia; el caso estaba en manos del juez.

Apenas había pasado unas horas separado de Emma y ya necesitaba saber de ella. Buscó un emoji de una carita sonrojada con tres corazones alrededor, pero dudó en el momento de enviarlo. *¿Cómo tomará Emma ese emoji? ¿Le estoy dando a entender que estoy enamorado?* Mientras pensaba todo eso, debajo del chat de Emma apareció la leyenda “en línea” y entró un mensaje corto pero contundente. Un corazón rojo que latía. ¿Qué le había querido decir con ese dibujo?



Capítulo 34

Las dos semanas siguientes de trabajo en el hotel fueron intensas. Emma se vio con Moro cada día; él se mantenía en su isla, distante. Se saludaban a la entrada y luego ya no volvían a dirigirse la palabra. Ella lo observaba, pero su gesto adusto la obligaba a mantenerse lejos. No quería molestarlo.

Emma estaba extrañada. Le habían encargado una *croquembouche* –una torre de bolas de pasta *choux*, rellenas y bañadas de caramelo, sobre una base de *nougatine*–. Era un postre bastante difícil y la sorprendió que Raquel se lo encargara, pero era una prueba que estaba segura de pasar. Emma conocía la complicación de la pasta y la hacía a la perfección. También tenía que preparar una crema pastelera para el relleno. Fue alistando cada parte de la receta con atención. Había preparado la *nougatine* la noche anterior y la había dejado lista. El punto importante, y que funcionaba como unión de todo, era el caramelo; Emma debía ser muy cuidadosa en su elaboración, pues tenía que lograr el punto exacto. Lo preparó con mucho cuidado y

todas las previsiones. Pero contra toda suposición, el problema no estuvo en la decoración de hilos color ambarinos, sino en que la crema estaba salada. Nunca se dio cuenta de que había usado sal en lugar de azúcar.

Se disculpó con Raquel por no haber cumplido en tiempo y forma y escuchó una retahíla de regaños. En un momento sospechó una intervención externa, tal vez Moro; el hecho de que casi no hablara con ella reforzaba su intuición. Pero se negaba a pensar que se portara de manera tan mezquina.

Ese lunes Raquel le había indicado que se movilizara al sector de elaboración para celíacos. Salomé, la encargada de ese puesto, había tomado licencia por una gripe y alguien debía reemplazarla. A Emma le pareció buena idea estar alejada de Moro. La tensión iba creciendo y ella sospechaba que en cualquier momento iba a explotar y le diría lo que pensaba de su comportamiento. Esa semana trabajaría lejos y ni siquiera compartirían hornos, puesto que, para evitar la contaminación cruzada, el sector de celíacos poseía sus propios hornos.

Allí se elaboraba bollería, postres y pan sin TAC, con una variedad de harinas libres de gluten. Estaba cada una en su gaveta, con rótulo. Era imposible equivocarse.

Raquel le indicó elaborar panes variados y dos tortas, una de chocolate y otra de vainilla y frutas. Emma trabajó toda la mañana. Había entrado más temprano que nunca para terminar los pedidos a tiempo. Amasó cada uno de los estilos de pan que le habían indicado. Los puso al horno y continuó con los bizcochuelos. Una vez horneados, esperó a que enfriaran para rellenarlos y decorarlos. Todo quedó perfecto antes de la hora del desayuno y también había una cantidad suficiente para cubrir la hora del té, porque el sector con alimentos para celíacos no solía vaciarse tan rápido como el resto de las presentaciones.

Se puso todo en el salón y se dio comienzo al servicio. Al mediodía, dos huéspedes del hotel, celíacos, se habían sentido mal. Aseguraban que lo que habían consumido tenía gluten.

–Emma, le advierto que, si los clientes presentan una queja formal,

usted estará en problemas. Deberemos mandar a analizar las harinas que usted usó. En caso de que se pruebe que hubo desidia por su parte, su trabajo penderá de un hilo –expresó Raquel, como si disfrutara de ponerla en un aprieto.

Emma estaba bastante nerviosa y llamó a David angustiada. Esa semana compartida los había unido mucho.

–*Amore,* te juro que no lo puedo creer. Fui muy cuidadosa. Tengo muy presentes los riesgos en este tipo de preparaciones. Mi hija Abril es celíaca. Jamás haría algo que pusiera en riesgo la vida de nadie.

–Lo sé, Emma, te creo. Te conozco. No dudaría jamás de ti. Debe de haber una forma de probar que alguien está tratando de comprometer tu trabajo.

–Bueno, te diré que lo está logrando. Raquel me acaba de decir que lo puedo perder.

–Ni hablar, eso no ocurrirá. Lo vamos a descubrir. ¿Sospechas de alguien?

Emma dudó en contarle a David sobre la relación que había tenido con Moro, pero era el único de quien desconfiaba. Respiró profundo y lo dijo:

–Moro, un compañero con el que estuve en una relación abierta antes de empezar contigo.

David sintió que un frío le corría la espalda. Ella había mencionado algo al respecto al comienzo, pero no había vuelto a hacerlo. No le gustaba nada que Emma conviviera con un ex a pocos metros de su cocina.

–Nunca hablaste de él.

–No lo creí necesario. Antes de que nosotros comenzáramos, hablé claro con él y se terminó. Ninguno estaba enamorado, apenas estábamos conociéndonos. No lo tomó bien; sin embargo, tampoco creo que sea como para vengarse de esta manera. Pero siendo honesta, no se me ocurre nadie más.

–Tal vez tú no estuvieras enamorada, pero él sí, y no lo habías notado. Déjame investigar algo y te llamo en un rato.

Emma cortó y se quedó pensativa. ¿Habría hecho bien en contarle sobre Moro? No lo sabía, pero esa situación la había sacado de su eje.

Llamó a Gerónimo para contarle y él la escuchó en silencio:

–Mamá, ¿estás segura de no haber cometido un error? A lo mejor estabas distraída y no te diste cuenta.

–Hijo, sabes que soy muy cuidadosa con este tema. ¿Me equivoqué alguna vez con Abril?

–No, es cierto. Pero te veo como dispersa este último tiempo.

–No, Gero, no estoy dispersa. Estoy feliz por algo que quiero contarles a ti y a tu hermana, pero no de este modo. Estoy con alguien, estoy en pareja, y eso me tiene como dices. Pero en mi trabajo soy la misma persona responsable de siempre.

–¡Qué sorpresa! No puedo creer que al final alguien se ha ganado tu corazón.

–Sí, me imagino que te sorprendí.

–Mucho. Es que desde que sucedió lo de papá, pensé que el tema pareja estaba cerrado. Te escuché mil veces decirlo.

–Me equivoqué, hijo. Conocí a un hombre íntegro, bueno, que me hace experimentar todo lo que había creído no volver a sentir.

–¿Lo conozco?

–No en persona. Es el detective Soto.

–¿El de caso en el que fuiste rehén?

–Sí, él estaba a cargo de la investigación.

–Lo he visto en la televisión. Es de los buenos, mamá. Me gusta. De todos modos, lo diré con certeza cuando lo conozca y pueda hablar con él. Porque me lo vas a presentar, ¿no?

–Ay, hijo, no me pongas más nerviosa. No me digas que tienes que dar tu aprobación.

–No, mamá. Te estoy haciendo una broma. Por supuesto que eres libre de elegir al hombre que esté a tu lado, solo que quisiera conocerlo, ¿o acaso está mal?

–No, no está mal. Lo único que te pido es que no lo empieces a investigar como sueles hacer con tus páginas espías.

En el instante en que su madre lo dijo, Gerónimo sostenía el celular en el hombro y buscaba en la computadora el nombre del novio de su madre. Ya había encontrado algunos archivos e información.

–Mamá, ¿cómo crees? Soy un hombre respetuoso de la privacidad.

Nunca lo investigaría sin tu consentimiento –dijo, mientras guardaba dos archivos para leer. Su madre ya había sufrido demasiado en la vida; si él podía investigar al hombre y asegurarse de que no fuese un rufián, lo haría. Solo pretendía que su madre no saliera lastimada.

–¿Acaso piensas que soy tonta? Seguro que ya lo estás buscando. Gerónimo Ferrero, te conozco. Ya mismo dejas de buscar –expresó ella con voz de autoridad–. ¿Me crees una ilusa a la que pueden engañar?

–No, mamá, pero…–ella lo cortó.

–Pero nada. Soy una adulta que ya padeció engaños y aprendí lo suficiente. Además, para tu información, quiero decirte que no es el primer hombre en mi vida después de la separación de tu padre. Algo de experiencia tengo.

–¡Mamá! No te imaginaba.

–Uno no imagina que los padres son humanos. Yo soy una mujer, atraigo y me atraen. Punto. Deja en paz a David. Es un gran hombre, ya lo vas a conocer.

Gerónimo cerró los archivos y fue cerrando las páginas que había abierto. Lo poco que había leído hasta ese instante hablaba bien del detective. Quería confiar en el instinto de su madre.

–Tienes razón.

–Mejor así, hijo. ¿Y tú? ¿Cómo está tu trabajo? ¿Tu vida?

–Todo igual. Sigo trabajando bastante; este es el peor período del año. Te prometo que, en cuanto me libere un poco, vamos a ir a pasear. Ya conoces Toledo, ¿no?, podríamos ir a Segovia.

–Sí, me llevó David. Un lugar soñado. ¿Y de Mile sabes algo? Hace mucho que no la nombras.

–Es largo… Cuando nos veamos te cuento.

–¿Se pelearon?

–No, mamá. Es algo más complicado. Cuando nos veamos te cuento, mejor.

Se despidieron y Emma se dirigió al sector de empleados. Debía esperar a Raquel.

Cuando el resto del personal se retiró, Begoña citó en su oficina a

Raquel y a Emma. La última temía por su fuente laboral. Estaba muy nerviosa. Una situación como la que estaba viviendo no solo podía generar que la despidieran, sino además convertirse en un antecedente para que no le dieran buenas referencias para próximos destinos laborales. Su vocación y su carrera estaban en juego.

–Buenas noches. Las hice venir para aclarar la situación –comenzó Begoña, seria.

–Muy bien, estamos dispuestas a ir al fondo de esto –aclaró Raquel. Emma se mantenía en silencio.

–Emma, por el poco tiempo que te conozco, puedo decir que has trabajado con profesionalismo desde el primer día. Tus antecedentes en la sede de Buenos de Aires son impecables. No entiendo cómo has podido descuidarte de este modo, que se ha vuelto peligroso.

–Vuelvo a ofrecer disculpas por todo lo sucedido. Me cuesta creer que pude haber cometido tamaños errores. Usé las harinas de las gavetas de Salomé, tal y como estaban acomodadas; no hice ningún cambio.

–Entiendo, pero la realidad es que algo sucedió. Se perdió dinero, materiales, no se cumplieron las entregas y, lo que es peor, dos personas terminaron enfermas.

–Lo sé, y me siento culpable. No sé qué pudo haber pasado. Le prometo, *sous* chef, que intentaré estar el doble de atenta.

–Durante esta tarde se han tomado muestras de cada cajón de harina y se han enviado a laboratorio. Mañana tendremos los resultados y sabremos si hubo contaminación. Si fue así, el responsable deberá pagar con su puesto –Begoña se notaba inflexible.

–Estoy de acuerdo –acordó Raquel, quien parecía disfrutar la situación.

–¿Quién se encargó de reponer las harinas en esos cajones? –consultó Begoña.

–Supongo que Emma–respondió Raquel, sin dudar.

–Eso no es verdad, Raquel. Realmente estoy sorprendida de su actitud –reaccionó Emma.

–No le permito que me trate de mentirosa, y ya le he aclarado que debe llamarme por mi cargo, no por mi nombre –enfrentó Raquel.

–No le permito yo a usted que mienta de esta manera. De ningún modo voy a consentir que se me use como chivo expiatorio o revancha.

–¿A qué te refieres, Emma? Por favor, sé clara –pidió Begoña.

–Desde el primer día que entré en el cargo, he tenido la sensación de que Raquel no se sentía cómoda con mi presencia en la cocina. He cumplido todos y cada uno de sus encargos sin quejarme, he puesto la mejor actitud en todo, he prestado ayuda a mis compañeros y no he generado ni un problema. Pero no voy a tolerar que se me haga responsable de algo que yo no hice. La chef Raquel me indicó ayer, al cierre del servicio, que iba a trabajar en el sector para celíacos. Me presenté a la mañana, a primera hora, y comencé la elaboración, pero en ningún momento repuse harinas de ninguna clase. Las gavetas estaban rebosantes.

–No entiendo cómo se atreve a acusarme de maltrato laboral. Jamás tuve una actitud incorrecta con usted ni con nadie.

–No, es cierto, nunca es incorrecta. Solo es fría, distante, irónica, cortante.

–Bueno, detengamos esta situación en este punto. Entiendo tu malestar, Emma. Vamos a priorizar los temas. Primero resolvamos el tema de la sección y luego seguiremos con la relación laboral entre ustedes. ¿Quién repuso los ingredientes? ¿Salomé? –consultó Begoña.

–No tengo idea –contestó con honestidad Emma–. La chef me avisó cuando estaba retirándome y no volví.

–Salomé se había retirado temprano porque estaba con fiebre. Emma, usted entró al servicio mucho antes que el resto. No hay nadie que haya visto si repuso o no los ingredientes. Es su palabra contra los hechos –dijo Raquel con malicia. Emma la fulminó con la mirada.

–Están las cámaras –agregó Emma.

–Lamentablemente –informó Raquel–, en el horario en que usted entró a trabajar, todavía no funcionan las cámaras del sector. –Raquel tenía una sonrisa burlona en el rostro–. Cuestión que imagino usted ya sabía.

–No, no lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? Entré hace muy poco a este hotel y desconozco las cuestiones de seguridad. Pensé que

funcionaban todo el tiempo.

–Emma, estoy segura de que no lo sabías –Begoña hizo el gesto de marcar un límite a Raquel–. El sector de celiaquía está aislado y, como trabaja una persona sola allí, se dispuso, hace tiempo, que las cámaras filmaran mientras es horario de trabajo y hasta un tiempo después de finalizado. Es un punto ciego.

–Entiendo. El hecho de que todos sepan que ese sector es un punto ciego hace que cualquiera dentro de la cocina sea sospechoso –expresó Emma con seguridad.

–Es cierto. Podría ser cualquiera que supiera lo de las cámaras –coincidió Begoña–. El resultado de los análisis estará pasado el servicio de desayuno. Propongo que la jornada de mañana Emma regrese a su isla. Que otro empleado cubra el sector de Salomé. Las gavetas han sido vaciadas y lavadas por completo. Que quien sea designado se encargue de llenarlas. Mañana nos volveremos a reunir cuando llegue el informe.

–Muy bien. Si le parece, *sous* chef, le encargaré la sección a Moro Castelar. Es correcto y hace años trabaja con nosotros. Es de confianza –ofreció Raquel.

Emma iba a acotar, pero la mirada de Begoña la silenció.

–Vale. Me parece bien. Pueden retirarse.

Las dos mujeres salieron. Raquel se dirigió a comunicarle la situación a Moro y Emma fue hacia la salida. Caminaba con lentitud. Su cabeza estaba tratando de entender cómo, de la nada, su vida perfecta en España se estaba volviendo un infierno.

En ese instante recibió un enigmático mensaje de Begoña:

> No te preocupes, mañana se va a aclarar todo. Confío en ti. No corres peligro. Confía tú en mí

Respondió enseguida:

> Mañana sabremos. Confío en ti. Yo te juro que no hice nada de todo eso. No soy fan de las teorías conspirativas, pero esto huele mal

El mensaje de Begoña la dejó un poco más tranquila, pero no del

todo.

David la sorprendió en la puerta de salida de empleados. No solía ir a esperarla, la mayoría de los días se encontraban en el departamento de Emma.

–¡Hola, *amore*! Qué raro verte acá. No me digas que me habías avisado que venías y me olvidé –dijo ella dudando de sí misma.

–Hola, hechicera –él se acercó y la besó con pasión–. Es que extrañaba tanto besarte que no podía esperar a que llegaras a tu apartamento, así que decidí venir a último momento y llevarte a pasar una noche que te cambie el ánimo.

–Begoña te contó, ¿no?

–Begoña es una gran amiga y no solo me contó, sino que además se está ocupando de resolver el misterio. –Obvió decirle que él había participado en el plan para encontrar al verdadero culpable–. Mañana tendremos noticias.

–Me escribió hace unos minutos. Tengo tanta rabia. Todo me señala y Raquel es muy malintencionada. –Comenzaron a caminar tomados de la mano hacia afuera.

–¡Vamos! Si algo caracteriza a los argentinos es que son sanguíneos. Lárgalo, escupe fuera la ira. Te conozco, te estás conteniendo.

–¿Sabes que sí? Siempre soy la que deja que las cosas fluyan, que las malas energías no me rocen, pero estoy muy enojada. Raquel es una reverenda hija de puta. –Sintió algo de liberación al expresarlo–. Me odia, está claro. No sé la razón, pero disfrutó cada acusación. Incluso mintió.

–¿Y ese tal Moro? ¿Dijo algo?

–A Moro no lo llamaron para estar en la reunión. Mañana lo van a poner a trabajar en celiaquía y yo regreso a mi isla, controlada al máximo por Raquel.

Se detuvieron junto al vehículo y, como si fuera una llamada mental, el nombrado apareció caminando. Salía del hotel; estaba a punto de cruzar y, cuando distinguió a Emma, se acercó.

–Buenas noches, Emma. Detective. –Hizo gesto con la cabeza para saludarlo. Los dos hombres se midieron por las miradas.

–Hola. David él es Moro –lo presentó ella con recelo.

David estiró la mano lentamente para estrechar la de su adversario. El hombre que había estado con Emma antes que él era bastante más joven y se adivinaba un seductor. Al tenerlo cerca, le recordó a Antonio Banderas.

–Un placer conocerlo, Moro –dijo David con gesto adusto. Su rostro no estaba en sintonía con el saludo.

–Igualmente –respondió Moro, que tampoco estaba a gusto de encontrarse con el hombre que se había ganado a Emma–. Acaba de indicarme Raquel el cambio de mañana. No estoy de acuerdo con reemplazarte. Yo no creo que seas responsable de lo que te acusan.

–Te agradezco mucho tus palabras. De verdad estoy bastante preocupada. No hice nada como para merecer que alguien me ponga en esta situación.

–¿Qué van a hacer contigo? ¿Ya te dijeron?

–No, mañana se resolverá. Llegará el informe del análisis. Estoy segura de que encontrarán que todas las harinas estaban contaminadas. Pero juro que no fui yo.

–Lo sé, confío en ti –expresó y recordó lo sucedido con el pastelero anterior.

–Gracias. Estoy muy angustiada.

–Calma, Emma. Esto va a resolverse. La verdad tiene que salir a la luz –aseguró Moro. David observaba el intercambio en silencio, medía los gestos y las palabras del que él creía el sospechoso mayor–. Nos vemos mañana, entonces, trata de descansar un poco.

–Gracias, Moro. Eso intentaré.

Se saludaron con dos besos; luego extendió su mano de nuevo a David y se marchó por la misma dirección que había aparecido. En la esquina lo esperaba una de las empleadas de recepción, Emma la vio y la reconoció. Imaginó que habían empezado una relación y se alegró por Moro.

–Voy a decir dos cosas –comenzó David. Emma lo miró expectante–. La primera es que te has llevado a la cama a un Banderas, y eso me hace sentir muy bien, porque te has quedado conmigo.

Emma se sorprendió con el comentario y echó a reír, a la vez que

daba un pequeño golpe al brazo de David.

–Pero qué ocurrente.

–Ocurrente no, observador. Ese tío tiene un parecido increíble con el actor. Imagino que se han seducido y no sigo porque estoy sintiendo un poco de fuego en el estómago, debo confesar. –David se acercó y la besó con fuerza. Su lengua entró en la boca femenina como si pudiera borrarle los besos que ese otro hombre le había dado en otro tiempo. Luego de un momento fue calmando el contacto, con pequeños besos que diseminaba por el rostro.

–Tonto. Propongo que no hablemos de lo que hemos hecho con parejas anteriores. No quiero saber qué les hiciste a las mujeres con las que te acostabas, y nótese que uso el pretérito –remarcó–. No soy celosa, pero no es grato imaginarte en brazos de alguien más.

–Coincido. No es nada grato tener en la cabeza la imagen de ti con ese Banderas.

–Trato hecho, no hablemos de detalles.

–Bien. ¿Y lo segundo que ibas a decirme?

–Ah, tus besos me hacen olvidar del mundo, perdón. Lo segundo que iba a decirte es que o es muy buen actor, o en verdad estaba preocupado. No me pareció que mintiera, aunque puedo equivocarme.

–Entiendo. A mí me pareció muy honesto, pero tampoco sé si es un buen actor. Hacía días que no me dirigía la palabra, así que me sorprendió que se nos acercara.

–¿Nos habrá visto y habrá querido ver si yo sabía lo que pasó entre ustedes?

–No sé. ¿Notaste alguna tensión hacia ti?

–Creo que sí, no bien llegó. Luego se puso a hablar contigo y pareció relajarse.

–Qué feo sentirme así, desconfiar de todos a mi alrededor.

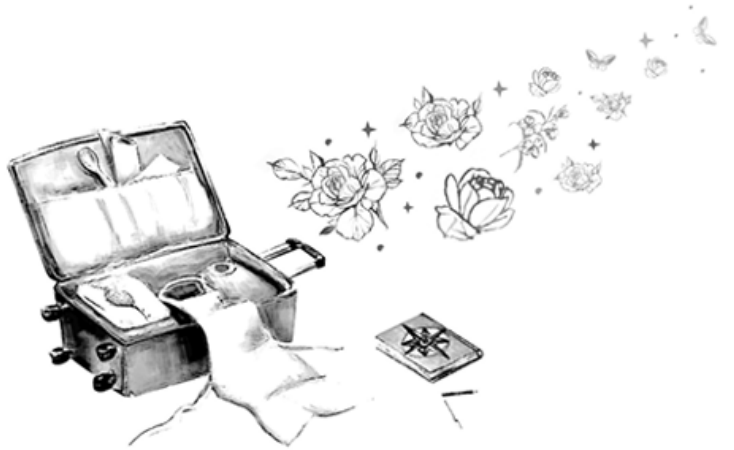
–Pues, espero que no desconfíes de mí, porque este *amore* le ha preparado una noche especial a su hechicera. Quiero que te relajes y he dejado todo listo para que así sea.

–Me encanta. ¿A dónde vamos?

–Esa es la primera sorpresa. Entra al auto y la noche dará comienzo.

David había dejado todo listo. Ella entró al coche con una sonrisa. La mañana siguiente se definía su carrera, pero esa noche su *amore* la cuidaría.

Y ella se iba a dejar cuidar…



Capítulo 35

David encendió el auto, puso música e intentó calmarse. Nunca había llevado mujeres a su piso. Desde su divorcio, con todas sus parejas sexuales se encontraban en un hotel o en los apartamentos de ellas. Su hogar no estaba en la oferta.

Dejar entrar a alguien en su casa era una apertura a la intimidad, pero no a la que se tiene en una relación sexual, la física, sino a la interioridad del ser humano. Intimar en términos sexuales significaba, para David, dejar claras las reglas del juego, hablar con honestidad y dar tranquilidad, un contexto de seguridad, donde deseos y sensaciones podían manifestarse sin mayores barreras, pero los sentimientos siempre quedaban fuera de la ecuación, lo aclaraba de antemano. Era una experiencia relacionada con lo sensorial.

Abrir las puertas de su refugio no era una opción viable hasta que llegó Emma a su vida. Dejar entrar a alguien en su espacio era algo que reservaba para cuando se sintiese emocionalmente íntimo, cuando confiara en alguien lo suficiente como para dejar las máscaras y

mostrarse como en verdad era, cuando estuviera dispuesto a exponerse al otro, cuando se desnudara, no de la ropa, sino de las capas protectoras que había creado para evitar salir lastimado. La coraza lo guardaba, lo cuidaba de sangrar. Su casa se abría solo para quien lo había hecho cerrar los ojos en los besos, y confiar.

Emma había llegado a su vida para hacerle bullir la sangre. Desde el primer beso, todas sus protecciones habían caído al suelo y lo habían dejado indefenso ante ella.

Ya casi llegaban a su piso. Buscó la canción que necesitaba para expresar lo que sentía. Antonio Orozco solía interpretar con magia sus propios sentimientos. Puso "Temblando" y dejó que la voz del cantante abriera el camino de lo que necesitaba decir.

Emma miraba distraída por la ventanilla, esperaba que él le dijera hacia dónde se dirigían, y seguía pensando en todo lo vivido unos minutos antes, ajena a las tribulaciones del hombre a su lado.

–¿Estás escuchando, Emma?

–¿A Orozco? Sí. Desde que estamos juntos, lo he empezado a escuchar más seguido. Aunque no conocía esta y me parece muy sentida.

–Elegí esta melodía porque contiene un mensaje para ti. Quiero dedicártela. Escúchala atenta.

Emma dejó de viajar con su pensamiento y prestó atención a la letra. Cada verso parecía un interruptor en su mente que iba encendiendo una nueva luz. El mensaje se armaba y le acariciaba el alma; y cada nota de Orozco le susurraba la inmensidad del amor, del grandioso universo que se abría como una explosión en el pecho cada vez que estaban juntos. Los ojos de Emma brillaban; las lágrimas comenzaron a juntarse. David le abría su mundo "temblando" de emoción y temores.

Él detuvo la marcha en la puerta del edificio, pero no apagó el motor. La canción llegó a sus últimos acordes. Emma giró el rostro emocionado.

–Es una hermosa canción, tan emotiva –dijo y se acercó a besarlo con dulzura en los labios. David la retuvo y la saboreó un poco más. La tomó de las mejillas y al separarse quedaron muy cerca. La miró

directo a los ojos.

–Lo que dice Orozco y lo que siento yo contigo coinciden en su totalidad. Mi Emma. Ahora entiendo que cuando creí que amaba no era así, seguro he querido, con mucha intensidad, pero nada se acerca a lo que tú me has hecho sentir en estas semanas que llevamos juntos –hablaba sin soltar el rostro de ella, se lo notaba conmovido a él también–. Creí que nunca volvería a amar, pero nada, nadie me preparó para tu llegada a mi vida. Fuiste un huracán que me pegó de frente. Algo tan simple como el viento, pero con toda la potencia de la naturaleza. Me atravesaste como una espada afilada, traspasaste la coraza que armé durante años para protegerme y alejar a todos. –Las lágrimas de David comenzaron a rodar por las mejillas. Emma las secaba con sus manos–. Nadie, en toda mi vida, me ha conocido como tú me conoces, nadie sabe de mí más que lo que quiero que sepa, excepto tú, que me miras y me lees como un libro abierto. Nadie se ha entregado a mí con tanta honestidad y confianza como lo haces tú cada vez que estamos juntos, nadie me ha abierto su vida como tú. Eso comenzó la primera vez que vi tus ojos y creí que eras peligro, que podías ser mi perdición. Y en este tiempo juntos, he logrado comprender que eras exactamente lo contrario, que no he besado, no he hecho el amor, ni he sentido hasta que te he conocido a ti. Antes de ti, sobrevivía, con la ilusión de encontrarte. Contigo vivo por primera vez. Y ahora que te he encontrado, alma gemela, no quiero soltarte la mano nunca más, quiero que tus pasos sean mis pasos. Te amo.

David se quedó en silencio. Las miradas conectadas seguían hablándose. Emma lloraba, y en cuanto pudo reponerse buscó su voz para responder:

–Te amo con una intensidad tan desconocida que me parece imposible y a la vez me da mucho temor. Porque sé que esto que sentimos es algo definitivo, que no habrá nunca nadie más en mi vida, que mi cuerpo ha quedado marcado por el tuyo. Siento, como tú, que no había sabido lo que era amar hasta que te conocí. Es tan inmenso… Me da pavor, porque te estoy dando la llave de mi corazón, te estoy entregando la daga que puede destrozarlo por completo. –Él iba a hablar y ella lo detuvo con su dedo índice sobre los labios–. Sí, sé que

no la usarás nunca. Todo mi cuerpo, cada fibra, mi mente, mi alma te reclaman. Mi piel y tu piel hablan su propio lenguaje. Nuestros cuerpos encajan de un modo tan perfecto, nuestras mentes juegan a provocarse hasta que nuestros labios se encuentran, y en ese instante todo se apaga afuera y todo se enciende adentro. Nada ni nadie importa, solo nosotros.

Volvieron a besarse con pasión, con necesidad, pero a la vez con delicadeza, recorriendo cada espacio, saboreándose. Cuando los cuerpos comenzaron a necesitar más, la agitación se adueñó el pequeño espacio y los vidrios comenzaron a empañarse, Emma cortó con lentitud el beso, apoyó su frente en la de él y habló:

–Vamos, *amore*. Necesito tenerte dentro de mí.

–Estamos en la puerta de mi edificio. Si quieres, te abro la entrada a mi mundo, mi refugio, lo que soy. A mi vida entera.

–¿Cuántas mujeres han dormido en esa cama? –preguntó ella con inseguridad.

–Ninguna; si me haces el honor, serás la única.

Ella supo, porque lo vio en sus ojos, que era honesto. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. David entró el auto en el garaje, lo estacionó y ambos bajaron. Él la abrazó y la besó con desesperación.

Tomaron el elevador en el subsuelo y seguían sin poder soltarse. Bajaron en el piso de David y Emma entró en ese universo. El lugar olía a él. En el recibidor había un sector para colgar los sombreros y abrigos. Al costado de la entrada, había un *dressoire* de madera maciza con una vasija no muy alta donde David arrojó las llaves. Más adelante, una cocina comedor y un living divididos únicamente por los muebles.

David la abrazó por detrás, a la vez que besaba su cuello, y sus manos recorrían su cuerpo. Se había quitado el abrigo y comenzó a desvestirla. Emma estaba como embrujada, entregada a cada caricia y no podía dejar de gemir. Le quitó todo, excepto la ropa interior negra. La giró para observarla y disfrutar esa obra de arte que era Emma. Ella se acercó y comenzó a desabotonarle la camisa despacio, pero la urgencia los fue ganando. De manera brusca, él la tomó de las caderas y la subió a una de las banquetas altas que tenía al lado de la isla. Ella

le quitó al fin la prenda, y él se bajó los pantalones y el calzoncillo de un solo movimiento. Los urgía sentirse, piel con piel.

David se detuvo expectante, deslizó la braga de Emma y la miró con una pregunta en los ojos. Ella comprendió.

–Estoy tomando anticonceptivos desde hace tiempo. Necesito sentirte sin restricciones, sin látex en el medio. No tuve relaciones sin profilácticos, así que, por mi parte, es seguro.

–Estoy necesitando lo mismo que tú, no quiero usar condón de nuevo. También es seguro por mi lado.

Emma sonrió y David la penetró de un modo salvaje. La intrusión en su cuerpo, en esa posición, y desnuda del preservativo, fue muy intensa. Ambos gimieron.

–Eres tan perfecta, Emma. Tu cuerpo se adapta tan bien al mío, me contienes de la manera más exquisita.

Comenzó a moverse dentro de ella. Miraba el punto de unión de los cuerpos casi con obsesión. Lo disfrutaba. El encaje negro de la ropa interior de Emma hacía más patente el contraste y acentuaba el resplandor de esa piel que recorrió con la boca.

La respiración de Emma le marcó que ella estaba llegando al límite, pero él deseaba que sus sábanas guardaran la marca de su primer éxtasis en su refugio. La llevó a su habitación en andas.

–David no puedo más –dijo Emma en un suspiro.

–Quiero mostrarte lo que puedes tener cada día de nuestras vidas, quiero que no puedas imaginar el goce si no es conmigo.

La apoyó con delicadeza en el lecho, y retomó el ritmo. Los sonidos de placer de Emma fueron *in crescendo*, la melodía de sus expresiones indicaba que estaba llegando a la cima, a punto de caer en picada… Él se dejó ir.

El clímax los atravesó de un modo salvaje; ella clavó sus uñas en la espalda musculosa y David le entregó su éxtasis al besarla.

Unos segundos después, aún seguían conmovidos por la intensidad de la unión que habían logrado. De a poco fueron desarmando el nudo de sus cuerpos.

–No existe una forma más plena de decirte que te amo que lo que acabamos de hacer –David habló en susurros.

–Yo también te amo –respondió en voz muy baja.

David salió de ella, y se acostó a su lado. Ambos de costado, enfrentados. Sus miradas estaban encadenadas.

–Emma, Emma, nada me indicó lo que sería encontrarte. No lo esperaba. No esperaba sentir de este modo, tan fuerte, intenso, visceral.

–Me pasa lo mismo, David. De hecho, hacía tiempo que no creía posible enamorarme. Mi amiga Sandra insistía con que volviera a vivir.

–¿A vivir? Pero ¿qué hacías antes de venir a Madrid? –David le acariciaba el rostro con un dedo. Ella cerraba los ojos y disfrutaba las caricias.

–Es que mi divorcio fue devastador –Emma abrió los ojos–. Así que cuando me recobré del dolor, me puse una armadura y me olvidé de la mujer que vive en mí. Me concentré en mis otros roles: madre, amiga, hija, empleada, jefa. Mi vida era para cumplir esos aspectos.

–Te entiendo bien. Yo también tuve una etapa en la que me negué a disfrutar la vida. Creo que tiene que ver con esta postura frente al amor y al matrimonio que nos inculcaron. Uno debe ser todo lo que el otro necesite, aun cuando eso signifique olvidarse de uno mismo. Y cuando así y todo se falla, cuando el amor se termina, el matrimonio se rompe, uno siente que ha quedado hueco, vacío, porque ya lo dio todo.

–Exacto. Y ahí está el error. Yo no lo entendí en aquel entonces, pero ahora lo tengo claro. Uno puede amar, con todo su ser, a otro. Como yo te amo a ti.

–Y como yo te amo a ti.

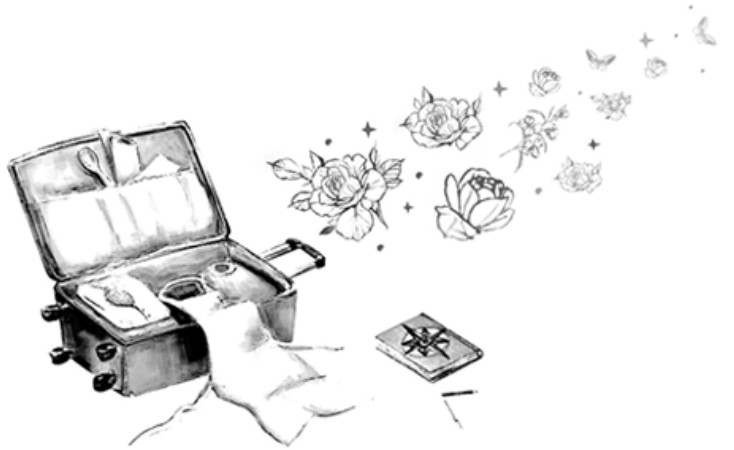
–Pero nunca debemos olvidarnos de nosotros mismos. No podemos dejar de cuidarnos y amarnos, porque el primer amor es a una misma. Si yo no me amo y no me cuido, menos podré amar ni ser amada. Así que, en el momento que decidí cambiar mi vida, venir a Madrid, también decidí que yo soy mi hogar, que soy mi norte, que mi brújula interna debe señalarme siempre primero a mí. Si yo soy feliz, si yo me escucho, me cuido, podré amar y cuidar, y hacer feliz a otro.

–Pues entonces celebro que hayas elegido Madrid, festejo que tu

brújula interior te haya traído a mis brazos, porque te aseguro que no habrá lugar mejor, donde estés más cuidada y amada que en mí, en este pecho que será tu refugio, en este corazón que no deja de acelerarse cada vez que te acercas, en estos brazos que tomarán tu mano para seguirte o que me sigas, en estas piernas que caminarán a tu lado mientras me ames y me lo permitas.

El destino escuchaba y reía, aún debían recorrer camino y demostrar lo que estaban diciendo.

David la abrazó y la besó con dulzura. La noche recién comenzaba y ya habían dicho lo más importante. Solo la luna y las estrellas escucharon las promesas que se hicieron, entre sábanas y una cena en la barra.



Capítulo 36

La mañana los encontró abrazados. Se habían dormido después de charlar durante horas. El calor del cuerpo de David se sentía placentero en la piel de Emma. La respiración acompasada de él era un sonido hipnótico. Emma abrió los ojos y tardó unos segundos en recordar dónde se encontraba, y de a poco comenzaron a llegar los retazos de recuerdos de lo vivido la noche anterior. Estaba feliz, se sentía plena al lado de ese hombre que había vivido situaciones similares y era resiliente como ella.

David era apasionado. La manera en que se habían abierto la noche anterior, la forma en la que él le había explicado lo que sentía y valoraba, los acercaba aún más. Ambos amaban y querían cuidar esto nuevo que nacía. La vida no solía dar segundas oportunidades y a ellos se las ofrecía.

Intentó moverse sin despertarlo. Levantó con cuidado el brazo de él que la rodeaba por la cintura, con muchísima delicadeza, pero, así y todo, David abrió los ojos:

–No puedo creer que aproveches que me dormí para escaparte de mí, hechicera. –Su voz sonó más gruesa de lo normal.

Emma giró y lo enfrentó; él aún la abrazaba y la atraía a su cuerpo. Lo besó con tranquilidad, disfrutando de su sabor, de su calidez. Los labios de David eran mullidos, e invitaban a acariciarlos todo el tiempo.

–No me escapo, *amore*. Iba al baño primero y luego a preparar algo para desayunar –dijo ella sonriendo, aún apoyada en los labios masculinos; esa boca se estaba convirtiendo en una adicción.

–De ninguna manera, tú descansas. Yo prometí cuidarte toda la noche y el desayuno es parte del acuerdo. Te vas al cuarto de baño mientras yo preparo todo. ¿Okey?

–Bueno, creo que podría acostumbrarme a que me cuides –agregó ella estirándose, para expulsar el sueño que aún la embargaba.

–Pues acostúmbrate, hechicera. Seré feliz de cuidarte.

–Y yo de mimarte a ti, *amore*. Eres tan hermoso.

–No sé si hermoso, pero contigo a mi lado, me siento el más afortunado –la urgencia por sentirla lo llevó a entrar en su boca, arrasando con la somnolencia que le quedaba.

Emma respondió a su premura, su propia lengua salió al encuentro de la masculina acariciándola, provocándola. El cuerpo de cada uno iba reaccionando a las caricias del otro.

No pudo esperar más, la necesidad de alojarlo en ella la apremiaba. Fue posicionándose encima de él, se levantó y pasó una pierna de cada lado de la cadera de él. Desde la altura lo miró con el deseo goteando de sus ojos, y sin mediar palabra se sentó sobre él.

Él sintió el placer, como si cada bombeo del corazón llevase el fuego a cada espacio. Seguía acostado. El cuerpo de Emma ondulaba, subiendo y bajando. Su mirada estaba en él, fija, su boca dejaba escapar pequeños quejidos, como ronroneos de gato.

De pronto ella bajó y lo besó. Las bocas se unían y compartían los jadeos. Emma comenzó a acelerar sus vaivenes y se levantó de manera brusca. El orgasmo estaba cerca; los gritos le anticiparon a David que estaban asomándose al abismo. En un instante, el cuerpo de ella tembló como un junco al viento y un alarido de placer atravesó el

silencio del cuarto.

Emma cayó sobre el pecho masculino agotada, respirando con agitación. Aún temblaba, y no podía moverse. Él la estrechó muy fuerte. A medida que se recuperaban, el abrazo se fue apretando.

–Sé que parece poco, que es repetitivo. Pero te amo, Emma. Te amo con una intensidad de la que no me creí capaz. Y cada vez que alcanzamos el clímax, siento que estoy en el paraíso.

–No es poco, nunca digas eso. Amar es el sentimiento más inmenso. Te amo, David Soto. De un modo inconmensurable.

Se quedaron así por unos minutos, hablando entre susurros. Cuando Emma se fue a bañar, David fue a la cocina para preparar el desayuno.

Puso la cafetera, preparó unas tostadas y se sintió tentado. Desnudo y excitado fue a la ducha.

–¿Aceptas compañía? –la provocó.

–Siempre, si esa compañía eres tú.

El chorro de agua era un manto que los protegía; volvieron a amarse con premura. Luego cada uno enjabonó al otro, se enjuagaron y salieron del baño envueltos en toallas. El aroma a café perfumaba todo el piso.

David sirvió las tazas y le entregó una a Emma. Comieron unos huevos revueltos, tostadas y queso.

–Me encantó tu casa, *amore*. Es muy tú. Tiene tu aroma y me encanta descubrir cada detalle tuyo. Como esta taza, por ejemplo –dijo a la vez que la señalaba y la miraba con atención–. Me dice mucho de ti.

–¿Cómo qué por ejemplo?

–Me dice que eres clásico, porque es blanca, pero no tan clásico, puesto que tiene el formato *mug*, que es para un alma más práctica y joven. También, que te gusta mucho el café, porque es profunda y carga mucho. Que eres un hombre cuidadoso, porque no está cuarteada ni tiene rajaduras. Que eres un dulce, y que te quiero en mi vida para siempre.

–¿Y eso último qué te lo dice?

–Que te miro mientras hablo y me enamoras con tus ojitos que brillan, pero eso no me lo dice la taza.

Rieron de la ocurrencia. Después del desayuno David la llevó a su apartamento porque ella quería cambiarse de ropa. Mientras la esperaba, llamó a Begoña.

–Bego, buen día.

–Hola David. Aquí estoy en la oficina, esperando que llegues para ver las imágenes de la cámara oculta que dejamos ayer.

–¿Entró a trabajar temprano? ¿Tuvo la oportunidad de hacer algo?

–Sí, entró una hora antes que el resto, según el sistema de seguridad. Estoy segura de que llegó a esa hora para no tener que cruzarse con nadie y poder hacer sin molestias.

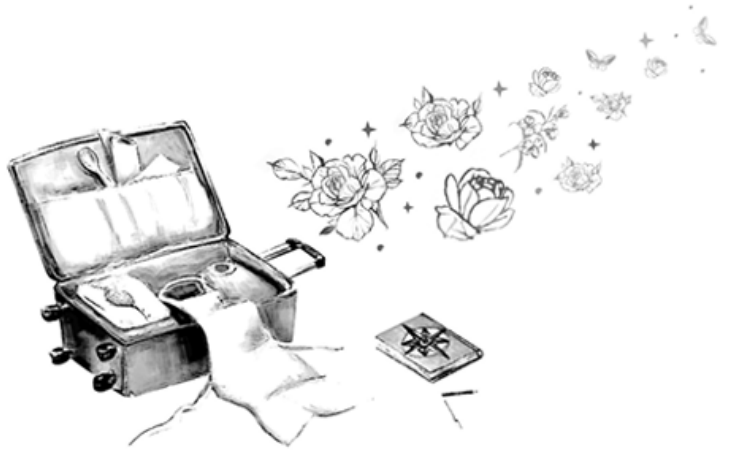
–Pero en ese sector, donde hoy estará Emma, hay cámaras que filman todo el tiempo. Será más difícil.

–Hay ángulos que quedan ciegos, pero la que ocultamos mostrará ese recodo que las filmaciones del sistema no podrán mostrar. Hoy sabremos la verdad.

–Bien, en unos minutos estaremos allí. Llevaré a Emma y me despediré de ella. Le haré creer que voy a mi trabajo y esperaré unos minutos e iré a tu oficina.

–Perfecto.

Cortó justo cuando Emma salía del cuarto. Subieron al auto y fueron al hotel. Tal y como había previsto David, se despidió de ella. Estaban por descubrir quién intentaba destruir la carrera de Emma.



Capítulo 37

En un recipiente de la isla de trabajo de Emma habían acomodado algunos utensilios de cocina. Tenía bordes trabajados y, en uno de ellos, se escondía una cámara diminuta. Había sido idea de David. El sector de Emma iba a estar vigilado constantemente por ese dispositivo. No había forma de que quien intentaba sabotearla no fuera captado por el sistema de seguridad del hotel o por esa filmadora. Las imágenes eran transmitidas a una página web, y solo podían acceder David y Begoña con una contraseña. Los registros se guardaban en un *drive*.

Begoña le sirvió una taza de té a David y ambos se sentaron a ver lo que se había filmado desde la noche anterior. No encontraron nada.

–Algo la puso en guardia y hoy no actuará.

–Es posible. De todos modos, esto no necesita resolverse de manera inmediata. Tendremos paciencia. En algún momento sabremos quién es –expresó Begoña.

–Es cierto. No es necesario que sea ya. Pero Emma está muy

angustiada; esto la tiene muy nerviosa. Imagínate que ella se jugó por completo, se mudó a un nuevo país, vendió todo en Argentina y depende de su trabajo.

–David, amigo, tú sabes que su trabajo no está peligro. Sé que no fue ella. Solo necesito las pruebas para hablar con Borja. Esto no puede volver a suceder. No quiero egoístas y fríos calculadores que no tienen límite a la hora de destrozar compañeros para mejorar sus puestos. Es inaceptable. No se puede tener un buen ambiente de trabajo si hay alguien que está dispuesto a todo para ascender, incluso enfermar a inocentes. Es grave. Alguien podría haber muerto.

–¿Tienes el resultado de laboratorio?

–Sí. Como sospechamos, las harinas, todas, estaban contaminadas. Había harina de trigo y cebada en cada muestra. Alguien se tomó el trabajo de contaminarlas.

–Ni siquiera pensó en el daño que podía ocasionar.

–El daño físico a los comensales ya es terrible, pero además hay que sumar los daños a nivel económico. Debimos tirar todos los ingredientes, lo elaborado ese día, hemos tenido que pagar una limpieza profunda en todo ese sector, incluyendo los hornos. Esto no quedará sin resolver. Puedo asegurártelo.

–Eso es lo que tiene tan mal a Emma. Cree que se juega su puesto.

–Ya te he dicho que no es así. Hoy mismo hablo con ella para tranquilizarla.

–Evitemos decirle lo de la cámara oculta. No quiero que sus nervios delaten la cámara.

–Sí, tenía pensado decirle que, si bien hubo una contaminación de los ingredientes, ella queda fuera de sospecha porque no estuvo reponiéndolos, y en las imágenes se la ve manipular todo de manera correcta.

–Bien pensado. Que todos sepan que Emma está fuera de sospecha. El culpable no tolerará eso e intentará hundirla.

Luego de acordar los pasos a seguir, David se fue a su trabajo, tenían un nuevo caso que reclamaba su intuición.

Begoña citó al personal y dio un discurso acerca del manejo responsable de los ingredientes. Enseguida explicó que el laboratorio

había confirmado que las harinas estaban contaminadas y que, según el sistema de seguridad, no había sido Emma.

Al escucharla, ella respiró con alivio. Begoña aclaró que nadie perdería su trabajo por el momento, pero se iniciaría una investigación. Debían encontrar a los responsables y que se hicieran cargo de las consecuencias.

Cuando todos se retiraron, Begoña le pidió a Emma que se quedara. Ella estaba bastante nerviosa.

–Emma, quiero que sepas que sé que no has sido tú. Estoy en este tema para encontrar a quien lo hizo.

–Ay, Begoña, qué alivio me da saber que me crees. La charla de ayer con Raquel me dejó muy mal. No entiendo qué hice para que ella tenga tan mal concepto de mí.

–No es eso, Emma. Hay gente que tiene temores, inseguridades, y que se presente alguien tan segura de sí misma, que es proactiva, puede sentirse como amenazador. Podría ser Raquel o cualquiera de la cocina que esperara mejorar en la línea de ascensos de ese modo.

–¿Pero al punto de enfermar a inocentes?

–Eso justamente es lo que me preocupa más. Por eso he decidido que llegaré al fondo. Te ruego que te calmes, porque si trabajas estresada es más probable que cometas errores, y ya no podré distinguir tus equivocaciones de situaciones generadas desde afuera.

–Entiendo. Trataré de hacer lo posible por calmarme.

–Quédate tranquila, tu trabajo no está en peligro.

–Gracias, estaba preocupada.

–Lo sé. Por eso te lo estoy diciendo. Ve a hacer lo que mejor sabes: cocinar las exquisiteces de siempre.

–Lo haré.

–Hoy te daré yo tu asignación. –Begoña había previsto que, si le daba una comanda que sintiera familiar, podría trabajar tranquila, sin errores–. Quiero que prepares cuatro tartas de chocolate y frutos secos, de esas que te hicieron famosa en Argentina. ¿Llevan maní?

–No, pistachos.

–Bien. Y te pido que elabores además postres en *shot*. Una variedad de al menos cinco clases: *lemon pie*, *cheese cake* de frutos rojos, Oreo-

Nutella, tropical con diversos frutos y tiramisú. Puedes sumar un estilo de postre nuevo. Lúcete.

Emma salió con las energías recargadas, muy optimista por la charla, y con ganas de hacer lo que le gustaba. En el camino a su isla, le envió a David un mensaje de voz donde le contaba las novedades y le decía que lo extrañaba mucho.

Entró en su sector y comenzó con la elaboración de las bases de las tartas. En el momento que las puso al horno, comenzó a preparar la *ganache* de chocolate con leche y los diferentes rellenos para los *shots*. Separó los vasitos de vidrio y eligió los que tenían una forma cuadrada. Comenzó a llenarlos por pisos y, una vez completos, los acomodó en una fuente plana para llevarlos a refrigerar. Lo que le llevó más tiempo fueron las tartas. Eran su marca, su estilo propio, y quería presentar a Begoña algo distinto. Decidió que en lugar de confeccionar cuatro tartas de tamaño regular –cada molde de 34 centímetros de diámetro alcanzaba para veinte porciones delgadas–, haría individuales y elaboró ochenta mini *pies*.

Cuando tuvo todo terminado, se dispuso a llevarlo al salón comedor. Begoña, que la había seguido por las cámaras, decidió acercarse para ver el resultado final.

–Emma, has terminado, por lo que veo –dijo, mirando el reloj en su muñeca. Había hecho todo en menos tiempo del estimado.

–Sí, todo lo que hice hoy son preparaciones que me gustan muchísimo.

–¿Me dejas probar de cada uno?

–Por supuesto, *sous* chef. Será un placer.

Le entregó cubiertos y sacó del refrigerador un mini *pie* y un *shot* de cada clase. Begoña probó todos, degustando en silencio. Estaban muy sabrosos. Cortó luego la tarta individual. Se puso un bocado en la boca y cerró los ojos para potenciar el sentido del gusto.

–Realmente exquisita. Vale la fama que le han hecho. La masa es *sablée*, ¿no es cierto?

–Correcto.

–La *ganache* de chocolate es impresionante; el amargor despierta las papilas de un golpe y tiene sabor a pistachos, pero en la textura no los

distingo. Espectacular.

–Es que a la *ganache* le mezclo una pasta de pistachos. Aporta untuosidad y sabor, pero no le agrega crocantez.

Emma sonreía emocionada. Estaba feliz de que su creación fuera tan bien recibida y sorprendiera a alguien acostumbrada a miles de gustos de tartas.

–La *mise en place*, impecable. –Begoña levantó el plato y miró de perfil. La tarta tenía una base de masa clara, prolija, con un dorado justo. Se veían copos de *ganache* que sobresalían de la contención de la pared de *sablée*, y que colmaba el interior. Apoyado sobre los picos de chocolate, se veía un disco crocante de pistachos y almendras. Se lo veía fino, brillante y muy prolijo–. Me encanta el detalle del crocante de caramelo. Para la opción de minitarta va perfecto. En el formato grande, ¿cómo lo has presentado?

–Me parece que quedan mucho mejor en tartas individuales. De todos modos, cuando la hago en tamaño regular, pongo el caramelo dentro de un molde circular del mismo tamaño que usé para la masa; formo el disco grande, aunque más delgado, porque el peso sería demasiado; dejo enfriar y, antes de que endurezca del todo, corto en porciones triangulares. De ese modo, ya quedan marcadas las fracciones en que deben seccionar.

–Perfecto, Emma. Coincido contigo en que la presentación individual queda hermosa. ¿Hiciste un *shot* de chocotorta? Desde que le has enseñado a Montse, ya me he hecho especialista –bromeó Begoña–. ¿Cómo has conseguido las galletas para hacerla?

–Sí, me dijiste cinco clases y la sexta era mi elección. Usé unas galletas Oceanix de chocolate, que reemplazan muy bien a las que se usan en Argentina. A los niños suele gustarles mucho la chocotorta: es simple, sencilla y muy sabrosa.

–A los niños y los no tan niños también. Te recuerdo que David se peleó con su sobrina por la última cucharadita del postre –recordó riendo–. Ah, qué bien, esas galletas son fáciles de conseguir en España.

–Es muy goloso David –acordó Emma.

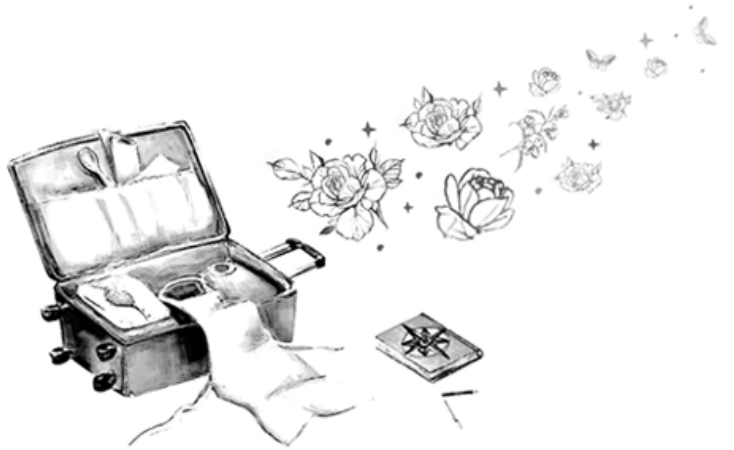
–Emma, ahora salgo de mi rol de jefa y entro en el de amiga. Te pido que no lo hagas sufrir. Es un hombre que se ve rudo, pero su

corazón es muy frágil. Sufrió mucho con el divorcio. Lo de ustedes es nuevo para él.

–Para mí también, Bego. Tengo los mismos miedos. Te prometo que no haré nada que lo lastime, y espero que no sea yo quien salga con el corazón partido.

– "¿Y quién me va a entregar sus emociones?" –Begoña empezó a cantar la canción "Corazón partío", de Alejandro Sanz y a golpear las palmas–. "¿Quién me va a pedir que nunca le abandone? ¿Quién me tapará esta noche si hace frío? ¿Quién me va a curar el corazón *partío*?".

Ambas rieron por la ocurrencia. La persona que intentaba sabotearla las observaba en silencio, desde afuera, sin saber de qué reían. La furia no le permitía pensar con claridad, se había impuesto no actuar por unos días, pero viendo la cercanía con Begoña decidió que en un corto plazo volvería a meterse en la cocina de Emma.



Capítulo 38

Los días sin complicaciones laborales hicieron que Emma se relajara, y junto a ella lo hizo David. Ambos compartían tiempo, recorrían la ciudad de Madrid y él la llevaba a visitar lugares cercanos.

Emma invitó a Gerónimo a cenar en su apartamento. Lo esperó con milanesas y puré de patatas, su comida preferida.

–¿Me vas a contar qué te está pasando? –preguntó ella no bien él bajó la guardia.

–Nada grave, mamá.

–Bueno, dile a tu cara que no es grave. Porque parecería que sí lo es. Cuéntame, hijo. A veces, ver la situación desde afuera ayuda a dar un consejo certero.

–Es que no puedes ayudarme. Tengo que procesar una noticia y me duele tanto que no puedo.

–No me asustes. Deja de hacerte el misterioso y dime de una vez.

–La vez pasada me preguntaste sobre Milena, ¿recuerdas?

–Sí, es una chica que me cae muy bien.

–A mí también. La conocí en el trabajo. Enseguida coincidimos en miles de cosas. De hecho, creo que me enamoré de ella.

–Hijo, qué lindo lo que me dices. ¿Y cuál es el problema?

–El problema es que ella no me ama.

–Bueno, tal vez si le das tiempo, si la dejas conocerte más, de a poco pueda enamorarse. Hay muchas parejas que empiezan como amigos y luego se dan cuenta de que se aman de otro modo.

–Imposible en este caso.

–No seas taxativo, Gero. No puedes saber si nunca podrá enamorarse de ti.

–Lo sé, estoy seguro. Cuando me animé a decirle lo que sentía por ella, me dijo que es lesbiana y que está en pareja –Gerónimo contenía las lágrimas. El movimiento de la nuez de Adán lo confirmó. No quería llorar delante de su madre.

Emma se quedó en silencio, mirando a su hijo. Un segundo después se paró y lo fue a abrazar con fuerza.

–Lamento tanto que tu corazón se haya enamorado y no sea correspondido. Tanto, hijo. –Ella lo abrazaba y él seguía en silencio, no lloraba, pero se abrazaba a su madre.

–Ya pasará, mamá. El dolor ahora no me deja pensar, solo quiero no verla por un tiempo.

–Te entiendo. Sé lo que se siente. –Se separó para mirarlo a los ojos.

–Lo sé. Lo que pasó con papá debió ser peor. Perdóname, si no pude darte el apoyo que necesitaste en aquel momento.

–Gero, eres tan hermoso, tan bueno. –Volvió a abrazarlo emocionada–. No puedo creer que en medio de tu sufrimiento pienses en mí. Olvídate, lo mío es historia pasada, y no te tocaba a ti consolarme, eres mi hijo y estabas en tu propia situación. Además, no hubiera podido contarte nada, tenías que quedar afuera de ese maremoto que fue el divorcio.

–Te amo, mamá. Perdón por no haberte entendido lo suficiente.

–No me pidas disculpas. No hiciste nada malo. Ahora cuentas conmigo. Acá estoy para darte fuerza.

–Tranquila. Ya pasará.

–Sin duda pasará, y llegará alguna mujer a tu vida que te haya estado buscando por el mundo.

–Como te está pasando a ti, ¿no es cierto?

–Sí. David es un gran hombre. Me siento muy feliz de tenerlo en mi vida.

–Me gusta oírte así. –Gerónimo había investigado, desoyendo la orden de su madre, y todo lo que había encontrado hablaba bien de ese hombre.

–Gracias, hijo.

–¿Y el trabajo? ¿Supieron algo más?

–Déjame servirte otra milanesa, que esto nos va a tener hablando largo rato.

Ella se secó las lágrimas que aún humedecían sus mejillas, le sirvió una milanesa caliente, se sentó y se preparó para contarle las novedades.

Una semana después de la charla con Begoña, no habían podido encontrar al responsable de los errores que habían intentado endilgarle a Emma. David y Begoña revisaban, cada uno un día, los videos. Nada anormal o fuera de lugar.

Esa semana regresaba a su puesto de trabajo Moro y la encargada del sector de celiaquía se reincorporaba.

Abril seguía en Argentina, preparando su viaje para pasar las fiestas con su madre y su hermano. Decidió llamarla para contarle algunos adelantos.

–Hola, mamá –dijo Abril, efusiva.

–Hola, hija. Qué lindo verte y escucharte. ¿Cómo va todo por allá?

–Todo bien. Te extrañaba y quería escucharte.

–Mmm. –El gesto de Emma daba a entender que sospechaba otras razones–. Me suena a que te pasa algo y extrañas a mamá que te escucha siempre, ¿me equivoco?

–No –concedió ella con una sonrisa de compromiso –, no te equivocas. Eres medio brujita, enseguida que me ves te das cuenta.

–No, hija, no soy brujita, es que te conozco tanto, casi como si te

hubiera tenido nueve meses en la panza y te hubiera criado por más de veinte años –bromeó Emma.

–Eres lo máximo, mamá.

–Vamos, dime qué pasa.

–Nada grave, pero por el momento me angustia. En el estudio de papá ha llegado un nuevo cliente, con un gran proyecto. He armado un croquis bastante audaz, precioso, y que se ajusta al estilo que desea el cliente.

–¿Y dónde está el problema?

–En papá. Él es mi problema en este momento. No quiere presentar mis dibujos al cliente porque dicen que son muy innovadores, demasiado para su gusto. Él busca algo más tradicional, más clásico, dice que es su sello.

–Mira, Abriluchi, no soy punto de referencia en temas de arquitectura, pero sé algo acerca de las cuestiones laborales en general. A veces suele pasar que nuestros superiores se sienten amenazados por nuestra capacidad, y ante la posibilidad de que se sientan superados, prefieren destrozar nuestras propuestas antes que perder su autoestima. Si algo conozco a tu padre, sospecho que viene por ahí la cuestión.

–Pero, mamá, yo trabajo para él, y lo que menos quiero es hacerlo quedar mal delante de un cliente.

–Lo sé, pero el punto acá es cómo se autopercibe él en esta situación. Si él siente que su hijita, que está terminando la carrera, es capaz de superarlo, entonces los demás creerán que es un trasto viejo que cualquiera puede dejar atrás. Y aunque para ti, para mí y para el resto del mundo no sea de ese modo, es lo que debe estar sintiendo. Cuando me dijiste que ibas a empezar en su estudio, supuse que en algún momento llegaríamos a este punto.

–Mamá, para mí papá no es un vejestorio ni está atrasado en sus diseños; de hecho, armamos una casa en una urbanización privada que diseñó él y le quedó espectacular. Pero este cliente nuevo tiene una visión muy moderna de lo que quiere, casi te diría revolucionaria. A mí se me encendió la lamparita y me puse a armar. Creo que es una muy buena propuesta, absolutamente viable. –Emma estaba muy

orgullosa de su hija, de la vehemencia con la que hablaba de su trabajo–. ¿De qué te ríes, mamá?

–Me encanta que defiendas tu trabajo de esta manera. Te aconsejaría que hables con tu padre exactamente así. Hazle una presentación al estilo de las que él hace para sus clientes. Piensa en todos los cuestionamientos que te podría hacer y prepara tus respuestas.

–¿Piensas que me puede dar lugar si se lo presento de esa manera?

–Estoy segura. Marcos no es un obtuso, hija. Le va a costar aceptar que tengas mejores ideas que él. No te olvides de que él es Leo: es centro de atención y le gusta serlo.

–Ojalá tengas razón, mamá. Voy a armar todo en una simulación 3D. Terminé de hacer un curso para aprender a manejar un nuevo programa que es increíble. –La emoción la cambió, el entusiasmo volvió a ella–: el Revit de Autodesk.

–No lo había escuchado mencionar.

–Es nuevo, y en la universidad nos ofrecieron una capacitación en el manejo. Una vez que lo aprendes a manejar, es extraordinario.

Abril empezó a explicarle cómo funcionaba el programa.

–Hija, me pierdo. De las cuestiones técnicas no entiendo nada, pero confío en que vas a hacer un magnífico trabajo.

–Gracias. Yo le presenté el proyecto en láminas, a la vieja usanza, porque creí que, con su estilo más clásico, iba esa forma. Pero si queremos innovar en diseño, debemos hacerlo desde las herramientas. Esta noche me quedo armando en la PC y mañana le llevo todo listo.

–Bueno, por favor, cuéntame cómo sale.

–Dale. ¿Y tú cómo estás? Perdón, ni te pregunté. ¿Todo bien con David?

En ese momento, el nombrado, que estaba preparando una comida, se asomó a la pantalla para saludarla.

–Espero que tu madre te diga que está bien conmigo, maja, porque yo estoy tan feliz de tenerla en mi vida.

–Hola, David. ¡Qué vergüenza! Mamá, no me dijiste que había público presente, mira si decía algo inconveniente –Abril se hacía la ofendida.

–¿Y qué podrías haber dicho que me asustase o fuese inconveniente, Abril? Tengo un hijo de casi la misma edad, no hay nada que me asuste o que no entienda.

–¿Cómo se llama tu hijo? ¿Vive contigo?

–Se llama Francisco, y no, no vive conmigo. Luego de mi divorcio, se quedó con su madre. Hace poco se fue a vivir solo.

–Me encantaría conocerlo cuando viaje. Tengo unas ganas de ir…

–Espero que a mí también quieras conocerme, soy un tipo divertido, aunque no lo parezca.

–¡Pero, David! ¿Cómo no voy a querer conocer al hombre que hizo que mi mamá volviera a creer en el amor? Esa sonrisa de boba que tiene en este momento es gracias a ti.

–Ey, más respeto que soy tu madre. ¿Cómo sonrisa de boba? Te habrás equivocado, es una sonrisa de enamorada.

–Una sonrisa que comparto, porque yo también estoy muy enamorado –agregó David, y se acercó a besar a Emma.

–Bueno, bueno, ya se están poniendo demasiado melosos, mejor vamos cortando, que me empalago –bromeó Abril–. Estoy segura de que con Francisco vamos a tener largas charlas sobre nuestros padres y sus demostraciones de cariño intensas.

–Enhorabuena, Fran te va a secundar seguro –aportó David riendo.

Emma y Abril charlaron sobre el estado de ánimo de Gerónimo. David regresó a la cocina para terminar su plato insignia: callos a la madrileña. Le había dicho a Emma que eran su especialidad. Luego de unos minutos, se despidieron.

Comieron entre caricias y brindis. Emma ofreció lavar los platos; mientras lo hacía, David abrió su computadora para ver las imágenes del día de la cocina de Emma en el hotel. Estuvo observando en silencio hasta que notó algo extraño. Alguien se ponía frente a una de las preparaciones de Emma y colocaba algo que estaba en una bolsita. Revolvía mirando a los costados y luego se retiraba.

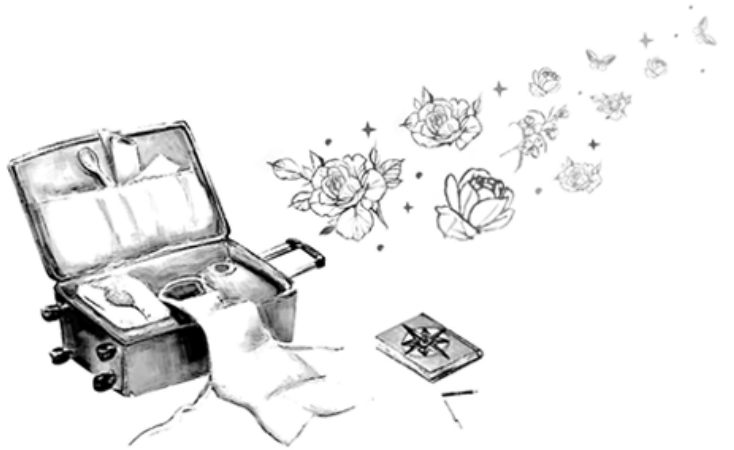
Se veía que Emma regresaba con ingredientes de la heladera y nunca se había percatado de que esa persona había agregado algo a su preparación.

–Emma, ¿cómo fue tu día hoy? ¿Qué hiciste de rico para el

servicio?

–Hoy tuve un día complicado. Sabes que debo de haber medido mal la cantidad de harina, porque el primer bizcochuelo que hice me salió deforme, creció de manera irregular. Hacía años que no me pasaba. Era un error común en mis épocas de principiante. Siempre mido con exactitud los ingredientes, y creí haberlo hecho también hoy. Evidentemente, puse demasiada harina. Tampoco recuerdo haber subido el horno, pero quedó arrebatado. Muy dorado por fuera, casi quemado y algo crudo por dentro.

David adelantó la imagen; vio cómo esa misma persona se acercaba y, mientras le decía algo a Emma, aprovechaba que ella giraba para subir la potencia del horno. Debía hablar con Begoña cuanto antes, sacó algunas capturas y le escribió. Ya tenían pruebas.



Capítulo 39

A la mañana siguiente, ni Begoña ni David necesitaron mirar los registros de las cámaras. Se reunieron para ver lo del día anterior y confirmar la identidad de la persona que saboteaba a Emma.

Mientras hablaban, Emma golpeó la puerta. Llevaba una porción de tarta de chocolate que era su especialidad.

–No sabía que estabas aquí, David. Ya te traigo una porción –dijo y dejó el plato con el tenedor y el contenido sabroso frente a Begoña–. Hice mi especialidad para convidar a todos –explicó a su jefa–. Sé que todos quieren aprenderla, así que pensé en que la degustaran y luego puedo dar una explicación paso a paso.

–Me parece buena idea –acordó Begoña–. David, sirve tazas de café, por favor, en el aparador está la cafetera lista.

–A sus órdenes, jefa, usted sabe que soy goloso. Mientras calienta el agua, podría probar un bocado, ¿no?

–Madre mía, eres realmente un goloso. Anda, quédate con la primera porción. Emma, ve por una para mí que este hombre no

puede con su genio.

Las dos se echaron a reír. Emma decidió esperar la reacción de David a su pastel insignia. Luego buscaría la segunda rebanada de tarta. David se llevó el primer bocado a la boca y sintió la invasión del chocolate amargo. Cerró los ojos y emitió un sonido que daba a entender que lo estaba disfrutando. De pronto, comenzó a sentir una picazón en la lengua, en el interior de la boca completa, y tuvo un acceso de tos. Se puso rojo y los ojos comenzaron a verse saltones. No lograba hablar y avisarles a las mujeres que no podía respirar. La tos no se lo permitía.

Begoña y Emma tardaron unos segundos en entender lo que sucedía. La primera se puso seria y se acercó a él. David comenzó a caer al piso, sin fuerzas. Se ahogaba. Emma los miraba sin comprender. Todo ocurrió en tan poco tiempo que no llegó a reaccionar. Begoña lo miró y gritó, mientras lo acostaba en el piso:

–Emma, llama ya a emergencias. Está teniendo un shock anafiláctico. Necesita atención médica. –Viendo que la mujer no reaccionaba, volvió a llamarla con voz de autoridad–. ¡Emma! Te necesito aquí. ¿Me oyes?

Begoña le levantó las piernas a David.

–Sssí –respondió como saliendo de un trance–, aquí estoy. ¿Qué hago?

–Llama ya a la emergencia. En mi escritorio están los teléfonos, ¡ya! Está ahogándose.

–Enseguida –salió disparada al lugar indicado y revisó los papeles hasta dar con el teléfono.

–David, ¿dónde está la inyección de adrenalina que llevas contigo?

David no podía responder, estaba perdiendo la conciencia. Begoña corrió hasta su propio bolso, la buscó con desesperación y la encontró en uno de los bolsillos. Sacó una especie de bolígrafo. En un extremo de color anaranjado estaba la aguja protegida. En el otro extremo, había un tapón de seguridad azul que tuvo que quitar de inmediato para poder usarlo y presionó la parte que contenía la aguja en el muslo derecho de David. El rostro de él comenzaba a oscurecerse y sus ojos se cerraban por la falta de oxígeno. Segundos después, el color

comenzó a aclararse y la respiración a normalizarse, aunque no del todo.

Emma hizo la llamada y fue a arrodillarse junto a ellos. Lloraba. David la miraba sin poder incorporarse, apenas tuvo fuerzas para tomar su mano.

–Ya están en camino, dicen que tardarán unos minutos. ¿Qué fue lo que pasó? No entiendo.

–¿Qué contenía el pastel, Emma? ¿Le pones manteca o pasta de maní?

–No, es una *ganache*. Tú misma la probaste hace unos días. No contiene maní de ninguna clase, solo pistachos. Además, David ya me había advertido de su alergia al maní. Jamás olvidaría algo así.

–Maldita sea, este pastel contenía maní. Por la reacción de David, debió de ser mantequilla o pasta, diluida en el chocolate. Y mucha. La anafilaxia fue casi inmediata. ¿Estuviste al lado de la preparación en todo momento?

–No recuerdo. Creo que sí –de pronto recordó un detalle–. No. Dejé la *ganache* un minuto para ir al refrigerador a buscar más crema. Había traído dos recipientes, pero uno desapareció. Supuse que era una broma de alguno de mis compañeros. Así que fui y busqué otro.

En ese momento, una asistente de Begoña abrió la puerta e hizo pasar a los paramédicos que entraron como una luz. Hicieron las preguntas pertinentes y ellas respondieron. Los profesionales evaluaron que lo más seguro era trasladarlo al hospital para dejarlo en observación y medicarlo con corticoides y antihistamínicos.

–Emma, acompáñalo en la ambulancia. Yo llamaré a Francisco para que vaya al hospital.

–David, te amo, sigue luchando, no te duermas.

Emma le hablaba mientras la camilla salía del hotel y subía a la ambulancia.

Begoña hizo la llamada que había indicado, pero también aprovechó ese momento de privacidad para observar las imágenes del día y comprobar lo que estaba sospechando.

Buscó la página web que usaban con David, retrocedió la filmación y la vio. Con toda la adrenalina burbujeando aún en su piel, se

encaminó al despacho de Flores Alarcón. Llevaba su notebook debajo del brazo. La situación tenía que terminar en ese mismo momento.

Entró y el hombre supo que había pasado algo grave.

–Perdón que haya venido de este modo intempestivo, pero tenemos una asesina en potencia en nuestra cocina. Hace días tuvimos una situación con el sector de celíacos y hoy ha pasado a mayores.

–Siéntese, *sous* chef, la escucho.

Abrió la computadora para mostrarle las imágenes de ese día y las del video que había descubierto David.

–Lo que está viendo es una pastelera principal que intenta sabotear el trabajo de su subordinada, pero con el agravante de que no se trata solo de subirle el horno y quemarle la producción, sino que contaminó las harinas aptas para celíacos, y hoy, como puede ver en esta cámara oculta, mezcla pasta de maní en la *ganache* de chocolate.

–Esto es inaudito y muy grave. ¿Alguien alérgico comió el pastel?

–Exacto. Emma Graviotti vino a traerme una porción de la tarta, porque sabe que me gustó. Ella ignoraba que el relleno contenía pasta de maní.

–Begoña, tú eres alérgica. ¿Lo has probado?

–No, pero un amigo con el que estaba trabajando en descubrir los sabotajes sí, y él también es alérgico.

Borja se tomó la cabeza con desesperación.

–Dios mío, dime que está bien.

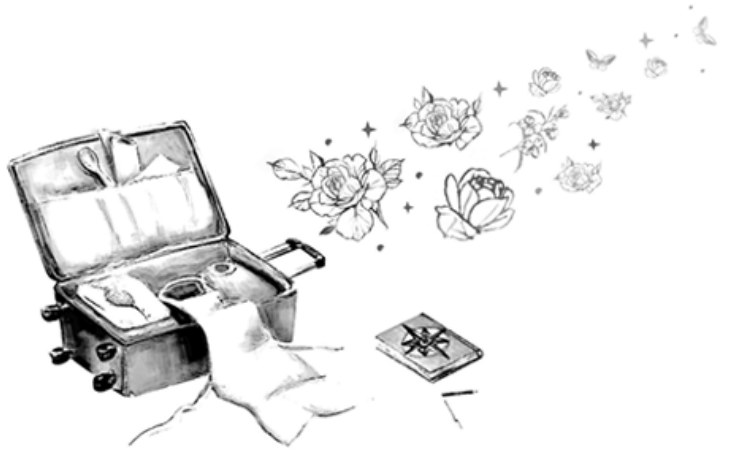
–Logré darle la inyección de adrenalina que le salvó la vida. Ahora lo están trasladando al sanatorio. Pero esto ha sido una intención clara de cometer un asesinato. Esa mujer no tiene límites, sabía que Emma iba a llevarme una porción y no tembló ante la posibilidad de provocarme un shock anafiláctico e incluso la muerte.

–Debemos llamar a la gente de seguridad. Que ellos arreglen con la policía.

–La quiero fuera del hotel lo antes posible, y la quiero entre rejas. Que enfrente un juicio por intento de asesinato.

Media hora después, Begoña y Juanjo entraban corriendo al hospital pidiendo informes sobre David Soto. Emma estaba sentada en sala de espera, llorando. Al escucharlos, corrió hacia ellos; la situación

era seria y los médicos estaban atendiendo a David en un *shockroom*. La reacción alérgica había sido severa e inmediata. Francisco apareció preocupado. Begoña le explicó lo sucedido. Todo lo que podían hacer era esperar juntos las novedades.



Epílogo

NOCHEVIEJA

El año terminaría en unos pocos minutos. Emma miró el reloj de la Puerta del Sol. Aquel primer día en el que había paseado por Madrid se había prometido recibir el año nuevo en ese lugar, para celebrar su nueva vida. Había vivido de todo, muchas alegrías, algunas tristezas, varios sustos.

Hubo momentos difíciles, como el juicio a Raquel, en el que ella había tenido que testificar. La mirada asesina de aquella mujer aún estaba grabada en su recuerdo. Fue condenada. Moro ocupó el puesto de chef pastelero y se había convertido en un gran líder para todo el equipo.

Eran sus primeras fiestas con tanto frío. En su país, las navidades se festejaban en los parques de las casas, disfrutando el calor y las piscinas. En su nueva vida disfrutaba del chocolate caliente con churros, del paseo de los Belenes, de su campera abrigada y de la

bufanda que le había llevado de regalo su hija Abril. La miró; a unos pasos de ella, conversaba animadamente con su hermano, con Francisco y Luca. Se hacían bromas. Estaba feliz de tenerlos con ella.

De pronto, todos a su alrededor comenzaron a prepararse con las uvas. En cualquier momento comenzarían a escucharse las campanadas. De pronto, un par de brazos fuertes la rodearon y una voz de tenor le habló haciendo que le temblaran las piernas:

–Hechicera, espero que pienses bien tus deseos para este año que comienza, porque quisiera ser parte de todos ellos.

David sonreía mientras la besaba en la mejilla. Ella giró y le dio un beso profundo e intenso. Ese hombre había enfrentado a la muerte y había regresado a ella.

–Por supuesto, *amore*. Estarás en cada deseo que pida en mi vida. Eres mi amigo, mi amante, mi compañero, mi vida.

–Espera, ¿dónde quedó la mujer que me dijo que ella era su propio norte?

–Soy la misma. Soy la que, siendo una totalidad, sintiéndome completa, elijo compartirme contigo, y que tú te compartas conmigo, para potenciar nuestra completitud. Siempre seré mi norte, como tú serás el tuyo, pero nada impide que nuestros puntos cardinales coincidan y los compartamos.

–Te amo, Emma. Amo cada una de tus frases, cada caricia, cada gesto. Contigo quiero todo y más. Si me permites, quiero caminar contigo, disfrutar cada minuto y cada aventura.

–Y yo te amo tantísimo, *mio amore*. Le doy gracias al universo por habernos cruzado y por haber dejado la inyección de adrenalina en el bolso de Begoña, que te salvó la vida. Si hoy estamos acá, es gracias a ella.

–A ella por su accionar, a los médicos que me trataron en el hospital, y a ti, mi hechicera hermosa, que te me apareciste en mis sueños para decirme que volviera a ti. ¿Cómo negarme a una mujer tan hermosa y porfiada? –David empezó a reír cuando vio el gesto ofendido de Emma.

–¡Malo! No soy porfiada, un poco testaruda tal vez.

–¿Un poco?

–¡Amiga! –gritó Sandra, que se encontraba a poca distancia conversando con Gael–. Prepárate, ya empiezan.

La cuenta regresiva comenzó, y todos alrededor la gritaban. Se miraron con mucho amor en los ojos. Emma pensó que, al final, el mantra que habían repetido con Sandra, al inicio de esta aventura, se había cumplido. Prepararon las uvas y, cuando las campanas comenzaron a sonar, comieron rápido, sin quitarse la vista ni dejar de sonreír.

El año que comenzaba podría no traerle a Emma todo lo que simbolizaban las uvas, pero ya tenía lo más importante consigo: se tenía a ella misma, sana y feliz, un hombre al que amaba, que la amaba, la respetaba, y a sus seres queridos muy cerca.

No necesitaba nada más.

Agradecimientos

En primera instancia, quiero agradecer a VeRa Romántica por crear el Certamen Lidia María Riba, gracias al que he podido cumplir mi sueño. La puerta que abrió este certamen es inmensa y para todos los que escribimos es esperanzador.

A Marcela Aguilar y Natalia Vázquez, porque les hice mil consultas en el trayecto hasta enviar mi novela y siempre tuvieron paciencia y me respondieron con celeridad. Cuando *Norte* fue declarada ganadora, trabajaron para dejarla como una joya y en un tiempo increíble. Gracias infinitas.

A Susana Estevez, mi editora, porque desde el minuto cero se enamoró de esta historia y la cuidó tanto. Gracias por tu empatía y por creer en *Norte*. Emma y David te adoran.

A Gustavo, mi esposo, y a mis hijos Katy y Alejo, porque me escucharon atentamente cuando les leí partes, me dieron su opinión y permitieron que los personajes fueran parte de nuestra realidad cotidiana, con sus identidades, símbolos, frases y canciones.

A Cecilia Noto, la primera en leer esta novela e intercambiar conmigo sus sugerencias y correcciones. Gracias, amiga, por confiar en *Norte*. Te adoro.

A Florencia Bonelli, Laura Miranda, Gloria Casañas, Mariela Giménez, Claudia Barzana, Anabella Franco, Graciela Ramos, Erica Vera y María Correa Luna, porque me incentivaron a presentarme al certamen, y festejaron conmigo la alegría de haber ganado. Agradezco que mi camino se haya cruzado con el de ustedes y con sus libros, que tanto me han enseñado.

A mis amigos Valeria Noriega, Maximiliano, Dolores y Faustino Elías, porque, en su gran viaje, Emma contó ustedes como guías de lujo: cada trámite provino de la experiencia que tan generosamente compartieron conmigo. Los quiero y los extraño.

Al grupo Bonellistas Unidas y Selectas, todas las amigas que ese sábado 14 de mayo se levantaron como un resorte para gritar de

felicidad cuando dijeron que *Norte* era la novela ganadora. Gracias infinitas.

A Morena Barrasa, Anita Amado, Rocío Bescós, Paula Ruscelli, Laura Isaac, Florencia Buffoni, Gabriela Romero, Magalí Infanti, Valeria Méndez y Lorena García, de @Páginas que Atrapan, porque apostaron por esta historia y ni siquiera en mis momentos de debilidad dejaron de creer en mí.

A todos los grupos literarios que tanto hacen por la literatura y los libros: Amigos Literarios Sin Fronteras, Adictos a la Lectura (Córdoba), Rincón Literario, Destino Lectura, Te Recomiendo un Libro para Soñar, para volar; Septiembre Romántico y Rioplatense, Lectoras Marplatenses, Grupo Patagónico de Lectura, Pasión por la Lectura, Fans de los Libros-Amamos leer, Nora Roberts Argentina, Lectoras Casañistas, Lectoras Barzanistas y Divinas Lectoras.

A cada persona que me ha leído, que me ha hecho llegar su devolución, que me ha impulsado a seguir escribiendo. A cada lector, a cada lectora, porque sin ustedes mi tarea no tendría sentido.

A todos ustedes, GRACIAS.

Playlist

“Llegará”, Antonio Orozco

“De mil colores”, Rosario Flores

“Dicen”, Antonio Orozco

“Me dediqué a perderte”, Alejandro Fernández

“Ahora tú”, Malú

“Disparo al corazón”, Ricky Martin

“Happy”, Pharrell Williams

“Corazón partío”, Alejandro Sanz

Un sello de
V&R Editoras

- **Dirección editorial:** Marcela Aguilar
- **Edición:** Susana Estévez
- **Colaboración editorial:** Natalia Yanina Vázquez
- **Coordinación de arte:** Valeria Brudny
- **Coordinación gráfica:** Leticia Lepera
- **Arte de tapa:** Verónica Fradkin

© 2022 Valeria Naya
© 2022 V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

-ARGENTINA-
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

-MÉXICO-
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-987-747-888-4

Impreso en Argentina por MasterGraf • Printed in Argentina

Julio de 2022

Naya, Valeria
Norte / Valeria Naya. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-747-888-4
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863

Elegí esta historia pensando en **ti**
y en todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo
de **nuestro corazón** y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro...

Escríbeme a
vera@vreditoras.com
con el título de esta novela
en el asunto.

VeRa

yo también
creo en el amor

vera.romantica

Tabla de contenidos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Agradecimientos

Playlist

vera.romantica

vera.romantica